

Revista Foro

Bogotá - Colombia

No. 5

Marzo de 1988

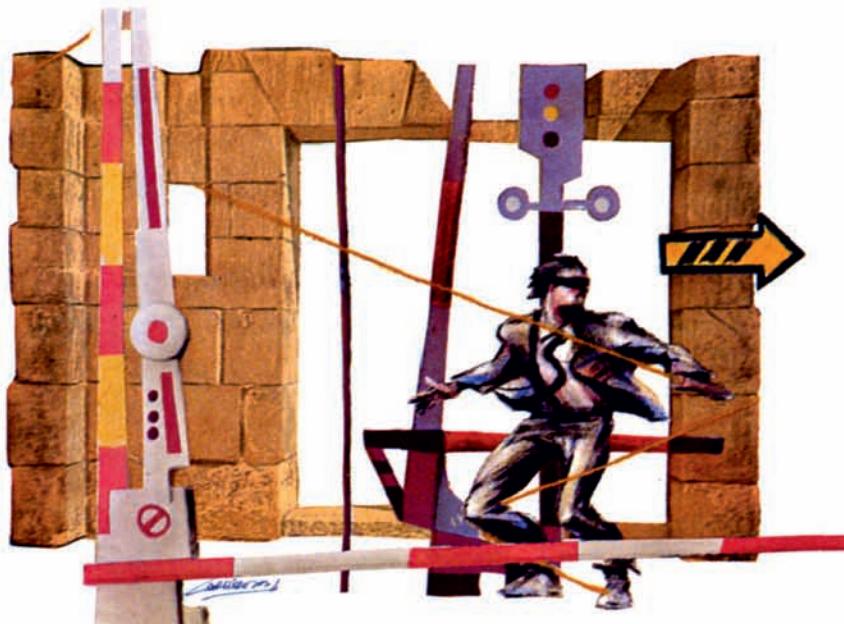
Valor \$600.00

Los Movimientos Sociales en São Paulo

Paul Singer

El naufragio de la Sociedad Civil

Rubén Jaramillo Vélez



Ciudad y Crisis

La crisis de la ciudad latinoamericana

Gustavo Riofrío

Deuda externa, democracia y hábitat en América Latina

Jorge Enrique Hardoy

La arquitectura en busca de su ciudadanía

Fernando Viviescas M.



Ediciones Foro Nacional por Colombia

Revista Trimestral de la Fundación
Foro Nacional por Colombia
No. 5 \$600 Marzo 1988

Director:
Pedro Santana R.

Editor:
Hernán Suárez J.

Comité Editorial:
Eduardo Pizarro L.
Orlando Fals Borda
Constantino Casasbuenas
Javier Sáenz O.
Pedro Santana
Hernán Suárez J.

Administración y Distribución:
Mildrey Corrales

Colaboradores:
Fernando Viviescas, Alberto Corchuelo, Fabio Velásquez, Alvaro Camacho Guizado, Helena Uscche, Carlos García, Abel Rodríguez C., Alberto Echeverry, Olga Lucia Zuluaga, Humberto Quiceno, Mario Sequeda, Gustavo Téllez I., Orlando Pulido Ch., Patricia Calonje, Alberto Martínez B., Raúl Delgado, Jaime Rodríguez, Alvaro Cabrera, Alvaro Argote, Ismael Beltrán, José Granés, Jorge Luis Villada, Norberto Ríos, Rogelio Castaño, John Jairo Cárdenas, Juan Camilo Ruiz, Ana Lucía Sánchez, Carlos Escobar, Ligia Castro, Enrique Vera, Sofía Díaz Ebroul Huertas, Gloria Rincón, Leonardo Velásquez, Blanca Gutiérrez, Arcesio Zapata, León Dario Gil.

Colaboradores internacionales:
Eduardo Galeano (Uruguay), Jorge Enrique Hardoy, Hilda Herzer, Mario Dos Santos (Argentina), Edison Núñez (Brasil), Alfredo Rodríguez, Alex Ronsenfelt (Chile), Gustavo Riofrío, Federico Arnillas (Perú), Fernando Carrión, Jorge García (Ecuador), John Turner (Inglaterra), David Slater (Holanda), Carlos Jiménez (España).

Dirección:
Carrera 4A No. 27-62
Teléfonos 2340967 - 2822550
A.A. 10141
Bogotá, Colombia

Licencia:
No. 3868 del Ministerio de Gobierno

Preparación litográfica:
Servigraphic Ltda.

Impresión:
Editorial Litocamargo

REVISTA FORO
Fundación Foro Nacional por Colombia
Bogotá, Colombia No. 5, Marzo de 1988.
Tarifa Postal No. 662 \$600

Contenido

Editorial

Del constituyente primario
al pacto bipartidista

Movimientos Sociales

5 Movimientos Sociales
en São Paulo

Paul Singer

Cuestiones Urbanas y Regionales

17 Ciudad latinoamericana
y crisis
21 Ciudad y Democracia
28 Deuda externa, democracia
y hábitat en América Latina
39 La ciudad colombiana:
la arquitectura en busca
de su ciudadanía
53 Vivienda, diseño
y democracia

Gustavo Riofrío B.
Jordi Borja

Jorge Enrique Hardoy

Fernando Viviescas

John F. Turner

Cultura y Sociedad

60 El naufragio de la sociedad
civil
69 El vestido como diferenciador
social en Medellín (1900-1930)

Rubén Jaramillo V.

Raúl Alberto Domínguez

Política

79 Guerra y Paz en Colombia

Daniel Pecaut

Movimientos Sociales

89 Los damnificados del progreso
Suárez (Cauca) 1977-1986

John Jairo Cárdenas

Libros y reseñas

98 Modernismo y secularización

Rubén Jaramillo V.

Editorial

Colombia: Del constituyente primario al pacto bipartidista

El país hace aguas por sus cuatro costados. Vivimos en algunas regiones una devastadora guerra sin que se haya declarado formalmente. Los obreros de la industria del cemento realizan un paro nacional, pero, no para demandar incrementos salariales sino para exigir la creación de un fondo que les permita armarse, pues más de 12 de sus dirigentes han sido asesinados.

El Procurador General, Carlos Mauro Hoyos, es asesinado, la investigación duerme el sueño de los justos y, como él mismo lo predijo, la solidaridad nacional apenas duró 24 horas.

En Urabá, bandas fascistas, asesinaron 20 trabajadores pertenecientes a Sintagro, sindicato de los trabajadores de la industria del banano, afiliado a la Central Unitaria de Trabajadores, CUT. Los 22 mil trabajadores bananeros de inmediato se lanzaron a un paro para exigir nuevamente investigación por el asesinato de más de 50 trabajadores en los últimos dos años.

El origen del conflicto no es de ahora, como ingenua o interesadamente se quiere presentar. Es un conflicto de siempre. Tampoco los actores de ayer son los de hoy, pues, de guerrillas liberales hemos pasado a guerrillas de izquierda. Pero, en el fondo de los conflictos siguen palpitando viejos problemas que las propias clases dominantes reconocen. O es que todos no sabemos que uno de los problemas cruciales del país es la propiedad de la tierra. Y también sabemos cuál es el remedio para el moribundo: reforma agraria que redistribuya en algunas regiones del país la propiedad, que dé asistencia técnica al campesino, que resuelva problemas de mercadeo y crédito de fomento con tasas de interés preferenciales. Que abra el régimen político y las instituciones a la reclamación y a la participación del campesinado, pero no al "campesinado" de la sociedad colombiana de agricultores, SAC; de la Federación Nacional de Ganaderos, FEDEGAN; etc., que representan con toda seguridad a menos de un 5% del total de la población campesina y quienes siempre han estado en el poder. Hay que abrir las compuertas a la participación de las organizaciones agrarias. Mientras el Estado persista en su línea tradicional de crear expectativas (como las que crea alrededor de su famoso proyecto de reforma agraria al cual se opusieron las ocho organizaciones agrarias existentes) que luego terminan en completos desengaños; no hay nada qué hacer. El país seguirá camino a una guerra civil en la cual todos sabemos no habrá un ganador sino dos perdedores, y en especial el país entero.



Ytambién sabemos, para poner un ejemplo, cuál es el origen de innumerables conflictos urbanos. En Medellín viven 120 mil familias en viviendas precarias.

54.000 viviendas carecen de los tres servicios básicos y 47.000 de uno a dos de ellos. Mientras tanto, las políticas de los gobiernos nacional, departamental y municipal "han distribuido mal" las obras de infraestructura física y social cuya densidad crece en las mejores áreas y falta absolutamente en las periféricas. Alguien duda hoy entre los técnicos, y aun en los organismos de planeación, que se requiere con urgencia de una verdadera reforma urbana democrática en que los beneficios de la valorización social de las tierras urbanas sean redistribuidos al conjunto de la sociedad. ¿Y alguien tiene duda que, por ejemplo, el programa de El Salitre en Bogotá no constituye alternativa para los cientos de miles de bogotanos que viven en tugurios?

Yasí, podríamos seguir enumerando problemas y haciendo una larga lista. ¿Corresponde hoy la división político-administrativa del territorio a las necesidades de desarrollo regional y autonomía local? ¿Son adecuados los modelos de desarrollo económico y las políticas de generación de empleo? ¿Y los servicios públicos? ¿Se pueden seguir manejando con criterio de rentabilidad, comprometiendo los recursos que no tienen ni el Estado ni las empresas públicas en el país en obras faraónicas de cuya necesidad real se duda?

El Congreso de la República en su composición actual ha demostrado hasta la saciedad que es un sanedrín que vive a espaldas de las angustias de las mayorías. "El Congreso Admirable" no pudo evacuar un proyecto tímido de reforma urbana presentado por la administración Barco, pese a que tal proyecto no contenía —como lo advirtió en su momento el ponente doctor Samper Pizano— medidas de verdadera reforma urbana. Este proyecto lo único que buscaba era agilizar los mecanismos de compra de tierras urbanas. Este mismo Congreso aprobó fraudulentamente un proyecto de reforma agraria que elude el nervio de cualquier reforma agraria que se haya hecho en occidente: la expropiación de los grandes terratenientes y la creación de un fondo estatal para las indemnizaciones y el fomento agropecuario. Ni esto último se garantizó.

El presidente Barco, a raíz del secuestro de Andrés Pastrana y el asesinato del Procurador, los cuales revelaron las dimensiones de la crisis que de tiempo atrás sobreleva el país, en un arranque inesperado con final lúgido, sorprendió en mañana dominguera a la opinión nacional con una propuesta: hagamos un referéndum que entierre el artículo 13 del plebiscito de 1957 que prohíbe las reformas mediante apelación al constituyente primario. Con ello abría la posibilidad de implementar mediante un mecanismo democrático algunas de las reformas que se consideran imprescindibles en la hora actual. El mecanismo era original, pues, prescindía de la clase política que mantiene sus intereses ligados al Parlamento y su oposición a cualquier reforma sustantiva. Pero, desde el anuncio mismo había serias sospechas de que no se trataba tampoco, en esta convocatoria, de la voluntad presidencial para empeñarse a fondo en la reforma democrática que el país reclama.

De los seis temas planteados inicialmente ninguno se refiere a las causas estructurales que originan el conflicto social existente. Dos temas de los propuestos forman parte o son pertinentes a esa reforma. El relacionado con la administración de justicia (de la que nadie duda) y el de la protección a los derechos humanos. Pero no apareció por ninguna parte, el problema agrario, el problema urbano, los problemas ligados a la pobreza, y en general, aquellos temas que tienen que ver con la redistribución de la propiedad y del ingreso en una sociedad altamente inequitativa. Sencillamente porque, al decir de uno de nuestros colaboradores, el gobierno liberal quiere hacer la tortilla sin necesidad de quebrar los huevos. Y así no se puede hacer ninguna reforma.

Editorial



Editorial

Barco cedió a las críticas y exigencias del expresidente Pastrana. Este advirtió que la propuesta de Barco podría traerle problemas a la campaña electoral conservadora y en particular a la de su hijo. Coincidente con los expresidentes liberales, Pastrana y su partido se dieron a la tarea de obstaculizar el anunciado referéndum para el 13 de marzo. Y Barco finalmente se entregó. A cambio se constituyó una Comisión de Reajuste Institucional, a la cual han sido llamados los mismos "notables" liberales y conservadores que han participado en la formación de las políticas que nos han traído a donde estamos: al fondo de la crisis. Barco enviará al Parlamento, 150 nombres que nos anticipamos a decir serán mayoritariamente los mismos exministros, exparlamentarios, exgobernadores y los demás ex, que merodean el poder, del cual se sacará una pequeña asamblea mayoritariamente bipartidista constituida por 50 de estas personas para que ellas preparen el paquete de reformas que se someterán al referéndum por celebrarse en octubre próximo. Seguramente se incluirán dos o tres representantes de las fuerzas de izquierda a fin de disimular su naturaleza excluyente y bipartidista. El conflicto, entre tanto, tenderá a agudizarse. El Estado y los partidos que han ejercido y ejercen el poder, han resultado incapaces de representar a la sociedad civil que reclama cambios y reformas profundas tanto en el Estado como en la vida política del país.

El proyecto de reforma institucional de Barco, con todas sus limitaciones y exclusiones, no ha ganado ni siquiera el consenso necesario del establecimiento, sus partidos y sus expresidentes. Las resistencias, como es ya tradicional, se amparan en alegatos y consideraciones jurídicas, hijas, en su mayoría, del viejo y paralizante santanderismo. Es un viejo recurso escogido para escamotear y diluir cualquier reforma política o económica que represente una ampliación de la democracia, afectar intereses sociales y económicos en favor de los sectores populares, abrir los espacios a la presencia y participación de los ciudadanos en los asuntos de interés colectivo. En una palabra, es la reiteración de la negativa a todo lo que signifique ceder sus viejos privilegios en favor del pueblo.

En el fondo de todo este alegato y componenda jurídica se esconde la falta de voluntad política, la cual no se observa o, por lo menos, no es clara ni en el gobierno, ni en los partidos. De lo que se trata es de adecuar los procedimientos jurídicos e institucionales a la voluntad política de reformar profundamente las instituciones y empezar a construir una verdadera democracia en Colombia. Lo contrario, significa recurrir a una vieja treta con la cual se han frustrado y enterrado más de una iniciativa política que convenía al país, pero por sobre todo a los sectores democráticos y populares.

Es baladí señalar o pretender que los resultados electorales, que favorecen ampliamente a los partidos tradicionales, son signo de fortaleza y representación democrática, cuando a través de múltiples formas (paros cívicos, marchas campesinas, tomas de dependencias oficiales, guerrillas, etc.) sectores muy amplios de la sociedad emplean mecanismos no institucionales para demandar del Estado reformas democráticas que les permita su participación en la vida política del país. El Estado colombiano en su forma actual, el régimen político de democracia limitada y restringida, y los partidos, liberal y conservador, que lo sustentan, han resultado mecanismos estrechos e incapaces de adoptar los cambios que la sociedad reclama. Este es el asunto crucial por resolver. Es lo que amerita y justifica un nuevo pacto social y político a través de un nuevo constituyente democrático y popular.

Ahora bien, precisamente la sociedad civil se ve también profundamente limitada para incidir significativamente en la coyuntura que se abre. Los sectores



de la sociedad civil democrática que están representados en sindicatos, organizaciones agrarias, juntas comunales y de vecinos, organizaciones de vivienda, organizaciones no gubernamentales, comités cívicos y populares, etc., no encuentran en la hora actual mecanismos claros de mediación política, vale decir movimientos políticos democráticos que hagan viables sus propuestas. Los grupos guerrilleros que influencian algunos de estos movimientos —sin que se advierta tampoco una correlación de fuerzas favorable a ellos en el conjunto del movimiento popular— empujan en una dirección antiestatista de corte tradicional. Ellos creen que podría encaminarse en la dirección de Asamblea Constituyente Alterna o Paralela, lo que, en la hora actual y con el grado de correlación de fuerzas es, cuando menos iluso, y erróneo desde el punto de vista político.

Pensamos que una estrategia acorde con el momento y la correlación de fuerzas actuales debería encaminarse en otra dirección. Esta dirección debería ser la conformación de una Asamblea Nacional Popular representativa de los sectores subordinados de la sociedad colombiana y democrática —en ella deben tomar parte todos los sectores sociales y sus representaciones— que permita cuando menos dos cosas: la primera, hacer frente a la crisis de violencia demandando mediante la movilización y la denuncia, que el gobierno replantea de fondo su estrategia de paz sobre bases de diálogo, negociación y castigo a los abominables crímenes y a quienes están o han estado comprometidos con ellos. Ello supone claramente que el gobierno sea obligado a abandonar su política de impunidad.

El segundo objetivo debería encaminarse a la formulación de propuestas alternativas en el terreno de las reformas que el país reclama. Propuestas de Reforma Constitucional, Reforma Agraria, Reforma Urbana, Reforma a la Administración de Justicia, etc., que deberían ser presentadas a la Asamblea de "notables". Hay que disputar el espacio que de una u otra manera se ha abierto, pero hay que hacerlo con propuestas concretas. También deberían presentarse a los sectores progresistas de los partidos liberal y conservador, para buscar el más amplio respaldo a estas propuestas y procurar modificaciones en el bloque bipartidista, afectado hoy por contradicciones importantes que necesitan desarrollarse y profundizarse. Si finalmente, como lo tememos, la propuesta de la Asamblea de "notables" lo que busca es un reacomodo de un nuevo pacto bipartidista, el movimiento democrático debería empeñarse en una gran campaña de NO a la componenda que pretende nuevamente legitimarse.

En síntesis, el país requiere ponerse en movimiento y enfrentar las convocatorias excluyentes y las propuestas alejadas de la realidad, contrarias al cambio que la sociedad está reclamando. En síntesis librar una lucha contra los pactos bipartidistas y la exclusión del pueblo en la definición de un nuevo pacto social y político. Para ello es necesaria la unidad de los demócratas en la ya larga negra noche que vive nuestra patria.

Editorial



Paul Singer

Economista, Científico Social. Investigador del Centro de Estudios Brasileños (CEBRAP) de São Paulo, Brasil. Autor, entre otros, de los libros "Economía Política de la Urbanización" y "San Paulo: Crecimiento y Pobreza".

Movimientos sociales en São Paulo: Rasgos comunes y perspectivas

Paul Singer

Origen de los movimientos sociales

Se puede decir que los movimientos sociales analizados en este libro¹ han tenido origen en las contradicciones sociales que afectan la población trabajadora de São Paulo. Tales contradicciones no son efímeras, pues forman parte de la manera como la vida social de la ciudad está organizada. Las contradicciones sociales pueden ser agrupadas, según el sector de la población que afectan, de manera que cada conjunto de ellas da origen a un movimiento social específico.

Movimientos sociales obreros

En el mundo del trabajo, aumenta la contradicción entre el monto del salario, constantemente erosionado por el aumento del costo de vida y el monto del lucro, constantemente recuperado y expandido por el aumento de los precios de las mercancías. Se manifiesta así la contradicción de intereses entre los asalariados, empeñados en la lucha por el aumento de los salarios nominales, teniendo como mira recomponer sus salarios reales y hacerlos corresponder a sus crecientes necesidades de consumo, y los patronos, interesados en contener el nivel de los costos de producción y circulación, teniendo como mira maximizar su margen de lucro. Esta contradicción se manifiesta también en el seno mismo de la producción, dada la resistencia de los trabajadores a la presión multiforme de los patronos en el sentido de elevar la productividad mediante la intensificación del ritmo de trabajo, la reducción del abstencionismo y de los intervalos de interrupción del trabajo, la prolongación de las horas extras, etc.; resistencia que se explica por el



hecho de que todas estas tentativas para elevar la productividad se hacen inevitablemente a costa de la salud y del bienestar del trabajador. Otra faceta de esta misma contradicción en el interior de las unidades de producción, es la negativa de los trabajadores a limitarse a la ejecución de trabajos repetitivos y rutinarios ya que todas las decisiones, incluso las que afectan sus condiciones de trabajo y su nivel de remuneración, son tomadas unilateralmente por la cúpula administrativa de la empresa, que las impon-

Las contradicciones sociales pueden ser agrupadas, según el sector de la población que afectan, de manera que cada conjunto de ellas da origen a un movimiento social específico.

1. El presente artículo es la presentación del libro "São Paulo: el pueblo en movimiento", editado por Voces CEBRAP, São Paulo, Brasil, 2^a edición, 1986.

ne mediante una disciplina que se torna cada vez más rígida por parte de los que mandan como menos aceptable para los que la obedecen.

Todo esto suscitó en São Paulo un movimiento de resistencia y de protesta que, dadas las condiciones de represión reinantes en las empresas, se manifestó de modo más explícito en el aparato sindical. Este movimiento de renovación de la práctica sindical, teniendo como mira romper el círculo de hierro que la limitaba a la prestación de servicios asistenciales personales a los asociados, tomó dos formas: la rebelión de direcciones sindicales "auténticas" a las intenciones del Ministerio de Trabajo y demás órganos de control de las organizaciones de clase y el surgimiento de "oposiciones sindi-

do mediante repetidos actos de represión que llegaron al límite de terror sicológico, económico y físico.

Movimientos sociales de consumidores

En el área del consumo, la contradicción principal es la que contrapone necesidades, que se multiplican en función del propio progreso técnico, y recursos que, para la mayoría pobre de la población, son cada vez más insuficientes, provocando verdadero deterioro en su patrón de vida. En las últimas décadas, la industrialización revolucionó los patrones de consumo de una parte de la población paulista (obviamente la que dispone de rentas más elevadas), poniendo a su

La liberación femenina exige no sólo la eliminación de la carencia de recursos, que afecta las familias de los trabajadores, sino la abolición de la división sexual del trabajo en el seno de las mismas, de manera que hombres y mujeres puedan asumir por igual tanto la tarea de ganar dinero como la tarea de cuidar del hogar y de los niños.

cales" que disputan la dirección de los sindicatos, movilizando las bases con ocasión no sólo de elecciones sino también de campañas salariales, llegando ambos (auténticos y opositoristas) en última instancia a una práctica de lucha sindical que refleja plenamente las contradicciones arriba señaladas. Este doble movimiento de renovación sindical hechó raíces en São Paulo, gracias a años de esfuerzos heroicos y, la mayoría de las veces, anónimos. El movimiento alcanzó, a partir de mayo de 1978, una primera victoria de importancia histórica cuando los trabajadores de la industria de automóviles de São Bernardo (acompañados luego por trabajadores de las más diversas categorías) consiguieron recuperar el derecho de huelga, que hacía más de 14 años les estaba siendo nega-

do mediante repetidos actos de represión que llegaron al límite de terror sicológico, económico y físico.

En el área del consumo, la contradicción principal es la que contrapone necesidades, que se multiplican en función del propio progreso técnico, y recursos que, para la mayoría pobre de la población, son cada vez más insuficientes, provocando verdadero deterioro en su patrón de vida. En las últimas décadas, la industrialización revolucionó los patrones de consumo de una parte de la población paulista (obviamente la que dispone de rentas más elevadas), poniendo a su disposición numerosos nuevos productos, tales como aparatos de televisión (primero en blanco y negro y después a color), automóviles de pasajeros, equipos de sonido, sofisticados servicios de salud, nuevas oportunidades educativas, nuevas modalidades de recreación, etc. Estos patrones renovados de consumo pasaron con el tiempo —aunque en poco tiempo— a imponerse al conjunto de la población, mediante la presión avasalladora de la publicidad, la desaparición de los medios de consumo "tradicionales" (disminución del número de teatros y cambio en la programación de la radio, como efecto de la difusión de la televisión, por ejemplo) y la competencia entre los propios consumidores. Particularmente sentida por la población pobre, que necesita de los "nuevos pro-



Cada Comunidad Eclesial de Base constituye un pequeño grupo de cristianos que procura realizar en común los valores de su religión. Esta realización implica práctica litúrgica, práctica de ayuda mutua y de solidaridad con los más necesitados y de movilización, al lado de otros individuos y grupos de diferente inspiración ideológica, en pro de objetivos generales de liberación.

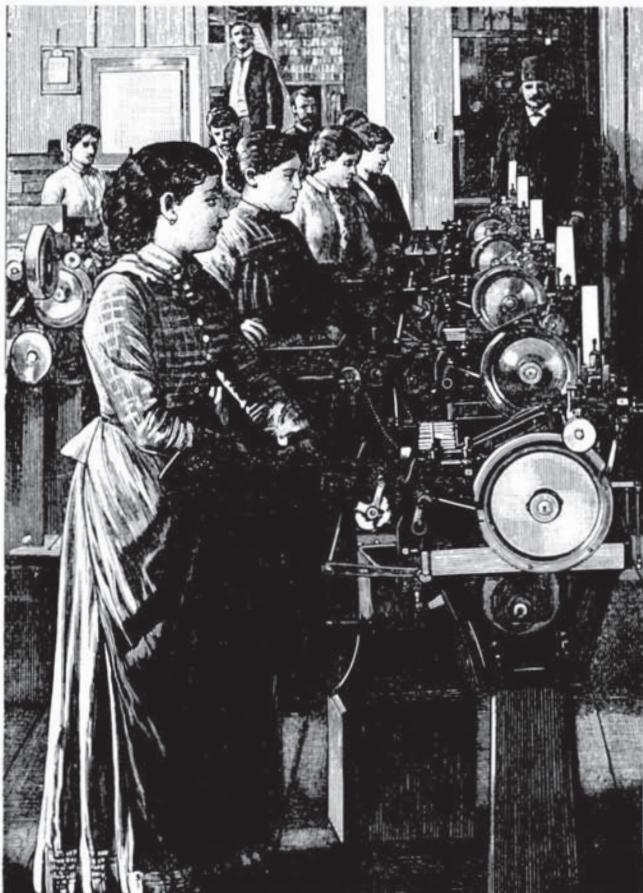
ductos" sin tener acceso a ellos, es la carencia de los servicios urbanos, tales como transporte masivo, servicios de acueducto y alcantarillado, canalización de ríos y caños, escuelas, puestos de asistencia en salud y muchos más. Estos servicios no sólo tornan atractante la vida en la ciudad sino que constituyen condiciones indispensables para la supervivencia y la reproducción de la fuerza de trabajo de los habitantes en metrópolis como São Paulo. Así, sin transporte masivo el acceso a los sitios de trabajo y abastecimiento se torna imposible; sin servicios de salud las enfermedades infectocontagiosas se hacen incontrolables; sin escuelas las nuevas generaciones no pueden ser adecuadas a las exigencias del mercado de trabajo. Particularmente durante los últimos años, las condiciones de vida de los trabajadores paulistas se agravaron debido a dos circunstancias: la aceleración de la inflación, que aumentó la devaluación de los salarios reales, sobre todo de los sectores menos calificados de los asalariados y el desfase creciente entre demanda y oferta de servicios urbanos, que hizo el acceso a estos servicios todavía más caro (debido a la gran valorización de los terrenos urbanos), privando de su usufructo a una parte cada vez mayor de los trabajadores de la ciudad. Todo esto suscitó un nuevo movimiento en los barrios pobres de la ciudad, que se polariza alrededor de reivindicaciones locales por servicios urbanos, pero tiende rápidamente a sobrepasar el nivel local para reunir masas considerables de consumidores de la periferia en campañas que abarcan sectores enteros de la metrópoli y, en un caso por lo menos, llegó a alcanzar nivel nacional. Fue lo que se dio con la campaña del costo de la vida o movimiento contra la carestía, que se originó en la periferia sur de São Paulo y ahora se hace presente en otros centros urbanos del país. Otras campañas fueron las del transporte masivo, que contó con la participación de grupos de varios barrios, también de la zona sur de la ciudad, y la de la lucha contra las parcelaciones clandestinas que hoy se difunde por todo São Paulo.

Las comunidades eclesiales de base

Otro movimiento, que ya alcanzó gran expresión entre la población trabajadora de São Paulo, es el de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB). Este movimiento es el resultado de la recuperación, por parte de la Iglesia latinoamericana, de valores cristia-

nos que están obviamente ausentes de la realidad social de países cuya población es predominantemente católica. La pobreza, la alienación y la opresión de la mayoría frente al lujo y al desperdicio practicados por minorías privilegiadas, que monopolizan el conocimiento y el poder de decisión en todos los niveles, contradicen flagrantemente valores como la solidaridad y la fraternidad entre los hombres, que sectores crecientes de la Iglesia Católica están incorporando a su mensaje. Esta contradicción es antigua y dio lugar, en determinados momentos, a tendencias que le proponían a la Iglesia tomar posición a favor de los pobres y oprimidos, contra las estructuras sociales de dominación y explotación vigentes. No es este el lugar para historiar estas tendencias del pasado y las causas de su fracaso y consecuente desaparición. Nos interesa apenas recordar que la más reciente de ellas, conocida como "teología de la liberación", tomó auge en la Iglesia latinoamericana y suscitó amplia renovación de la práctica pastoral en numerosas áreas del continente, inclusive en São Paulo, y el movimiento de las CEBs es uno de sus resultados concretos.

Cada CEB constituye un pequeño grupo de cristianos que procura realizar en común los valores de su religión. Esta realización implica práctica litúrgica, práctica de ayuda mutua y de solidaridad con los más necesitados y de movilización, al lado de otros individuos y grupos de diferente inspiración ideológica, en pro de objetivos generales de liberación. Gracias al empeño de sacerdotes y laicos, el número de CEBs se ha multiplicado rápidamente en todo el país y también en São Paulo. Las CEBs han sido importantes como inspiradoras directas o como soportes de varios movimientos sociales de la población trabajadora de São Paulo. La vitalidad de parte de las oposiciones sindicales se debe, en cierta medida, al apoyo de comunidades de base de composición social obrera. La mayor parte de los recientes movimientos de barrios de la periferia de São Paulo fueron iniciados por CEBs. Tanto el movimiento contra la carestía como el movimiento contra las parcelaciones clandestinas son resultado de iniciativas de comunidades de base. Sería una exageración acreditar los movimientos sociales de mayor expresión, que están movilizando la población trabajadora de São Paulo, únicamente a iniciativas de militantes de las CEBs o de las varias pastorales de la Iglesia Católica. También participan de estos movimientos grupos de otras



El movimiento feminista se une a los movimientos generales de los pobres, en cuanto trabajadores y en cuanto consumidores, sin dejar de levantar, en su seno, las reivindicaciones específicas de las mujeres.

denominaciones religiosas y grupos inspirados en ideologías no-religiosas. Sin embargo, en un país católico como el Brasil, es grande la importancia de la participación de los católicos y particularmente de los miembros de las CEBs. Esto constituye una peculiaridad de los movimientos sociales *actuales* en contraste con los que se verificaron en el pasado en São Paulo (así como en otros lugares) y que, en general, tuvieron mucha menor participación y apoyo de miembros de la Iglesia y no pocas veces sufrieron la oposición de la jerarquía de la misma.

Los movimientos feministas

Además de los movimientos generales, originados por contradicciones que afectan toda la población trabajadora, es preciso considerar los que responden a contradicciones que afectan determinados sectores de la misma. Son contradicciones que no contraponen simplemente dominados y dominadores, explotados y explotadores sino que se verifican en el seno del pueblo mismo, dividiéndolo en discriminados y discriminadores. Estas contradicciones, al fraccionar los trabajadores en grupos mutuamente hosti-

les, además de la injusticia que acarrean, privilegiando ciertas personas en detrimento de otras, debilitan las luchas de todos los oprimidos contra las estructuras de dominación que los someten.

Las mujeres son tradicionalmente sometidas a una división sexual del trabajo, que limita sus actividades a las tareas domésticas. El bajo nivel salarial obliga entre tanto a gran parte de las esposas e hijas de los obreros a emplearse también. Hay un número considerable de mujeres que además de esto, son apoyo de familias que no cuentan con cualquier miembro masculino que pueda sustentárlas. No obstante, las mujeres que trabajan son genéricamente consideradas como trabajadoras "secundarias", esto es suponer que sus sueldos apenas suplementan la canasta familiar, cuya parte principal es proporcionada por el padre o marido. De ahí se deriva que los salarios que se pagan a las mujeres sean bien menores que los de los hombres, aun cuando el trabajo hecho por las mujeres no es inferior ni en cantidad ni en calidad al realizado por los hombres. En las oportunidades de promoción, los hombres casi siempre son los favorecidos en detrimento de las mujeres. En la selección de candidatos a empleos mejor pagados, es común la discriminación contra las mujeres, sobre todo las casadas. Además de todo esto la mujer que trabaja es obligada a cumplir una *doble jornada de trabajo*, ya que la mayor parte de los oficios domésticos —desde la preparación de la comida para la familia hasta el cuidado de los hijos— continúa sobre sus hombros. La responsabilidad familiar dificulta a la mujer mantener la misma asiduidad en el empleo que el hombre— lo que permite dar una base "racional" a la discriminación de la mujer en el trabajo.

La mujer pobre, sujeta a la doble jornada de trabajo, aspira, con razón, a librarse de una de estas jornadas y la única de la que aparentemente podría prescindir es la del trabajo fuera de casa, siempre y cuando el salario del marido (o padre) fuese suficiente para los gastos de la familia. Pero, de todos los trabajos rutinarios y alienantes, hoy en día, el que más aliena es el trabajo doméstico porque él, además de todo, es hecho, en general, *aisladamente*. La mujer, limitada durante toda la vida al desempeño apenas de las funciones de esposa y madre, está sujeta a un subdesarrollo psicológico y cultural extremo, que la torna totalmente dependiente en relación con "su" hombre. La liberación de la mujer, actualmente, no consiste en li-

brarla de la necesidad de empeñarse en el trabajo remunerado sino en liberarla de la necesidad de cargar, sola o apenas con el auxilio de otras mujeres de la familia, todo el peso del trabajo doméstico, carga particularmente pesada cuando la casa no dispone de ciertas facilidades como acueducto, electrodomésticos o fácil acceso a las fuentes de abastecimiento.

Esto significa que la liberación femenina exige no sólo la eliminación de la carencia de recursos, que afecta las familias de los trabajadores, sino la abolición de la división sexual del trabajo en el seno de las mismas, de manera que hombres y mujeres puedan asumir por igual tanto la tarea de ganar dinero como la tarea de cuidar del hogar y de los niños. El movimiento feminista que está ahora resurgiendo en São Paulo y que comienza a cubrir trabajadoras y madres de familia obreras, se dirige contra todas las formas de opresión que rebajan la mujer, tanto las que se derivan de la estructura capitalista de toda la sociedad, como las que se derivan de actitudes y valores "machistas" que son con frecuencia asumidos también por los hombres de la clase trabajadora. Es una dura lucha en dos frentes, en la medida en que el movimiento feminista se une a los movimientos generales de los pobres, en cuanto trabajadores y en cuanto consumidores, sin dejar de levantar, en su seno, las reivindicaciones específicas de las mujeres.

Los Movimientos Sociales de la gente pobre de São Paulo (así como de otros lugares) implican básicamente una lucha por mayor participación. Esta mayor participación, anhelada en el plano económico y social, requiere como condición previa, mayor participación en el plano político porque es en este nivel que las transformaciones de mayor alcance tienen que ser decididas.

Es así como actualmente, las feministas participan activamente de oposiciones sindicales y movimientos huelguísticos, agitando al mismo tiempo la necesidad de la lucha contra la discriminación de la mujer en el trabajo. De la misma forma, es de la iniciativa de feministas la campaña por la instalación de sala-cunas en los barrios proletarios, que está movilizando numerosas asociaciones de residentes de la periferia. Otro movimiento de reivindicaciones específicas es el de los negros, víctimas de discriminación racial desde los tiempos de la esclavitud en Brasil. La lucha del negro, en São Paulo, que tiene una larga historia, está resurgiendo ahora bajo una nueva forma, más política, inspirada en la victoria de los pueblos africanos contra el colonialismo y el neocolonialismo y en los movimientos de los negros americanos por los derechos civiles. Así, al lado de las organizaciones negras tradicionales de carácter cultural recreativo y religioso, se forma ahora un movimiento explícito contra la discriminación racial y que toma posición, al lado de los demás movimientos de la po-

blación trabajadora, por las reivindicaciones comunes económicas, sociales y políticas.

Los movimientos sociales y la lucha política

El surgimiento de todos estos movimientos muestra que sectores crecientes de la clase trabajadora de São Paulo están tomando conciencia de las contradicciones entre sus *necesidades*, como seres humanos y como grupos sociales, y las *posibilidades* de satisfacción que las estructuras sociales les ofrecen. Las luchas de estos movimientos tienen como objetivo común alterar esas estructuras que trapan sus posibilidades de autorrealización, sean ellas la subordinación de los sindicatos al aparato del Estado, el funcionamiento del mercado inmobiliario (que impide el acceso de los más pobres a los servicios urbanos) o el funcionamiento del mercado de trabajo (que permite la discriminación sexual y racial en el mundo del trabajo, sin que su práctica siquiera pueda ser comprobada para poder ser denunciada y combatida).

En la medida que estos movimientos se amplían y obtienen victorias parciales, comienza a tornarse claro que en su propio terreno de lucha —en los sindicatos, en las empresas, en los barrios— no es posible alcanzar las transformaciones estructurales anheladas. Estas transformaciones sólo podrán ser alcanzadas en el plano político, en la lucha directa por la influencia sobre el aparato de Estado y por la conquista y cambio del propio poder político. En suma, los movimientos sociales de la gente pobre de São Paulo (así como de otros lugares) implican básicamente una lucha por mayor participación. Esta mayor participación, anhelada en el plano económico y social, requiere como condición previa, mayor participación en el plano político porque es en este nivel que las transformaciones de mayor alcance tienen que ser decididas.

De ahí la necesidad de colocar con nitidez cada vez mayor el problema de la representación política. Es sabido que el sistema bipartidista, impuesto a partir del Acto Institucional número 2 de 1965, restringía fuertemente el derecho de la representación de las clases populares. Esta restricción era parte de todo un sistema de centralización del poder y de represión contra tentativas de oponerse a él, que está siendo desmontado y reformulado de arriba para abajo, a partir de la propia cúspide del poder. Esta auto-reforma del po-

der, en el Brasil, está siendo promovida bajo presión de los movimientos sociales que, de varias formas, *comienzan* ahora a buscar su manifestación apropiada en el plano político.

Por imposición del régimen autoritario que prohibía cualquier actividad política fuera de los dos únicos partidos legalmente constituidos, los movimientos sociales de los trabajadores fueron obligados a manifestarse políticamente a través del partido de oposición, el MDB. Este acto contribuyó sin duda al fortalecimiento *electoral* de este partido. Pero el voto del trabajador, dado en proporción cada vez mayor a los candidatos e inclusive a la leyenda del MDB, no significaba que los movimientos sociales de las clases más pobres y explotadas hubiesen gana-

mente restringida y sujeta a la "tolerancia" del poder, lo que le parecía disminuir autenticidad. No pocos se negaban a la participación en el juego político, en los términos impuestos por el régimen, porque tal participación podría ser tomada como una legitimación del mismo.

Hubo así un fracaso doble: ni los movimientos sociales consiguieron una participación política consecuente con la movilización ya realizada (a pesar de la elección en 1978 de un pequeño número de militantes de estos movimientos para la Cámara de Diputados y para la Asamblea Legislativa de São Paulo), ni el MDB llegó a unificar estos movimientos en su seno. Sería ilusorio suponer que este problema será superado por la simple transformación del bipartidismo actual en un pluripartidismo restringido y bajo control, como el poder lo pretende.

La "reforma partidista" impuesta por vía legislativa, llevó al fraccionamiento del partido de oposición y las propuestas partidarias que se empeñan en la disputa del apoyo de la clase trabajadora y naturalmente buscan atraer los movimientos sociales que de ella emanan. No deja de ser, a pesar de las restricciones al ejercicio de la soberanía popular todavía vigentes en el Brasil, una oportunidad histórica para que la lucha cotidiana de los sectores más pobres pueda alcanzar un nivel más elevado, en el que sus necesidades inmediatas sean el punto de partida para la formulación de un programa de reivindicaciones fundamentales. El aprovechamiento de esta oportunidad parece depender de dos condiciones básicas. De un lado, el carácter que estas propuestas, o al menos una de ellas, vengan a adquirir, mostrándose capaces de integrar y unificar movimientos sociales que surgieron separadamente y que tienen que mantener su autonomía para continuar llevando adelante las luchas específicas que les dan razón de ser. De otro lado, de la evolución de los propios movimientos sociales, que eventualmente los llevará a comprender que su participación en el juego político, lejos de ser un "desvío" de sus finalidades propias, puede ser el único camino para concretizarlas. Es claro que esta es una proposición sujeta a mucha controversia, cuya solución dependerá de la propia dinámica de los movimientos sociales.



do un espacio correspondiente en el aparato partidario. Como todo aparato político, él tendía a ser dominado por líderes que se resistían a compartir algo de su poder y que en este caso, monopolizaba uno de los dos únicos canales de expresión política legalmente admitidos.

Pero la relativa ausencia de los movimientos sociales de la clase trabajadora en los cuadros partidistas y en los órganos de dirección del partido de oposición no puede ser explicada únicamente por la resistencia de los liderazgos, del MDB, más antiguos. Ella resulta también del hecho de que, hasta hace muy poco, estos movimientos sociales no habían sentido la necesidad de actuar en el plano político, incluso porque la actuación opositora en este plano estaba excesiva-

La dinámica de los movimientos sociales

La historia de cada uno de los movimientos sociales, analizados en este libro,

revela que ellos se inician generalmente con la toma de conciencia de las contradicciones existentes por parte de un pequeño grupo de personas. Por iniciativa de este pequeño grupo se inicia un proceso de movilización, que paulatinamente se va ampliando, sea entre los miembros de un sindicato, los habitantes de un barrio, los fieles de una parroquia o personas ideológicamente motivadas para enrolarse en determinados tipos de lucha.

A partir de un cierto momento, cuando la movilización consigue reunir un número suficiente de interesados, el movimiento formula sus reivindicaciones. Estas reivindicaciones emanan, sin duda, de las necesidades sentidas por la categoría social en movimiento, pero son formuladas en términos de un discurso ideológico, que es el patrimonio común del grupo que tomó la iniciativa y que, generalmente, retiene el liderazgo del movimiento. Así, por ejemplo, no hay duda que los asalariados tienen necesidad de salarios mayores y mayor control sobre sus condiciones de trabajo, incluso de acceso y de permanencia en el empleo, por las razones ya expuestas. Pero el sentido de sus reivindicaciones se dirige, en el momento, directamente a los patrones, de los cuales exigen negociaciones libres y directas, sin interferencia del Estado, corresponde a toda una experiencia histórica del movimiento obrero brasileño y particularmente paulista, que se refleja en una ideología determinada. Esta ideología, que contradice la tradición populista predominante hasta 1964 por lo menos, es lo que distingue el liderazgo sindical "auténtico", particularmente de los metalúrgicos de São Bernardo y ayuda a entender su estrategia de lucha.

Del mismo modo, la ideología de la ayuda mutua y de negativa de la patraña política de concesiones materiales a cambio del voto, que hoy domina el nuevo movimiento de los barrios, emana de las CEBs, cuya concepción del mundo tiende a oponerse a compromisos con las estructuras políticas vigentes. Esta ideología confiere personalidad propia a los movimientos y facilita su afianzamiento en acciones comunes, al mismo tiempo que mantiene su liderazgo en las manos de los que comparten esta ideología, la aplican a situaciones concretas y la difunden.

Una vez formuladas las reivindicaciones, las luchas se desdoblan, el número de personas participantes crece, hasta que victorias —en general parciales— son conquistadas. Fue significativa, por ejemplo, la victoria del movimiento sindical en 1978 al conseguir

que fuese considerablemente reducida la represión al derecho de huelga. Fue significativo también que el movimiento contra la parcelación clandestina haya conseguido regular la situación en cuanto a la propiedad del suelo en algunas comunidades, como resultado de presiones masivas, confirmando así la efectividad de su táctica. Los demás movimientos, en su fase actual, tienen como principal victoria para resaltar, la continuidad de su existencia a pesar de la represión desencadenada contra ellos.

Siendo la apertura política, en el Brasil, muy reciente, es natural que los movimientos sociales de la población trabajadora de São Paulo estén todavía en sus estadios iniciales. Pero casi todos ellos tuvieron historias pasadas de ascenso, conquista de victorias y decadencia, sea a través de su institucionalización, sea por obra de la represión.

Autonomía e institucionalización de los movimientos sociales

La perspectiva de institucionalización se aprecia en la medida que la movilización realizada por cada movimiento le confiere peso político, lo cual lleva a los partidos en el poder, a intentar retener su liderazgo mediante concesiones mínimas en el plano socio-económico y político. En este sentido resulta instructivo recordar lo ocurrido, durante el período democrático comprendido entre 1945 y 1964, con el movimiento sindical, por ejemplo. En 1946, el gobierno desencadenó fuerte represión contra el movimiento obrero, promoviendo intervención en un vasto número de sindicatos y anulando, en la práctica, el entonces recién conquistado derecho de huelga. Esta represión fue mantenida hasta 1951, cuando asumió la presidencia Getúlio Vargas, electo el año anterior por el voto de protesta de las masas trabajadoras de las ciudades. El nuevo gobierno mantuvo por algún tiempo las intervenciones en los sindicatos, pero el movimiento de las oposiciones sindicales creció y llegó a conquistar la dirección de varios sindicatos importantes; las huelgas volvieron a ser hechas, las cuales gracias a la menor represión, tendieron a ser victoriosas.

Todo esto culminó en 1953, en la gran huelga de los metalúrgicos, textileros, gráficos y trabajadores del vidrio, que paralizó el parque fabril de São Paulo durante casi un mes. Después de esta huelga victoriosa la

mayoría de los sindicatos pasó a ser dirigida por líderes democráticamente electos y muchos órganos de clase pasaron a desarrollar todo tipo de luchas en defensa de los intereses de sus afiliados, siendo la huelga la principal arma empleada en estas luchas. El movimiento alcanzó diversas victorias, que van desde reajustes salariales periódicos, proporcionales al aumento del costo de vida, hasta el 13º salario y la participación obrera en la dirección de los órganos de seguridad social.

En la medida en que los gobiernos pasaron a depender del voto popular, sobre todo de las masas urbanas, varios partidos políticos pasaron a cortejar los nuevos líderes sindicales y un cierto número de sus miembros llegó a ser electo en los legislativos federal y de los estados. Los liderazgos sindicales pasaron a coordinarse en los planos estatales y finalmente nacional, empeñándose en la lucha por la posesión de Joao Goulart en la presidencia de la República, en 1961, y prestando cierto apoyo a su gobierno, hasta su deposición en 1964.

Lo que interesa aquí es mostrar que, a medida que el movimiento obrero ampliaba su movilización, sus líderes eran llevados a aliarse con las fuerzas de la situación, a cambio de concesiones en su mayoría verbales —apoyo a las “reformas de base”— sin que la política económica puesta en práctica beneficiara la gran mayoría de los asalariados. Es sabido que, de 1961 en adelante, los salarios reales se deterioraron debido a la aceleración del proceso inflacionario y la renta se concentró más en detrimento de los trabajadores menos calificados.

Es obvio que la decadencia del movimiento obrero, a partir de 1964, fue debida a la brutal represión desencadenada contra él por el gobierno militar. Pero no se puede dejar de reconocer que, incluso antes del golpe, el movimiento obrero se encontraba en un impasse, pues a pesar de su influencia se mostró incapaz de formular un proyecto para el país que contuviese soluciones consistentes con las contradicciones que afectaban a los trabajadores.

El actual movimiento obrero es, de cierta forma, heredero tanto de los aciertos como de los errores de la fase anterior. Lo mismo se da con el actual movimiento de los barrios, que encontró la mayoría de las antiguas Sociedades de Amigos de Barrios (SABs) enteramente dominadas por políticos ligados al partido de gobierno, pues estas

entidades tuvieron en su origen una historia de militancia que había suscitado amplias luchas populares. Lo mismo puede decirse en relación con el movimiento feminista que en su fase anterior, alcanzó una victoria decisiva como es la conquista del derecho de la mujer de votar y ser elegida.

En muchos de estos casos, el éxito inmediato de los movimientos, o sea, la amplia movilización de las bases acarreó su “reconocimiento” por el Estado, lo que permitió algunas victorias concretas, pero al mismo



La adhesión de estos movimientos a alguna agrupación política, que ocupa el poder o lo anhela, sólo tiene sentido si desarrolla una práctica que, de hecho, lleva a la eliminación de estas contradicciones, lo que implica la lucha consecuente por una sociedad sin clases.

tiempo ocasionó la atracción de estos movimientos o de parte de sus líderes hacia el gobierno o hacia los partidos en que predominaba la representación de los intereses de las clases dominantes. Es importante considerar que igual una victoria tan importante como la conquista de los derechos políticos por las mujeres, no impidió que ellas continuasen siendo discriminadas en el trabajo y oprimidas en el seno de sus familias. Del mismo modo, la aprobación de la Ley Afonso Arinos contra la discriminación racial

contribuyó muy poco para que su práctica entre nosotros fuese prohibida.

Lo fundamental es que los movimientos sociales de la población trabajadora no consiguieron aprovechar las oportunidades ofrecidas por el régimen democrático-electoral, que prevaleció, con altibajos, entre 1945 y 1964, para establecer una representación propia y fiel a los intereses de clase de sus bases, en el plano político. Ahora que la perspectiva de redemocratización una vez más se reabre en el país, la misma problemática resurge. Se trata de comprender que, en una economía capitalista, hay posibilidades de conquistar derechos formales y mejoras materiales para los pobres y discriminados, pero estos derechos y mejorías se muestran efímeros frente a las tendencias a la concentración del poder y de la riqueza inherentes a ese tipo de economía. Hay hoy un vasto acervo, tanto en el Brasil como en otros países, de tentativas fracasadas en el sentido de volver el capitalismo económicamente más igualitario y socialmente más justo. Se concluye pues, que movimientos que luchan por estos objetivos necesitan examinar su propia historia y, a partir de esta experiencia y de la experiencia histórica general, procurar verificar si sus fines últimos son alcanzables en los límites del capitalismo.

A partir de un cierto momento, cuando la movilización consigue reunir un número suficiente de interesados, el movimiento formula sus reivindicaciones. Estas reivindicaciones emanan, sin duda, de las necesidades sentidas por la categoría social en movimiento, pero son formuladas en términos de un discurso ideológico, que es el patrimonio común del grupo que tomó la iniciativa y que, generalmente, retiene el liderazgo del movimiento.

Además, es preciso reconocer que una retórica anticapitalista poco resuelve si ella no es expresión de una práctica consecuente. Es común que la ideología que inspira movimientos sociales contenga anhelos de igualdad y libertad solamente realizable en una sociedad socialista. Pero tales anhelos, en general, no se traducen en demandas inmediatas. Se crea así la común barrera entre objetivos próximos y fines últimos. Se supone, en general, que los fines últimos sólo son realizable a partir de una “toma del poder” que permita la eliminación rápida y total de todas las estructuras de explotación y de dominación. Como esta toma del poder es un objetivo a largo plazo, ella es utilizada para justificar una práctica engañosa de apoyo político por concesiones inmediatas y que tienden, como fue visto, a tener casi sólo valor simbólico. En la medida en que la lucha por el poder se coloca en un futuro todavía distante, la política practicada en el día a día acaba reforzando la estructura de poder existente, al incluir en ella miembros de los liderazgos de los movimientos sociales de las clases subalternas, sin que la situación de los que constituyen la base de estos movimientos mejore significativamente.

Participación directa o delegación de la iniciativa

No tiene sentido suponer en forma fatalista que la historia siempre se repite, pero para que ella no se repita es necesario un esfuerzo deliberado para cambiar el pasado. Se trata entonces, de reformular menos toda la teoría que de aproximar la práctica a los principios teóricos. Si el sentido de los movimientos sociales de la clase trabajadora es aumentar la participación de la misma en la renta y en el poder de decisión tanto económico (en las empresas, reparticiones, etc.) como social (en las escuelas, iglesias, etc.) y político; es fundamental que esta participación se dé, en primer lugar, *en los propios movimientos*. La exclusión de los trabajadores de los centros de decisión no depende sólo de obstáculos estructurales externos; ella se da también primordialmente debido a la falta de preparación del trabajador, debido al hecho que, desde la escuela, él es entrenado para obedecer órdenes, cuyo sentido no le es dado entender, y a no participar de las decisiones que afectan su vida. La hegemonía burguesa es garantizada en el capitalismo no sólo por la violencia organizada del Estado, sino por el continuo condicionamiento de la gran mayoría del pueblo a permanecer pasiva y a esperar que “los de arriba” resuelvan sus problemas. Quebrar esta hegemonía requiere, antes que nada, deshacer este condicionamiento, capacitando a los trabajadores para intervenir activamente en las decisiones que los afectan. Esto presupone un proceso de sistemática re-educación de los trabajadores, que sólo puede ser llevado a cabo en los movimientos sociales, que se originan de las contradicciones entre las necesidades de la clase obrera y el orden social vigente.

Cada vez que los trabajadores hacen huelga, cada vez que madres de familias obreras ocupan una oficina de la alcaldía, cada vez que una demostración de masas interrumpe el tránsito, la hegemonía de la clase dominante es cuestionada y miembros de la clase dominada intentan tomar su propio destino en las manos. Es este el sentido más profundo de los movimientos sociales de las llamadas “clases subordinadas”: la negativa a la subordinación. Pero, cuando la distancia entre cúpula dirigente y bases se alarga, cuando las decisiones referentes a la línea de acción son tomadas por los dirigentes y después “bajadas” a las bases, cuando éstas son educadas a alimentar fe ciega en las directivas, al mismo tiempo que las inevitables divergen-

cias entre dirigentes son resueltas “entre cuatro paredes”, sin que las bases tengan conocimiento y digan la última palabra sobre ellas, esta misma subordinación que es negada en el plano oficial más amplio, es reproducida en el propio movimiento de insubordinación.

Este tipo de práctica es tradicional en los movimientos sociales de la población trabajadora y encuentra su justificación en la necesidad de ahorrar tiempo “perdido” en debates y de preservar la unidad del movimiento, teniendo en mira fortalecerlo siempre más, hasta la “toma del poder”, son prácticas autoritarias que dan a los dirigentes el poder de hablar y negociar en nombre de las bases, facilitando su alianza con los que se encuentran en la cúpula del poder estatal. El impasse de los movimientos sociales de antes de 1964 se explica, en buena parte, de esta manera. Predominaba entonces una concepción militar de la lucha política, según la cual a las tropas de las clases dominantes se oponía el ejército del pueblo, cuya victoria final dependía de su unidad, de su disciplina y de su cohesión alrededor de la dirección. En cuanto a la victoria final, no estaba a la vista, esta unidad, esta disciplina y esta cohesión servían a las directivas para negociar con el “enemigo”, en general cerrando alianzas con sectores de las clases dominantes e integrándose, a los pocos, en la estructura de poder.

No hay, obviamente, recetas que “vacúen” los movimientos sociales contra estos peligros. Es reconfortante verificar que en su práctica actual en São Paulo hay un nítido esfuerzo para evitar las múltiples formas de autoritarismo. En este sentido, las CEBs (Comunidades Eclesiales de Base) sustentan propuestas más avanzadas: que los “ministros” sean ejercidos en forma rotativa por los participantes y que se procure evitar la distinción entre cúpula y base. También en los movimientos de barrios, directamente inspirados por las CEBs, se puede notar la preocupación de abrir el proceso decisivo a las bases, insistiéndose en una práctica que eduque los miembros para asumir las decisiones. En lo que se refiere al movimiento sindical, la polémica que hoy se ventila alrededor de la representación de los trabajadores en las empresas —mediante “comisión de fábrica” o “delegado sindical”— toca de cerca el problema. Se trata de dar al trabajador una participación directa en las decisiones sobre el qué reivindicar y negociar con el patrón, participación ésta que podrá ser transforma-

da en su opuesto si el delegado sindical fuera nombrado por la dirección del sindicato para, en el fondo, controlar las bases en la fábrica y llevarlas a respetar los acuerdos celebrados entre los sindicatos de empleados y de patronos.

El corto y el largo plazo

Sería importante, por otro lado, que los movimientos sociales, además de formular reivindicaciones inmediatas, se preocupasen en definir también “programas máximos”, o sea, el conjunto de medidas económicas sociales y políticas que tendrían que ser adoptadas para que hubiese plena satisfacción de sus demandas. Este tipo de preocupación es importante para ampliar las perspectivas de estos movimientos tendiendo a superar el inmediatismo de las reivindicaciones que buscan primordialmente aliviar situaciones apremiantes de penuria. Si esta discusión fuese llevada a las bases, ella permitiría su concientización respecto al carácter inevitablemente limitado de las concesiones obtenidas en comparación con su eventual precio político. Sin esta concientización de las bases, hay siempre la posibilidad de que ellas lleguen a desinteresarse de la lucha tan pronto son conquistadas algunas victorias parciales.

A título de ejemplo, el movimiento obrero-sindical enfrenta, en el momento, una dura lucha por los derechos básicos de huelga, de autonomía sindical, de libre y directa negociación colectiva de salarios y condiciones de trabajo con los patronos, de representación de los trabajadores a nivel de empresa. Es, en la mayor parte de los casos, una agenda amplia y aparentemente difícil de realizar, pero, en el fondo, no se trata más que de recuperar derechos ya usufructuados por el movimiento obrero brasileño, entre 1953 y 1954. En la marcha de una eventual re-democratización, la recuperación de estos derechos podría reproducir el impasse en que se encontraba el movimiento obrero en las vísperas del golpe militar, a menos que él esté provisto de un programa de más largo alcance que podría incluir desde la constitución de una o más centrales sindicales hasta la instauración de un efectivo control obrero de la producción. Con un programa de estos, será más difícil encasillar políticamente los nuevos liderazgos sindicales, con pocas y restringidas concesiones a la masa obrera.

Como se vio, en el análisis de partidos y sindicatos, la participación de los trabajadores en estas entidades es sumamente restringida. En realidad, estos organismos no constituyen movimientos sociales en sí mismos, pudiendo, sin embargo, ser terreno de actuación de movimientos que persiguen precisamente ampliar en ellos la participación de la clase trabajadora.

Lo mismo es válido para los demás movimientos sociales, cuya finalidad básica es, de verdad, eliminar las contradicciones que les dan origen. La adhesión de estos movimientos a alguna agrupación política, que ocupa el poder o lo anhela, sólo tiene sentido si desarrolla una práctica que, de hecho, lleva a la eliminación de estas contradicciones, lo que implica la lucha consecuente por una sociedad sin clases.

No se trata, por lo tanto, tan solo, de encontrar un "espacio político" en que los movimientos sociales de la población trabajadora se puedan representar. Para que estos movimientos puedan cumplir su finalidad, ellos tendrán que, más temprano o más tarde, suscitar la formación de partidos, que tengan como programa y como práctica tan-

tos de barrio y de grupos discriminados). Como se vio, en el análisis de partidos y sindicatos, la participación de los trabajadores en estas entidades es sumamente restringida. En realidad, estos organismos no constituyen movimientos sociales en sí mismos, pudiendo, sin embargo, ser terreno de actuación de movimientos que persiguen precisamente ampliar en ellos la participación de la clase trabajadora. Constituyen por lo tanto movimientos voluntarios de la población trabajadora las oposiciones sindicales, los liderazgos sindicales "auténticos" y los diversos grupos generalmente ligados a los movimientos de periferia, que procuraron conquistar espacio en el seno del partido oficial de oposición.

Dirigidos y dirigentes

Constituye un rasgo común de muchos de estos movimientos la distinción entre los "organizadores" y los que forman sus bases. Estas bases provienen del grupo social cuyos intereses son defendidos por el movimiento. Tales intereses no son atendidos por la estructura socio-económica vigente, lo que da lugar a la contradicción que motiva el movimiento. La contradicción pre-existe al movimiento muchas veces por largo tiempo. El movimiento no surge espontáneamente, tan pronto la contradicción se manifiesta. Ni surge cuando, eventualmente, la contradicción se agudiza, aunque este hecho torne más favorables las condiciones objetivas para su aparición y desarrollo. Un movimiento social de las clases explotadas es siempre resultado de un esfuerzo deliberado, de una "iniciativa", que es tomada por personas, pertenecientes o no a estas clases, generalmente motivadas no sólo por la contradicción específica sino por las *ideologías*. Son personas que tienen una concepción de vida, religiosa o laica, que las lleva a rechazar un orden social que se caracteriza por fuertes desigualdades tanto en el ejercicio del poder como en el usufructo de los resultados de la producción social.

No importa aquí discutir de qué modo estas personas adquieren concepciones de vida que las motivan a comprometerse en luchas sociales. El hecho es que lo hacen y son ellas quienes "organizan" los movimientos sociales de la población trabajadora. Conviene señalar que casi nunca hay un vínculo orgánico entre los propósitos específicos de cada movimiento social y los que toman la iniciativa de su organización. Esta vinculación es, en la mayoría de las veces,



to la preparación de los trabajadores y grupos oprimidos para efectivamente participar del poder como la destrucción de todas las barreras que se oponen a esta participación.

La economía interna de los movimientos sociales

Los movimientos sociales de la población trabajadora son iniciados, en general, por grupos limitados de personas, ideológicamente motivadas a comprometerse en la defensa activa de los intereses de esta población. A este respecto, hay que distinguir entre "movimientos" institucionalizados por el Estado (como partidos y sindicatos) y movimientos espontáneos (como los movimien-

circunstancial: el lugar de residencia, la relación de empleo o el ejercicio profesional pue- de crearla. Esto no quiere decir que estas circunstancias sean fortuitas. Quien se em-peña en organizar una oposición sindical lo hará, naturalmente, en el sindicato al cual está afiliado, en función del empleo que tenga. Quien participa de la organización de un movimiento de barrio en general vive en el mismo. Lo mismo vale para comunidades de base. Son mujeres que organizan movimien-tos feministas y negros los que organizan movimientos contra la discriminación racial. Lo que interesa, es que las personas ideológicamente motivadas pueden estar tanto en uno como en otro movimiento. Y no es raro que las mismas personas sean organizadoras de más de uno. Miembros de CEBs organizan movimientos de periferia y oposiciones sindicales. Organizadoras femi-nistas comúnmente militan en sindicatos, empeñándose en la realización de congresos de mujeres metalúrgicas, químicas, etc. Y sindicalistas actualmente están empeñados en la organización de un partido político.

Esta disponibilidad general de los organizadores los distingue nítidamente de la base, que es motivada por la contradicción específica. Los participantes de base, en general, no tienen una concepción de vida bien articulada. Sus condiciones de vida son difíciles y ellos tienen urgente necesidad de mejorarla. Su participación es, en este sentido, con-dicionada al éxito o fracaso del movimiento. Es común que tanto el uno como el otro ocasionen un alejamiento de las bases. El éxito en la conquista de reivindicaciones mate-riales reduce la motivación de los miembros de la base, algunos de los cuales, tienden a recogerse, satisfechos, a sus vidas privadas. El fracaso, acompañado muchas veces por represión, tiende a desanimar las bases, lle-vándolas a la convicción de que nada puede ser hecho, a partir de su propio esfuerzo, para cambiar la situación en que se encuen-tran.

Una característica que distingue organiza-dores y bases es la motivación. Además de tener ideología, los organizadores tienden a realizarse, como individuos y como grupo, mediante su participación en los movimien-tos, que se tornan para ellos, al menos psico-lógicamente, fines en sí mismos. Como dice Janise Perlman, "para los organizadores de grupos de acción directa, el propio proceso de organización es casi una forma de vicio". Y más adelante: "la gratificación del ego, el sentimiento de poder y la sensación de 'mo-

ver las masas' y de realización son recom-pensas en sí"¹. Estas son observaciones de los movimientos sociales norteamericanos que, sin duda, se aplican también en gran medida a los movimientos sociales que tie-nen lugar entre nosotros.

Es innegable que, idealmente, se pretende, en todos los movimientos sociales, que la motivación de los organizadores se transmi-ta a las bases. Hay, algunas veces, esfuerzos educacionales específicos con este objetivo. Pero en la mayor parte de los casos esta distinción se mantiene. La transmisión ideo-lógica alcanza a un reducido número de miembros que, en consecuencia, ascienden de la base para posiciones de liderazgo secundario o (menos frecuente) principal del movimiento, pasando a integrar el grupo de los organizadores. Pero el resto de las bases tiende a quedar como estaba: motivada ape-nas y fundamentalmente por las necesidades inmediatas, guardando tan solo vestigios de las naciones ideológicas aprendidas y que aparecen ocasionalmente en su conversa-ción, participando de hecho de forma esen-cialmente pasiva de las decisiones.

La permanencia de barreras entre organiza-dores y bases no siempre es intencional y se debe a factores tanto objetivos como sub-jetivos. Entre los factores objetivos es preciso resaltar las condiciones materiales de vi-da que impiden a los trabajadores dedicarse a actividades de estudio y debate, indispen-sables para la adquisición de conocimientos básicos para formar una concepción de vida. La baja escolaridad, las largas horas gasta-das en el trabajo y en la conducción y que no dejan tiempo ni energía para otras activida-des son impedimentos materiales de difícil superación. A éstos es preciso acrecentar acti-tudes, tanto de organizadores como de las bases, de *aceptación* del hecho de que "algu-nos" se interesan más por los aspectos teóri-los generales y por eso "naturalmente" son llamados a desempeñar tareas intelectuales, al paso que los demás son prácticos y por eso les corresponden las numerosas y extenuan-tes tareas materiales. Este tipo de actitud lleva a muchos a desdeñar las actividades de estudio y debate, que se proponen llevar a las bases la comprensión de los objetivos más generales del movimiento, y a valorar las acciones "concretas" como si fueran las úni-cas capaces de producir resultados ■

Una característica que distin-gue organizadores y bases es la motivación. Además de tener ideología, los organizado-res tienden a realizarse, como individuos y como grupo, mediante su participación en los movimientos, que se tornan para ellos, al menos psicoló-gicamente, fines en sí mismos.

1. Perlman, J., "Grassrooting the System", Social Po-licy, New York, 1976.

Sociólogo, Universidad Católica, Lima. Investigador del Centro de Estudios y Programación del Desarrollo (Desco), Lima, Perú. Profesor visitante U. de los Andes.

Ciudad latinoamericana y crisis

Gustavo Riofrío Benavides

1. Los retos a la nueva ciudad

Y a era hora que se reinicie una discusión sobre la ciudad latinoamericana. Poco a poco había caído en desuso la mención a las ciudades del continente debido, entre otras razones, a que el discurso generalizador iniciado en los estudios sobre la urbanización en América Latina databa de los años sesenta. Ya estaba algo viejo. Su utilidad, además dejaba de tener sentido cuando la discusión acerca de nuestras ciudades fue enfatizando aspectos particulares a cada realidad o aquellos temas sectoriales que constituyen aspectos nuevos por ser tratados y sobre los cuales hay ya bastantes avances.

Estos temas, ya no tan nuevos, señalan importantes retos que tanto los habitantes de las ciudades como los profesionales que trabajan sobre temas urbanos tienen que responder en los años que nos toca vivir.

Entre ellos, podemos destacar los siguientes:

— La necesidad de encontrar estrategias de solución de los desequilibrios urbanos de ciudades segregadas.

— Las experiencias de participación ciudadana en el manejo de los barrios, que proponen retos ahora muy precisos a la participación en los gobiernos locales, ahora foco de atención en las ciudades.

— La necesidad de un manejo más flexible, desapasionado y, por ello, acertado de los instrumentos de planificación urbana. Ello se ha producido, infortunadamente, en contextos muy puntuales. No obstante, ahora ya desmitificada, la planificación urbana



puede enfrentar mejor los retos de ciudades medianas y grandes.

— Los variados modos de producir en las ciudades y su articulación ya no son secreto. A pesar de mitos aún en auge, hay tendencias que se acercan a

las formas llamadas "informales" presentes en las economías urbanas que intentan caracterizarlas en términos realistas.

— El centro de las ciudades es ahora revalorado en términos más com-

plejos que aquellos presentes al solicitar dineros internacionales con fines de expulsión de habitantes y preservación de monumentos históricos. No obstante, la ejecución de tales programas en una perspectiva que considere el conjunto de los fenómenos que acontecen en dichos centros es todavía una experiencia por recorrer.

— Etcétera.

2. ¿En qué contexto se tienen que enfrentar estos problemas?

Más allá de los difíciles retos que se plantean a las ciudades latinoamericanas de ahora, hay un tema general que debiera plantearse: ¿en qué contexto urbano se plantean los problemas? ¿El escenario de nuestros análisis puntuales es el mismo que aquel de las décadas anteriores?

¿Hay modificaciones cualitativas en nuestras ciudades para ser tomadas en cuenta?

Hecha la pregunta, la respuesta inmediata alude a las situaciones socioeconómicas generales imperantes en nuestro medio y no debe sorprendernos que se hable de las crisis existentes. El tema de la crisis —en el sentido que nos interesa referirnos es el de la inestabilidad política o económica, el de la violencia y todas las demás características ahora agobiantes en nuestras ciudades. Interesa referirnos a las implicaciones urbanísticas de dichas características. Interesa en este artículo referirnos a lo que constituyen diferencias específicas entre la crisis general que se vive en nuestras sociedades y sus manifestaciones en el modo como crecen nuestras ciudades.

La crisis aparece ahora como un tema manido, que se trabaja de manera superficial. Pronto nos faltarán los adjetivos para referirla. En el importante tema de los déficit de vivienda, por ejemplo, la inoperancia de las políticas en larga vigencia es tal que ya resulta ocioso detenerse en las cifras. Estas cifras aumentan tanto que a veces pierden el significado para quien no está directamente interesado en el tema. Con mayor frecuencia se utilizan los porcentajes para expresar las alarmantes realidades. Allí donde se utilizan muchos porcentajes, se vuelven a utili-

zar las cifras absolutas para impresionar con su magnitud... Sin embargo, la crisis es tal que las cifras ya no sirven para mostrarla. Se apela entonces a dramáticas descripciones que tratan de expresar todo lo que se esconde en las frías cifras. Nos acercamos a la literatura conscientes que se trata de conmover al lector. Esa "literatura" ya resulta tema conocido para muchos, y tiene que ser de muy buena factura para que el interesado no rechace su lectura.

Es que se necesitan nuevos modos de mostrar la realidad ya no solo de los déficit de vivienda sino de la situación del conjunto de nuestras ciudades para

por tanto, la compilación de informaciones alarmantes la que nos proporcionará la radiografía de nuestras ciudades. Más se podrá obtener si nos interrogamos por aquellas modificaciones urbanas generales que configuran un nuevo contexto, una nueva situación urbana general, que le da nuevas características a aquellos problemas que —como el déficit de la vivienda— ya conocemos.

3. Las posibilidades de "replicar" nuestras ciudades

Una de las preguntas acerca del nuevo contexto en que se presen-



motivarnos? ¿O es que más que formas de expresar la crisis hay nuevos conceptos que la colorean y que son los que le darán la fuerza explicativa y movilizadora de que ahora se carece?

En realidad, lo que sucede es que, como se sabe, estamos ante crisis cualitativas en la provisión de alojamiento adecuado, en el manejo de las ciudades, en la redistribución de la riqueza social y generación de empleo, en la atención de los servicios públicos y en la provisión de infraestructura básica que configuran un nuevo contexto, distinto del que estamos acostumbrados a percibir como el actual. No es,

tan los problemas de las grandes ciudades latinoamericanas de nuestros días tiene que ver con su "modo de producción". Ellas han crecido —con todos sus problemas— de una particular manera difícil de reeditar ahora.

Entre esos importantes cambios modificadores del contexto tenemos los siguientes:

— Los movimientos demográficos ya no son los de antes. En la mayoría de nuestras ciudades ya pasó la sorpresa de enterarse por medio de los censos que la tasa de crecimiento de las grandes ciudades ha bajado, respecto del período anterior. Tasas por encima del

5% se reducen al 3% o menos en ciudades como Lima y Bogotá. Es cierto que la cifra absoluta sigue siendo impresionante, pero también lo es que nos acercamos a la estabilidad demográfica prevista por los estudiosos como una meta de los procesos de urbanización. Ya no tanto familias con 5 hijos, sino familias con menos prole y, por tanto, con distintas necesidades de espacio. Es más, empiezan a aparecer fenómenos de migración de retorno. Aunque en cantidades muy pequeñas, la emigración de las grandes ciudades empieza a tener un peso sobre el modo de percibir la vida en ellas: hay gente que se va de ellas.

— Los pobres que demandan vivienda no son los de antes. En los años sesenta, por ejemplo, era frecuente observar a los migrantes pobres, irrumpiendo en la vida urbana. Ellos se incorporaban al mercado de trabajo como mano de obra no educada y no calificada. Ellos autourbanizaban y autoedificaban sus viviendas. Los pobres de hoy no son solamente los migrantes. Es más, la mayoría de ellos son nacidos en las grandes ciudades. Son hijos de migrantes, pero no migrantes. Ellos son ciudadanos de nuestras metrópolis, criados en ellas, que se acercan al problema de la vivienda de un modo diferente, más de “clase media”, si se quiere. Son mano de obra desempleada, pero no descalificada. Ya no saben asentar un ladrillo o un adobe encima de otro, como —siempre se supuso— sabían sus padres. Además, ellos viven la ciudad de un modo diferente. Para ellos la gran ciudad hostil y popular —sin otro punto de referencia— su hábitat natural, algo distinto sucedía con los migrantes de los años cincuenta y sesenta.

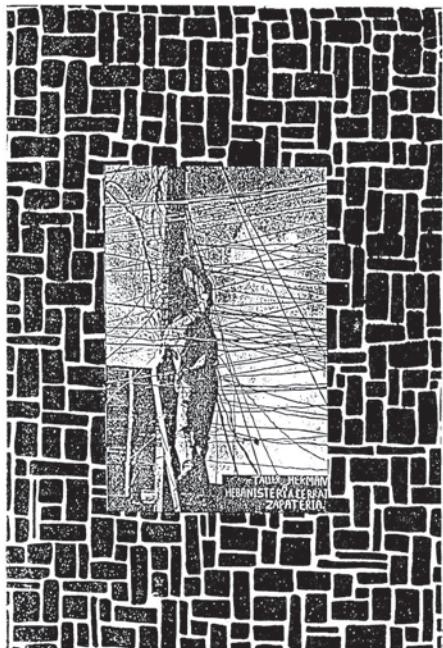
— La situación económica no es la de antes. Ya no estamos en la etapa del “boom” de postguerra, sino en la de la crisis económica. Un porcentaje de los pobres pudo autoexplorarse y edificar su vivienda en los barrios populares piratas o de invasión. Vecinas a las viviendas semiprecarias de muchos pobladores de los años sesenta y setenta, encontramos edificaciones de más de una planta que atestiguan del ahorro en ladrillos logrado a través de décadas de esfuerzo. La mejora en el

empleo y la situación económica de miles de familias se mostró en el mejoramiento y la consolidación de los barrios. Las posibilidades de un sector de la demanda no solvente en vivienda de mejorar su casa y su barrio disminuyen en nuestros días.

— La autourbanización y la autoconstrucción tendrán que modificarse sustantivamente para que puedan ser repetidas [aun en las pésimas condiciones de ahora] por jóvenes urbanos escolarizados y pobres sin expectativa o con expectativa, pero sin el entusiasmo de la generación anterior.

— El tamaño de las ciudades no es el de antes. Como ha sido observado, nuestras ciudades han ocupado un espacio histórico determinado y ahora se prestan a ocupar otro. Ya no se trata de la ciudad del siglo pasado y los poblados y villas ahora conurbados, sino de vastas extensiones que ahora limitan con nuevos obstáculos naturales. Hasta los pobres perciben que no deben irse más lejos. Ningún sistema de transporte puede movilizar a cientos de miles de personas de ciudades dormitorio a un solo centro importante. El reuso de la ciudad ya construida se abre paso frente a la habilitación de nuevos terrenos, ante apocalípticas predicciones sobre las deseconomías de escala que ocurrirían de seguirse creciendo en extensión. Mal que bien —y la diferencia estriba en las políticas que se adopten— la ciudad de los ochenta se está edificando encima de la de los sesenta. El habilitador legal o ilegal de terrenos en los límites de la ciudad actual empieza a perder la vigencia que antes tuvo. El especulador en “terrenos de engorde” deja de ser especulador y se transforma en acaparador. Y eso está penado por todas las leyes de Latinoamérica.

— Por todo lo anterior, los barrios populares —que jugaron el rol de válvula de escape ante la incapacidad de producir vivienda y ciudad para las mayorías— ya no se podrán formar ni consolidar del modo como hasta ahora. Ellos ayudaron a sacar a nuestras ciudades de su crisis de crecimiento. Ni hay los terrenos apropiados, ni los servicios, ni los pobladores con intenciones de hacerlos crecer como antes. Los nuevos barrios de invasión o loteo pirata tienen otras características y ya no





pueden contener la demanda de los pobres sin techo ni proporcionar salidas a la incapacidad de los actuales dueños de las ciudades. Esta crisis —que no es de crecimiento— ya no se soluciona así.

Las consideraciones anteriores nos llevan a preguntarnos sobre el hecho de si las condiciones de producción de nuestras ciudades siguen siendo las mismas que las de décadas anteriores. La respuesta negativa que sugerimos constituye un nuevo marco de referencia en que pueden encuadrarse las nuevas referencias al contexto de la crisis actual. Nuestras ciudades no se están desarrollando del mismo modo como lo hicieron en las décadas anteriores.

Pensamos que las ciudades de hoy ya no son las “ciudades del boom”, sino las de la crisis. A este nuevo contexto corresponden otras formas de hacer ciudad y otras manifestaciones de la lucha de clases a nivel urbano que deben ser examinados en sus particularidades.

Los viejos esquemas sobre el crecimiento de nuestras ciudades [los migrantes, el rol de los barrios clandestinos o informales, el terreno en los márgenes de la ciudad edificada, las características de la demanda no sol-

vente, etc.] configuran un esquema conceptual que aún ronda nuestros análisis y propuestas, oscureciendo el examen de las tendencias alternativas que se abren paso entre la crisis.

4. La experiencia acumulada

Nuestras ciudades son “inmanejables”. Los problemas nos desbordan. Esa es la visión que sobre la ciudad se tiene en nuestros días. Sin embargo parte del desborde incontrolado de la ciudad se debe a nuevas tendencias que se abren paso entre las viejas. Como no las percibimos como tales, las rechazamos o les tenemos miedo. Sin embargo, los pobres de las ciudades están cada vez más organizados y saben mejor que antes qué es lo que quieren. Sin embargo, los profesionales de ahora —no importa su filiación política— tienen una experiencia acumulada sobre lo que funciona o no, sobre los errores de lo que se hizo en el pasado y hasta sobre las personas individuales que deben [o no deben] participar en la elaboración de políticas y planes alternativos.

La experiencia actual abarca una variedad de aspectos:

1. Se conoce lo sucedido en proyectos de vivienda popular nueva o mejorada, así como las causas de índole técnico y político que los favorecieron o entorpecieron. Los retos de ahora ya no son los de montar un proyecto piloto, sino los de dirigir programas de incidencia en porciones significativas del espacio.

2. Los sectores populares tienen experiencia: su inmediatismo en la lucha por el espacio vital cede paso a una vinculación menos clientelista y más madura con los demás agentes transformadores del espacio. Ya se identifican mejor los amigos y los enemigos, las posibilidades y limitaciones del esfuerzo organizado de los pobladores.

3. Los profesionales con experiencia acumulada, buscan ahora una mejor síntesis urbanas más generales. Aunque no de manera masiva, se empiezan a aceptar e implementar ideas que antes eran solamente planteos teóricos alternativos.

4. Las recientes experiencias de gestión local y municipal, prefiguran gestiones alternativas.

5. El conocimiento de lo que sucede en el conjunto de países latinoamericanos: ahora se conoce la realidad de Villa el Salvador en Lima, del mejoramiento urbano en Moravia, Medellín; de la vivienda barata edificada por una institución privada [la FUNDASAL] en El Salvador, etc. Por lo demás, acontecimientos como el desbarate del Banco Nacional de Habitación del Brasil son conocidos en toda América Latina. La comunicación Sur-Sur y el contacto entre profesionales e instituciones se abren paso y son una realidad.

Para que toda esta experiencia acumulada pueda desplegarse sólo se requiere de una cosa: un proceso de modificaciones políticas sustantivas. Podrá afirmarse que estamos ante una afirmación de perogrullo, pero ello no es así. Antes faltaba esa experiencia, ese conocimiento. Se tenía una intuición, pero no la certeza de ahora en los aspectos prácticos.

Hay que señalar, sin embargo, que el tema de las modificaciones políticas sustantivas sigue constituyendo la cuestión previa de mayor vigencia en nuestras ciudades ●

Jordi Borja

Sociólogo, especialista en asuntos urbanos. Teniente alcalde de Barcelona (España), coordinador del programa "La Democracia Local" del Instituto de Cooperación Iberoamericano (I.C.I.)

Ciudad y Democracia

Jordi Borja

La reflexión actual sobre la población y el futuro de la gran ciudad reúne viejas preocupaciones y propuestas con otras nuevas resultantes de la atención que se preste a los nuevos fenómenos sociales y urbanos. Por una parte continúan existiendo, y agravándose, los problemas tradicionales de las urbes del mundo menos desarrollado: rápido crecimiento sin un ajuste paralelo de las infraestructuras, de la vivienda, de los servicios, y del empleo, con la consiguiente masa de población marginal creciente.

Pero actualmente estos problemas alcanzan situaciones al límite de la catástrofe, tanto por su acumulación y por la vulnerabilidad de las estructuras urbanas construidas, como por el agotamiento de los modelos de crecimiento y por lo tanto el empobrecimiento de una población urbana que expone sus demandas cada vez con mayor fuerza.

La gran ciudad del mundo más desarrollado no estaba exenta de problemas sociales y funcionales; degradación urbana y social de las áreas centrales, suburbios mal integrados y sub-equipados, costo creciente de los servicios urbanos, etc., el impacto de los cambios económicos y tecnológicos han sido particularmente rudo en las grandes ciudades: pérdida de una parte de la base productiva y del empleo, incapacidad administrativa y financiera de mantener los niveles de prestaciones sociales debido al aumento y a la aparición de nuevas necesidades, la extensión de la pobreza y la marginalidad urbanas (el cuarto mundo de las grandes ciudades).

La gran ciudad vive sin duda un momento crítico de su historia.

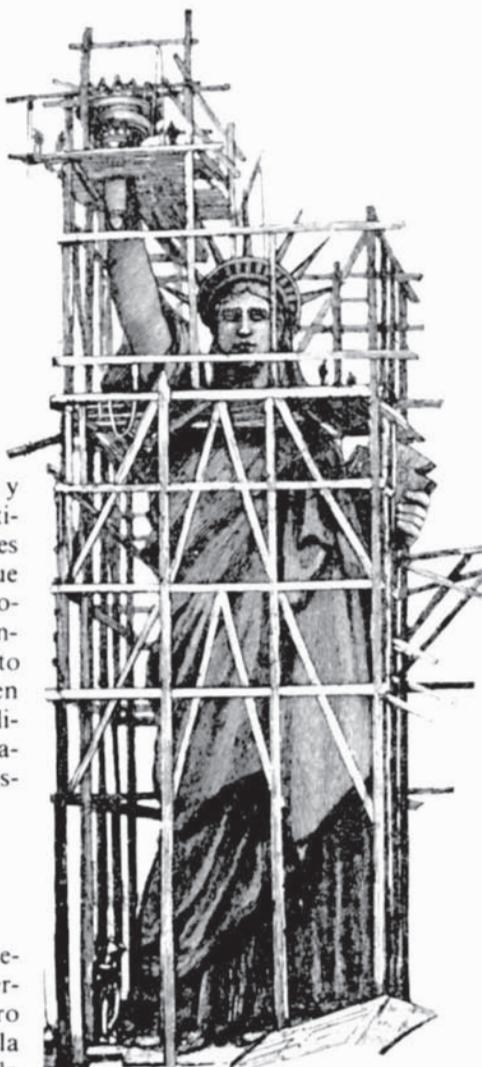
En los países menos desarrollados no es deseable que las grandes ciudades contin-

núen creciendo con los ritmos acelerados y con las formas no planificadas de las últimas décadas. En los países desarrollados es urgente formular una política urbana que conjugue la reconstrucción de la base productiva y de la ciudad existente y la extensión de los servicios compensando el costo de este aumento con una mayor eficacia en la gestión y una mayor cooperación y solidaridad sociales. En ningún caso es aceptable instalarse en una visión pesimista y desesperanzada respecto a la gran ciudad.

Un patrimonio de la humanidad

Reconocemos, como se decía en la Declaración de Roma (Conferencia Internacional sobre la Población y el Futuro Urbano), en 1980, "que históricamente la ciudad ha sido el motor del desarrollo y la fragua de las energías creadoras del hombre... la ciudad ha sido el lugar donde ha florecido la civilización. Creemos que el proceso de urbanización se puede utilizar para lograr el objetivo de la humanidad de alcanzar un progreso justo, pacífico y duradero. Pero, para que así sea, la urbanización se tiene que producir en condiciones planificadas y ordenadas".

El proceso histórico de la urbanización ha creado un producto singular, la gran ciudad, la ciudad gigante. En la gran ciudad el modo de vida urbano —que concentra población y actividades, que multiplica las posibilidades de elección y las ofertas de servicios, que permite la expansión de libertades individuales y de los derechos colectivos— ha llegado a una cima. Pero también se dan en ella problemas muy agudos de desocupación y pobreza, grandes déficit de servicios y de vivienda, disfun-



ciones graves de coordinación y de gestión de las Administraciones Públicas.

Sin embargo la gran ciudad concentra una población diversificada, una infraestructura material y tecnológica, actividades y servicios de todo tipo. Es resultado de una larga historia y es el centro de innovación y de difusión cultural y técnica de su país y de su región. La gran ciudad sirve y hasta cierto punto pertenece no sólo a los que viven en ella sino a los que la usan por razones de trabajo, consumo u ocio. La gran ciudad es patrimonio de la humanidad y los ciudadanos de todo el mundo tienen derecho a ella. La construcción, conservación y reconversión de la gran ciudad es un gran reto, difícil y estimulante, para todos los profesionales y gestores públicos.

Una política de población para las grandes ciudades

Las grandes ciudades han entrado, en su mayoría, en una fase de inflexión de su tasa de crecimiento. En los países más desarrollados las grandes ciudades sólo crecen y de forma relativamente lenta en sus coronas más periféricas. En algunas regiones las ciudades medianas tienden a crecer más rápidamente que las ciudades gigantes. Sin embargo, el hecho más general continúa siendo el del crecimiento de las grandes ciudades, especialmente en los países menos desarrollados, en América Latina, en África y en Asia. La estructura de edades es joven y el crecimiento natural es importante. Esta población joven ejerce una gran presión sobre el empleo y los servicios. La ciudad, además, continúa atrayendo población desde las zonas rurales. Hasta bien entrado el próximo siglo, de continuar las tendencias actuales, las grandes ciudades del mundo menos desarrollado continuarán creciendo con unas tasas superiores previsiblemente a sus posibilidades de crear servicios y empleos urbanos.

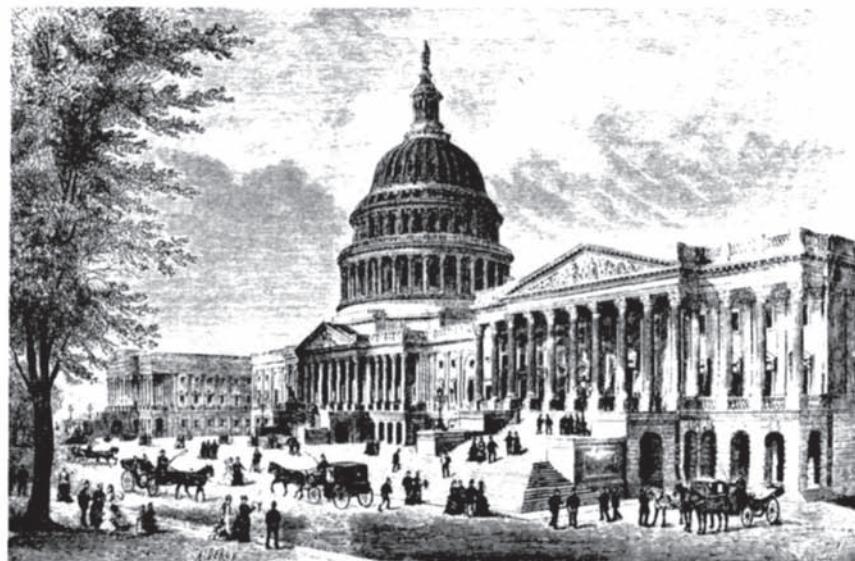
La política de población respecto de la gran ciudad, debe en consecuencia plantearse como mínimo los siguientes objetivos sociales, destinados especialmente a los sectores de la población que sufren mayores déficit:

- Acción social, sanitaria y cultural especialmente en las zonas más deficitarias y marginales, dirigida prioritariamente a las mujeres y a los niños, para actuar sobre la mortalidad infantil y para proporcionar los medios a cada uno, de pla-

nificar la composición familiar deseada.

- Política de desarrollo socio-económico, cultural y urbano en las regiones de emigración para fijar población y frenar la migración a las ciudades gigantes.
- Programas de creación de infraestructuras urbanas básicas, de servicios colectivos y de vivienda popular que se apoyan en la cooperación social de los interesados.
- Políticas urbanas destinadas a crear empleos diversificados para la población de menos ingresos, desocupada o marginal.
- Escolarización de toda la población infantil y promoción de la organización y actividad social, cultural y deportiva de los jóvenes para facilitar su integración, en un marco de diversidad y libertad, en la vida urbana.

La gran ciudad es patrimonio de la humanidad y los ciudadanos de todo el mundo tienen derecho a ella. La construcción, conservación y reconversión de la gran ciudad es un gran reto, difícil y estimulante, para todos los profesionales y gestores públicos.



- Programas especiales dirigidos a la población anciana, a las personas solas y a las minorías étnicas o sociales con problemáticas particulares.

Las grandes ciudades, en especial las de las regiones menos desarrolladas, tienen graves problemas urbanos y sociales pero también poseen un enorme recurso potencial: una población joven, dinámica, creadora, con un enorme afán de vivir y de construir su futuro.

Las políticas de población en relación con las grandes ciudades deben basarse, a nuestro parecer, en tres grandes principios:

- *Libertad de cada persona* para fijar el tipo de residencia deseada, para planificar su familia, para desarrollar su iniciativa social y económica, para participar en la gestión de la ciudad, para mantener

y desarrollar sus identidades de grupo o comunidad y para vivir según sus valores.

- *Derecho* de todos los *ciudadanos* al uso de la ciudad, a tener trabajo, vivienda y servicios básicos en ella, a la movilidad, a la posibilidad de acceder a zonas centrales y monumentales, al ocio y a la cultura urbanas.
- *Validez* de los distintos tipos de *asentamientos humanos*, la gran ciudad, la mediana, la pequeña, la comunidad rural. Las políticas territoriales deben promover el desarrollo del conjunto del país y la posibilidad para todos de vivir en el tipo de asentamiento preferido.
- A estos principios puede añadirse otro, referido específicamente a la *gran ciudad*: *todos* los habitantes de un país o



Las grandes ciudades se enfrentan a profundos cambios de su base productiva. Estas transformaciones son resultado de las reestructuraciones de los procesos de producción, los cambios de especialización a nivel internacional, y las innovaciones tecnológicas.

región deben tener acceso a los beneficios de la gran ciudad independientemente de su lugar de residencia permanente.

La economía de la gran ciudad

Las grandes ciudades se enfrentan a profundos cambios de su base productiva. Estas transformaciones son resultado de las reestructuraciones de los procesos de producción, los cambios de especialización a nivel internacional, y las innovaciones tecnológicas. La transformación de las pautas de localización industrial ha llevado a la contracción de la base manufacturera de muchas ciudades, con el consiguiente aumento del desempleo. Esta pérdida se ha visto en parte compensada por la terciari-

zación de las actividades urbanas, aunque el crecimiento de la población terciaria encubre algunas veces realidades marginales.

La gran ciudad debe plantearse hoy prioritariamente su política económica.

La gran ciudad debe ponerse al frente de los procesos de reconversión económica y por lo tanto, ser sede protagonista del desarrollo de las nuevas tecnologías. La dispersión de las nuevas tecnologías por un territorio no organizado por los poderes locales puede conducir a una gran pérdida del control social sobre los procesos de cambio tecnológico. La gran ciudad puede ser el instrumento de control demográfico sobre las nuevas tecnologías. Al mismo tiempo la gran ciudad debe asumir el reto social de la reconversión económica promoviendo la formación permanente de jóvenes y adultos, y apoyando las iniciativas económicas, sociales o privadas innovadoras.

La gran ciudad debe ser competitiva a escala mundial, para lo cual debe promover grandes proyectos que la ilusionen, movilicen recursos propios y externos y la conviertan en puntos de referencia a nivel internacional, sin que ello signifique la importancia acrítica de modelos externos.

Deben apoyarse los procesos de reconversión económica que multipliquen y diversifiquen las actividades productivas y los servicios socialmente necesarios. La demanda social y en su caso los mecanismos de mercado en otros, verificarán el carácter adecuado de la oferta. En cualquier caso los gobiernos locales apoyarán el desarrollo de las iniciativas económicas de pequeñas y medianas empresas y de la economía social, y promoverá progresivamente la emergencia de la economía informal. Si para las actividades orientadas a la exportación de la gran ciudad debe ser competitiva, para aquellas destinadas fundamentalmente a la satisfacción de necesidades colectivas ciudadanas debe basarse sobre todo en sus propios recursos y cumplir objetivos de generación de empleo y de integración socio-cultural.

Para cumplir con estos objetivos, los gobiernos locales deben hacer una reforma administrativa que sustituya las formas tradicionales de gestión por una actuación por programas y resultados basada en la autonomía de los órganos territoriales y sectoriales, y que haga posible la creación de estructuras ágiles y competentes en el terreno del apoyo y la promoción de la innovación económica y la cooperación so-

cial. Es imprescindible poner al día las fuentes y los métodos de información y potenciar la investigación urbana, puesto que actualmente resultan en gran parte insuficientes e inadecuados, ya que no dan cuenta de las nuevas realidades socioeconómicas y culturales.

La gran ciudad debe hoy incorporar y generalizar el uso de las nuevas tecnologías informacionales como un medio fundamental para alcanzar los objetivos anteriormente expuestos. La promoción de la actividad económica y el desarrollo de la cooperación social en la reconstrucción de la ciudad requiere difundir la máxima información a todos los actores urbanos. La gestión democrática de la ciudad y la lucha contra las tendencias atomizadoras que se dan en ella, exigen, asimismo, intensificar y socializar el uso de las nuevas tecnologías de la información, y facilitar a través de ellas, la comunicación de los ciudadanos con la administración y entre ellos.

La gran ciudad es y debe ser a la vez, un sistema abierto que mantiene múltiples relaciones con el exterior y es altamente influido por éste, y, un sistema cuya cohesión depende de la intensidad de relaciones internas que se dan en ella.

El crecimiento y la urbanización han sido terreno de expansión del llamado sector informal. En un momento en que la gran ciudad debe afrontar la prestación de servicios con escasos recursos, el uso del sector informal y asociaciones de ciudadanos para la construcción de viviendas y la prestación de servicios puede ser una vía alternativa a las políticas tradicionales. No obstante, el sector informal no debería sustituir sino completar y apoyar la necesaria actuación pública para el desarrollo urbano fomentándose a su vez la integración de estas actividades informales en el conjunto de la economía.

La gran ciudad vive y se justifica cada día no únicamente en función de los ciudadanos, sino también por su capacidad de promover el progreso, la modernización y el intercambio en el territorio regional y nacional, en el que desempeña un rol de capitalidad aunque no sea la del Estado. En consecuencia, a la vez que consideramos deseable un desarrollo socio-económico más equilibrado territorialmente y apoyado en un sistema de ciudades, defendemos el patrimonio que la gran ciudad representa y reconocemos las potencialidades que en ella se encuentran para construir una sociedad más justa y avanzada.

Planeamiento urbano

La política urbana debe dar respuesta a un triple reto: mundial, nacional y local.

En el nivel mundial las ciudades gigantes constituyen una red funcional y un patrimonio cultural que el conjunto de la humanidad necesita y que debemos preservar y mejorar.

En el nivel nacional estas ciudades deben integrarse en un sistema de ciudades, grandes, medianas y pequeñas, que promuevan el desarrollo del conjunto del territorio y optimicen las posibilidades de elección y de integración para todos.

En el nivel local la gran ciudad requiere



una política urbana específica a la que vamos a referirnos a continuación.

El planteamiento urbano es el instrumento básico para ordenar o estabilizar el crecimiento, para reconstruir la ciudad existente o integrar las zonas marginales, para promover el desarrollo de las aglomeraciones decadentes o para mejorar la calidad de la vida urbana allí donde se ha degradado o nunca existió.

El planeamiento urbano en las ciudades de rápido crecimiento debe prestar una especial atención a una política de construcción de las infraestructuras básicas y de establecer equilibrios adecuados entre las densidades de población y empleo y la urbanización existente o planeada.

La gran ciudad vive y se justifica cada día no únicamente en función de los ciudadanos, sino también por su capacidad de promover el progreso, la modernización y el intercambio en el territorio regional y nacional, en el que desempeña un rol de capitalidad aunque no sea la del Estado.

El objetivo del urbanismo es construir ciudad, tanto desde un punto de vista físico como socio-cultural, es decir, crear una realidad integrada que proporcione un conjunto de derechos urbanos fundamentales a todos los ciudadanos y que permita progresivamente el uso de la ciudad según el criterio de igualdad de posibilidades.

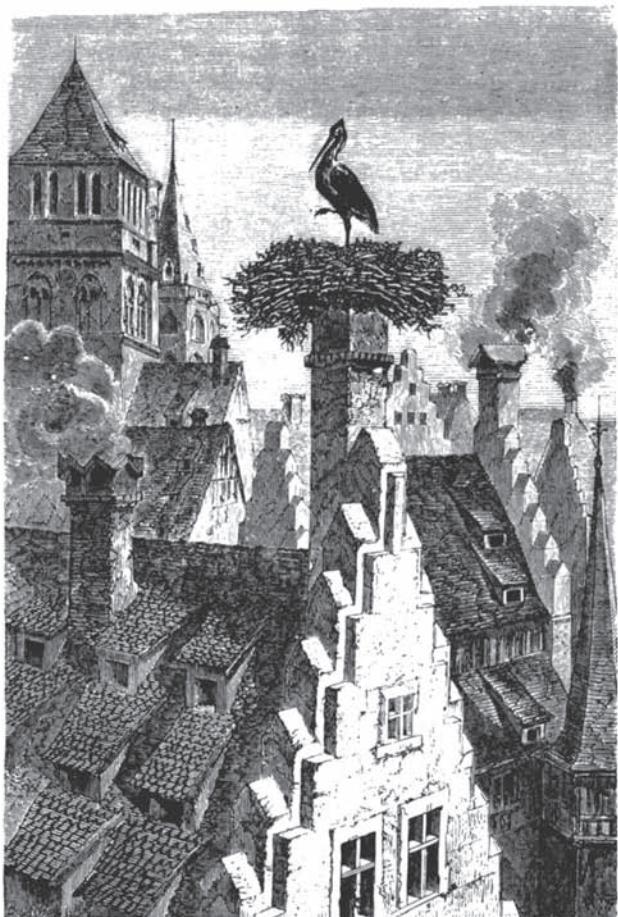
La gran ciudad sufre enormes desigualdades y la justificación principal del planeamiento urbano es combatirlas.

construyendo no únicamente las estructuras urbanas básicas en las periferias marginales e ilegales, sino dotándolas de elementos urbanos de centralidad, tanto físicos como simbólicos.

La política urbana en las ciudades en crecimiento debe basarse en un protagonismo público que impida el desarrollo de problemas especulativos y al mismo tiempo debe establecer mecanismos transparentes de cooperación con los actores privados (usuarios, profesionales, constructores), sin los que no podrá llevar a término la obra ingente que deben realizar.

Las grandes ciudades, en especial aquellas que tienen crecimientos bajos o de población estabilizada, dan prioridad a la reconstrucción y rehabilitación de la ciudad existente. Consideramos que esta política debe plantearse por lo menos los siguientes objetivos:

- Reequilibrar las grandes ciudades y áreas metropolitanas, tanto por lo que respecta a los usos y funciones como a la calidad de vida de población.
- Servir a la reactivación económica de la ciudad evitando los despilfarros de espacio y recursos del pasado.
- Favorecer la comunicación y la intensidad de los contactos sociales, tan necesarios en las sociedades tecnológicamente avanzadas, como en las menos desarrolladas, pues en ambos se dan graves fracturas, segregación y atomización.
- La política urbana de la gran ciudad debe plantearse hoy en combate contra la pobreza y la marginación y contra la tendencia a la privatización de espacios públicos y a la atomización insolidaria y agresiva.
- El nuevo urbanismo, debe potenciar especialmente las culturas urbanísticas características de cada contexto regional y el uso de tecnologías propias adaptadas a la problemática específica de cada ciudad. Por último, y en sexto lugar, queremos expresar nuestra convicción sobre la conveniencia de revalorizar la ciudad como medio físico, ambiental y arquitectónico, elementos fundamentales de la calidad de vida urbana y de la capacidad de atracción de la gran ciudad.



El objetivo del urbanismo es construir ciudad, tanto desde un punto de vista físico como socio-cultural, es decir, crear una realidad integrada que proporcione un conjunto de derechos urbanos fundamentales a todos los ciudadanos.

En cualquier caso la gran ciudad debe asegurar a todos los habitantes una vivienda estable y el acceso a la educación, la asistencia médica, la cultura, el deporte y el ocio, el transporte, el suministro de agua potable y el saneamiento y evacuación de aguas residuales, la protección frente a catástrofes naturales y a los atentados a la integridad de las personas y de sus bienes.

El planeamiento urbano debe superar la dicotomía entre la ciudad legal y la ciudad ilegal, integrándolas progresivamente,

Gobiernos democráticos para las grandes ciudades

El gobierno de la ciudad debe corresponder a *gobiernos locales fuertes* que pue-

dan gestionar la ciudad metropolitana, para lo cual deberá garantizar la correspondiente adecuación entre la urbe real y la organización político administrativa.

Los Estados deben promover una amplia *descentralización* en favor de los *gobiernos locales* los cuales deben asumir tanto las competencias y funciones que tradicionalmente se les han atribuido (urbanismo, equipamientos y servicios, especialmente) y otras que actualmente se considera deseable que se ejerzan de una forma próxima a la ciudadanía (desarrollo socio-económico local, orden público, coordinación de las otras Administraciones públicas).

Las *ciudades gigantes y áreas metropolitanas* deben dotarse de *autoridades locales representativas*, con independencia de que en su seno existan y se consoliden municipios y/o distritos urbanos, con el fin de promover el desarrollo económico, planificar y reequilibrar el territorio, garantizar los grandes servicios públicos y redistribuir —directa o indirectamente— los ingresos en favor de la población más necesitada. La *región metropolitana*, en sentido amplio, requieren por su parte unas estructuras específicas de colaboración entre los Estados (gobiernos centrales o provincias y regionales) y los gobiernos locales.

Los *gobiernos locales* para ser fuertes deben ser *democráticos*, es decir, representativos, basados en la elección popular directa combinando la personalización y la globalidad de la representación, así como la participación de las distintas zonas de la ciudad y de las minorías políticas, sociales y étnicas. Sólo un gobierno local representativo puede aspirar a ejercer legítimamente y con autonomía la autoridad.

Los gobiernos serán *autónomos* no solamente si están liberados de tutelas políticas en el ejercicio de sus competencias y funciones, sino también si disponen de la posibilidad formal y material de establecer normas y tomar decisiones, y además de hacerlas ejecutar. Para lo cual requieren disponer de *medios* financieros, técnicos, materiales, humanos y coactivos propios y suficientes. Pero al mismo tiempo los gobiernos locales no pueden reproducir y ampliar los vicios de las Administraciones públicas tradicionales (burocratismo, despilfarro, etc.) por lo cual es deseable introducir formas modernas de control del gasto público (espe-

cialmente de los costos de funcionamiento de los servicios) y practicar una política austera que les prestigiará socialmente y les permitirá movilizar mayores recursos para el servicio a los ciudadanos.

La gran ciudad debe organizarse internamente según modelos de *descentralización* territorial que permite una gestión próxima a la ciudadanía, el reconocimiento de identidades barriales o vecinales (a veces con sólidos sustratos históricos, culturales o socio-políticos) y la creación de estructuras representativas que estimulen la parti-



cación ciudadana. La gran ciudad es una y diversa; debe favorecer la integración y la pluralidad. Es tan necesaria la transparencia en la gestión pública como la protección de la privacidad individual.

La creación de mecanismos *participativos* es una condición indispensable para la eficacia de la gestión urbana y para la democratización del modelo de gobierno. La participación ciudadana supone una doble línea de acción. Conviene crear mecanismos que posibiliten a los ciudadanos intervenir en el proceso de elaboración de los

La creación de mecanismos participativos es una condición indispensable para la eficacia de la gestión urbana y para la democratización del modelo de gobierno.

Los gobiernos locales para ser fuertes deben ser democráticos, es decir, representativos, basados en la elección popular directa combinando la personalización y la globalidad de la representación, así como la participación de las distintas zonas de la ciudad y de las minorías políticas, sociales y étnicas. Sólo un gobierno local representativo puede aspirar a ejercer legítimamente y con autonomía la autoridad.

programas y proyectos, así como en la gestión de servicios, por una parte. Y la otra línea de acción en el desarrollo de la vida asociativa, de las organizaciones y movimientos sociales, independientes de la administración, pero que ésta debe apoyar reconociéndolos como interlocutores válidos y facilitando su actividad.

Queremos finalmente destacar el valor de la *ciudadanía* entendida como el conjunto de derechos y responsabilidades de los habitantes de la ciudad y la conciencia que tienen éstos de su derecho a participar en la gestión de la ciudad y en la obtención de un conjunto de bienes y servicios. Asimismo la ciudadanía supone la existencia de un sentimiento de pertenencia a la ciudad que está en la base de la asunción voluntaria por parte del ciudadano de sus responsabilidades.

Información y cooperación

Cada gran ciudad es un *caso específico*, un bien único que forma parte del patrimonio de la humanidad. Por su especificidad, la gran ciudad no puede ser objeto de políticas y tecnologías elaboradas en otros

contextos y automáticamente transferidas. Sin embargo, como patrimonio de la humanidad y protagonista del sistema mundial de grandes ciudades, cada una de ellas es un sujeto activo de intercambio y cooperación. Pero para ello es indispensable disponer de una *información* adecuada y comparable al mismo tiempo que promover todo tipo de *colaboración bilateral o multilateral* entre las grandes ciudades.

Los organismos y los encuentros internacionales deben ser marco para el intercambio y la cooperación entre ciudades apoyando sus esfuerzos en favor de la innovación de sus pautas de desarrollo y de tecnologías de gestión propias. La capacidad de ser original y de corresponder a su contexto histórico-cultural y socioeconómico regional, determinará el desarrollo de las potencialidades y la competitividad de la ciudad a nivel nacional y mundial.

El desarrollo multilateral del diálogo y de la cooperación entre las ciudades del mundo, puede contribuir de manera fundamental a la *pacificación* de las relaciones internacionales y a la *solidaridad* entre los pueblos.●



BOGOTA:

- **Librería El Mimo**
Caseta Avenida 19. Carrera 7 y 8a.
- **Librería Popol-Vuh**
Caseta Avenida 19. Carrera 7 y 8a.
- **Librería Oveja Negra**
Calle 18 No. 6-08
- **Librería Gran Colombia**
Calle 18 No. 6-30
- **Librería OMA**
Carrera 15 No. 82-60
- **Librería Lerner**
Av. Jiménez No. 4-35
- **Librería Ciencia y Derecho**
Carrera 6 No. 8-74
- **Librería Tercer Mundo**
Carrera 7 No. 16-91

De venta en las siguientes librerías

● Ayudas Profesionales

Carrera 15 No. 73-32 Of. 301

MEDELLIN

● Librería América

Calle 51 No. 49-58

● Librería Lecturas

Calle 57A No. 46-13

● Librería Continental

Pálace No. 52-06

● Librería Aguirre

Carrera 47 No. 53-48

● Librería La Polilla

Casetas U. de Antioquia

CALI

● Roesga

Carrera 4 No. 8-20 Interior 8.

BARRANQUILLA

- **Distribuidora Ollantai**
Calle 50 No. 41-82

- **Librería Norte**
Carrera 43 No. 41-13

BUCARAMANGA

- **Librería Ciencia y Cultura**
Calle 101 No. 21A-36
- **Librería Alegría de Leer**
Carrera 19 No. 36-20

PEREIRA

- **Librería El Nuevo Libro**
Carrera 4 No. 19-09

Jorge Enrique Hardoy
 Director del Programa de
 Asentamientos Humanos del
 Instituto Internacional de Medio
 Ambiente y Desarrollo (IIED),
 Londres.
 Miembro principal del Centro de
 Estudios Urbanos y Regionales
 (CEUR), Buenos Aires.

Deuda externa, democracia y hábitat en América Latina*

Jorge Enrique Hardoy

Ciudades de nadie, problema de todos

La mayoría de los habitantes de una ciudad no está familiarizada con sus problemas. No se interesan por las situaciones que se presentan en los barrios donde viven. Y muchos ni siquiera reconocen que los problemas de cualquier ciudad de América Latina son el resultado de siglos de segregación y explotación de los grupos con bajos ingresos. Muchos reaccionan únicamente ante los malos servicios de transporte, los embotellamientos del tráfico, el deterioro ambiental, los hospitales saturados, la lentitud de los trámites, las escuelas repletas, los cortes de luz, los robos y otros actos de violencia que afectan directamente su seguridad y confort, pero rara vez se interesan por los problemas que afectan las vidas de las grandes mayorías, sin ingresos suficientes y sin viviendas y servicios adecuados.

La mayoría de los habitantes de una ciudad no está familiarizada con sus problemas. No se interesan por las situaciones que se presentan en los barrios donde viven. Y muchos ni siquiera reconocen que los problemas de cualquier ciudad de América Latina son el resultado de siglos de segregación y explotación de los grupos con bajos ingresos. Muchos reaccionan únicamente ante los malos servicios de transporte, los embotellamientos del tráfico, pero rara vez se interesan por los problemas que afectan las vidas de las grandes mayorías, sin ingresos suficientes y sin viviendas y servicios adecuados.

¿Qué hacen los gobiernos y las sociedades nacionales para ayudar a los habitantes con ingresos más bajos que, en todas las naciones de América Latina, constituyen un porcentaje elevado, a veces mayoritario, de la población? Ciudades como las que están formándose en toda América Latina, no son ciudades de gente libre. No son ciudades democráticas y tampoco se caracterizan por la solidaridad entre sus habitantes. Son ciudades en las cuales muchos hijos de pobres mueren siendo niños, donde el hambre y la malnutrición afecta a muchos y donde millones de adultos no comen lo suficiente; donde muchas familias dependen cada vez más de los ingresos de los niños, donde los jefes de familia están obligados a viajar continuamente de un lugar a otro en búsqueda de un ingreso que les permita sobrevivir, con el consiguiente impacto en las relaciones socia-

les y afectivas familiares y en la educación de los niños; donde las leyes sancionadas para proteger la seguridad en los lugares de trabajo y promover la salud y limitar las horas de trabajo excesivas son violadas continuamente; donde la violencia y las drogas se encuentran en todos los barrios de la ciudad y entre todos los sectores de la población; donde el número de niños y adolescentes desvinculados de sus familias crece constantemente; donde gran parte de la población ha perdido la fe en las instituciones de seguridad y de gobierno y en la justicia¹.

A lo largo de las últimas dos o tres décadas, un número creciente de organizaciones comunitarias y de grupos cívicos comprometidos han intentado diversas estrategias para comunicar a sus gobiernos y a los grupos dirigentes de sus países y del mundo, el deterioro generalizado del medio ambiente humano. Incluso han advertido a los políticos

* Este trabajo está basado en el discurso pronunciado por el autor en el XIV Congreso Internacional de la Unión Internacional de Arquitectos, realizado en Brighton, Inglaterra, en julio de 1987. El congreso se realizó en apoyo al Año Internacional de la Vivienda para las personas sin techo.

1. Un grupo de 49 sacerdotes y monjas que trabajan en los asentamientos ilegales de Caracas publicaron una solicitud en la prensa local denunciando el descontento social y las manifestaciones populares resultantes de una brusca subida de precios y deplorando que la represión fuera la medida adoptada para enfrentar la escasez y la falta de oportunidades en Venezuela (*Clarín*, Buenos Aires, 24 de mayo de 1987, Sección III, pág. 2). Este tipo de declaraciones son cada vez más frecuentes en los diarios de América Latina, pero no parecen tener un gran impacto en reorientar las decisiones de los grupos con poder político y económico nacional e internacional, más preocupados en mantener sus posiciones que en acordar una salida a la actual situación económica y social.

de cada país y a las agencias mundiales, sobre la crisis social y política que esa situación significa y que podría llegar a ser más amenazadora y de efectos más inmediatos, en relación con la estabilidad económica y política de los países de América Latina, que los retrasos en el pago de los servicios de la deuda externa o la crisis ambiental regional que preocupa tanto a los países del norte.

No bastan los diagnósticos y recomendaciones

La reacción de las organizaciones comunitarias, de los grupos cívicos y de los organismos no gubernamentales es comprensible. Hace quince años, en ocasión de la Conferencia de Estocolmo sobre el medio

tancial. Por ejemplo, aunque a partir de 1976 se notan algunas mejoras en cuanto al desarrollo de la investigación y la diseminación de conocimientos y de información sobre los asentamientos humanos (Recomendación F. 7), muy pocos gobiernos del Tercer Mundo han realizado esfuerzos serios para apoyar políticas cuyo propósito sea "proveer de hábitat y servicios adecuados a los grupos de menores ingresos" (Recomendación C. 9) y compatibilizar las normas sobre vivienda, infraestructura y servicios, con los recursos locales (Recomendación C. 3), ni para mejorar las condiciones generales y estimular el desarrollo de las condiciones económicas y sociales en las áreas rurales (Recomendación B. 5), ni para fijar políticas nacionales sobre asentamientos humanos (Recomendación A. 1), ni para transformar los antiguos modelos del derecho a la propiedad a fin de "acomodarse a las cambiantes necesidades de la sociedad" para que el suelo urbano sea "un beneficio colectivo" (Recomendación D. 4).

Más recientemente, la "década del agua" comenzó a tambalearse, después de un comienzo promisorio, debido a que colectivamente los gobiernos nacionales, tanto los gobiernos ricos como los pobres, no podían encontrar los 10 a 15 millones de dólares anuales que necesitaban para cumplir con la meta de suministrar agua potable a todos los habitantes del mundo para el año 1990, en un mundo que gasta 600 mil millones de dólares o más en armamentos todos los años.

Once años después de la Conferencia de Vancouver sobre el Hábitat y quince años a partir de Estocolmo, la Unión Internacional de Arquitectos convocó en Brighton una Conferencia Mundial para discutir cómo construir el mundo del mañana. Yo creo que la secuela de este congreso será más importante que el congreso mismo, pero el hecho de que se celebre y de que el tema elegido para el mismo haya sido el hábitat y las ciudades, es en sí, un pequeño paso adelante.

Después de Vancouver, las Naciones Unidas crearon lo que se pretendía fuera un poderoso instrumento internacional de asesoramiento a los gobiernos en los temas vinculados a la construcción, mantenimiento y administración de los asentamientos humanos pero, a pesar de los numerosos esfuerzos realizados por su personal, este organismo —el Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (UNCHS), también llamado Hábitat— se desenvuelve con la misma reducida capacidad de acción de



Ciudades como las que están formándose en toda América Latina, no son ciudades de gente libre. No son ciudades democráticas y tampoco se caracterizan por la solidaridad entre sus habitantes. Son ciudades en las cuales muchos hijos de pobres mueren siendo niños.

ambiente, el mejoramiento de la situación de los asentamientos humanos fue considerada la prioridad absoluta. Se reconocía que los peores medios ambientales humanos se encontraban en las grandes ciudades del Tercer Mundo que crecían rápidamente. Tanto los gobiernos como las agencias internacionales se comprometieron a modificar esta situación. Cuatro años después, en Vancouver, los representantes de los 134 países que participaron en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos aprobaron 64 recomendaciones para la acción a nivel nacional y 9 para la acción a nivel internacional. Si tan solo un puñado de esas recomendaciones hubiera sido implementado, aunque más no fuera de manera parcial, el mejoramiento de las vidas de cientos de millones de personas habría sido sus-

sus comienzos². Los representantes de un tercio de los gobiernos del mundo concurren a las asambleas anuales de la UNCHS, fundamentalmente para explicar lo que según ellos están haciendo sus gobiernos y aprobar nuevos programas. En la mayoría de los casos analizan las causas que les impiden hacer más, prestando poca atención a las necesidades del Centro Hábitat y, lo que es más importante, a las necesidades de centenares de millones de seres humanos. Para agravar las cosas, el programa ambiental y el programa de asentamientos humanos de las Naciones Unidas no logran coordinar sus actividades. No se observan adelantos significativos en el sistema de las Naciones Unidas que refuercen la vinculación recíproca entre los

Ciento de millones de pobres e indigentes en todos los rincones de la tierra no han oído hablar de las Naciones Unidas ni del Año Internacional de la Vivienda para los sin techo, ni han escuchado las promesas grandilocuentes y poco realistas que con tanta frecuencia se formulan. Ellos no necesitan estadísticas para saber que los últimos diez años han constituido una década perdida con un grave deterioro en la calidad de sus vidas. El mejoramiento del hábitat en general y el de los pobres en particular, en la práctica, ocupa una baja prioridad entre las preocupaciones de la mayoría de los gobiernos y agencias del mundo. Como me decía, no hace mucho tiempo, un alto funcionario del Ministerio de Planeamiento de un pequeño país del Asia central, "a mi gobierno no le preocupan realmente los asentamientos; los problemas vinculados con ellos se consideran todavía como menos graves y remotos". Uno se pregunta cuán graves tienen que llegar a ser los problemas para que los gobiernos y las agencias, desde su espléndido aislamiento, reconozcan sus limitaciones y estimulen los procesos populares que son, en definitiva, los que construyen gran parte de las ciudades del Tercer Mundo.



programas de esas dos agencias, así como tampoco con los de otras agencias internacionales directamente vinculadas con el mejoramiento del hábitat humano. Sin duda, las funciones establecidas para esa gran variedad de agencias se verían beneficiadas con una programación y una implementación más estrechamente relacionadas.

2. Poco después de la clausura de la Conferencia sobre los Asentamientos Humanos realizada en Vancouver, Enrique Peñalosa, Secretario General de la Conferencia, escribía: "Ya en la reunión preliminar de la Conferencia del Hábitat resultaba evidente que los países industrializados deseaban evitar a toda costa la creación de una nueva agencia de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos"; *Hábitat International*, Vol. 3, Nº 3/4, 1978, pág. 203.

El F.M.I. negocia la democracia

Todos los gobiernos latinoamericanos, buenos y malos, elegidos democráticamente o no, dictaduras civiles o militares, capitalistas o de planificación centralizada, tienen como prioridad su propia supervivencia política. Los planes de recuperación económica que el Fondo Monetario Internacional pretende acepten los países deudores, no sólo amenazan su supervivencia política sino también, implican forzar a muchos millones de personas a vivir en condiciones aún peores. El cumplimiento de esos programas tiene, para un gobierno elegido democráticamente, un costo político que difícilmente esté dispuesto a aceptar. Después de todo, los gobiernos de América Latina que recientemente han sido elegidos por la vía democrática, han heredado una deuda y una situación política, social y económica cuya responsabilidad debe ser compartida por partes iguales por las dictaduras militares y sus aliados civiles, y por los bancos internacionales que deliberadamente aprobaron y hasta promovieron préstamos a gobiernos que no contaban con el apoyo de sus pueblos y que los reprimían sistemáticamente. Quizás los bancos aprendan a no realizar tratos

con gobiernos no electos democráticamente, pero esa decisión significaría cancelar sus negociaciones con cerca de las dos terceras partes o más de los países del Tercer Mundo.

Gobernar democráticamente un país latinoamericano se ha convertido en una negociación sin fin: a nivel nacional, con una multitud de partidos políticos, con los sindicatos, los industriales, la comunidad científica y universitaria, los banqueros y las asociaciones rurales; a nivel internacional, con el FMI, las agencias multilaterales, la banca privada, los ministerios de comercio y de relaciones exteriores de los países industrializados, entre muchas otras. En este contexto se olvidan con frecuencia las orientaciones que deberían promoverse para el desarrollo

Para muchos, las medidas propuestas por el FMI no tendrían los resultados que sus representantes prevén. Sus críticos afirman que estas medidas producirán, en el corto plazo, impactos recesivos y lesionan, además, las perspectivas de crecimiento a mediano y largo plazo. Los recientes programas de estabilización en América Latina, a pesar de ser muy parciales, han provocado ya caídas en el poder adquisitivo de los salarios y un rebrote de las economías informales en las cuales participan tanto quienes no tienen empleos estables como muchos que los tienen. Los grupos sociales más pobres son quienes deben soportar los peores efectos de esta situación. También se han producido altas tasas de inflación que reducen el poder adquisitivo de los ingresos oficiales y no oficiales, deudas crecientes (empresarias e individuales), quiebras frecuentes, y un retraso en las tasas de crecimiento económico y, como corolario, una fuerte reducción de los programas públicos, especialmente de los proyectos sociales (Cuadro N° 1). Estas reducciones son muy visibles en los proyectos de transporte, en los grandes programas de infraestructura regional (proyectos viales e hidroeléctricos, etc.) y en los servicios sociales, esencialmente en los proyectos de vivienda convencional y en los programas de alfabetización y salud.

Siempre puede discutirse si las políticas del Fondo han introducido mejoras en las tendencias inflacionarias y en los déficit en la balanza de pagos, y si han fomentado la importación de capitales y la formación de capitales nacionales, consideradas como esenciales para el crecimiento económico³. Lo que escapa a los actuales programas de estabilización es el hecho de que las economías de los países latinoamericanos descansan en la exportación de un número reducido de productos primarios que tienen una demanda inelástica; se ignora la fenomenal obsolescencia de la infraestructura regional y urbana; la caída en la innovación tecnológica y la creciente dependencia en la importancia de bienes de capital, la existencia de mercados financieros nacionales cuya principal actividad es la especulación, bajos rendimientos agrícolas y una producción industrial cuyo crecimiento depende, esencialmente, de una



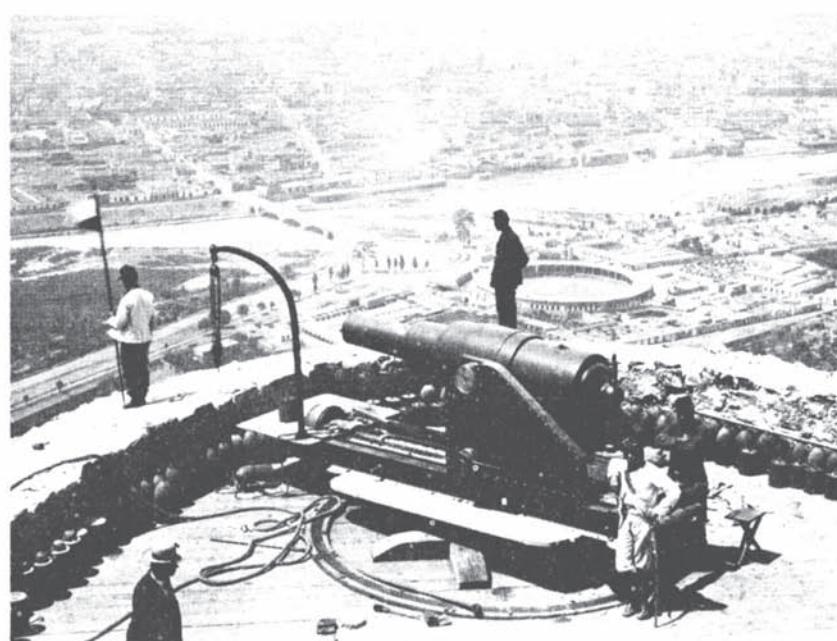
Los planes de recuperación económico que el Fondo Monetario Internacional pretende acepten los países deudores, no sólo amenazan su supervivencia política sino también, implican forzar a muchos millones de personas a vivir en condiciones aún peores. El cumplimiento de esos programas tiene, para un gobierno elegido democráticamente, un costo político que difícilmente esté dispuesto a aceptar.

económico y social de los países. El futuro de cada economía nacional se vuelve día a día más incierto. Se ha perdido y no se intenta definir una visión a largo plazo, ante la presión de realizar ajustes continuos dominados por consideraciones de corto plazo. Con miras a reducir las incertidumbres, los gobiernos nacionales tratan de regular los precios y los ingresos y mantener demandas agregadas sostenidas. Las inversiones sociales inevitablemente se postergan. No se fijan plazos realistas, ni siquiera por parte de los pocos gobiernos electos con mentalidad social, para concretar las inversiones en vivienda, servicios sociales e infraestructura urbana y en la creación de los empleos que se prometieron. Las remuneraciones que reciben los jubilados, cuando existen, son una farsa.

3. Mientras su deuda externa crecía de 4.200 millones de dólares en 1979 a 11.900 millones de la misma moneda en 1985, Colombia pudo aumentar la tasa de crecimiento económico de 1,6% en 1983 a 3,2% en 1984 y la tasa de crecimiento industrial de 1,1% a 6,4% (Dávila y otro, pág. 16).

demandas internas que en los últimos años ha crecido muy poco y en algunos países ha declinado. Pocos cuestionan la falta de cambios positivos en las economías mundiales y en los tratados de intercambio comercial que podrían beneficiar a los países latinoamericanos, y pocos dudan de que los productos primarios continuarán cotizándose a bajos precios. Pero lo que permanece inalterable es que las grandes masas no han sido incorporadas a la vida política y económica de la mayoría de los países, y que los actuales programas no reflejan las necesidades y expectativas de la población. El desempleo entre los jóvenes y la marginalidad social de los que viven en asentamientos ilegales y conventillos, son situaciones que amenazan la existencia de los regímenes democráticos.

Mientras el futuro económico de los países latinoamericanos sigue siendo incierto, los economistas continúan midiendo las consecuencias sociales de la crisis a través de los datos existentes a nivel nacional, los cuales, a pesar de la mala calidad de las estadísticas sociales, constituyen la mejor y única muestra de las tendencias nacionales de empleo y desempleo, de la estructura del empleo y de los salarios reales, de la salud y de la nutrición, del gasto de los gobiernos en el sector social, etc.⁴ La mayoría de los indicadores sociales ofrecen pocas o ninguna evidencia de las tendencias pasadas. Pero existen indicaciones suficientes que muestran una reducción en la inscripción en las escuelas primarias de México, Chile, Colombia, Brasil y Costa Rica, y un aumento de las tasas de deserción escolar en general; de que se han producido cambios negativos en la composición de las dietas alimenticias de los grupos de bajos ingresos y caídas en el consumo de alimentos por parte de los pobres, cuyo impacto se irá detectando gradualmente; de que hay un creciente desempleo y pérdidas de los ingresos reales entre los pobres de Bolivia, Uruguay, Chile y otros países, etc. (cuadro Nº 1). Si los gobiernos apoyan planes de distribución de alimentos y dan prioridad a los programas de salud menos costosos podría reducirse, en parte, el impacto negativo que ya tienen las menores inversiones en salud, por ejemplo, pero la caída en las inversiones sociales sigue siendo un factor que se oculta, cuyo impacto es difícil de evaluar en el corto plazo, y reproducirá un impacto negativo impredecible en la salud de los habitantes y en la producción de cada país.



La crisis de la ciudad/región tradicional

Estamos asistiendo a la formación de un tipo diferente de ciudad-región en la que se combinan un tamaño y población sin precedentes y las peores consecuencias del mal uso de una inversión totalmente insuficiente en relación con las necesidades, con un extraordinario ingenio popular para resolver los problemas colectivos e individuales. Cada decisión gubernamental es reproducida por una multiplicidad de innovaciones populares las que, de diversas maneras, permiten que la ciudad-región funcione y, al mismo tiempo, incorpore medios de vida para millones de personas.

Los gobiernos, así como muchos investigadores, están interesados en la evolución de las tasas y de la composición del desempleo y de los ingresos reales; en los cambios que se registran en el consumo popular y, a veces, en los patrones de alimentación que resultan de la recesión y de los costos producidos por la inflación; en la producción de viviendas y servicios por parte de los sectores de medios ingresos, y en la accesibilidad a los servicios por parte de los grupos de bajos ingresos. Todas estas situaciones y tendencias, de diferente manera pueden medirse estadísticamente. Algunos investigadores y los organismos no gubernamentales, pero muy pocos gobiernos, están interesados en los

El meollo de los problemas urbanos latinoamericanos es el fracaso de los gobiernos y del sector privado en generar empleos adecuadamente remunerados en cantidad suficiente y en desalentar a los desempleados y subempleados en la búsqueda de ingresos de manera abierta.

4. Banco Mundial, *Poverty in Latin America: the impact of depression*, Washington, D.C., 1986.

movimientos sociales, en el surgimiento de la autosuficiencia y de un nuevo sentido comunitario, y en la forma como estas situaciones se manifiestan dentro del espacio de las nuevas ciudades-regiones. Paralelamente preocupa a muchos el acentuado contraste entre la habilidad de los nuevos pobladores urbanos y la actitud opaca e indiferente de los gobiernos y de los empresarios.

Se está produciendo o ya se ha producido, como en Lima, un colapso del espacio de la ciudad-región tradicional. Emerge con rapidez un nuevo tipo de ciudad que exhibe una declinación en la calidad y cantidad de la mayoría —si no de todos— los servicios sociales como consecuencia de una menor inversión per cápita por parte del sector público y del sector privado oficial. Se trata, cada vez más, de la ciudad de los pobres, los malnutridos y los desempleados. Pobres, malnutridos, desempleados y marginales han existido siempre en América Latina, pero nunca en las cantidades que se ven actualmente, ni con su concentración en áreas relativamente pequeñas del territorio de cada país, aunque en áreas comparativamente cada vez más grandes en cada ciudad-región.

La estructura centralizada de los gobiernos nacionales y su rígida organización sectorial en ministerios y organismos del Estado, muchos de ellos dotados de inmensos poderes, no contribuye a la construcción de los asentamientos en un contexto caracterizado por una muy escasa inversión. La estructura de los gobiernos nacionales muestra una alta centralización, incluso en relación con el conjunto de aspectos que podrían mejorar las condiciones de vida de los pobres. Estas actitudes desalientan la tarea de suministrar y construir ciudades, aun de los asentamientos más pequeños, ya que se trata de un emprendimiento esencialmente multisectorial. Si un gobierno cuenta con la suficiente cantidad de recursos, los errores derivados de una mala coordinación pueden ocultarse. Pero si la escasez de inversiones es generalizada, se espera que el Estado haga un uso correcto de los recursos no utilizados o mal utilizados y promueva, por lo menos, las precondiciones para que los pobres mejoren sus condiciones de vida. El meollo de los problemas urbanos latinoamericanos es el fracaso de los gobiernos y del sector privado en generar empleos adecuadamente remunerados en cantidad suficiente y en desalentar a los desempleados y subempleados en la búsqueda de ingresos de manera abierta. Los pobres urbanos se están transformando rá-

pidamente en la mayoría de la población de las ciudades latinoamericanas más grandes y en los constructores reales de las mismas.

Deberíamos empezar por preguntarnos cuál es la verdadera capacidad y cuáles serían las motivaciones, los medios y las calificaciones legales e institucionales de los gobiernos actuales para emprender la construcción, el mantenimiento y la administración de las ciudades, puesto que esas tareas no pueden realizarse si el sector público no interviene como gestor, regulador y, también, como orientador, inversor y administrador. Después de todo, repensar la ciudad también significa repensar el papel del Estado en relación con los procesos que están construyendo la ciudad contemporánea o, al menos, como no represor de los mismos. Un gobierno puede cambiar su discurso tradicional sobre el derecho de todos los grupos familiares a una vivienda adecuada por otro, más realista, sobre el derecho de todos a una porción de tierra, o puede modificar las pautas y normas de edificación vigentes, que no pueden aplicarse debido a los ingresos actuales y a la construcción progresiva de las viviendas; o también podría alentar la reestructuración de los gobiernos locales abriendo espacios políticos para las nuevas organizaciones.

Los gobiernos temen actuar como estímulo de los roles que las grandes masas urbanas pueden desempeñar en la construcción de una ciudad democrática. A menos que sean constantemente exigidos, los gobiernos optan por cambios epidérmicos con el fin de conservar una posición que no amenace su estabilidad política, permanentemente cuestionada por minorías civiles y militares. América Latina no puede resistir la acumulación del poder en un único partido político o en una élite política y empresaria. En una situación así, quienes controlan el gobierno se convierten en los dueños del Estado, manipulando sus mecanismos en beneficio propio. El grupo que controla el poder traiciona las promesas y la plataforma política partidaria. Surgen así “familias” que controlan las maquinarias políticas de las provincias o estados y de ciertos sectores de la economía y de los servicios de la Nación.

Un nuevo protagonista: las organizaciones comunitarias

Si el actual contexto y las actitudes presentes persisten, no hay nada nuevo que podamos acotar. En lo que a mí respecta,

Los gobiernos temen actuar como estímulo de los roles que las grandes masas urbanas pueden desempeñar en la construcción de una ciudad democrática. A menos que sean constantemente exigidos, los gobiernos optan por cambios epidérmicos con el fin de conservar una posición que no amenace su estabilidad política, permanentemente cuestionada por minorías civiles y militares. América Latina no puede resistir la acumulación del poder en un único partido político o en una élite política y empresaria.

repite lo que todos dicen. ¿Cómo podemos convencer a los gobiernos de que los países no pueden desarrollarse sin salud, educación y viviendas; de que cuando la gente se acerca a los partidos políticos y a las asociaciones profesionales en busca de asistencia también quiere participar en el manejo de sus asentamientos y en un proceso de reflexión, integración y aprendizaje?

¿Por qué las organizaciones comunitarias y los organismos no gubernamentales se han vuelto tan importantes para la ciudad latinoamericana del futuro? Porque hacen cosas, aun a pequeña escala, que ningún otro hace. Están llenando parcialmente un vacío creciente, vacío que se ha producido por la indecisión de los gobiernos, la indiferencia de los sindicatos y el aislamiento de la mayoría de las empresas privadas frente a las cuestiones sociales y ambientales.

Existe, sin duda, un límite a las posibilidades de construir ciudades de este modo. Los organismos comunitarios y no gubernamentales pueden brindar respuestas a algunos problemas, pero sus esfuerzos combinados no constituyen ni pueden constituir respuestas globales. El Estado puede ofrecer un paquete de proyectos de mayor envergadura, pero no necesariamente mejores ni seguramente a un costo accesible para las comunidades de bajos ingresos. El pragmatismo de los constructores de la ciudad ilegal está desafiando a la tecnocracia y a la burocracia oficiales en cuanto a la construcción y administración de la ciudad latinoamericana.

Los programas oficiales de desarrollo urbano y de mejoramiento del hábitat deberían concentrarse en los lugares donde se encuentra la mayoría de las personas y focalizarse en las actividades de las cuales estas personas derivan su sustento y en los problemas que más directamente afectan su calidad de vida.

Los gobiernos aceptan como inevitable e incontrolable el rápido crecimiento urbano, simplemente, cierran los ojos a la diversidad de problemas que éste genera y orientan su acción hacia programas que son, con frecuencia, irrelevantes, y están a menudo fundados en conceptos erróneos sobre los temas involucrados. Existe al respecto una confusión intencional que no deja ver con nitidez lo que realmente está ocurriendo.

Las actuales políticas de vivienda para los grupos de bajos ingresos, cuando existen, evidencian una muy mala asignación de recursos y un conjunto de interpretaciones erróneas respecto a la manera como se construyen las ciudades y en cuanto a quienes las construyen. La población de cualquier ciu-

dad está formada por grupos familiares establecidos desde hace tiempo, por migrantes presumiblemente permanentes y por migrantes estacionales o semanales. Todos ellos constituyen un grupo heterogéneo que tiene diferentes valores, ingresos y habilidades y una diversidad de experiencias en relación con la vida en la ciudad. Pero a la vez poseen un denominador común: una creciente mayoría de ellos son pobres, y muchos son jóvenes. Los gobiernos y los diferentes organismos y agencias, así como el público en general, reaccionan —cuando lo hacen— como si la pobreza los igualara a todos ellos, con iguales problemas y posibilidades. Resulta irónico que muchos dirigentes mundiales y nacionales, tan sensibles a la variedad de ecosistemas regionales, cuyas mínimas particularidades intentan proteger mediante grandes esfuerzos, discutan —cuando lo hacen— la problemática de los hábitats humanos con enfoques estereotipados que no toman en cuenta su extraordinaria diversidad.

Mejora del hábitat: una decisión política

La mayoría de las presentaciones que se hacen con relación a la situación de la vivienda entre los grupos de bajos ingresos siguen una especie de ritual. Mediante el uso de datos buenos o malos que surgen de las investigaciones, es común plantear un cuadro mucho más dramático y sórdido del que los gobiernos y las agencias internacionales intenta explicar con estadísticas igualmente cuestionables. Todos terminan afirmando que existe una crisis de alojamiento en América Latina —o en el Tercer Mundo— y que es necesario más dinero para solucionarla. Tales presentaciones son engañosas puesto que el uso de las estadísticas agregadas que utilizan los gobiernos y las agencias no ayuda a precisar un problema que exhibe una gran diferenciación regional y local, y que es la consecuencia de incontables años de negligencia y despilfarro y que no puede resolverse mediante enfoques convencionales.

Después de todo, las deplorables condiciones en que viven decenas de millones de latinoamericanos, al igual que el hambre, la mala salud y el analfabetismo, son el resultado de políticas nacionales o internacionales y no serán erradicadas hasta que se elimine la pobreza. Muchos países latinoamericanos no contarán con los medios para proveer con hábitats adecuados a su población por espacio de varias décadas, en el mejor de los

La mayoría de los latinoamericanos tienen razones para no estar conformes. El crecimiento económico, cuando se produjo durante las décadas de 1960 y 1970, los dejó a lado. Los sacrificios que ahorra se les pide, y que en muchos casos se les impone directa o indirectamente, no implicarán beneficios para ellos o para sus hijos. Aquellos que no tienen razones para estar en desacuerdo están esencialmente motivados por la ganancia y por el interés en mantener sus privilegios.

casos, porque aún su viabilidad económica de largo plazo es cuestionable. Mucho es lo que podría hacerse, sin embargo, si tenemos en claro que resulta imposible resolver los problemas del hábitat con créditos y aproximaciones individuales y a la escala de barrios muy pequeños. Año tras año los mismos actores hacen las mismas cosas. En países que tienen estructuras sociales y políticas donde nadie resina sus privilegios voluntariamente, el número de personas empobrecidas, que nunca han podido levantar cabeza, sigue en aumento.

Todos sabemos que para mejorar los hábitats donde vive la población con bajos ingresos hace falta una decisión política, si hemos de revertir las tendencias del pasado. Pero los gobiernos, los políticos y los tecnócratas insisten en seguir difundiendo un discurso que impide la acción. Si los gobiernos y el sector privado no pueden construir o mejorar todas las viviendas que se necesitan —y esta hipótesis es válida para la mayor parte de los países latinoamericanos— al menos podrían facilitar y respaldar los procesos a través de los cuales se construyen y administran áreas cada vez más grandes de cada ciudad, y establecer las precondiciones para un mejor uso de los recursos no utilizados o mal empleados. En un continente todavía asolado por la opresión, no construiremos ciudades nuevas de la noche a la mañana. El proceso será largo. Nuestras ideas deberían acercarse cada vez más a las del trabajador promedio y a las de las comunidades y no a las que promueven los tecnócratas. Debemos comenzar entonces por definir qué trabajo está dispuesto a hacer cada uno de nosotros.

Con fundamento y aun sin él, la disconformidad es generalizada. La mayoría de los latinoamericanos tienen razones para no estar conformes. El crecimiento económico, cuando se produjo durante las décadas de 1960 y 1970, los dejó de lado. Los sacrificios que ahora se les pide, y que en muchos casos se les impone directa o indirectamente, no implicarán beneficios para ellos o para sus hijos. Aquéllos que no tienen razones para estar en desacuerdo están esencialmente motivados por la ganancia y por el interés en mantener sus privilegios.

¿Qué tiene que ver todo esto con proveer de viviendas a los sin techo? Cuando en las décadas de 1950 y 1960, la investigación urbana y sobre la situación de la vivienda se convirtió en un tema aceptado en América Latina, los grupos dirigentes latinoamericanos vivían una era de optimismo. La inde-

pendencia de los países del Caribe, una economía mundial en expansión, recursos naturales presumiblemente inagotables y millones de hombres y mujeres a la espera de capacitarse y unirse a la fuerza de trabajo, suministraban el telón de fondo para los ambiciosos planes de desarrollo de esos años. En un mundo optimista es incluso posible encontrar una mayor generosidad en las relaciones entre países ricos y pobres.

El papel tradicional del Estado como nefactor, tan habitual entre los gobiernos populistas del pasado —y también del presente— ha decaído en un período de escasez. Y también se ha visto cuestionado en un período de apertura política. La modernización del Estado y de las empresas privadas ocupa ahora la atención de los políticos, de los administradores, de los empresarios y de



los investigadores. Es difícil pensar en ella mientras el parasitismo político no sea reemplazado por el talento, la honestidad y la responsabilidad. Se exige la descentralización, la participación real y la representación política de la población. Los gobiernos locales están en el centro de estas demandas y constituyen el canal a través del cual se espera un amplio debate sobre la democracia, correlativo al deseo de reconciliar la democratización política con la democratización del Estado. Pero la estructura actual de los gobiernos latinoamericanos es demasiado centralizada, inclusive en todos los aspectos que podrían emplearse para introducir cam-

En países que tienen estructuras sociales y políticas donde nadie resina sus privilegios voluntariamente, el número de personas empobrecidas, que nunca han podido levantar cabeza, sigue en aumento.

bios en las condiciones de vida de la mayoría. Aun los gobiernos democráticamente elegidos sólo descentralizan su búsqueda de consenso para las decisiones que adoptan y están poco dispuestos a descentralizar el poder de decidir y de utilizar los fondos de los proyectos sociales.

Tradicionalmente, los gobiernos latinoamericanos han intentado adaptar sus programas económicos a las cambiantes situaciones mundiales. Dada su escasa capacidad para maniobrar individualmente en los mercados mundiales de productos primarios, cada gobierno ha intentado encontrar aisladamente su papel en un sistema económico mundial que permanentemente refuerza la situación de marginalidad de las economías latinoamericanas. La sobrevivencia política lleva a los gobiernos a aceptar un sistema que sumerge a los países en un "status" muy bajo a nivel mundial. Las ciudades, inevitablemente, reflejan esa situación.

Construir y administrar la ciudad en democracia

Iniciar la construcción y administración de las ciudades en América Latina con un enfoque popular y democrático significa vivir como demócratas, no renunciar nunca a los derechos que como seres humanos todos poseemos y no sacrificar la democracia en ninguna circunstancia. Exige, también, una mayor participación, organización y coordinación entre todos los actores y, además, más dinero para las inversiones esenciales. Los países de América Latina deben dejar de soñar con los créditos y la asistencia técnica internacional para solucionar los problemas de sus ciudades y pueblos. Esos créditos y esa asistencia puede ser útil si se aplica a proyectos y programas muy bien acotados y con retornos rápidos para continuar su reciclaje. La única alternativa válida, aunque sea inicialmente parcial, es crear en cada país más recursos. Esto es posible en todos los casos si existe la decisión política de hacerlo.

Uno de esos recursos lo constituyen las grandes extensiones de terrenos públicos e institucionales no utilizadas o mal utilizadas, y los edificios abandonados de propiedad y en posesión de ciertas instituciones como el Ejército, la Armada, las autoridades portuarias, las compañías ferroviarias y otros organismos públicos que son probablemente los mayores terratenientes urbanos. Estos terrenos y edificios, al igual que otros de propiedad de instituciones religio-

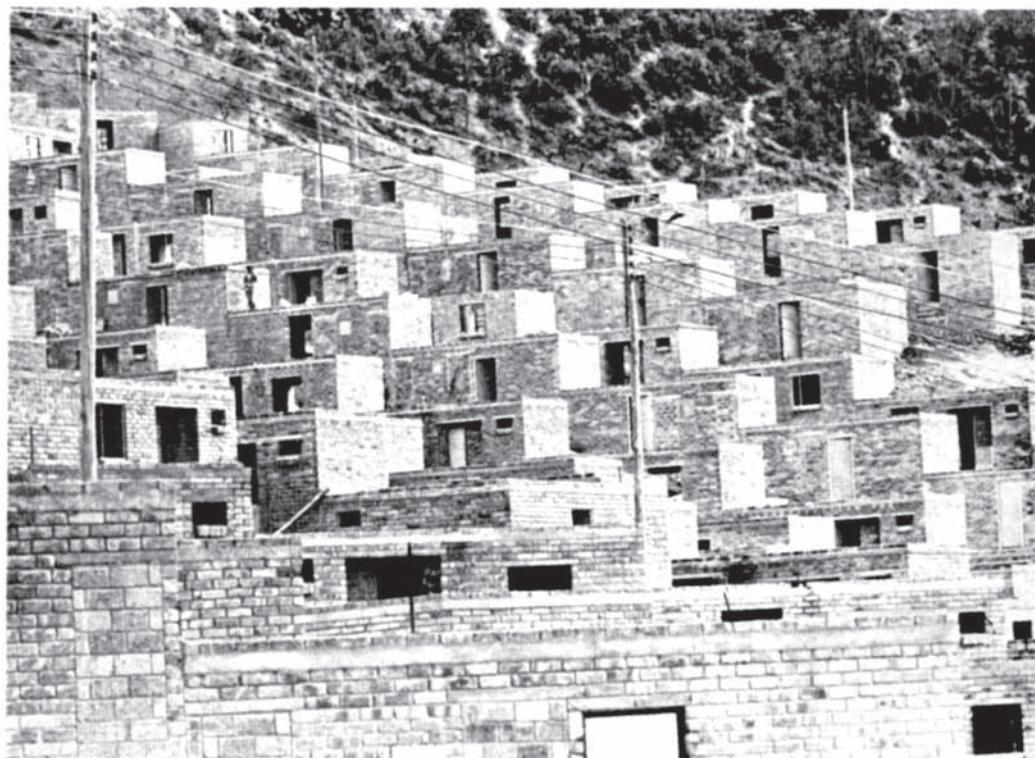
sas y civiles, no pagan impuestos locales y a menudo tampoco pagan por los servicios que reciben. Un segundo recurso consiste en el aumento de las rentas inmobiliarias mediante la actualización de los registros catastrales, la modernización de los sistemas de cobranza y la imposición sobre tierras y edificios de acuerdo con los ingresos reales de cada grupo social. Un tercer recurso sería creado evitando el despilfarro que se ha generalizado a causa de la mala administración gubernamental, de la organización interna dentro de cada organismo público y la centralización innecesaria. Un cuarto y fundamental recurso lo constituyen la población de cada ciudad, con sus ideas, esfuerzos y voluntad de comprometerse, si se la deja, en la construcción y administración de sus ciudades. Existe, también, la necesidad de buscar de un sentido de identidad, de un compromiso común fundado en la confianza y la lealtad, tanto más importante cuanto que los cambios se tornan más bruscos y disminuye la generación de oportunidades.

Hay tres niveles en los cuales podría comenzarse con este enfoque popular y democrático de manera experimental: la familia, el asentamiento y ciertos sectores. Sería importante contar con la colaboración del sector industrial privado. Es esencial tener el respaldo permanente, honesto e imaginativo de un sector público desprovisto de trámites burocráticos y con una mentalidad de gestión. La tierra, la vivienda y los servicios deberían constituir la vía a la construcción, socialmente equitativa, de ciudades que serían inevitablemente, más ordenadas y menos costosas de construir y administrar. Seguramente serán ciudades que quizás no difieran demasiado, en su aspecto físico, de las actuales. Sólo serán más grandes y extendidas, inevitablemente más competitivas en diversos aspectos, pero donde se rechazará la segregación y donde el viejo concepto de "la ciudad es su gente" se convertirá en la gran fuerza propulsora de la ciudad futura.

Esto implicaría la capacitación a muchos niveles, puesto que los diferentes actores en los diversos niveles deberían colaborar entre sí para la identificación de los problemas y la evaluación de las alternativas. Una vez que se concienticen de su potencial, la confianza en sí mismos y la iniciativa de los grupos comunitarios se verían grandemente realzadas. Y esto reforzaría la fuerza conjunta de estos grupos a la vez que conservarían su independencia recíproca.

¿Cuál es la clave del éxito? El grupo familiar y el asentamiento. Es difícil pensar en

Iniciar la construcción y administración de las ciudades en América Latina con un enfoque popular y democrático significa vivir como demócratas, no renunciar nunca a los derechos que como seres humanos todos poseemos y no sacrificar la democracia en ninguna circunstancia. Exige, también, una mayor participación, organización y coordinación entre todos los actores y, además, más dinero para las inversiones esenciales.



Es diferente construir y administrar una ciudad donde la gente apoya o respeta al gobierno que hacerlo en situaciones donde el gobierno sólo espera obediencia y sumisión. Esta diferencia tiene algo más que un interés teórico. Es la clave de la ciudad del futuro.

"El Estado colombiano tiene un amplio campo de acción en el impulso de una reforma que propenda por el mejoramiento de la calidad global de la vida de los ciudadanos, y al mismo tiempo tienda a reducir el nivel de tensiones de la vida urbana. Tal reforma debe acompañarse, entre otras cosas, de una planeación urbana con diseños urbanísticos que den prioridad a los espacios públicos y a las zonas para el ejercicio de la democracia, el esparcimiento y la cultura".

superar la situación educativa y sanitaria de la población sin el compromiso del grupo familiar, como es difícil pensar en un mejoramiento del asentamiento sin el compromiso de su comunidad. Pero no olvidemos que es diferente construir y administrar una ciudad donde la gente apoya o respeta al gobierno que hacerlo en situaciones donde el gobierno sólo espera obediencia y sumisión. Esta diferencia tiene algo más que un interés teórico. Es la clave de la ciudad del futuro.

Los profesionales en el campo del diseño y de la construcción deberían comenzar con una autocritica. Como profesionales, debemos aprender a construir y administrar ciudades con muy escasos recursos y con una mentalidad abierta al uso de nuevas ideas y tecnologías, pero también al reciclaje de viejas ideas y tecnologías. Administrar la escasez significa otorgar prioridad a la sociedad civil y alentar la consolidación de organizaciones populares con la preparación y la continuidad como para influir sobre los acontecimientos. Esto implica que el manejo de una ciudad ya no puede ser el dominio exclusivo del alcalde o intendente y del concejo deliberante. La ciudad es ya demasiado grande y compleja como para encarar su construcción y administración con técnicas convencionales y planes y políticas tradicionales.

Los países latinoamericanos no están capacitando a los profesionales, investigadores

y técnicos intermedios para influir sobre los acontecimientos. No existe la mentalidad para ello y tampoco existe todavía la capacidad de gestión para emprender y administrar pequeños proyectos. Inclusive, algunos investigadores, incluyendo científicos sociales, no están todavía lo suficientemente comprometidos en el reciclaje de las experiencias de base que constituyen una frecuente fuente de nuevas ideas para la investigación. Necesitamos numerosos profesionales e investigadores capaces de trabajar con los habitantes de los asentamientos, con humildad para escuchar a los usuarios de esos asentamientos.

Es también esencial la existencia de gobiernos locales más democráticos, dinámicos y eficientes. Uno no encuentra esas cualidades bajo los regímenes dictatoriales. La eficiencia, en esos regímenes, es visualizada como la capacidad de emprender grandes proyectos, tales como redes de subterráneos, autopistas, grandes hospitales y proyectos de infraestructura. Los regímenes dictatoriales no tienen que responder por sus acciones en forma inmediata. Tarde o temprano, sin embargo, deberían hacerlo, pero la grave herencia que dejan no sólo tiene dimensiones políticas, sociales y económicas, sino también culturales y éticas. Los grandes proyectos, importantes como podrían llegar a ser para un mejor uso del tiempo y del espacio urbano, no necesariamente mejoran los me-

dios ambientes de la pobreza y no elevan el nivel de vida de los pobres.

Un potencial de recursos por explorar

Estamos comenzando a comprender cuál es el papel que en el mundo moderno desempeñan o pueden llegar a desempeñar los grupos pequeños (incluyendo las asociaciones barriales y las organizaciones comunitarias), los organismos no gubernamentales y el sector informal en la economía de las ciudades y en la construcción de asentamientos de todo tipo empleando tecnologías simples y de bajo costo y proyectos pequeños. Pero para utilizar ese potencial debe producirse un cambio radical en las actitudes y en los programas de los gobiernos nacionales y locales y de las agencias internacionales. Estoy seguro de que no existen fondos disponibles, en la cantidad suficiente, para emprender el número necesario de proyectos pequeños coordinados como para producir un impacto sobre los medios ambientes de la pobreza. Ni las agencias ni los gobiernos tienen programas reales con estas finalidades. Arguyen que son demasiado caros para preparar y controlar. Existen algunas experiencias en la promoción de industrias pequeñas e intermedias, en el mejoramiento de asentamientos, en la modernización de talleres, en la provisión de pozos y bombas de agua para aldeas rurales, etc., pero todas ellas evidencian un enfoque fragmentado con escaso impacto en las condiciones de vida generales de los pobres.

De modo que volvemos al problema de los recursos para inversiones en este tipo de proyectos. Comencemos por la vivienda que representa una de las mayores inversiones si el objetivo es elevar las condiciones de vida.

Hay diversos insumos que son fundamentalmente para rehabilitar los medios ambientes de la pobreza. a) La tierra. El objetivo es asegurar que existan alternativas legales a muy bajo costo, o a costo que pueda ser reembolsado a través de otras acciones, o sin costo alguno, o con precios subsidiados, que puedan ser ofrecidos como alternativas a la intrusión y a las subdivisiones ilegales. A menos que se adopten medidas para regularizar la tenencia de la tierra ahora y para el futuro, no hay manera de repensar la ciudad latinoamericana y de construirla y administrarla a un costo que empiece a estar más cerca de las posibilidades de cada sociedad local. b) Los materiales de construcción, que constituyen el porcentaje más alto de cualquier vivienda, autoconstruida o no; es-

to abre inmensas posibilidades para los trabajadores urbanos con baja calificación y bajos ingresos si se organizan en cooperativas para la producción de los siete u ocho materiales de construcción críticos que se requieren. c) Los créditos directos a las organizaciones comunitarias, con garantía o sin ella. d) La ubicación del asentamiento, dado que la accesibilidad es crucial. e) Los servicios sociales y de saneamiento. f) El empleo. g) El apoyo técnico a la acción de las organizaciones comunitarias.

Un comentario final que constituye la base para construir unidades con un enfoque popular y democrático. Permanentemente insisto que la ley es igual para todos y que la presente legislación, con el pretexto de poner orden en nuestras vidas y proveernos de modelos de conducta, está creando una ciudad codificada donde muchos encuentran que les es imposible sobrevivir. El valor de una ley y su justificación deberían estar relacionados de manera directa con los beneficios que brinda a la población en su conjunto y no sólo a algunos grupos. Contrariamente a lo que muchos creen, los grupos populares quieren superar la ilegalidad. Pero no se trata solamente de que la legislación existente que afecta los medios ambientes construidos es la que se ajusta mal a las necesidades y posibilidades de los grupos de menores ingresos. Ocurre otro tanto con la legislación que regula actividades tales como la venta diaria de alimentos y agua, las comidas cocinadas y la venta callejera. Los gobiernos reconocen implícitamente que sólo mediante esas actividades pueden sobrevivir decenas de millones, pero continúan sometiendo a estos grupos informales a acosos constantes y arrestos y multas arbitrarias, mientras por otro lado no les brindan ninguna otra alternativa. Después de todo, el sector informal aparece cuando se impone una regulación irreal en relación con la situación local. Como me dijo una vez un amigo venezolano, todos somos ilegales cuando esperamos ganar y legales cuando defendemos nuestros intereses.

Para los pobres la estrategia consiste, por ahora, en que se les permita construir sus asentamientos de abajo hacia arriba. Para los gobiernos esto constituye un complemento realista de lo que están haciendo o una alternativa a lo que no están haciendo. Si se adopta este camino seguirán existiendo injusticias, pero no habrá sufrimientos. No conviene a nadie que las ciudades de América Latina continúen construyéndose como hasta ahora■

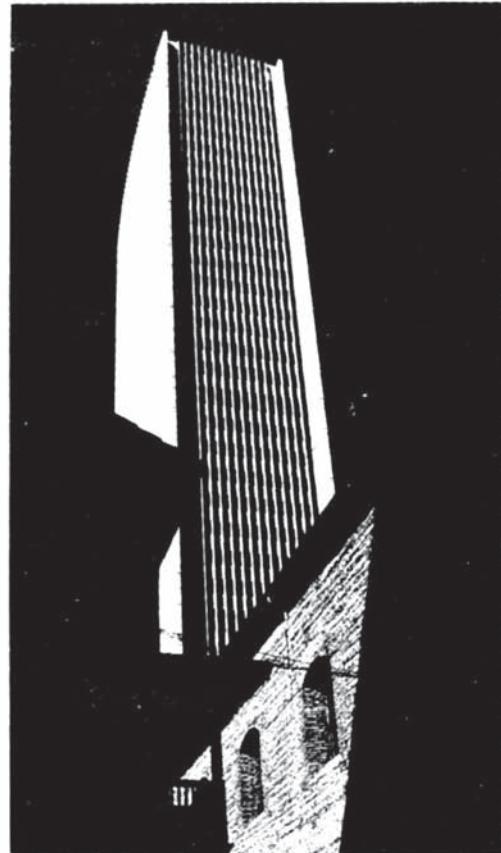
Para los pobres la estrategia consiste, por ahora, en que se les permita construir sus asentamientos de abajo hacia arriba. Para los gobiernos esto constituye un complemento realista de lo que están haciendo o una alternativa a lo que no están haciendo. Si se adopta este camino seguirán existiendo injusticias, pero no habrá sufrimientos. No conviene a nadie que las ciudades de América Latina continúen construyéndose como hasta ahora.

Fernando Viviescas M.
Profesor asociado e investigador de la Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín, Facultad de Arquitectura.

La ciudad colombiana: La arquitectura en busca de su ciudadanía

Fernando Viviescas M.

"El Estado colombiano tiene un amplio campo de acción en el impulso de una reforma que propenda por el mejoramiento de la calidad global de la vida de los ciudadanos, y al mismo tiempo tienda a reducir el nivel de tensiones de la vida urbana. Tal reforma debe acompañarse, entre otras cosas, de una planeación urbana con diseños urbanísticos, que den prioridad a los espacios públicos y a las zonas para el ejercicio de la democracia, el esparcimiento y la cultura". Del libro: "Colombia: Violencia y Democracia".



Por esas grandes paradojas que han caracterizado la historia de la dominación en Colombia, hace cincuenta años, entre la gran cantidad de transformaciones y procesos que activaron y dieron sentido a la "Revolución en marcha", nadie habló de uno que resultaría trascendental en todo ese movimiento: la ciudad colombiana contemporánea. Paradójico, porque ella no sólo era inevitable en tanto resultado insoslayable de toda esa renovación sino porque, además, era una *conditio sine quanon* de la modernización que se buscaba para el país en las condiciones generales de desarrollo capitalista que ineludiblemente iba ya a trasegar¹.

La paradoja termina, sin embargo, cuan-

do pensamos en la actitud que siempre han mostrado los sectores dominantes nacionales para silenciar o ignorar los hechos trascendentales y muy especialmente su incapaci-

* Una versión inicial de este texto fue presentada como ponencia en el Seminario "Repensar la ciudad: los nuevos espacios", celebrado en Medellín del 28 al 30 de octubre de 1987, con la organización del Museo de Antioquia y la Fac. de Arquitectura de la Universidad Nacional, Seccional de Medellín.

1. Ciudad contemporánea en el sentido de la organización socio-espacial que acompañó a las definiciones estructurales que forjaron el país actual y que definitivamente servirá de asiento y albergue a la Colombia del siglo XXI. Es decir, la ciudad entendida como la com-

ciudad para identificarlos inteligente y civilizadamente cuando ellos se refieren a las esferas política y cultural². Y es en ese contexto y con esa dimensión donde se ubica la ciudad colombiana, ya que su consolidación representa seguramente la transformación más portentosa de la historia contemporánea colombiana —posiblemente el hecho definitivo de la historia del país en este siglo— pues, mucho más allá de su papel funcional en la definición económica de nuestra formación social, jugó un rol de gran importancia en la redefinición socio-política (y antropológica) del conjunto de los ciudadanos, y de la ciudadanía como entidad, de Colombia entera.

Más portentosa aún si reconocemos que la construcción de esta urbe se hizo partiendo prácticamente de cero en la medida en que en el país no existía con antelación a su surgimiento una experiencia urbana y no se había conformado, ni por asomo, un pensamiento arquitectónico debidamente consolidado³. Los pocos elementos que en este sentido la arqueología arquitectónica ha logrado detectar, e intenta organizar, nunca pudieron superar el ámbito regional y se quedaron en propuestas puntuales que no lograron interesar a un sistema inmerso, por otra parte, en términos culturales, en los más profundos abismos de atraso intelectual. De allí que la configuración de los primeros mecanismos que permitieran pensar la ciudad como proyecto nacional vinieron a configurarse, con la fundación de la primera Facultad de Arquitectura en la Universidad Nacional en 1936, mucho tiempo después de que todos los elementos constitutivos habían empezado a construir la urbe colombiana que hoy estamos viviendo.

Se configura así la tercera característica fundacional de la ciudad colombiana: a la “ignorancia”, al “olvido”, al “desconocimiento” que de ella han hecho siempre los sectores dominantes y, por otro lado, a su presencia protagonística del devenir contemporáneo colombiano, se agrega el alejamiento que su construcción ha tenido de la arquitectura: la falta de un pensamiento arquitectural informando su desarrollo y sustentando su calidad como proyecto de ámbito vivencial.

Ese es el trípode sobre el cual se funda a su vez ese sustrato de violencia en el cual se ha mantenido durante toda su existencia⁴. Porque además de servir de continente de la resolución de todas las contradicciones económicas, jurídicas y políticas que tuvieron que definirse para lograr configurar el país

que ahora tenemos (lo cual en Colombia, como bien se sabe, se ha estado haciendo literalmente a sangre y fuego), nunca ha contado la ciudad con un referente cultural propio que logre identificarla y guiarla hacia etapas de definición políticas más elevadas.

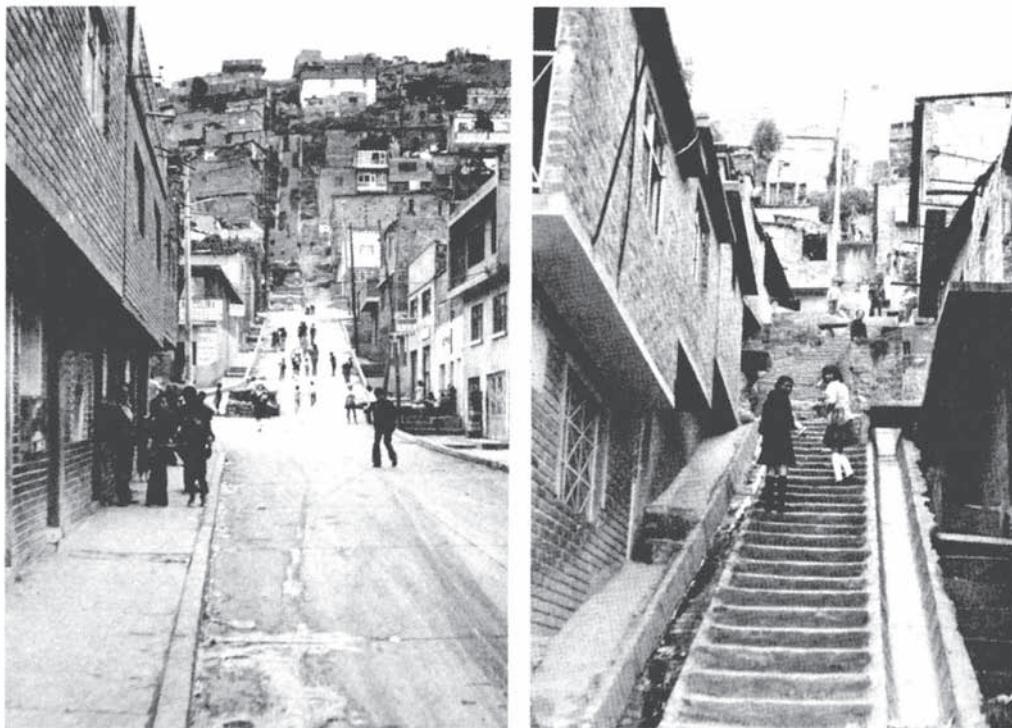
plejidad de relaciones que condiciona un determinado momento del desarrollo del capitalismo, y que en nuestro país solo empezó a consolidarse a partir de la tercera década (1920) del presente siglo. Incluso, la aglomeración demográfica (que aunque no es definitiva sí es fundamental para la conformación del ámbito ciudadano) que presentaba los llamados centros urbanos en una época tan tardía como 1938 mostraba a Bogotá apenas sobrepasando los 300.000 habitantes, mientras Medellín y Barranquilla distaban mucho de alcanzar los 200.000 ciudadanos y Cali apenas si alcanzaba los 100.000 residentes. (Cfr. McGreevey, W.P. 1971) *An Economic History of Colombia, 1845-1930*. (Cambridge University Press. Cambridge. p. 110). Pero más allá del crecimiento poblacional nos referimos al tipo de redefiniciones, incluso en el campo político, que suscitó el inicio de esa conformación ciudadana: en 1930 “Las diferencias aparecieron rápidamente. Por lo general los liberales se sentían más cómodos en la nación cambiante que trataban de gobernar. Tenían una perspectiva más urbana, mientras que los ideales conservadores seguían adornados con imágenes pastoriles. Para ellos, el ruido de la ciudad, su densidad y la heterogeneidad de su población representaban la decadencia de la autoridad y de los valores sociales...” Braun, Herbert (1987). *Mataron a Gaitán. Vida Pública y Violencia Urbana en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, p. 65-66.

2. Para muestra un botón: “Los convivialistas (es decir, los jefes liberales y conservadores) reservaban una terminología más gráfica para la multitud urbana. Las masas anónimas que se congregaban en las calles de las ciudades a veces eran consideradas como “ciudadanos”, otros “colombianos”, más a menudo “liberales” o “conservadores”. Pero casi nunca encajaban en estas categorías. Realmente eran la gente torpe, la chusma, la gleba, la plebe, las turbas, la canalla, los truhanes. El término más significativo, tanto fuera como dentro de la vida pública, fue los guachas”... (Braun, H; 1987:58).

3. “La Historiografía y la crítica de la arquitectura colombiana tiene una muy corta trayectoria, nacieron y crecieron al tiempo con la profesión la que apenas cuenta con cincuenta años de institucionalización y reconocimiento formal. Como trabajo intelectual tanto la historiografía como la crítica de la arquitectura colombiana se orientaron por las tendencias que llegaron al país en los años de su formación y estas fueron claramente divididas entre un academismo bastante anecdótico y la presencia de los documentos modernos al alcance de los arquitectos y profesores colombianos. La percepción de la realidad construida del país ha sido desde entonces filtrada a través de esos lentes y solo recientemente se ha trabajado con cierto ahínco en el desarrollo de puntos de vista más cercanos a ella”. Saldaña Roa, Alberto (1986) *Arquitectura y Cultura en Colombia*. Ediciones de la Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, p. 21.

4. “Las decisiones urbanas y arquitectónicas que se toman a diario en el país son reflejo de su situación cultural. Las élites viven en sus mundos separados,

De alguna manera se está reeditando lo que podríamos llamar una segunda fundación de la ciudad colombiana, cuyos elementos condicionantes está remitiendo a la época que se vivió hace cincuenta años y es necesario que esta repetición de los hechos, que hace medio siglo se vivieron como tragedia, ahora, como diría el filósofo, no se vivan como farsa y de nuevo sefrustrar el proyecto arquitectónico y político de nuestra ciudad.



Al margen de cualquier apoyo estatal, los sectores populares han construido con su esfuerzo, trabajo e imaginación buena parte de la ciudad de hoy.

De definición política y de propuesta espacial más significante tanto física como intelectualmente para el conjunto de la población.

Y es aquí donde se articula para la arquitectura la pertinencia de la pregunta por el pensar la ciudad colombiana. Se trata, en lo fundamental, de aprovechar las circunstancias de crisis y coyuntura que vive por esta época la sociedad en su conjunto para recuperar el papel de liderazgo que hasta ahora ha sido incapaz de jugar en un proceso que le compete totalmente: la propuesta, la reflexión de la arquitectura sobre la ciudad colombiana.

La segunda fundación de la ciudad colombiana

De alguna manera se está reeditando lo que podríamos llamar una segunda fundación de la ciudad colombiana, cuyos elementos condicionantes están remitiendo a la época que se vivió hace cincuenta años y es necesario que esta repetición de los hechos, que hace medio siglo se vivieron como tragedia, ahora, como diría el filósofo, no se vivan como farsa y de nuevo se frustre el proyecto arquitectónico y político de nuestra ciudad. De la respuesta que los arquitectos seamos capaces de dar en estos momentos a esta disyuntiva depende que lo que se

vive ahora en Colombia para su ciudad supere los niveles de farsa y se convierta en un drama que en su fin resulte creador, recreativo. Pues la verdad es que aquí se ha creado un espacio que ya la arquitectura como disciplina no puede eludir. En efecto, de nuevo, el establecimiento sigue ignorando la ciudad como instancia política a liderar y a liberar. A pesar del gran crecimiento y del portentoso salto cualitativo cultural que ha dado la sociedad colombiana, los partidos políticos siguen sin considerar una formulación pro-

llos de aspiraciones de semejanza con sus modelos influyentes. Para ellas se construyen las casas, los conjuntos cerrados, los edificios con las mejores opciones para obtener arquitectura de buena calidad. Para las masas urbanas se construyen edificios y casas masificados, centros comerciales y recreativos que reúnen sus aspiraciones de vida y sintetizan su presente y su futuro. Para el pueblo ordinario se trazan urbanizaciones en las que se construyen recintos apenas habitables, "sin cuota inicial". Los grupos populares sobreviven y en su constante necesidad de espacio hacen la otra ciudad, los pueblos y las viviendas rurales en las que se encuentran los vestigios o las evidencias de la cultura colectiva. El encuentro de estas decisiones se efectúa todos los días en todo el territorio colombiano, en forma cada vez más violenta". (Saldarriaga, Roa, A.; 1986:79).

Para una mirada más en detalle de este problema, véase: Viviescas M. Fernando, et. al. (1986) *La Calidad Espacial Urbana de los Barrios para Sectores de bajos Ingresos en Medellín*. En la serie Investigaciones 8 del Centro de Estudios del Hábitat Popular (CEHAP) Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia. Medellín.

gramática de la urbe nacional y la siguen manejando empecinadamente como feudos electorales sin moverse un centímetro del modelo que se utilizaba desde el siglo pasado⁵.

El gobierno mismo alardea de modernismo presentando a consideración una tímida reforma urbana, que, como proyecto político, tiene un atraso como mínimo de 40 años y ni aún así logra conmover a los partidos políticos ni a los gremios dominantes.

Además, el protagonismo de la ciudad es incuestionable en tanto es el continente obligado y definitorio de la vida nacional, a pesar de la vigencia en su control del Estado de Sitio y de la planeación urbana extranjericante y maliciosa que se instauraron justamente después del 9 de abril de 1948, o sea, cuando feneció aquella ciudad aldeana que no pudo nunca madurar como entidad cívica.

En cambio lo que hay ahora es, sobre todo, una población consciente de su destino urbano y dispuesta a trabajar y luchar por un espacio ciudadano cualificado. Una población que incluso en sus estratos más bajos, pero mayoritarios, ha logrado construir la mayor extensión del territorio citadino; en las peores condiciones infraestructurales ciertamente pero que aun así ha mostrado el potencial creativo que tiene tanto constructivo como estético, dándole forma a una tipología urbana de hábitat que necesariamente caracteriza ya a nuestras ciudades. Una población que en su conjunto ha logrado singularizar los espacios identificatorios y estructurantes de la ciudad y que poco a poco ha conseguido apropiarse de la idea y del espacio del centro de la ciudad, de las áreas recreativas y culturales y que ya, hacia adelante, los empieza a entender como derechos de su propia mismidad ciudadana.

Es decir que en los últimos cincuenta años se ha desarrollado una dinámica de cultural urbana que, entre otras cosas, ha mostrado toda su dimensión política en tanto ya comienza a copar y a pretender romper las talanqueras institucionales que a la ciudad le ha impuesto la visión dominante y reaccionaria de la vida ciudadana. La ocupación de tierras urbanas ha logrado, por ejemplo, forzar a retomar desde el Estado el problema de la reforma urbana; ella y toda la Reforma Municipal, incluida la elección popular de Alcaldes, son producto del despliegue político que la dimensión ciudadana del vivir ha alcanzado⁶.

Ese mismo avance de la constitución cultural urbana se ha ido encaminando a cons-

truir una exigencia de la necesidad de la arquitectura en la construcción de la ciudad. Poco a poco se ha ido consolidando la idea de que la lucha no es solo por espacio sino además por la calidad del mismo. Que no solo se requiere espacio físico sino también espacio representativo. Que el espacio no es solo un continente tangible para producir sino que es una instancia intelectual que debe dignificar y cualificar la cotidianidad de la existencia. La experiencia ha demostrado que el espacio no es una materialidad estática sino una dimensión transformable y transformadora y que debe contribuir a elevar no solo las condiciones físicas del tránsito diario sino también las instancias espirituales e intelectuales del ámbito generacional⁷.

Es decir que a diferencia de hace cincuenta años, el ciudadano colombiano aho-

5. En gran medida las dificultades que han rodeado el proceso de escogencia de candidatos para la elección popular de alcaldes se debe a la carencia que tienen las agrupaciones políticas en términos de formular sus propias concepciones sobre la ciudad colombiana. Ninguno de los partidos ni sus derivaciones tienen con qué formular una campaña basada en una posición política y filosófica sobre la ciudad y, por ello, todos se quedan repitiendo la promesa de atacar los mismos problemas que plantean cada uno de los municipios, los cuales son reducidos a las llamadas necesidades mínimas, las que además son obvias pues nunca han sido abocadas, por las mismas organizaciones, con responsabilidad histórica. Ni siquiera un paso trascendental histórica y políticamente hablando, como esta ampliación de la participación democrática ciudadana, ha sido suficiente para inmutar a las tradicionales maquinarias partidistas.

6. Para una mayor ampliación de este punto ver: Viviescas M. Fernando (1986) "Identidad Municipal y Cultura Urbana" en *Revista Foro* No. 1. Septiembre. Bogotá, pp. 33-44.

También en *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 48 No. 4, octubre-diciembre. 1986. México. pp. 51-71.

7. El planteamiento de la necesidad de la arquitectura en la construcción de la ciudad significa superar el marco meramente economicista sociologizante o político en el cual se ha querido encasillar a esta disciplina y que pretende limitar su ámbito a producir edificios. En estrictus sensus ninguna sociedad necesita edificaciones en abstracto. Lo que todas las sociedades requieren y, dentro de cada una de ellas, demandan sus diversos estamentos son lugares para vivir, esto es, para comer, dormir, amar, angustiarse, gozar, pensar, crear, etc. Estas acciones, como se sabe, son siempre manifestaciones culturales (no todo el mundo come igual; ni la forma de amar es la misma en todas partes; es más, sus concepciones tampoco son generalizables: todo cuerpo social tiene una forma distinta de crear y plantea una relación distinta con la creación, digamos por caso, vivencial). En la capacidad de comprender las necesidades ambientales, es decir, de espacio para enriquecer la práctica de todas estas actividades reside la potencialidad de la arquitectura para responder a las necesidades del entorno social e histórico.

Lo que hay ahora es, sobre todo, una población consciente de su destino urbano y dispuesta a trabajar y luchar por un espacio ciudadano cualificado. Una población que incluso en sus estratos más bajos, pero mayoritarios, ha logrado construir la mayor extensión del territorio citadino; en las peores condiciones infraestructurales ciertamente pero que aún así ha mostrado el potencial creativo que tiene tanto constructivo como estético, dándole forma a una tipología urbana de hábitat que necesariamente caracteriza ya a nuestras ciudades.

ra enfrenta el siglo XXI con un refente espacial, cultural, arquitectural y no con las manos vacías que tenía cuando fue violentamente expulsado de sus campos en los años treinta. El avance cultural y político que ha hecho lo presenta absolutamente maduro y consciente del compromiso que tiene frente a la construcción de su ciudad.

La forma como el pueblo colombiano ha encajado los golpes arteros más recientes sirven para ver hasta dónde ha madurado política y culturalmente y cómo ya las fuerzas reaccionarias no podrán aprovecharse tan fácilmente, como en el 9 de abril de

decir, también la arquitectura como cuerpo disciplinario ha avanzado tremadamente desde aquel lejano 1930 y con todo derecho puede reclamar ahora el que se le reconozca la responsabilidad de responder por la arquitectura de la ciudad y enfrentar el reto de contribuir a atender el derecho de la población a construir una ciudad con la arquitectura.

Seguramente tendremos que aceptar que el avance que la arquitectura ha tenido está más enmarcado por la instancia empresarial y mercantil de esta sociedad que por la intelectual y cultural; no podemos soslayar el hecho de que su desarrollo se ha circunscrito al ámbito social de las clases altas y de un Estado irresponsable con las mayorías; también es claro que su avance tecnológico se nutre más de referencias extranjeras y de niveles productivos altos que de un estudio de la edilicia autóctona y para los sectores populares; también que la presencia en la formalización de un perenne y fácil eclecticismo ha sido su característica más relevante y que el interés por la investigación histórica y la reflexión teórica ha sido terriblemente incipiente. En fin, podríamos decir —y probar— que comparativamente su desarrollo ha sido muy precario no sólo con respecto a lo que el país como nación ha debido exigirle, sino sobre todo con el avance constructivo, cultural y político que el conjunto de la población ha consolidado (especialmente los sectores más populares que, en metros cuadrados, para tomar sólo un parámetro, le gana en dimensión).

Podríamos decir esto y mucho más, pero con respecto al pensar la ciudad del futuro, y en relación con la situación de la arquitectura colombiana, enfrentada hace media centuria a una responsabilidad similar, la encontramos definitivamente mejor preparada en todos los terrenos. En este contexto, dependerá de la definición y consecuencia política y profesional con las que afrontemos el reto, el éxito o fracaso de nuestras realizaciones. Ya, de todas maneras, no tendremos como excusa el desarrollo histórico anterior.



El acelerado proceso migratorio de los años 50 obligó a los sectores populares a improvisar la construcción de su vivienda y entorno barrial, mostrando su potencial creativo.

1948, de las reacciones de la población ante las provocaciones.

Agregado a lo anterior también se tiene, mal que bien, el inicio de un pensamiento arquitectural relativamente propio y sobre todo generalizado en el país. Hay un cuerpo de arquitectos que han sido formados en Colombia y que de todas maneras han construido una experiencia espacial que ha curtido un historial reciente pero consistente y, especialmente en los últimos diez años, ha ido perfilando también la edificación de un cuerpo teórico comprometido con la realidad particular del espacio colombiano. Es

La crisis de la desidentidad urbana

Se trata pues de resaltar que si la sociedad colombiana se encuentra en una crisis trascendental por lo estructural, de dimensiones comparables a las definitorias de los años treinta y cuarenta, también la ciudad, como en aquel entonces, se encuentra en un momento crucial de su conformación y de su

definición histórica⁸. Y que son esa coyuntura y esa coincidencia las que hacen posible y pertinente la pretensión por parte de la arquitectura de ocupar el lugar, en el desarrollo socio-político-cultural del país, que hasta ahora ha dejado abandonado y jugar un papel protagónico en el proyecto de mejorar las condiciones de existencia espacial del conjunto de la población.

Se trata de una definición política porque la característica más importante de la problemática del espacio de la ciudad colombiana, en los momentos actuales, es la manera como se desenvuelve la contradicción que se presenta entre las concepciones que sobre la misma tienen, por un lado, de manera general, los sectores dominantes de nuestra sociedad y, por otro lado, la que como resultado de su desarrollo político y cultural han ido perfeccionando amplios sectores de la población mayoritaria del país.

A la luz de los estudios históricos y temáticos, así como de las reflexiones literarias y filosóficas, a más de la experiencia cotidiana, el espacio de la ciudad no puede ser otro que el de la democracia, el de la participación, el de la controversia y, por lo mismo, el del disfrute creativo⁹.

Sin embargo, en Colombia, debido fundamentalmente a las circunstancias históricas que rodearon el nacimiento y consolidación física de la ciudad contemporánea, esta idea llegó a ser considerada totalmente extraña y lo que se instauró fue la concepción de la urbe como el espacio, únicamente, del hacinamiento, de las carencias e insuficiencias, del anonimato, de la uniformidad y por ende de la indiferencia ciudadana; cuando no el de la violencia y, sobre todo, el de la separación del ciudadano del diseño y del control de la construcción y del manejo de su ciudad¹⁰.

Todo lo anterior tuvo como consecuencia en lo cultural que el concepto de ciudad siempre estuviera rodeado de connotaciones peyorativas y en lo político que el poder de decisión se concentrara exclusivamente y de manera incuestionada en manos de los sectores dominantes, ajeno completamente a cualquier posibilidad de participación ciudadana. De esta manera, en lo físico, la determinación y construcción de la ciudad colombiana quedó siempre en manos de la técnica, la llamada Planeación urbana, y de la implementación política de la represión. Así fue como nació y se consolidó la ciudad del Estado de Sitio. Ese fue al aporte de este país a la urbanística mundial.

Pasando el tiempo y ahondándose la mez-

quindad de nuestro esquema capitalista, el contubernio entre la planeación y la represión se fue haciendo mucho más necesario, estructuralmente hablando, para mantener controlados un desarrollo y un crecimiento de los centros urbanos en los cuales, en la práctica, gran proporción del suelo iba siendo construida de manera espontánea por una población que cada vez se encontraba más alejada de la posibilidad de pagar, con sus propios recursos, cualquier implementación de los llamados planes de desarrollo urbano.

Este fue el marco en el cual se instauró la ideología de que el problema del espacio de la ciudad no tiene sino dos maneras de ser considerado: en un sentido no es más que un

8. A mi juicio, se trata de la redefinición del esquema político bipartidista que por primera vez en ciento cincuenta años se encuentra realmente amenazado y con perspectivas tangibles de ser superado, lo cual es equiparable con la transformación económica y administrativa que inició Alfonso López Pumarejo.

9. "...Ocurre con las ciudades como con los sueños: todo lo imaginable puede ser soñado pero hasta el sueño más inesperado es un acertijo que esconde un deseo o bien, su inversa, un miedo. Las ciudades, como los sueños están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas, y toda cosa esconde otra... También las ciudades creen que son obra de la mente o del azar, pero ni la una ni el otro bastan para tener en pie sus muros. De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya". Calvino, Italo (1984) *Las Ciudades Invisibles*. Ediciones Minotauro. Barcelona. p. 56.

10. Para el ámbito continental, uno de los más brillantes arquitectos latinoamericanos plantea el problema de la siguiente manera: "...La población es arrastrada por un urbanismo convulsivo que obedece solamente a las leyes de la lujuria especulativa que es, al fin de cuentas, lo que estructura la ciudad. Las comunidades, en esas condiciones, no tienen ni siquiera las compensaciones de la ciudad, de la vida urbana, es decir la posibilidad de una existencia solidaria, para soportar su pobreza y mala calidad de vida.

"La urbanización galopante de América Latina no produce ciudad, solo crea un algo heterogéneo e inestable: lugares de segregación, conglomerados. En ellos se acaban las referencias estructurales, se pierden los atributos de la ciudad, los puntos focales alrededor de los cuales se cristaliza la vida urbana y la historia. Se debilita la práctica de los lugares y la población; en esas arenas movedizas, solo trata de protegerse y de vivir para sí, egoístamente y sin memoria.

"En América Latina se olvidó que el ancestral derecho del ciudadano empieza con el derecho al goce de la ciudad. El derecho democrático de vivir, residir en una comunidad urbana con los valores y los medios fantásticos que ofrece la coordinación de un gran número de aportes culturales". Salmona, Rogelio (1983) "Consideraciones sobre la Arquitectura Latinoamericana". En *PROA* No. 318. Mayo. Bogotá. p. 14.

El espacio de la ciudad no puede ser otro que el de la democracia, el de la participación, el de la controversia y, por lo mismo, el del disfrute creativo.

Sin embargo, en Colombia, debido fundamentalmente a las circunstancias históricas que rodearon el nacimiento y consolidación física de la ciudad contemporánea, esta idea llegó a ser considerada totalmente extraña y lo que se instauró fue la concepción de la urbe como el espacio, únicamente, del hacinamiento, de las carencias e insuficiencias del anonimato, de la uniformidad y por ende de la indiferencia ciudadana; cuando no el de la violencia y, sobre todo, el de la separación del ciudadano del diseño y del control de la construcción y del manejo de su ciudad.



Repensar la ciudad significa repensarla políticamente, construir un espacio democrático. Superar la arquitectura y la ciudad del estado de sitio, de la violencia.

asunto técnico, bastante complicado por cierto, por lo cual ha de ser dejado exclusivamente en las manos impersonalizadas de los profesionales de la planeación, frente a los cuales el conjunto de los habitantes somos absolutamente ignorantes (inclusive los planes de desarrollo de nuestras ciudades, desde el principio, fueron entregados a técnicos extranjeros de un gran prestigio) y en otro sentido, en la implementación práctica de los planes no es más que un asunto de orden público.

Así las cosas, la posibilidad de construcción de la Polis colombiana, esto es, la conformación de un espacio controlado y administrado directamente por la población, quedó cancelada, desde el principio y durante los primeros cincuenta años de su existencia, aparentemente de manera total.

Este esquema, que se impuso en el país definita y desembozadamente a partir de los últimos años de la década del cuarenta, más concretamente a partir del 9 de abril de 1948, tuvo su repercusión más directa en la desaparición del lugar de la manifestación y expresión política; pero no se limitó solamente a eso: tampoco tuvo en cuenta el espacio de la expresión cultural. Pero más aún: no se trató solamente de frustrar la expresión popular sino de que la ciudad colombiana fue creciendo sin necesidad de sacar a

flote la formulación de una expresión estética y arquitectónica. Con esto no sólo era que no se le permitía la consolidación de los referentes a los sectores mayoritarios de la población sino que incluso los sectores dominantes nunca implementaron la posibilidad de consolidar los suyos; o de crearlos, si era que no los tenía¹¹.

Debido a esa ausencia de la componente cualitativa en la configuración del espacio urbano colombiano es por lo que siempre que se hace referencia al mismo se hace desde el punto de vista cuantitativo: ¿cuántos metros cuadrados para la recreación se destinan en una u otra urbe? ¿Cuántos metros cuadrados, como mínimo, deben tener las casas sin cuota inicial? ¿Cuántos metros cuadrados deben tener los apartamentos de tantos UPACs? Incluso los arquitectos en sus hojas de vida no colocan nada con respecto a la calidad espacial y/o ambiental de los edificios que han diseñado sino que basan la presentación de sus experiencias en la cantidad de metros cuadrados que han construido... y así sucesivamente.

Así se fue construyendo la ciudad, de tal manera que se tendía a destruir cualquier posibilidad de conformar una cultura urbana. Tendencia no solo absurda sino inútil. El desarrollo cultural de los conglomerados sociales, aunque reprimible, no puede ser imposibilitado: se da necesariamente como una consecuencia histórica; obviamente determinada por esas circunstancias, pero se da.

Aquí surge la contrapartida de la contradicción a que aludíamos. La madurez política y cultural que con todos los avatares ha sido alcanzado el conjunto de la población urbana colombiana ha encontrado en el descubrimiento de la ciudad uno de los elementos más significativos de su desarrollo. Especialmente porque tal revelamiento no se ha limitado a discutir los planteamientos tradicionales sino que los ha puesto en cuestión

11. En relación, pues, con la ciudad, con el urbanismo, podríamos repetir lo que un agudo analista planteaba de manera general para el conjunto del país: "...Miradas en efecto las cosas con alguna distancia, como la que les sería fácil adoptar por ejemplo a las gentes cultas de otras naciones, Colombia debe aparecer como un país homogéneamente subdesarrollado, tanto en lo económico como en lo cultural, sin que la libertad de los grupos superiores en relación con las necesidades materiales haya favorecido en ellos una liberación del espíritu". Arrubla, Mario (1978) en la presentación del libro *Colombia Hoy*. Siglo XXI. Editores de Colombia. Bogotá. pp. 9-10.



Los sectores populares no sólo demandan una solución cualitativa al problema de la vivienda. También demandan una redefinición del concepto de calidad de la vivienda y el entorno urbano y ello implica repensar la ciudad y su planeación.

confrontándolos con la recreación de un concepto de ciudad que tiene en la calidad ambiental de su espacio su elemento sustutivo fundamental.

No se trata, ni mucho menos, de que la ciudadanía colombiana haya olvidado que existe todavía (y quizás ahora muchos más que antes) una gran carencia o, al menos, en muchos casos, insuficiencia de los requerimientos mínimos espaciales de vida en la ciudad, sino que ha empezado a exigir una redefinición completa del asunto al reivindicar la calidad ambiental como un componente indispensable en la reflexión y construcción de la ciudad. Es decir, se ha dado dimensión política a la instancia cultural del mejor ambiente de las condiciones de existencia de la población¹².

La consolidación de la componente cualitativa como parte integrante de la reivindicación urbana no busca, pues, complementar un esquema que anteriormente ponía énfasis solamente en lo cuantitativo, sino que efectivamente logra redefinir completamente el problema¹³.

Es ahí donde tiene su gran importancia y su gran fuerza. Al mismo tiempo tiene allí su máxima debilidad. No solo porque aún no logran configurarse del todo las formas de expresión política que necesariamente requiere sino porque desde el campo político e ideológico es amenazada por las variantes que va formando la reaccionaria visión tradicional de la ciudad.

Es en este punto donde surge la importancia de la definición profesional de la arquitectura y de quienes la practicamos. Definición que no contempla términos medios: o, consciente o inconscientemente, se permanece apegado a los viejos esquemas o se afronta con responsabilidad el desafío que ha planteado históricamente la ciudadanía.

12. Para una mirada más en detalle de este asunto, en relación con la construcción de la vivienda ver: Vivescas M., Fernando (1985) "El Problema de la Vivienda y la Arquitectura" en *Revista de Extensión Cultural. Universidad Nacional de Colombia*, Medellín No. 20, Dic. pp. 46-47.

13. Uno de los grupos que se han conformado con relativa estabilidad lo expone así: "Utilizamos el término espacio de la ciudad en su más amplia acepción: sus calles y parques; los lugares públicos, las zonas en donde en igualdad de condiciones el ciudadano puede ejercer sus derechos de reunirse o relacionarse con los otros, descansar, contemplar lo bello o movilizarse libremente. Y asimilamos al término del espacio, el de su ambiente: el aire que respira, el paisaje que contempla, las condiciones de salubridad de los suelos que pisa, los alimentos que consume, la calidad de las aguas que utiliza.

"Es el ambiente el que posibilita la vida. Pero es el espacio urbano en donde el hombre se realiza como ser de relación y ser de comunidad. Es dentro del espacio urbano en donde el hombre se descubre a sí mismo como parte de una totalidad ante la cual debe ser solidario. Así como el ambiente hace posible su calidad de vida, el espacio urbano da significado a su existencia como miembro de un todo". Fundación Pro-Ciudad. Comité Pro-Bogotá (1983) La Ciudad deshumanizada en *PROA* No. 317, abril. Bogotá, p. 13.

La arquitectura de cara a la ciudad del siglo XXI

Definición profesional ineludible porque en las condiciones de la Colombia actual, cualquier intervención o reflexión, todo proyecto, aun sin proponérselo, se constituye en una propuesta espacial, en parte de un esbozo de una nueva ciudad: la ciudad colombiana del siglo XXI.

Definición profesional porque, además, dado que ya se consolidó la ciudad como continente predominante de la vida del país, la intervención no puede quedarse únicamente en identificar sus carencias o falencias y en tratar de subsanarlas o corregirlas. No sólo porque cronológicamente estamos a puertas de un nuevo siglo, sino porque en realidad se trata de inaugurar otra etapa de este construir urbano colombiano. Porque, además, tanto el urbanismo como la arquitectura han avanzado teórica y metodológicamente a nivel mundial, en el sentido de clarificar su responsabilidad en el proyecto de configurarse en campo de conocimiento —como qué hacer del intelecto— por un lado y, por el otro, en el compromiso de crear un ámbito espacial que redunde en el elevamiento de las condiciones de existencia, espiritual y materialmente hablando, de toda la población.

En estas circunstancias la problemática profesional para la arquitectura y el urbanismo no se agota únicamente en ver cómo se diseña una específica área o se renueva un determinado edificio, sino que se complejiza el tener como mínimo dos variantes.

En primer lugar, se trata de superar un atraso teórico, metodológico y profesional que tiene la dimensión de inaugurar en Colombia el pensamiento arquitectónico sobre el espacio abierto, el espacio exterior, el espacio público; más ciudadanamente, el espacio colectivo. Esto, en nuestro país, significaría la revolución de una disciplina que hasta ahora se ha encerrado y ensimismado en el espacio interior, individual y privado, con lo cual ambas instancias, necesariamente ligadas en y por la arquitectura, se han visto deterioradas. Es el enfrentar la responsabilidad de hacer presente la arquitectura del Barrio, del Parque, de la Plaza, de la Plazoleta, del Bulevar, de la Calle, de la esquina, del andén, del árbol y, sobre todo, para el juego, el descanso, la poesía, el pensar, el reflexionar, el mirar, el pasear, el fantasear, el simplemente estar; en últimas, para vivir más allá de la mera subsistencia material agobiante.

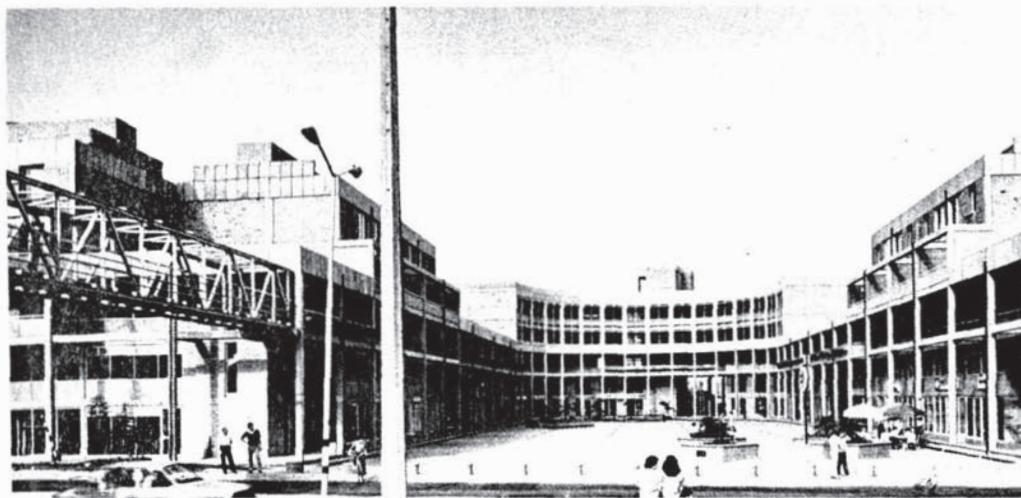
La segunda variante que tiene que ser trabajada por el arquitecto está ligada a un hecho histórico: si bien es cierto que la ciudad contemporánea, la de ahora, se construyó bajo los auspicios de una concepción aculturalista de la ciudad en la cual, para buscar el *Progreso*, se hicieron a un lado la componente estética y la arquitectónica; si bien esto es cierto, también es cierto que ulteriormente el mismo desarrollo de la ciudad, su configuración como ente cultural, plantea una nueva concepción en la que, contrariamente a lo vivido en décadas anteriores, la calidad espacial y la cualificación de la existencia exigen una respuesta arquitectural que permita la conformación de un nuevo lenguaje formal.

Los presupuestos arquitectónicos a ser tenidos en cuenta han cambiado radicalmente, no sólo por las transformaciones propias del pensar arquitectónico universal de los últimos 60 años, sino porque en Colombia ya no nos encontramos en el problema de construir la ciudad enmarcada por un proceso poblacional largo y dispendioso, seguido por el país para pasar de una estructura eminentemente rural (1930-40) a una predominantemente urbana (1970-80), sino que nos enfrentamos a la tarea de construir un espacio ciudadano dentro de un marco espacial consolidadamente urbano. Y estos son proyectos culturales y tareas profesionales definitivamente distintos.

La ciudad colombiana empieza a requerir de la arquitectura para articularse a los nuevos tiempos y con los nuevos ciudadanos. El compromiso del arquitecto es, pues, hacer evidente esa necesidad y brindar a la población los elementos que cualifiquen esa evidencia y, al mismo tiempo, que amplíe sus conocimientos para sustentar la reivindicación de la arquitectura como elemento y derecho cotidiano, es decir, como *Cultura*, en tanto con ella, y de esa manera, se elevan las condiciones de vida de los ciudadanos, tanto en lo material como en lo intelectual.

No es el capricho de unos cuantos arquitectos —“teóricos” como los tachan algunas veces— lo que ha revolucionado la posibilidad de la arquitectura en nuestro medio, sino que son las transformaciones orbitales del pensamiento arquitectural y la gran revolución espacial del país *combinadas* las que obligan a la formulación de nuevas preguntas y desde luego a la conformación de nuevas respuestas. Por ello, entre otras cosas, es por lo que ahora es un problema arquitectónico y social el espacio colectivo, cosa que sonaba absurda hace 15 ó 20 años.

La ciudad colombiana empieza a requerir de la arquitectura para articularse a los nuevos tiempos y con los nuevos ciudadanos. El compromiso del arquitecto es, pues, hacer evidente esa necesidad y brindar a la población los elementos que cualifiquen esa evidencia y, al mismo tiempo, que amplíe sus conocimientos para sustentar la reivindicación de la arquitectura como elemento y derecho cotidiano, es decir, como Cultura, en tanto con ella, y de esa manera, se elevan las condiciones de vida de los ciudadanos, tanto en lo material como en lo intelectual.



El panorama ha cambiado y el no identificar ese cambio es lo que deja fuera de foco a quienes intentan asomarse al problema espacial colombiano con los elementos antiguos. Las nuevas necesidades espaciales exigen nuevos tratamientos.

El metro: un reto para pensar y hacer la ciudad

Podemos explicitar esto, tomando el caso de Medellín. Quienes piensan el requerimiento de un nuevo espacio lúdico para la ciudad con la referencia tradicional no podrán nunca comprender la necesidad del Parque Olaya Herrera y le encontrarán infinitud de trabas. Nunca podrán comprender que si la necesidad y la posibilidad de ese parque ha surgido es porque han cambiado muchas cosas en la ciudad y que consecuentemente hay que remover y superar muchas rémoras, costumbres y vicios para emprender la construcción de aquello de lo que se trata: *una nueva ciudad con nuevas normas y con nuevas jerarquizaciones, con nuevas formas de participación y acción políticas*.

Mientras los arquitectos se mantengan aferrados a las viejas prácticas y concepciones tampoco podrán entender, por ejemplo, que justo en este momento Medellín pasa por una hora crucial en términos de su definición espacial hacia el futuro, y menos estarán dispuestos a entender que esta nueva concepción de la ciudad, que hace necesaria la arquitectura para su consolidación, es la única que puede salvarla, con base en un trabajo renovado de los arquitectos con la participación colectiva de la población y aprovechando la circunstancia casi provi-

dencial de que, hoy por hoy, todavía hay cómo hacerla realidad.

En efecto: se tiene la posibilidad de que en la escala macro-urbana se cuenta con una gran área libre que bien estudiada puede liderar una nueva distribución del espacio público para la recreación que contemple no sólo y aisladamente un Parque Metropolitano, sino que permita diseñar una política que cree una jerarquización completa del espacio recreativo en toda la ciudad, dando vida a instituciones y acciones que la pongan en práctica, de tal manera que vaya desde el gran parque hasta la plazoleta y la esquina de barrio, involucrando todas las instancias espaciales y organizacionales intermedias en la construcción de la red espacial recreativa de la ciudad.

Una vez impuesto el Metro, para bien o para mal, se constituye en una inmensa estructura determinante de la configuración de la ciudad¹⁴. La arquitectura, los arquitectos tendrán que enfrentar el problema de su tratamiento para que esto, que con todo va a calificar ambientalmente a la ciudad, no sea solamente un frío y aséptico convoy que martirice a la población tanto en lo económico como en lo estético. Se está haciendo tarde ya para que la acción de la arquitectura no se limite únicamente a diseñar las estaciones del Metro (a propósito: ¿cómo se estarán diseñando éstas?). El tren tiene un recorrido y este recorrido, dada la forma

Una vez impuesto el Metro, para bien o para mal, se constituye en una inmensa estructura determinante de la configuración de la ciudad. La arquitectura, los arquitectos tendrán que enfrentar el problema de su tratamiento para que esto, que con todo va a calificar ambientalmente a la ciudad, no sea solamente un frío y aséptico convoy que martirice a la población tanto en lo económico como en lo estético.

14. Para aclarar el sentido de imposición que le vemos a su construcción véase: Viviescas M., Fernando (1987) "El impacto del Tren Metropolitano en Medellín" en PROA No. 360, mayo, Bogotá. pp. 24-27.

como fue impuesta la ruta del mismo, cortó a trocha mocha toda una arquitectura, abriendo un viaducto que se convertirá en el panorama inmediato de quienes usen el tren. Tiene que presentarse un proyecto de tratamiento arquitectónico debidamente normalizado para que ese paisaje no sea solamente un corredor de culatas y muñones o fachadas improvisadas y faltas de vida. A la manera como está quedando, en este momento, la Calle San Juan.

Es tiempo también de que la arquitectura intervenga de una manera racional y democrática en los asentamientos populares para contribuir a realizar el potencial creativo y

se requiere que quienes la practicamos somos capaces de entender los nuevos senderos por donde ella debe marchar.

El centro de la ciudad tiene que ser salvado ahora, porque dado el grado de desarrollo que Medellín ha alcanzado puede decirse que se encuentra en la misma situación que Aureliano Buendía descubrió para las estirpes condenadas a cien años de soledad: que no tendrá una segunda oportunidad. Hoy la ciudad puede rescatar y completar su centro como correspondería a una urbe de la importancia y la belleza de Medellín. Para empezar puede hasta erigir lo que nunca ha tenido: una Plaza Cívica representativa, expresión espacial de su identidad colectiva y política, en Guayaquil, antesala del Centro Administrativo José María Córdoba. Además puede articularla, con un bulevar, que le daría alma y humanidad a la tétrica Carrera San Juan, al necesario Parque de San Antonio.

El darle un significado político a la Plaza de Cisneros es la única manera de rescatarla en todo el sentido de hito urbano que estuvo históricamente ligado al destino ciudadano de Medellín, en tanto dicho lugar fue el que efectivamente, con su desarrollo e impulso, hizo que Medellín pudiera empezar a pensar que ya no era un pueblo sino que se había convertido en algo más complejo y más bello: una ciudad¹⁶.

Y se puede también acometer, dentro de un programa completo urbanísticamente diseñado e integrado, el rescate arquitectónico de todos los parques y plazoletas del mismo Centro: Parque de Bolívar, el de Berrío, la Plazuela Nutibara, la de la Veracruz, la de Zea, la Uribe Uribe, la de San Ignacio y las plazoletas que quedan al norte del Parque de Bolívar antes de que, por cualquier "genialidad", se conviertan en parqueaderos de algún centro comercial aledaño. Integrar a esto el Bulevar de La Playa y abocar cuanto antes un trabajo arquitectónico que rescate y humanice la Avenida Oriental.

Nos hemos referido a un caso particular, pero muy fácilmente puede verse cómo situaciones similares se presentan en todas las ciudades del país, en lo que se constituye en una problemática nacional.



Hoy la ciudad puede rescatar y completar su centro como correspondería a una urbe de la importancia y la belleza de Medellín. Para empezar puede hasta erigir lo que nunca ha tenido: una Plaza Cívica representativa, expresión espacial de su identidad colectiva y política, en Guayaquil, antesala del Centro Administrativo José María Córdoba.

estético que aquella población —mayoritaria en las ciudades— ha ido demostrando a pesar de todas las vicisitudes infraestructurales contra las cuales tienen que luchar diariamente¹⁵. Desde luego, mientras no cambie estructuralmente esta sociedad, no podrá garantizarse totalmente tal realización; pero entre tanto la gente, la ciudadanía, sigue existiendo, continúa viviendo y, por ende, ello hace necesario y posible que la arquitectura —reformulando sus esquemas de participación y definición— intervenga para que se consolide la componente estética como parte integrante del espacio diario, del derecho a una cotidianidad digna. La mitad de las ciudades colombianas se construye sin ninguna instrumentación de la arquitectura: ni en la parte técnica de su edificación, ni en la prevención de su permanencia ni, mucho menos, en la cualificación del componente artístico. Pero la población, lo sabemos por experiencia, está dispuesta a confrontar todo lo hecho con la disciplina arquitectural y a confrontarse ella misma en el proceso. Sólo

15. Una exposición detallada de estas vicisitudes se encuentra en: Viviescas M. F. et. al; 1986: 34-75.

16. Ver: Viviescas M., Fernando (1983) "Medellín: El Centro de la Ciudad y el ciudadano" en *Revista de Extensión Cultural. Universidad Nacional de Colombia*, Medellín, No. 15, julio. pp. 45-56.

Rescatar la ciudad para el ciudadano

Todo esto, pues, lo puede hacer la arquitectura y lo requieren las ciudades colombianas; lo necesitan los ciudadanos actuales y los del futuro. Todas éstas son posibilidades que tiene la ciudad de efectivamente reconformarse en una perspectiva cultural futurista.

Pero también es esta proporción se constituyen en una gran responsabilidad y complejizan el compromiso de los arquitectos quienes tienen que mostrar una gran consecuencia política e intelectual con su disciplina, para no ir a frustrar las aspiraciones arquitecturales de la ciudadanía. Puesto que la arquitectura en su intervención real no puede resolver todos los problemas de una sociedad: apenas sí contribuye a la posibilidad de resolver algunos estrictamente sencillos y ambientales. En cambio cada intervención por puntual que ella sea, genera en términos de significado una gran influencia e incidencia en el conjunto del tratamiento espacial que la ciudad requiere y construye en el resto de la trama.

El solo planteamiento tiene características culturales colectivas y, dado el momento que se vive y que hemos intentado describir en las páginas anteriores, su tratamiento se convertirá, necesariamente, en modelo, en prototipo procedimental y por esta vía influenciará la forma de abocar esta clase de problemas en la urbe.

Se trata de una intervención arquitectónica y urbanística sobre el espacio colectivo, es decir, sobre el espacio que está sustentado en gran medida el planteamiento arquitectónico y urbanístico de la ciudad del siglo XXI. Por ello es tan importante la discusión sobre los constitutivos arquitectónicos y urbanísticos de las propuestas que se plantean.

Esto último hace realmente apasionante el problema desde el punto de vista arquitectónico porque introduce directamente a un cuestionamiento crucial: ¿cuáles elementos arquitectónicos y urbanísticos aquí y ahora pueden identificar lo que debe ser la ciudad colombiana del futuro? ¿Cómo, arquitectónicamente hablando, se configura un espacio que, a la vez que preserve la importancia cultural del sitio, lo pueda proyectar hacia adelante como modelo de tratamiento del continente de actividades que están consolidando una nueva actitud ciudadana? ¿Cómo materializar una dimensión sensible (porque estamos hablando de arquitectura) que pro-

yecte hacia los puntos de la ciudad y hacia los años por venir, una línea de pensamiento y de intervención arquitectónica que responda y fortalezca la componente arquitectural como parte de la cotidianidad ciudadana? ¿Cómo escoger y organizar, por otro lado y de manera preeminente, dentro del bagaje material y conceptual contemporáneos unos elementos arquitecturales que hagan de la ciudad un espacio vivencial para el rato, para el momento, para el instante; para el adulto, para el niño, para la pareja; para el grupo que las visita esporádica o regularmente, para la gente que vive allí y/o de allí?

En estas circunstancias, para la arquitectura, la relevancia fundamental de este enfrentamiento entre la ciudad del Estado de Sitio y la nueva concepción cultural y política del espacio urbano estriba en la característica que ha tenido la tendencia a plantear como objetivo inmediato *el rescate del espacio de la ciudad para el ciudadano*.

Un rescate que además ha tenido que plantearse en varios frentes y en diversos sentidos a partir solamente de los intentos de la población, pues los sectores dominantes de la sociedad, los funcionarios y dirigentes del Estado y del sector privado, así como los partidos políticos tradicionales y los gremios económicos permanecen aferrados a la concepción urbana anterior y, hasta ahora no han hecho ningún planteamiento programático sino que, por el contrario, unas veces subrepticia y otras abiertamente se oponen a entender las nuevas inquietudes ciudadanas.

Las mismas escuelas de arquitectura permanecen aferradas a antiguos y perniciosos programas curriculares que para nada consultan las nuevas realidades espaciales de la Nación. La investigación histórica y teórica y la extensión a la comunidad aún no logran concitar a un profesorado que en algunas veces se ha burocratizado en una repetición insulsa de programas que nunca se han renovado; o que permanece librando luchas intestinas, inútiles y parroquiales al interior de las facultades, ignorando las verdaderas transformaciones arquitecturales que están obligados a interpretar y dilucidar. El trabajo y la dedicación que exigen la investigación y el estudio mantienen alejados, más dolorosamente aún, a la gran mayoría de los estudiantes de arquitectura de un compromiso fresco y dinámico con las nuevas fuerzas que está dinamizando el avance temático y metodológico de la arquitectura y del urbanismo y desde luego del verdadero compromiso

Para la arquitectura, la relevancia fundamental de este enfrentamiento entre la ciudad del Estado de Sitio y la nueva concepción cultural y política del espacio urbano estriba en la característica que ha tenido la tendencia a plantear como objetivo inmediato el rescate del espacio de la ciudad para el ciudadano.

político con la comunidad, con las mayorías ciudadanas.

Es el rescate de la discusión sobre la ciudad que dé salida a las variadas concepciones que surgen de los distintos intereses que tienen los diversos sectores ciudadanos, los cuales no tienen por qué ser unánimes, pero que en un ambiente democrático, y no impuesto ni restringido, pueden llegar a enriquecer el ambiente general, elevando la ca-

está atentando contra el derecho a la fluidez y continuidad del recorrido urbano sino que, con el encerramiento y enclaustramiento de amplios sectores ciudadanos, se ha ido contribuyendo tremadamente a aumentar el nivel de neurotización paranoica de la población, incrementando los niveles de agresividad, latente y efectiva, que estalla a diario en nuestras calles.

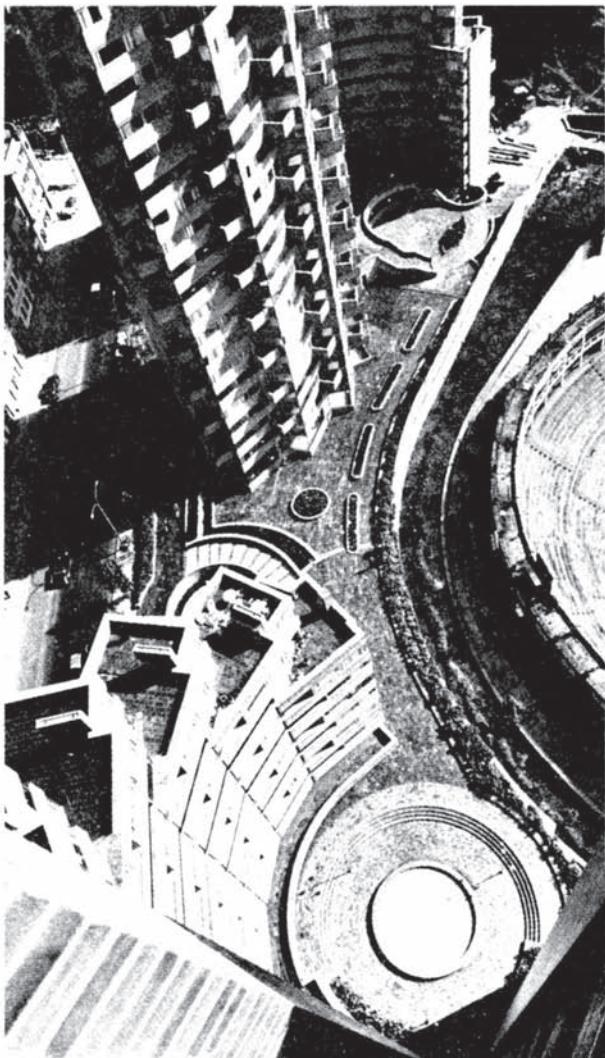
Una reivindicación ciudadana que rescate para el lugar, para el sitio, toda la dimensión de la arquitectura y el urbanismo; que de paso nos saque a quienes practicamos dichas disciplinas del comportamiento estanco en el que nos recluyó (no siempre, hay que reconocerlo, sin nuestro cinismo y/o complicidad) una ideología espacial que nos condenó a pensar siempre entre medianeros, preocupados solo en el frente de la calle sin mirar siquiera hacia las esquinas: a trabajar simplificadamente en un solo sentido, a la manera que lo hace ciertos semovientes de tiro.

Que confronte, pues, a la arquitectura como creadora de lugares para la experiencia vivencial cotidiana, es decir, histórica, para que como consecuencia pueda contribuir a identificarse en el proceso de diseñar la cultura urbana colombiana.

Esta redefinición abarca ambientes disímiles y en ellos alcanza distintos niveles que muestran por un lado, que la ciudad colombiana, entendida hacia el futuro como lugar para la actividad creativa, está por crearse y, por el otro que ello es posible trabajando casi que a cualquier escala, porque el sentido ciudadano que se le ha dado a este rescate las integra a todas. Que muestran, finalmente, que en algunos casos, como Medellín, es tal vez la única manera de salvarla realmente, es decir, ubicarla mucho más allá de donde logran estancarla melifluos sonsonetes publicitarios que siguen hablando a los habitantes de ámbitos inexistentes para evitar, entre otras cosas, la realización de los nuevos y necesarios marcos de organización ciudadana.

Es un rescate del espacio de la ciudad que reinvente el paisaje a descubrir; que muestre que con la utilización cultural, esto es, lúdica, de áreas importantes de la ciudad es posible integrar con imaginación los distintos perfiles que la geografía le ha dado a cada uno de nuestros centros urbanos y convertirlos en hitos referenciales de un nuevo sentido de orientación.

Una redefinición del espacio urbano con sentido cultural que puede tener consecuen-



En el país existen ejemplos de una concepción creadora del espacio urbano. Las torres del Parque son su mejor demostración.

pacidad de albergar una mejor vida tanto material como intelectual y espiritual.

Es el rescate del espacio de la ciudad para el ciudadano, que muestre lo aberrante de la ghettización que una concepción pobre y estrecha de la arquitectura ha ido fortaleciendo ante la carencia de alternativas espaciales y ante la falta de claridad sobre los problemas sociales; con lo cual no sólo se

cias tan extraordinarias como que, por ejemplo, el sistema de transporte no nos lleve únicamente de la casa al centro y de ahí al trabajo, sino también naturalmente a los centros culturales y de recreación porque ellos hacen parte también de la ciudad.

Es una dimensión del espacio de la ciudad que, consolidada, con seguridad servirá para liberar al urbanismo de las cadenas con las que lo maniataron sistemas tan estrechamente mercantiles como el de valorización; para que empiece a explicar y luego a solucionar tratamientos de circulación y comunicación tan sesgados como aquellos que, por ejemplo, en Medellín, permiten que los sectores de Laureles y El Poblado se acerquen tan fácilmente entre ellos y en cambio para ir del Barrio Popular al del frente, Castilla, se tenga que pasar por el centro en una jornada que gasta casi todo el tiempo, impiéndole de hecho una integración poblacional absolutamente natural. Impedimento que desarticula culturalmente, que desidentifica, pero que no destruye algo que está dado de antemano y que es inevitable: la mancomunidad política; solo que la hace más agobiante y más agresiva.

Esa misma reinención del espacio de la ciudad confrontará a la arquitectura y al urbanismo con las calles, bulevares y lugares del centro de la ciudad dándole una verdadera identidad sin mitificar un pasado histórico, pero también sin darle sustento a la mera renta urbana como único argumento de levantamiento de anodinas, repetitivas o agresivas torres de oficinas o apartamentos.

Es también, obviamente, una recontextualización del centro de la ciudad que le dé su necesaria dimensión expresiva, cultural y política, para que le restituya a la urbe un foro donde exponer sus convicciones políticas; que le complete, en este sentido, la identidad urbana: ¿cómo es posible que Medellín no tenga un sitio para reuniones políticas y colectivas? Y que esto no se considere un problema de la arquitectura y del urbanismo?

Pero este replanteamiento necesario de la ciudad no rescata solamente la escala macro (que dicen los especialistas) sino que también actúa en otras escalas. Por ejemplo, permite repensar y rediseñar el entorno barrial y en él todos aquellos elementos que articularon una especialidad a escala inmediata en un momento dado de nuestro desarrollo industrial y comercial. De manera que en la misma escala del barrio logra evidenciar las grandes diferencias que en este

sentido se presentan para los últimos asentamientos ciudadanos, aquellos que datan de los últimos veinte años. Es decir, muestra que el barrio actual no es aquel de las décadas del 40 y del 50 y, por tanto, desenmascara cualquier generalización reaccionaria, mostrando claramente el gran peligro urbano que significa el ahondamiento de la injusticia social en tanto a nivel espacial está destruyendo la escala barrial y la calle y toda aquella arquitectura popular que como potencial mantiene nuestro conglomerado. Y no solo eso: la dimensión política de esta nueva visión de la ciudad muestra culturalmente la incidencia negativa que una superestructura económica implacable tiene en el sentido de ir disminuyendo la calidad del espacio vivencial y aun en el de la posibilidad de que algún día pueda resarcirse.

Esa nueva visión evidencia que efectivamente el sistema está acabando con el barrio popular, en tanto no le permite construir calles y hace peligrosas las esquinas, escasas las tiendas y fantasmales las cafeterías. Que ya no solamente no les da espacio para los parques sino que no les cuida el espacio público. Que en estos asentamientos deja que la violencia resuelva los problemas que como mínimo serían de policía. Esta capacidad de denuncia de la nueva visión de la ciudad, tenemos que entenderlo, también hace parte del deseo de rescate del espacio de la ciudad para el ciudadano.

Esta nueva concepción de la ciudad aún dista de ser dominante en el panorama urbano colombiano. Los tantos partidos tradicionales aún la ignoran pues nunca han podido enfrentar inteligente y civilizadamente la dimensión política de la ciudad; los sectores dominantes, válidos únicamente de la detención del poder, la golpean pues permanecen aferrados al esquema de la ciudad del Estado de Sitio que les permite tomar las decisiones sobre la ciudad a espaldas de la ciudadanía y atendiendo únicamente a sus intereses y caprichos.

Ciertamente, no es dominante, pero es la única que garantiza hacia el futuro construir ciudad para las generaciones venideras; la única que permite darle un sentido a la historia y, sobre todo, la que ha permitido que el espacio urbano colombiano actualmente sea el espacio del rescate de la ciudad para una vida ciudadana, es decir, noblemente civilizada ■

Una redefinición del espacio urbano con sentido cultural puede tener consecuencias tan extraordinarias como que, por ejemplo, el sistema de transporte no nos lleve únicamente de la casa al centro y de ahí al trabajo, sino también naturalmente a los centros culturales y de recreación porque ellos hacen parte también de la ciudad.

John F. Turner

Arquitecto e investigador inglés. Coordinador de la Comisión HABITAT.

Vivienda, diseño y democracia

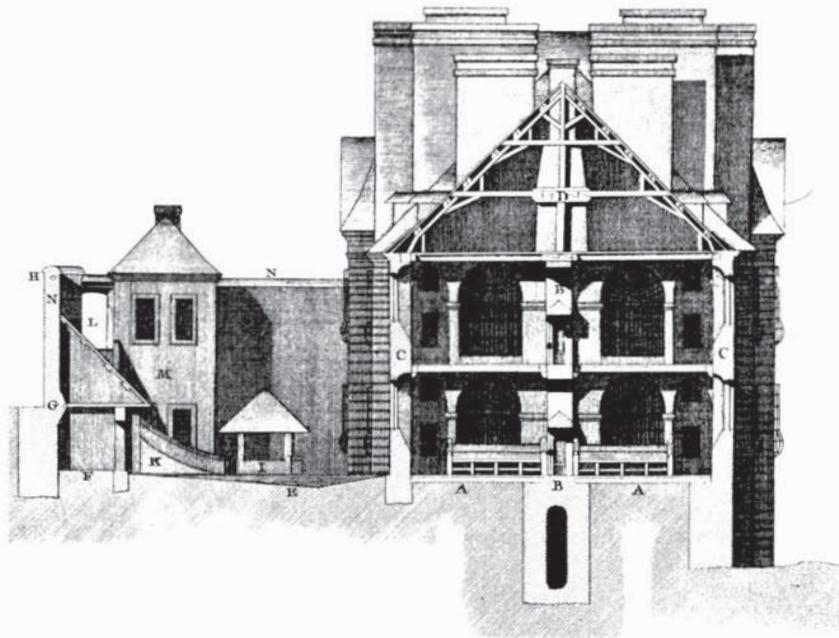
John F. Turner

Introducción

Gran cantidad de evidencia ha sido reportada acerca de las ganancias, tanto materiales como humanas, que se derivan de la participación en el diseño y en las actividades estrechamente relacionadas con administración y mantenimiento (Open house internacional; Knevitt & Waites, 1986). Se utiliza más tiempo y energía en la mayoría de las viviendas durante su tiempo de vida útil que durante su construcción —un hecho que destruye la división en etapas de producción y “consumo” de las urbanizaciones. (Flanagan et. al., 1984). La única forma común de literal “consumo” de la vivienda es aquella en que la gente está tan frustrada que descuida o, más aun, ataca físicamente su propio entorno (Ward, 1977).

Este artículo busca ser una contribución a la tarea compartida de entender cómo y por qué la participación genuina en el diseño, construcción, mejoras y mantenimiento de las casas y barrios es esencial para el incremento acelerado de la producción física y del trabajo creativo a costos más bajos. La participación es lo que Schumacher llama “trabajo bueno”, trabajo del tipo que llena la vida, tanto en la forma como se lleva a cabo, como por los medios de lograrlo y hacerlo (Schumacher, 1979). ¿Se presume que ese trabajo va a ser económico en el sentido de que se utilizarán “recursos del ingreso”, tanto como sea posible, y, los “recursos del capital” tan poco como se pueda?

El sentido y la necesidad de *auto-gestión*, particularmente para las decisiones y acciones, se entiende en forma amplia en diversas partes del mundo, incluyendo África, Asia y América, así como en Europa y Gran Bretaña. Quince años después de la publicación de *Libertad Para Construir* (Turner & Fichter, 1972), el único cambio que le haría al punto de partida de nuestra



discusión sería eliminar la calificación: “Cuando los moradores controlan las decisiones principales y son libres de hacer sus propias contribuciones en el diseño, construcción y administración de sus viviendas, tanto estos procesos como el medio ambiente producido, estimulan el bienestar social e individual. En cambio, cuando la gente no tiene control de, ni responsabilidad en las decisiones principales en el proceso de la vivienda, la realización personal se pierde y además se torna en carga para la economía”. Yo ahora cambiaría “...pueden convertirse en una barrera... “a” se convertirán en una barrera...” y destacaría

1. Apartes de este documento fueron presentados originalmente como guía en la Conferencia Internacional de Participación en el Diseño, Eindhoven, Holanda, abril 22-25, 1985.

“...construcción o gestión...” para ayudar a contrarrestar la interpretación errónea de que el problema se centra solamente en el argumento de la auto-construcción individual. Como se afirma en *Libertad Para Construir* (Turner, et. al., 1972), ser obligado a construir puede ser tan malo como impedírselo, como bien lo saben muchos de los más pobres.

El papel de la participación

Simplemente dicho, la participación en las decisiones principales que rigen la construcción de la vivienda del barrio y de la comunidad es esencial si estos se pretenden medios para el desarrollo real y veloz —para el mejoramiento de las condiciones materiales en vías auto-suficientes que sean personalmente satisfactorias. Las decisiones claves a las que se hace referencia en este artículo son decisiones en diseño, aunque el argumento se sostiene para muchas otras, incluyendo la construcción, la administración y el mantenimiento.

Las primeras preguntas que se deben formular son: ¿quién puede, quién lo hace y quién debe participar en el diseño del ambiente construido? Al ponernos de acuerdo en que “cuando la gente no tiene control ni responsabilidad en las decisiones principales en el proceso de la vivienda... los ambientes pueden convertirse (se convertirán) en una barrera para la satisfacción personal y una carga para la economía (Turner & Fichter, 1972)...”, rechazamos lo que Toffler (1980) llama economía y política de “segunda ola”. Sin embargo, la justicia social no tiene por qué esperar al desarrollo industrial defectuoso. Aunque muchos procesos industriales hayan sido, y continuarán siendo necesarios, es difícil creer que algún día cerrarán la brecha creciente que existe entre la minoría rica y la mayoría pobre del mundo si no son limitados y complementados por una “tercera ola” u “otro desarrollo”. Esto es posible hoy con el conocimiento y herramientas que produjo la ola más temprana de la tecnología y ciencia industrial.

Exigencias de autonomía

A alcanzar esta simbiosis depende de tres cambios interdependientes. A pesar de la propensión a la centralización primitiva, las *exigencias para mayor autonomía* en

todos los niveles van en aumento, al menos parcialmente, debido a los cambios revolucionarios en la comunicación. Las demandas por una economía de recursos, especialmente a las autoridades centrales, también van en aumento. Estos dos cambios en los prerrequisitos están cimentados en el paradigma cambiante del desarrollo, de la percepción y entendimiento de lo que nosotros tenemos y en aquello en que podemos depositar nuestras esperanzas para la vida. Un elemento fundamental de la participación es la autonomía, como principio central que afirma el desarrollo genuino o la satisfacción de la vida como dependiente de la responsabilidad personal y el control local. Al igual que la palabra “participación”, el término autonomía es usado para rotular principios bastante diferentes y aun opuestos. Es utilizado aquí en el sentido original de manejo (autogestión) y no como un sinónimo de autarquía o autosuficiencia —tan diferentes de la autonomía, así como ambos lo son de la heteronomía o dependencia de las decisiones de otros.

Participación y toma de decisiones

Hay por lo menos tres formas diferentes en las cuales las decisiones se hacen y se comunican: 1) por órdenes de un superior a un inferior en la pirámide de jerarquías: forma heteronómica; 2) unilateralmente, por personas virtualmente independientes, que toman decisiones y que están en la cima de la jerarquía o se encuentran enconchados en una isla de autosuficiencia: es la autarquía; o 3) las decisiones pueden ser hechas a través de la concertación entre personas con suficiente igualdad para hacerlo —miembros interdependientes de una red: es la forma autónoma. Redes de gente y organizaciones que reconocen su interdependencia y que por lo tanto buscan negociar y cooperar en lugar de enfrentarse y competir. Es esta una característica predominante del que está ganando reconocimiento como el Tercer Sistema. El primero es esencialmente el Estado heterónomo mientras el segundo corresponde al Mercado esencialmente autárquico.

En parte porque pensamos más acerca de las cosas que acerca de las relaciones hay una tendencia a mirar estos tres principios básicos como “sectores” o segmentos, como si fuesen tajadas separables de un ponqué. Aunque hay relaciones claramente

Bibliografía

Carlos H. y Horacio Caminos, *El precio de la Dispersión Urbana*, Facultad de Arquitectura, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, 1977.

Caminos, H., Goethert, R. *Urbanization Primer*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1978.

Caminos, C.H. *The Utilization of the Land and Systems of Circulation in Urban Dwelling Environments*, Ph. D. dissertation, Unidad de Planeación de Desarrollo, University College, Londres, 1981.

Carr, M. *The AT Reades. Theory and Practice in Appropriate Technology*, Intermediate Technology Publications, 9 King St., Londres WC2 — 8HW, UK., 1985.

Coleman, A. *Utopia on Trial, Vision and Reality in Planned Housing*, Londres: Hilary Shipman, Londres, 1985.

Development Planning Unit, *Implementation of a Support Policy for Housing Provision*, University College, Londres, pp. 10-12, December, 1985.

Flanagan, R. and Norman, G. with Furber, J.D. *Life Cycle Costing for Construction*, Londres: Quantity Surveyors, Division of the Royal Institution of Chartered Surveyors, 1984.

Gibson, T., *People Power, Community and Work Groups in Action*, Londres: Penguin Books, 1979.

Knevitt, C. and Wates, N. *Community Arquitecture*, Londres: Penguin Books, a ser publicado en 1987.

Lambert, I. editor: *The Architect as Enabler*, una edición especial de AW, Karl Kramer Verlag, Postfach 808, Stuttgart 1, West Germany, 1985.

March, L. editor: *Urban Space and Structures*, Cambridge University Press, 1972.

Open House International, Nicholas Wilkinson, editor: John Wiley & Co., Chichester, Sussex PO19 1UD, UK.

Schon, D.A. *The Reflective Practitioner: How Professionals Think in Action*; Basic Books, New York, 1983.

Schumacher, E.E., *Good Work*, Jonathan Cape, Londres, 1979.

Small is Beautiful, A Study of Economics as if People Mattered; Blond & Briggs, London, 1973.

Sneddon, J. "My Years of Misery on Broadwater Farm", Building Desing, p. 3, Londres, Octubre 1985.

The Urban Edge: Issues and Innovations, Banco Mundial, P.O. Box 37525, Washington, D.C., 20013.

Toffler, A. *The Third Wave*, Collins, Londres, 1980.

Turner, J.F.C. and Fichter, R. editors: *Freedom to Build. Dweller Control of the Housing Process*; Macmillan, New York, 1972; traducido al Español e Italiano.

Turner, J.F.C., *Housing by People, Towards Autonomy in Building Environments*; Marion Boyars, Londres, 1976; Pantheon Books, New York, 1977; traducido al Holandés, Francés, Alemán, Italiano, Español.

Ward, C. *Vandalismo*, Londres, Architectural Press, 1977.

identificables y decisiones de los tres tipos, uno rara vez puede describir cualquier proceso complejo exclusivamente según cualquiera de estos principios básicos. El diseño, construcción, uso, y gestión de los hogares o barrios, por ejemplo, siempre es una mezcla de decisiones unilaterales, órdenes y negociaciones —cuyos resultados dependen de la mezcla o balance de aplicaciones diferentes de estos principios diferentes. En las sociedades complejas los tres principios se encuentran casi que con certeza, aunque uno o dos de ellos, pueden dominar los restantes —usualmente el tercero en las sociedades urbano-industriales.

La necesidad de la participación de los residentes actuales o futuros en la planea-

la participación es esencial. Sin ella, el principio de autonomía no funciona, no puede haber originalidad y, por lo tanto, ninguna arquitectura a la que valga la pena darle dicho nombre. La construcción enraizada solamente en las organizaciones e instituciones con poder político o utilidades comerciales no pueden simbolizar armonía entre la gente y el mundo.

Relaciones

Nuevas formas de pensar exigen atención a las relaciones. Hay tres relaciones ineludibles constantemente presentes: 1) nuestras relaciones con otras personas.



ción local y en el diseño de la construcción de sus propias casas y barrios —y de los usuarios en el diseño urbano y la arquitectura— es de tipo material. Como lo afirma Tony Gibson (1979), la persona es el mayor experto del mundo en cada una de sus situaciones. Sin este conocimiento íntimo del espacio personal y local, del tiempo y la energía, no puede haber una economía real —pues todos estos son los recursos de que disponemos, y la mayoría de ellos son generalmente locales. Sin el uso económico de nuestros recursos escasos de espacio, tiempo y energía, no puede haber armonía entre la gente, ni tampoco entre la gente y lo que ella hace, ni entre la humanidad y la biosfera. Esta es una razón central por la cual

ya sea que estemos con ellos físicamente en el momento actual o no; 2) las relaciones que, junto con otros, tenemos con lo que hacemos; y 3) la relación total que nosotros tenemos con el universo, junto con el resto de las personas y lo que nosotros hacemos con ellos;

El diseño de viviendas y barrios requiere de consideraciones sobre el cómo la gente se relaciona entre sí. Mis compañeros y yo

designamos los servicios que proporcionamos a través de AHAS "Herramientas Para la Construcción Comunitaria". No tenemos interés en caminos y medios para construir sitios que no sirvan también para construir relaciones edificantes entre las personas. Si no se construye la comunidad al mismo tiempo que las mejoras materiales, costarán demasiado mantenerlas o se perderán en forma prematura. Hay muchas demostraciones dramáticas y trágicas de esta afirmación en todos los contextos; al menos la hay en mi propio barrio, en el extremo este en Londres —del impacto de las fuerzas del mercado, así como del estado central y local².

Algunas limitaciones de la participación

Hay una tendencia peligrosa a concluir que cualquier grupo que se constituye entre aquellos que han tenido alguna experiencia de vivir en barrio o comunidad en el que la gente está cercana una de otra es naturalmente democrático y abierto. Aquellos que han tenido la experiencia, o aun que conozcan la experiencia a través de terceros, conocen que los intereses alrededor de los cuales se forman los grupos locales o comunidades pueden ser fuertemente no democráticos. Las comunidades locales, ya sean urbanas o rurales, a menudo están divididas internamente por conflictos de liderazgo o por causa de pequeñas élites predominantes sobre la mayoría y cuyo interés algunas veces (en aras del "bien común") es excluir a las minorías.

Solamente muy pocos del total de usuarios o residentes pueden posiblemente participar en el diseño original de las viviendas y sus alrededores. Dadas las formas predominantes en que la mayor parte de la vivienda se está produciendo y adjudicando, aun los primeros residentes no pueden participar en su diseño, ya que ellos no son seleccionados o no se presentan sino hasta que la construcción ha sido terminada. Nuestra experiencia local en Hackney, Londres, ha mostrado que los vecinos pueden actuar como usuarios substitutos, participando voluntariamente y con entusiasmo³. Los primeros adjudicatarios actuales que de hecho participan obligadamente en el desarrollo inicial también son substitutos de los futuros usuarios.

Mientras tanto, hacemos lo que podemos para impulsar formas más democráticas y económicas de construir, en las cuales

la gente que va a vivir en y a pagar por lo que se está construyendo se reúna de antemano, y no después. Debemos tener cuidado de no olvidar que los primeros usuarios son, casi siempre, solamente una pequeña minoría del total de quienes eventualmente van a vivir en y a invertir o reinvertir en lo que fue construido.

La importancia de la gestión y mantenimiento

Una "comunidad constructora" depende tanto o más de la manera en que se



construye y de su gestión, como de la organización del proceso de diseño y construcción. Estamos aprendiendo cómo los cami-

2. La más reciente pérdida significativa de capital de vivienda fue la demolición con dinamita de las primeras dos (de las siete) torres de nueve pisos del Trowbridge (vivienda pública) Estate, Hackney, Londres, en noviembre de 1985 y en septiembre de 1986. Terminado en 1970, el programa completo está siendo demolido para ser reemplazado por casas de terrazas de tres o cuatro pisos, muy similares a aquellas que fueron derrumbadas para abrir campo a los proyectos de gran altura. El nuevo diseño presentará solamente una disminución del 15 por ciento de las unidades existentes dentro del esquema de "gran altura/alta densidad".

3. Bertha Turner, AHAS, actuó como intermediaria y consultora del Mercado de Brodway Fase III, London Fields, Hackney, para el cual un grupo mixto (por tipo étnico, edad y sexo), de vecinos sirvieron de substitutos para los futuros adjudicatarios. Aunque inicialmente escépticos, las autoridades locales y los arquitectos de la Asociación de Vivienda Círculo 33 recibieron con gran aprecio las contribuciones voluntarias de los residentes locales que hicieron posible un diseño superior del esquema que ahora está a punto de ser terminado.

nos elegidos pueden inhibir o cultivar las relaciones personales, cómo los métodos de diseño y construcción pueden habilitar a la gente para adaptar su medio ambiente a las prioridades cambiantes, y qué tan importante puede ser para la gente mantener los lazos familiares y barriales extendidos, por razones económicas y culturales así como por seguridad social y sentido de comunidad. Las construcciones no son neutrales. Si las construcciones no contribuyen a unas relaciones armónicas entre la gente, manteniendo su privacidad, por ejemplo, estarán haciendo todo lo opuesto. La gente puede odiarse, una a otra, al ser sujeto de decisiones que no comparten, ya sean trabajadores asalariados en una firma constructora convencional o en una obra de auto-construcción sobre la cual no tengan ningún control.

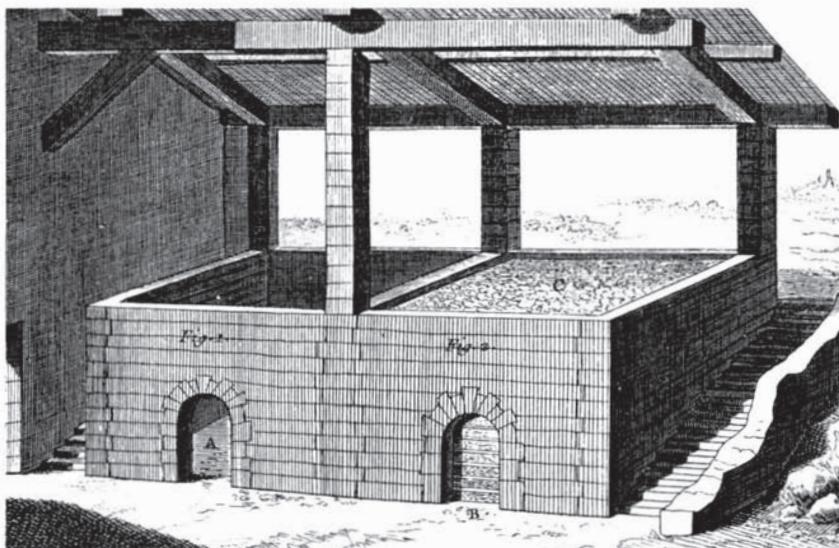
Muchos de quienes estarán de acuerdo o que ya comparten este punto de vista asumen que lo que es social y moralmente deseable es administrativamente complejo

aún técnico para esto. Por ejemplo, los retardos iniciales y los primeros costos más elevados de verse obligado a modificar los planos principales de las autopistas. La participación puede evitar retardos aún mayores y por lo tanto costos más elevados que resultan de la oposición subsiguiente o de fallas que pueden producirse al no tener en cuenta el conocimiento local.

Las autoridades y las decisiones locales

Por otro lado, cuando las decisiones que se deben tomar son menores, específicamente locales y más personales, como en el caso del mejoramiento de la vivienda o del barrio, la participación puede y debe tener un significado bastante diferente: la participación de la autoridad supra-local en las decisiones personales y locales. En la escala de barrio, pueblo o pequeña ciudad —las polis clásicas— hay poca o ninguna necesidad para la intervención de estructuras heterónomas, piramidales, más allá de las garantías que generalmente son necesarias, y que mediante la ley y su administración imparcial pueden dar el acceso personal y local a los recursos. Virtualmente todas las decisiones de planeación y de construcción local pueden ser tomadas a través de la negociación directa entre individuos, pequeños grupos y, ocasionalmente, por la reunión pública democrática. Los únicos representantes en tales casos pueden y probablemente deberían serlo de las agencias centrales interesadas, con quienes los individuos, grupos o la comunidad local como un todo, tengan que negociar. Pero las decisiones finales en cuestiones muy específicas deben estar en las manos y mentes locales, que deben, por supuesto, estar libres de trabajar dentro de los límites que protegen la libertad de la sociedad y de la persona.

Cuando las autoridades centrales participan en las decisiones personales y locales, en lugar de ocurrir al contrario, y cuando el programa de trabajo desde el diseño hasta la administración es específicamente personal y local, entonces y sólo entonces, se podrá hacer uso a cabalidad de todos los recursos disponibles: espacio local, tiempo local y energía localmente alcanzable en la forma de materiales, herramienta y combustible. Este es el sentido apropiado de la economía: hacer lo que sea necesario para obtener una vida plena con el mínimo gas-



y no económico. El argumento común contra la participación, sin negar su deseabilidad, es uno circular cuando se aplica a las decisiones que deberían ser hechas por la misma gente en forma local. La intromisión de los participantes con sus propias opiniones e influencia en una estructura heterónoma, piramidal, llevará a mayores complicaciones, retraso y costos. En este caso, se presume que los grupos y organizaciones locales participan en las decisiones hechas a nivel central, ya sean gubernamentales o particulares. A menudo hay buenas razones de orden social, político y

to de recursos no renovables o contaminantes.

El desperdicio de la tierra y el espacio por parte de las corporaciones, tanto públicas como privadas comerciales, ha sido bien documentado por muchos, incluyendo a Lionel March (1972), Alice Coleman (1985), y Carlos Caminos (Caminos y Goethert, 1978).

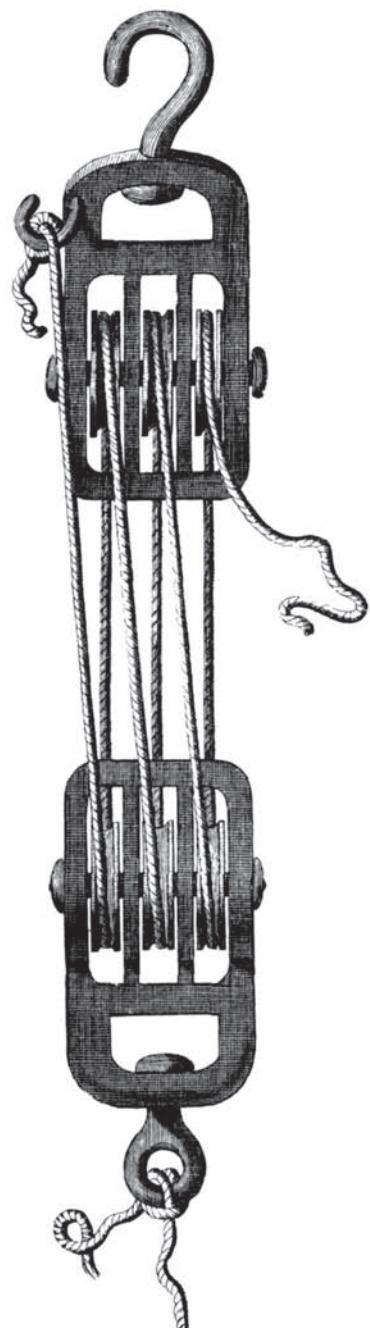
El desperdicio del tiempo y las habilidades de la gente difícilmente requiere referencias frente a las proporciones masivas del sub- y des-empleo en las economías mixta y de mercado, y el uso pobre de las habilidades y la iniciativa creativa en todas las sociedades modernas. Existe una literatura abundante y desorientadora acerca de técnicas de construcción y uso de la energía, pero el retorno amplio a los materiales y métodos tradicionales para la construcción local, junto con un interés creciente por el aislamiento, hablan por sí solos (Carr, 1985). Se le ha dado relativamente poca atención al corolario: la economía aparente del uso de los recursos básicos locales cuando los ambientes locales se construyen y administran en forma local, cuando se encuentran a la disposición de la gente y de sus organizaciones locales, recursos suficientes para ser libremente utilizados. Horacio y Carlos Caminos (1977) están entre los pocos que han comparado, evaluado y sacado conclusiones prácticas entre las formas de diseño tradicional, económico y, el moderno, que desperdicia. Carlos Caminos (1981) ha sugerido uniones fuertes entre las estructuras de toma de decisiones y tenencia con las formas visibles del ambiente construido.

La renovación requerida para llegar a un arquitecto verdadero sólo puede empezar con un nuevo origen que sólo florecerá cuando la gente y el arquitecto trabajen juntos. Es significativo que admiramos tanto a nuestros antepasados y nuestras raíces como para que viajemos distancias considerables para encontrarlos. Si fuésemos adinerados, muchos pagaríamos mayor cantidad de dinero para comprar una casa vieja que por la compra de una casa típica moderna. Muchos nos sentimos más en casa tanto si su arquitectura es fina, como si es burda, pero verdadera. Con pocas y parciales excepciones, las ciudades modernas son universalmente fastidiosas, imágenes precisas de nuestra relación conflictiva y destructiva con el otro y de la colectividad con la biosfera. Si nos preocupamos por la vida no podemos ignorar la

economía. Y no podemos trabajar en forma económica, a menos que participemos y compartamos la responsabilidad por lo que hacemos.

El papel del arquitecto

¿Cuál es el papel apropiado del arquitecto, dado que este mundo se mueve hacia una mayor autonomía y control del usuario en la construcción? ¿Qué habilidades deben tener los arquitectos que aún no posean? Algunos temen que la participación del usuario/adjudicatario reduzca el rol del arquitecto y disminuya su estatus. Este es un temor justificado por parte de aquellos que han estado convencidos que por su educación, su estatus y, más aún, con mayor precisión y profundidad, por su poder sobre otros, dependen de sus conocimientos y de la ignorancia de sus clientes, Illich y otros han hecho mucho por "volarse los sesos", basados a menudo en una misticación deliberada. Aquellos que juegan este "Juego de Expertos" para aumentar su poder y utilidad personal son los enemigos; pero hay muchos amigos en la profesión que interpretan equivocadamente a aquellos que están comprometidos con lo que algunos llaman "Arquitectura Comunitaria". La confusión en Inglaterra ha aumentado desde el ataque, ampliamente publicado, del Príncipe Carlos a la arquitectura alienada y su apoyo a los "arquitectos comunitarios"⁴. El error común es suponer que el arquitecto "comunitario" es un tipo especial de arquitecto, de quien se sospecha que sacrificó responsabilidades y destrezas, en lugar de pensar que se trata de alguien con orientación y destrezas adicionales, que todo mundo debería de poseer. La diferencia está entre aquellos con conocimientos y destrezas especializadas que las utilizan para aumentar su poder sobre otros, y que son literalmente clientes dependientes de su conocimiento secreto, y aquellos que comparten su conocimiento y habilidades con el fin de aumentar la habilidad del usuario para decidir y actuar por sí mismo. Esta no es una cerca sobre la cual uno se puede sentar muy cómodamente. La división es demasiado clara.



4. HRH, discursos del Príncipe de Gales en una velada real de gala para celebrar el 150 Aniversario del Instituto Real de Arquitectos en la Corte Hampton, mayo 30, 1984.

El practicante facilitador

La posición convencional ha sido analizada y delineada claramente por Donald Schon en *El Practicante Reflexivo* (1983). El experto convencional, apunta Schon: "busca deferencia y estatus en la respuesta del cliente a su persona profesional"; mientras que el Practicante Reflexivo "busca el sentimiento de libertad y conexión real con el cliente, como consecuencia de la no necesidad de mantener una fachada profesional".

La tesis de Schon es un punto de partida para lo que yo prefiero llamar el Practicante Facilitador. Este es alguien que no sólo es escucha reflexivo sino, más bien, un colaborador activo con su "cliente"⁵. Como Schon (1983) revela, el "practicante reflexivo" es más (en lugar de menos), profesional, requiriendo más destrezas en comunicarse con la gente, y un mayor conocimiento de las herramientas requeridas, así como también de todo el conocimiento y destrezas que debe tener un arquitecto competente.

Me tomó un largo tiempo despertar completamente a los hechos y situaciones que demandan este cambio que parte del profesionalismo monopolístico, enraizado en el oscurantismo medieval, y llegar a la capacidad profesional, basada en el conocimiento de la interdependencia y la felicidad de la creatividad. Yo había tenido alguna experiencia trabajando con la gente, en pueblos y caseríos en el Perú. Esa experiencia me estremeció hasta hacerme entender el significado de lo que la masa de gente común hace, a pesar de las dificultades que les imponen las élites y su gobierno supuestamente representativo. No puedo olvidar la responsabilidad que comparto junto con otros frente al conocimiento y destrezas que cientos de millones de personas necesitadas reclaman urgentemente y que nosotros hasta ahora empezamos a comunicar.

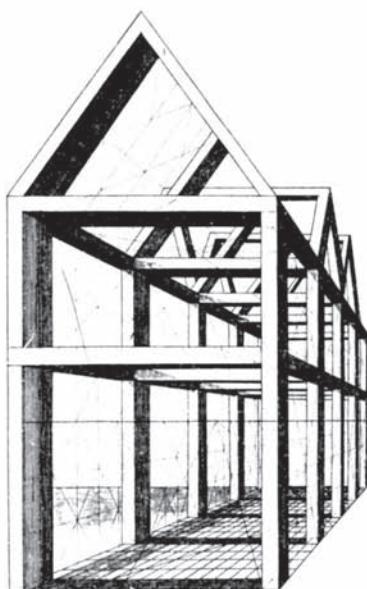
Grandes proyectos de vivienda producida industrialmente no pueden resolver los problemas habitacionales de la gente. Esta, a su vez, no puede aumentar las demandas de servicios profesionales creativos, ni tampoco puede generar una arquitectura que se merezca el nombre. Una minoría de personas favorecidas políticamente obtienen vivienda con subsidio elevado, y unos cuantos arquitectos obtienen trabajo diseñando unidades producidas en masa en áreas de desarrollo fastidiosas y alienantes.

El progreso real está en hacer "corto circuito" a las burocracias distribuyendo los escasos fondos directamente a un número mayor de grupos pequeños quienes, a su vez, pueden contratar sus propios arquitectos; sólo entonces podrá la gente diseñar y construir casas y barrios económicos, genuinamente creativos y socialmente constructivos. Lo pequeño es realmente hermoso para el desarrollo de vivienda y barrios. Gran número de pequeños proyectos pueden hacer un mejor uso de la tierra disponible, de la mano de obra y de todo tipo de capital que unos pocos enormes, como lo ha descubierto el gobierno local de mi propio hogar de Borough, en Hackney, Londres (Sneddon, 1985). Por lo tanto, puede haber más proyectos buenos, en la medida en que el gobierno desmantele las innecesarias barreras burocráticas y haga accesibles los recursos financieros. Habría más proyectos aún, como lo demuestran las experiencias de Liverpool y otras, si los gobiernos locales aprendieran la lección completamentaria acerca del uso de los descuidados recursos sociales que se encuentran dentro de las comunidades que ellos sirven⁶. Habría más empleos para aquellos arquitectos que están en capacidad y dispuestos a trabajar como facilitadores de estos grupos comunitarios locales.

No hay duda de que la perspectiva del estudiante y del profesional de arquitectura ha estado dominada por una moda pasajera y escapista. La reacción al despertar de los años 1960 ha cubierto la germinación y tierno crecimiento de incontable número de actividades de "tercera ola", como una capa protectora de nieve. Pero ésta se derrite al tiempo que emerge el perfil del nuevo profesional facilitador. ■

5. Un título muy inapropiado, cabe decir, sentido el cual debemos cambiar de dependiente a uno de colega —razón por la cual me refiero al "usuario" en lugar del "cliente".

6. La resistencia ideológica al aprendizaje social está resaltada por la historia actual de la administración de la Autoridad Local de Liverpool, la cual ha sido tomada por un grupo orientado convencionalmente, de izquierdistas autoritarios. Uno de sus primeros actos fue interrumpir el "Hallazgo de Liverpool" al cual hace referencia el Príncipe Carlos. A pesar de haberlo recuperado por medio de fuertes pretextos y manifestaciones por sus propios constituyentes de la clase trabajadora, no hay signos, hasta el momento, de algún cambio de actitud o entendimiento del inmenso daño que su actual política está causando, y que con seguridad está minando su propia base política y su credibilidad.



Rubén Jaramillo Vélez,
Profesor Asociado de la U. Nacional
de Bogotá
Editor de la Revista Argumentos

El naufragio de la sociedad civil

Rubén Jaramillo Vélez

En 1927 Alejandro López —uno de los pocos “ideólogos” de significación con que ha contado Colombia en el presente siglo— decía que nuestro mayor problema radicaba en una deficiencia: la carencia de un Ethos secular, similar al que había acompañado el desarrollo del capitalismo universal, devenido ahora imperialismo, en el hemisferio norte del planeta. Con ello y en forma sucinta ubicaba el ingeniero antioqueño el asunto en la dimensión moderna que le correspondía: la de la ideología. Plantearlo en esos términos significaba en efecto preguntar en primer lugar por la “estructura axiológica” de la realidad, de la sociedad colombiana.

El problema es más complejo de lo que a primera vista parece, el remite de antemano al de España, la “madre” patria y previene, también de antemano, ante una demasiado apresurada desvalorización del elemento “barroco” en nuestra civilización como pueblo cristiano. No estaría en su lugar una respuesta eventual, emocional, que desconociera, como bien se dice, las dos caras del asunto.

Los Buendía, por ejemplo, no logran nunca, no llegan a ser, no devienen citoyens, ciudadanos: personas, como las define desde los romanos el código civil. Recordemos el episodio aquel en que uno de ellos se atraganta consumiendo viandas y llega al borde de la muerte en su indigestión, cosa que evitó Sancho en las bodas de Camacho el rico; el coronel se consume en las fiebres de la guerra civil que no conducen a nada: al marasmo económico y la parálisis, a la pobreza y la soledad. Pero el impacto de la historia mundial, el eco de los acontecimientos del siglo en que el capitalismo llega a ser universal, su influjo sobre los desarrollos de nuestra formación social y nuestra condición, no pueden ya ignorarse: el país tradicional —agrario, parroquial— termina por desaparecer, dando paso a las estructuras de una nación en vía acelerada a la plena secularización y modernización.

No es casual ciertamente que Alejandro López consigne esa reflexión por esos años. Ese lustro representa en efecto para la historia de nuestra



sociedad y de nuestro país una condensación prodigiosa de acontecimientos materiales y sociales, algo así como un “despegue” hacia el país moderno.

No fue tampoco casual que apenas dos años más tarde se derrumbara la hegemonía conservadora que desde el régimen de la “Regeneración” y en maridaje con las altas jerarquías eclesiásticas, mantenía férreamente controlada la sociedad a través de una cultura y una legalidad anacrónicas que por entonces se habían desgastado casi por completo. Darío Mesa lo ha resumido en breves y concisas palabras: “Nunca ha tenido el país un desarrollo moderno más rápido que el experimentado de 1925 a 1929. La deuda pública aumentó alarmantemente, sin duda, pero los 200 millones de dólares invertidos durante este período en lo que llaman los economistas equipo básico (carreteras, ferrocarriles, energía eléctrica, etc.) empezó a destrozar la organización colonial que tuvimos hasta entonces. Las viejas formas culturales quedaron convertidas en cenizas en los hornos de los primeros organismos financieros”¹.

“Nunca ha tenido el país un desarrollo moderno más rápido que el experimentado de 1925 a 1929. La deuda pública aumentó alarmantemente, sin duda, pero los 200 millones de dólares invertidos durante este período en lo que llaman los economistas equipo básico (carreteras, ferrocarriles, energía eléctrica, etc.) empezó a destrozar la organización colonial que tuvimos hasta entonces.

1. Darío Mesa. *Treinta años de historia colombiana*. Publicado inicialmente en revista *Mito*, año 3, No. 13, Bogotá, marzo-mayo 1957. En *Colombia: estructura política y agraria*. Selección de Gonzalo Cataño. Edic. Estrategia, Bogotá, 1971, pg.

Sin lugar a dudas, este vertiginoso crecimiento, este anhelante desarrollo del país hacia la modernización, es el resultado final de un largo y lento proceso de acumulación, iniciado entre las montañas del oro, detrás de la veta, y en esa otra actividad que tiene que ver con otra veta más preciosa. La de la vida de la planta, que se va descubriendo en el trabajo, en el cuidado del caficultor que desde su parcela en alguna vertiente del occidente del país —en el suroriente antioqueño, en el sur del departamento, que Reyes convertiría en 1905 en el de Caldas— procura, por su esmero y esfuerzo, que la planta viva, que germine y prospere: ¿no es conocida la anécdota de aquel párroco que por los años de la colonización del occidente ponía a sus feligreses como tarea de su penitencia a sembrar almácigos de café sobre las laderas? Ya a mediados de la pri-

Otro factor determinante y también obviamente ligado a la circunstancia universal del capitalismo —al mercado mundial y a incidentes con el imperialismo— lo constituye el pago de los 25 millones de dólares que el Congreso de los Estados Unidos ha acordado como indemnización por la desmembración de Panamá, que comienzan a llegar desde el año 1923 y se complementan con los considerables empréstitos internacionales que permiten dotar al país de un equipo básico de infraestructura. La construcción de carreteras y ferrocarriles, muy vinculada a la necesidad de colocar los sacos de café en el puerto a la desembocadura del río Magdalena, que comienza gracias a ello a convertirse en una genuina urbe moderna; puentes, como el de Girardot; túneles —como el de “La Quiebra”, perforado sobre una margen del Cauca y que “desembotellaba” una gran región cafetera y agraria, en cuya construcción intervino el citado ingeniero e ideólogo liberal—; tendido eléctrico y de comunicaciones, caminos, telégrafos, escuelas... De nuevo, la demanda de mano de obra que se orienta hacia estas obras públicas incide a la presión al alza de salarios por parte de los jornaleros cafeteros y agrarios. Llegaron a emplearse entre treinta a cuarenta mil trabajadores en los planes de obras públicas, que proviniendo de las mismas regiones en donde aquellos se realizaban incidían en estrechar la oferta de mano de obra para las faenas agrícolas, con lo cual estimulaban una exigencia a favor de mejores jornales.

Por la misma época y a consecuencia de los desarrollos que hemos señalado se reorganiza institucionalmente el país. En 1924 y con la asesoría de la misión Kemmerer se reestructura el sistema de las finanzas públicas; se funda el Banco de la República como institución bancaria central y se organiza racionalmente la Contraloría General de la República. En el 27 se crea la Federación Nacional de Cafeteros bajo la dirección de Mariano Ospina Pérez, al año siguiente inicia operaciones la bolsa de valores de Bogotá.

También en los años veinte se registra un avance en las ganancias de dos sectores de la economía dominados por el capital extranjero. La producción del banano en los territorios de la United Fruit constituyen en 1925 un porcentaje significativo de las exportaciones colombianas (%). Y en el sector petrolero, el capital norteamericano mantiene el control con aproximadamente 50 millones de inversiones directas que conducen a un permanente aumento de la producción que en los años 1928/29 llega a ser de 20 millones de barriles, el 2% de la producción mundial.

Por ello, no resulta desde luego casual que sea en estos dos sectores de la sociedad colombiana



mera década comenzó a producir la primera fábrica textil en Bello, un suburbio de Medellín, con 150 trabajadores, la mayoría de ellos mujeres.

El auge de los precios del café en el mercado mundial, que interrumpirá abruptamente la crisis del 29, es sin lugar a dudas el factor determinante de esta coyuntura de los veinte en Colombia. El aumento de los ingresos cafeteros causados por la progresiva alza del precio del grano conduce a que la superficie del café se duplique entre 1925 y 1930, un dato suficientemente diciente. Pero además, este ascenso en el occidente afecta a la otra gran región cafetera del oriente. Santander, en donde se produce el conflicto entre los aparceros de las grandes haciendas, que comienzan a sembrar café en sus parcelas, y los jornaleros, empujados por la mayor demanda de mano de obra en tiempos de cosecha, exigen mejores salarios.

en donde se desencadenan los primeros conflictos de envergadura entre los trabajadores organizados y el capital, en ambos casos foráneo. En Barrancabermeja, en donde la empresa norteamericana Tropical Oil Company había establecido un régimen autárquico y despótico sobre los tres mil trabajadores colombianos, que vivían segregados de los trabajadores norteamericanos y eran sometidos a la competencia de asalariados traídos de las Antillas por la empresa para mantener bajos los salarios, tienen lugar por entonces las primeras grandes huelgas en las que se destaca Raúl Eduardo Mahecha. Y en la zona bananera, el conflicto conduce a la masacre del año 29, que empaña en sangre la agonía de la hegemonía conservadora.

No hubiera podido plantearse el asunto de la "ideología" sino por entonces, en una circunstancia como aquella, que sacudía al país de su modorra tradicional, por los conflictos sociales que lo convulsionaban y acompañaban el acelerado desarrollo del capitalismo y la progresiva desintegración, desigual pero ineludible, de la sociedad premoderna. Porque como lo ha formulado un intelectual que mucho ha pensado sobre el progreso de la modernidad, la ideología aparece cuando ya se han desarrollado las relaciones burguesas de producción e intercambio y la clase supone "que es suficiente poner orden en la conciencia para ordenar la sociedad".

"Pero no sólo es burguesa esa fe, sino además, la esencia misma de la ideología. Esta, como consecuencia objetivamente necesaria y al mismo tiempo falsa, como entrelazamiento inseparable de verdad y contraverdad, que por lo tanto se distingue de la verdad total lo mismo que de la simple mentira, pertenece, si no únicamente a nuestra sociedad, por lo menos a una sociedad en la cual ya se ha desarrollado una economía urbana de mercado. La ideología en efecto, es justificación. Presupone, pues, ya sea la experiencia de una condición social que se ha vuelto problemática y conocida como tal, pero que debe ser defendida, o bien, por otro lado la idea de la equidad sin la cual aquella necesidad apoléctica no subsistiría, y que a su vez se basa en el intercambio de equivalentes"².

En Europa se planteó el problema hace unos cien años. Precisamente el pasado se hizo centenaria una obra de Ferdinand Toennies —Comunidad y Sociedad— que en opinión de los entendidos propiamente inaugura la sociología alemana. Cuyo decano sería hasta su muerte en 1931 este intelectual de origen aldeano, descendiente de pastores luteranos y de campesinos libres, los frisios, una tribu que pudo subsistir evadiendo el yugo feudal a través de los siglos en

las islas que prolongan la presencia germánica hacia el norte.

A la entrada del Báltico, aledañas a la gran zona agraria tradicional de Schleswig —Holstein que atravesaba por entonces por una profunda crisis motivada por el progresivo desarrollo del capitalismo en el campo— con la agricultura extensiva, la introducción de la maquinaria agrícola y la consolidación de los grandes consorcios agrocomerciales con su presión sobre los precios que sacudió, disolvió, terminó por desintegrar la estructura tradicional de la aldea rodeada de pequeñas y medianas parcelas.

Toennies contrapone al pequeño mundo orgánico de la "comunidad" —de la aldea o el cortijo de campesinos y artesanos, caracterizada por la vigencia de relaciones y patrones de conducta que sancionan la presencia de vínculos inmediatos (de parentesco, de vecindad, de solidaridad y afectividad, en los cuales opera una "voluntad esencial" o Wesenswille)— el de la "sociedad".

La sociedad burguesa moderna, en la cual ya no rigen esos principios inmediatos porque todo ha llegado a devenir mediano por el principio de la equivalencia y la lógica del valor: de la acumulación. En ésta no se da ya una voluntad inmediata de cohesión sino otra que podemos considerar "arbitraria": Kurwille.

Sin lugar a dudas actuaba en el proceso intelectivo de este sociólogo alemán por los años del apogeo de Bismarck un momento afectivo, de resentimiento. Al pensar su época y llevarla al concepto también dejaba actuar sobre el proceso el tiempo vívido, la nostalgia de otra edad anterior, la infancia en la granja del norte, en el interior de una pequeña comunidad aldeana que ya desde entonces pudiera haber estado condenada a desaparecer, irremediablemente...

No puede negarse que la reflexión de Toennies estaba en buena parte motivada por ese momento afectivo, de resentimiento y dolor. Este individuo trataba de pensar su tiempo y llevarlo al concepto, porque tal era su tarea y oficio. Pero al pensar su época no podía saltar sobre su propia sombra. Por los años que siguieron al triunfo prusiano en Sedán que liquidó el segundo imperio francés y dio nacimiento al alemán, dando paso al programa del canciller de hierro, que sentó las bases institucionales para el pleno desarrollo de la revolución industrial y el capitalismo en Alemania reflexionaba él sobre la desaparición de una forma de vida tradicional y su sustitución por otra. Desarraigada, dinámica,

2. Theodor W. Adorno. La Ideología. En: *La sociedad - lecciones de sociología*. (con M. Horkheimer). Edit. Proteo Buenos Aires, 1969, página 191.

secularizada por completo, multitudinaria y abstracta. Escribía por entonces en su libro, durante los años que asistieron a la consolidación definitiva del capitalismo industrial y financiero en su patria: “Lo que en todos los tiempos ha sido el valor de la vida en el campo, es que la comunidad es ahí más fuerte y más viva entre los hombres: la comunidad es la vida común real y verdadera; la sociedad es solamente pasajera y aparente. Y, en cierta medida, se puede comprender la comunidad como un organismo vivo y a la sociedad como un conjunto mecánico y artificial”.

Como lo resume Michael Loewy en su biografía intelectual del joven Lukács y a propósito de ese importante tópico sin el cual todos los desarrollos ideológicos del siglo veinte resultan incomprensibles, comenzando por el fascismo europeo —el del “anticapitalismo romántico”, un “templo de ánimo” político y cultural que afectó notoriamente a la “intelligentsia” centroeuropea a finales del siglo pasado, en Alemania no sólo a Toennies sino a sus colegas de la *Verein fuer Sozialpolitik* o “Asociación para la Política Social”, un Gustav Schmoellers, un Lujo Brentano o un Adolph Wagner (contra cuyo texto de economía política escribe Marx esas formidables e irónicas “Glosas marginales”), y en Francia a un Renan, a un Gustave Le Bon (el autor de la Sicología de las Masas), más adelante y de forma enfática a un Maurice Barrés... y ya en nuestro siglo a uno que sería fusilado por su colaboración con el régimen títere de Vichy: Charles Maurras—, según Toennies “el universo comunitario (familia, pueblo, pequeña ciudad tradicional) está reglamentado por hábitos, costumbres y ritos; el trabajo es motivado por el placer y el amor por producir que se manifiestan en la economía doméstica, la agricultura y el artesanado; las relaciones sociales se caracterizan por la ayuda mutua y la confianza mutua y el todo es coronado por el reino de la *Kultur* (religión, arte, moral y filosofía); el mundo societal, por el contrario (la gran ciudad, el estado nacional, etc.), es movido por el cálculo, la especulación, la utilidad; la ganancia es el objetivo único del trabajo, que es degradado a la condición de simple medio en el comercio y la industria modernos; la vida social es desgarrada por el egoísmo y la guerra hobbesiana de todos contra todos, en el marco del desarrollo constante e irreversible de la *Zivilization* (progreso técnico-industrial)”³.

Ese elemento romántico, que en Alemania ha jugado un papel tan importante desde los tiempos de Novalis y Adam Mueller, impregnaba el enjuiciamiento de los sociólogos alemanes que aparecían solidarios con el mundo tradicional, al

compartir con la pequeña burguesía, a la que se encontraban vinculados en general por lazos familiares y de toda índole, sus preocupaciones socioeconómicas. Y en particular su angustia, que todavía un intelectual de algún modo arraigado en esa tradición y como Toennies oriundo de una pequeña aldea —Martín Heidegger— también buscará expresar en nuestro siglo.

Un elemento propiamente artesanal, como es precisamente arquetípico en las descripciones de la “circunmundanidad” de este filósofo de la selva negra, es propio del oficio de los intelectuales, cierta independencia y la posesión de los elementos de trabajo. En buena parte también de sus propósitos, del objetivo del mismo. Y fue esto lo que comenzó a estar amenazado con el pleno desarrollo de la gran industria y el gran capital industrial y financiero hace cien años en Europa.

Las consideraciones precedentes pueden resultar no completamente elaboradas, podría faltarles alguna hilación e integración. Ellas pretenden únicamente dibujar un marco de referencia más universal al planteamiento del problema, con el propósito de aportar algunos elementos que puedan eventualmente orientar la reflexión y la discusión público-política sobre la crisis de la sociedad civil en Colombia. Para evitar así la frivolidad, que tan frecuentemente acompaña a la angustia, a la ansiedad, y aparece vinculada al surgimiento de actitudes y movimientos antideclarados.

Porque hoy como ayer —hace treinta, cuarenta o cincuenta años— se vuelven a escuchar voces que claman por un reordenamiento de la sociedad colombiana de acuerdo con patrones que la historia ha clausurado como infamantes, indignos de pueblos que han alcanzado la mayoría de edad ciudadana por su esfuerzo civilizatorio, por su trabajo.

Para volver a la coyuntura de los años veinte y treinta en nuestro país, debemos recordar de qué manera la desintegración de una forma tradicional de convivencia como consecuencia de los desarrollos de la civilización material produjo también aquí ese rencor, la formación de un campo contrarrevolucionario en el seno de la oposición conservadora, que recibió particular aliento por los años en que se combatía en España. En un libro-panfleto del año 1937 que aspiraba por entonces a formular la ideología de un eventual fascismo criollo sostenía Silvio Villegas

3. Michael Lowy, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios - la evolución política de Luckacs 1909 - 1929*. Siglo XXI Editores, México 1978, página 36.

que a la violencia proletaria y citadina debería oponerse "la violencia aldeana":

"En Colombia existe una mayoría aldeana y campesina oprimida por una demagogia urbana. En esta forma no es posible concurrir eficazmente a las urnas. Por eso es preciso modificar la táctica. Hay que darles incremento a los equipos de ataque de los partidos conservadores, para romper el más fuerte y poderoso silogismo de las izquierdas: el terror en las calles, en los talleres, en las salas donde se celebran los mítines. 'Sólo mediante este contraterror —lo ha expresado y demostrado magistralmente Hitler—, enmudecería la eterna amenaza de los puños del proletariado y el dominio de las calles. Sólo con sus propias armas puede ser derrotada la dictadura roja'.

No es posible presentarse a un plebiscito político con un electorado inerme, cuando se tiene la certidumbre de que el adversario hará uso de la fuerza. La iniquidad perentoria del régimen ha venido creando una sensibilidad de derechas en el partido conservador. Las masas desencantadas de las actividades democráticas terminarán por buscar en los métodos fascistas la reivindicación de los derechos conculcados"⁴.

Una política guiada por el resentimiento ante los acontecimientos definitorios de la contemporaneidad, el establecimiento de la democracia de masas en occidente y el experimento de la construcción del socialismo en un país que seguramente no reunía los requisitos y justamente por ello hubo de realizar los más grandes sacrificios.

El segundo lustro de los años treinta se caracterizará en el mundo entero por la confrontación directa con el fascismo. Ya en los campos de España, en esa escaramuza general de la guerra mundial, que estallará pocos meses después de vencida la República tras una guerra civil que deja un millón de muertos y lanza al exilio a otros tantos de españoles. Cuando aparece el libro de Silvio Villegas se ha cumplido ya un año desde esa mañana de julio, cuando los aviones prestados por Mussolini y aprovisionados por un magnate catalán comienzan a trasportar la tropas moras desde África al continente, y los requetés, la falange, el clero: la burguesía, los latifundistas hispanos, despiertan a esa desigual contienda contra su pueblo que desde un comienzo bautizaron de "cruzada" los altos dignatarios de la iglesia.

Recordemos no más esa fotografía en que el joven y apuesto militar Gallego cabecilla de la rebelión contra el gobierno legítimamente constituido sale por la puerta gótica de la catedral burgalense rodeado de sus generales y es saluda-

do por los obispos y arzobispos con el saludo fascista, al estilo de Roma o Berlín.

Hoy se considera exageración el mero hecho de recordar lo que ha sido la infamia de nuestro siglo. Mantener en la memoria de los pueblos aquellos momentos de indignidad en los cuales las instituciones más arraigadas y viceriales del orden social se entregan irrestrictamente a los imperativos de la fuerza que mantiene el privilegio, recordar nuestro pasado anterior, el naufragio de que provenimos, puede alertar contra una posible repetición de la iniquidad.

Porque ninguna reflexión sobre lo que nos está ocurriendo puede dejar de considerar ese

SILVIO VILLEGRAS

No hay enemigos a la derecha

(Materiales para una teoría nacionalista)



Casa Editorial y Talleres Gráficos
ARTURO ZAPATA
Manizales — Colombia

pasado anterior: de qué manera este país sufre aún las consecuencias de lo que aconteció por entonces, tras el asesinato de Gaitán (del cual se cumplen este año cuarenta), cuando se desencadenó la violencia contrarrevolucionaria, sistematizada y agenciada desde el gobierno y que llega a su auge en los años 52 y 53, provocando finalmente el golpe de estado —o "golpe de opinión", como lo calificaría un patrón liberal— del 13 de junio de 1953.

4. Silvio Villegas *No hay enemigos a la derecha*. Arturo Zapata Editor, Manizales, 1937, página

El naufragio de la sociedad civil. "En 1952 los crímenes de las fuerzas oficiales llegan a su extremo límite: aparece el tráfico de orejas humanas. Casi todos los cadáveres aparecen sin orejas. En los cuarteles este trofeo se recompensa. En diciembre de este año los guerrilleros derrotan a las fuerzas oficiales. Setenta guerrilleros contra 200 hombres de tropa regular. El enemigo se retira con 17 bajas y la guerrilla sólo pierde 4. En ese mismo mes la población de Yacopí es incendiada por las fuerzas armadas oficiales. Saúl Fajardo se retira de la guerrilla y se refugia en la Embajada de Chile. De ahí lo saca el gobierno y lo asesina en las calles de Bogotá"⁵.

En Antioquia se acostumbró utilizar las ceremonias religiosas para efectos de inteligencia: la procesión de la Virgen del Carmen se convirtió en el "santo y seña", la señal para que los forajidos contrarrevolucionarios, sicarios beatos, similares a los "pájaros" del Valle del Cauca, se lanzaran sobre las veredas y poblados liberales, a diezmarlos en nombre de Cristo Rey y la Santísima Virgen. ¿Se exagera? Basta recordar las palabras de un comandante guerrillero, un ciudadano que como otros en los más diversos confines del país no pudo quedarse con los brazos cruzados ante la orgía de terror y amedrentamiento y organizó grupos de resistencia.

En un memorial de agravios dirigido por Juan de J. Franco en su calidad de Jefe del Comando Revolucionario del suroeste y occidente antioqueño al gobernador militar del nuevo gobierno del 13 de junio le recuerda de qué manera se inició en esa región la "cruzada":

"Por las aldeas y poblaciones de Colombia comenzaron a verse, por primera vez, gentes extrañas importadas a sueldo del gobierno, las cuales, amaestradas por instructores traídos especialmente de España, se dedicaban a recorrer valles y montañas y dondequiera que llegaban la emprendían contra los ciudadanos de filiación liberal a quienes ultrajaban, requisaban y decomisaban sus cédulas para inhabilitarlos electoralmente. Era la falange en acción. Después siguieron las depredaciones y como cada día trae su afán, otros sistemas regían para aplicarlos; la policía, fusil al hombro, entró a los campos, no propiamente en son de paz, sino con el ánimo de ejercer venganzas, sembrar el terror y arrasar poblados; en fin, el exterminio desorbitado de vidas y haciendas. Así caían asesinados honrados y pacíficos campesinos, humildes labriegos que no habían cometido otro delito, así podría llamarse, que el de profesar ideas contrarias a las de los que eran dueños de la fuerza... Me tocó presenciar cómo a las ciudades llegaban hombres mutilados, mujeres violadas, niños flagela-

dos y heridos. Vi a un hombre a quien le cercenaron la lengua, y refieren los testigos que, amarrados a un árbol, presenciaban esa escena dantesca, que los policías que ejecutaban ese acto decían: 'te la cortamos para que no volvás a gritar vivas al partido liberal...'. Y a algunos les amputaron los órganos genitales para que no procrearan más liberales; a otros les amputaban las piernas y los brazos y, sangrantes, los hacían caminar de rodillas. Y supe de campesinos a quienes mantenían sujetados mientras que otros policías y civiles conservadores, por turnos rigurosos, violaban a sus esposas y a sus hijas. También supe del incendio de la histórica y gallarda ciudad de Rionegro, por tratarse de que era la



meca del liberalismo antioqueño. Era el desarrollo de un preconcebido plan de exterminio. Los agentes oficiales se posesionaban de las fincas de los dueños liberales... La impunidad y las sombras de la noche cobijaban esos atroces procederes estimulados por altos funcionarios del gobierno. Y todo eso se cometía en el falso nombre de Dios, con escapularios en el bolsillo y sin remordimiento. Los principales actores del sangriento drama eran policías y conservadores..."⁶.

5. Diego Montaña Cuéllar. *Colombia: país formal y país real*. Editorial Latina Bogotá 197, página 172. (Tercera Edición).

6. Citado por Montaña Cuéllar, *Op. Cit.*

Era el rencor de la agonía, en el sentido originario de la palabra, que un título de Unamuno recuerda. La rabia, el resentimiento y el odio que constituyen el aliento de los movimientos contrarrevolucionarios. Como magistralmente lo ha expresado Ilya Ehremburg en su segundo libro de memorias, cuando recuerda la ferocidad de los cosacos en su lucha desesperada contra los bolcheviques y afirma que lo eran por tradición; pero sobre todo, por el rencor “ante la vida sacada de sus cauces y la confusión de la época”.

Cómo no contrastar esta sucinta reflexión del escritor soviético con una página de un conservador colombiano, alto funcionario de la presidencia de Ospina Pérez y testigo de excepción de los acontecimientos del 9 de abril, intitulada “Meditación sobre las ruinas”:

“Estas ruinas supérstites de Bogotá dejan en mi espíritu una honda sensación de hastío, de desencanto, de agonía, de sabor acre. De los escombros asciende, todavía, el humo de los incendios y hay unos muros ennegrecidos y agrietados que amenazan desplomarse sobre los transeúntes. La antigua calle real, estrecha y prolongada, con sus casonas coloniales, sus palacetes franceses de fin de siglo, sus tiendas y bazares, sus cafés bulliciosos, sus sitios historiados, todo eso que le comunicó un ambiente característico a la Santa Fe del siglo XIX e inició el proceso arbitrario y anárquico de su transformación urbanística, ha desaparecido casi por completo y es ahora un informe hacinamiento de piedras, de ladrillos, de lodo, de maderas derribadas que ha podrido la lluvia. La historia de 200, de 300, de 400 años, ha quedado sepultada ahí entre esos rescoldos, que contemplan bajo la nerviosa vigilancia castrense gentes azoradas y atónitas que cruzan, en contrito desfile, bajo un silencio penitente. El esqueleto de hierros retorcidos de un tranvía eléctrico hace más desolada la espaciosa plaza central, donde se yergue, solitario y adusto el bronce de Tenerani, con su Bolívar melancólico, frente a las columnas rubias del Capitolio, donde parece evaporarse, como la niebla de las cenizas trágicas, una democracia ruidosa y desenfadada que vibró, durante un siglo, en aquel recinto solemne”.

Pero no es propiamente este el fragmento que deseáramos poner a consideración en este momento, sino otro del capítulo final de su libro en el cual intenta pensar sobre los hechos acaecidos tras el asesinato del tribuno popular y para explicarse lo acontecido considera necesario aclarar primero de qué manera se mantenía sólidamente consolidada la estructura, el orden del edificio social anacrónico de la hegemonía conservadora:



“La tranquilidad del país permaneció inalterable, dentro del ejercicio de las más amplias libertades civiles, porque se afirmaba sobre una base triangular, de granítica consistencia: el gobierno, la jerarquía eclesiástica y la organización disciplinaria del conservadismo, estrechamente unidos para sus determinaciones solidarias, en un generoso prospecto de salud pública. El Ejecutivo podía adelantar así una labor eminentemente administrativa, de progreso patrio, sin preocuparse demasiado por las incidencias políticas. La paz de las conciencias la custodiaba el celo evangélico de un cierto doctor virtuoso y luchador, fundamentalmente preocupado por la propagación del pensamiento secular de la iglesia, magistralmente expuesto, con extraordinario acopio doctrinal en las Encíclicas pontificias que contemplan la solución del problema social contemporáneo, bajo el influjo de la fecunda sabiduría cristiana. Esos tres poderes reales, de tipo patriarcal, solidarios en el común esfuerzo, impedían la disolución custodiando el orden. El sacerdote, el alcalde y el jefe político local —lleno, en ocasiones, de pequeños vicios fulanistas, pero represado por la moral católica, que impedía el desborde de sus pasioncillas lugareñas—, obedecían a esas superiores jerarquías nacionales en que gobierno, clero y partido se influencia-

ban reciprocamente, formando el trípode autoritario que garantizaba, con su armónica distribución de fuerzas, el equilibrio de la patria. El liberalismo sosegado, con participación proporcional en la diplomacia, el Parlamento, los ministerios, los gobiernos seccionales y, en general, en todo organismo del Estado, gozaba, al mismo tiempo de libertad auténtica para adelantar en los congresos y en la prensa sus campañas de oposición al régimen, sin interferencias oficiales, ni denegación de justicia. Jamás un partido vencido vio mejor garantizados sus fueros. Así la democracia fue en Colombia una viviente realidad y no una entelequia...”⁷

Por los años en que nació el “Frente Nacional” acordado en los pactos de Sitges y Benidorm, un joven intelectual liberal que desaparecería trágicamente apenas unos años más tarde en un accidente aéreo, intentaba reflexionar en unos por él llamados “Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia” sobre los cuales advertía que “no eran un ensayo sociológico o económico sino apenas una tentativa de estudio político”, sobre ese proceso iniciado unos diez años atrás y del cual la caída de Rojas Pinilla era el antiepílogo.

En la revolución invisible, cuyos primeros capítulos aparecieron en el semanario *La Calle*, el órgano del M.R.L., y luego integralmente como fascículo (Ediciones de la revista *Tierra Firme*, 1959), Jorge Gaitán Durán afirmaba, acaso en forma un tanto esquemática en cuanto al empleo de los conceptos pero no por ello de algún modo sin acierto: “Estamos en la fase postrera de la transición del feudalismo al capitalismo; la cual no se reduce a una simple asociación de intereses entre el presidente y los burgueses, sino exige un proyecto concreto, basado en el conocimiento a fondo del país y centrado en la industrialización y la reforma agraria. Pero los soportes —culturales, técnicos, científicos— indispensables para coronar esta obra monumental fueron barridos por la violencia y por la intromisión de las Fuerzas Armadas... ...en la vida nacional: nuestro proyecto encuentra pues el vacío, causado por la tragedia colombiana cuyos tres actos duraron más de diez años. Me pregunté entonces si el liberalismo y el conservatismo podían colmar tan evidente nada: mi respuesta fue el fracaso de los partidos que no consiguieron impedir el desastre ni luchan hoy por establecer una política en profundidad, a largo plazo, pues su Acuerdo o Frente carece de contenido ideológico, social y económico, se reduce a la repartición mecánica de la burocracia, en la cual el Gobierno se asfixia, maniatado por compromisos insensatos, sin que nuestra poderosa y patriarcal prensa le preste ayuda con la crítica y con la

explicación a las masas de los intrincados problemas nacionales. El comunismo en Colombia, débil y dogmático, no es actualmente una alternativa. Las conclusiones son claras: nuestro proyecto debe plantearse en el plano de las dos clases sociales que corresponden a nuestro instante histórico: burguesía y proletariado, interesadas estructuralmente en la industrialización y en la reforma agraria, con el control del Estado —a planeación— y con la contribución lúcida de los intelectuales que yo he intentado iniciar —tal vez sin fortuna— precisamente por medio de estos apuntes”⁸.

Así trataba de sintetizar Gaitán Durán el resultado de los acontecimientos que se habían producido desde comienzos de mayo de 1957, cuando un paro nacional patrocinado por la Asociación Nacional de Industriales y la banca había dado al traste con el gobierno del general Rojas Pinilla, quien abandonó el país el día 10 dejándolo en manos de una Junta Militar que patrocinó la transición al régimen de democracia restringida acordado por Alberto Lleras y Laureano Gómez en los pactos mencionados: “La elección de Alberto Lleras a la presidencia de la República implica en verdad un fenómeno que algunos habíamos ya sospechado: el traslado del poder real de partidos políticos sin ideas originales o proyectos específicos de gobierno y en desacuerdo con la evolución de las estructuras del país, a fuerzas económicas en ascenso, es decir, a nuestra burguesía industrial y bancaria. Asistimos a una singular campaña electoral, marcada por intervenciones de gerentes de monumentales empresas o dirigentes de los gremios económicos, en las cuales se hablaba un lenguaje desconocido en las luchas políticas de Colombia: se proponían soluciones concretas para los problemas de la Nación, se planteaban las relaciones —decisivas en el futuro— entre industria y agricultura, se echaban las bases para una política internacional que se oriente de acuerdo con nuestra situación de país monoexportador y precariamente desarrollado. Frente a este lenguaje de nuestro tiempo, los discursos, los editoriales, los manifiestos de los sectores políticos que tradicionalmente han dirigido la opinión colombiana son de una pobreza y un anacronismo aterradores, siguen inmovilizados en el reino de los ‘slongans’, de las generalidades, del sentimentalismo, de la retórica. Esta notoria disparidad expresiva no es gratuita: explica por qué la presi-

7. Rafael Azula Barrera *De la revolución al orden nuevo*. Edit. Kelly, Bogotá 1956, página 284.

8. Jorge Gaitán Durán *La revolución invisible*. Colcultura, biblioteca Básica Colombiana - Obra literaria de Jorge Gaitán Durán. Bogotá, 1975, página 317.

Hace treinta, cuarenta o cincuenta años se vuelven a escuchar voces que claman por un reordenamiento de la sociedad colombiana de acuerdo con patrones que la historia ha clausurado como inflamantes, indignos de pueblos que han alcanzado la mayoría de edad ciudadana por su esfuerzo civilizatorio, por su trabajo.

dencia de Alberto Lleras no ha sido impuesta por los liberales y los desconcertados partidarios de Laureano Gómez, sino por élites industriales y bancarias, cuyos intereses coinciden hoy con los de las clases trabajadoras. Los hechos que acaban de producirse indican que el *Frente Civil*, en cuanto alianza de los partidos políticos, ha fracasado rotundamente y ha sido reemplazado en la práctica por un *Frente Nacional*, dirigido por una burguesía cada vez más capaz y poderosa... los gerentes no votaron por Alberto Lleras porque eran liberales o conservadores, sino porque eran gerentes. Por Lleras votaron los conservadores y liberales que tienen en sus manos el poder real".

Podemos ciertamente preguntarnos si en realidad se daba esa comunidad de intereses entre las clases trabajadoras y el patronato. En todo caso el asunto se debe meditar, no vendría al caso una respuesta apresurada y militante. Objetivamente considerado: el país necesitaba desarrollarse, industrializarse, modernizarse. Pero lo que sí debe ser objeto de una expresa reflexión es el aspecto ideológico, la significación que tendría para Colombia ese peculiar "arreglo" constitucional del plebiscito de 1957 cuyo origen político se encuentra en los pactos firmados por Lleras y Gómez en Cataluña. De nuevo Diego Montaña Cuellar nos indica, en forma por lo demás dramática lo que estos significaron:

"Allí el señor Gómez, como si hubiera sido extraño a todo el proceso de alteración de las garantías constitucionales del país, y como si hubiera sido víctima del régimen de violencia que él desató y llevó hasta los umbrales de una constitución fascista, no tuvo dificultad para ponerse de acuerdo con Lleras que ostentaba la jefatura del liberalismo sangrientamente perseguido por Gómez. Con viva satisfacción declaran que 'se ha llegado a un vivo acuerdo sobre la necesidad inaplazable de recomendar a los dos partidos históricos una acción conjunta destinada a conseguir el rápido regreso a las formas institucionales de la vida política y a la reconquista de la libertad y de las garantías que han sido el mayor orgullo patrimonial de las generaciones colombianas hasta el presente'"⁹.

Si se enjuicia el asunto desde el punto de vista más realista, es decir, el que considera el objetivo primordial: modernizar el país, podría pensarse que algo se ha logrado. Palabras recientes del actual presidente de la Asociación Nacional de Industriales parecen confirmarlo. Podría pensarse que esta sociedad ha ingresado a la modernidad y a un ritmo autosostenido de desarrollo y —eventual— progreso. Pero también debemos

considerar y preguntar si al desarrollo material y social, al crecimiento de la producción y de la riqueza corresponde un avance espiritual, una maduración en los hábitos, en las prácticas, en la mentalidad de las gentes, en particular de la clase dirigente y de la clase política. Gaitán Durán escribía hace 30 años. Pero muchas de sus páginas no sólo no han perdido actualidad sino que a ratos parecen escritas para el presente:

"El liberalismo y el conservatismo quieren transformar su fracaso, que se traduce en doscientos mil colombianos asesinados y enormes pérdidas de riqueza, en un instrumento para dominar el Estado, y restablecer su autoridad y por lo tanto la paz. Para ello han sumado dos series de problemas, de responsabilidades, de ignorancias y pretenden basar la eficacia de esta alianza viscosa en el olvido de los agravios y en la repartición mecánica de la burocracia. Tal mezcla de dos debilidades contiene una muy grave probabilidad: la suposición de que cualquier reforma social y económica o cualquier movimiento político revolucionario o cualquier política cultural o educativa avanzada 'perjudica' al adversario de ayer y aliado de hoy o a una de sus alas o a uno de sus grupos o a una de sus instituciones o entidades en que se funda, podría a la larga engendrar la convicción de que convivir significa *no hacer nada*. La segunda República, sería entonces pura pasividad; de nada valdrían los planes económicos o sociales o educacionales que comienza a elaborar el gobierno de Alberto Lleras, porque en su adopción y funcionamiento operaría furtiva o abiertamente este freno, como sucede ya en el Parlamento, maniatado por la mayoría calificada que se necesita para tomar decisiones, cuyo espectáculo grotesco es justificado hoy con el argumento de que la Cámara y el Senado existen apenas para que los representantes del pueblo hablen y discutan y hagan debates pueriles o inútiles y aprueben disciplinadamente los proyectos del gobierno o acaten las órdenes de los jefes, cuando en realidad el progreso democrático depende de que el Parlamento *obre*, es decir, de que tenga suficiente fuerza y capacidad no sólo para controlar, sino también para mejorar y estimular o sustituir si es el caso las iniciativas del Ejecutivo. En un instante en que el país para desarrollarse y superar una arraigada anarquía exige la *movilización total*, nada más absurda que una *inmovilidad vergonzante*. Habríamos salido de la república de los vagabundos, sólo para entrar a la república de los mediocres"¹⁰.

"El liberalismo y el conservatismo quieren transformar su fracaso, que se traduce en doscientos mil colombianos asesinados y enormes pérdidas de riqueza, en un instrumento para dominar el Estado, y restablecer su autoridad y por lo tanto la paz. Para ello han sumado dos series de problemas, de responsabilidades, de ignorancias y pretenden basar la eficacia de esta alianza viscosa en el olvido de los agravios y en la repartición mecánica de la burocracia".

9. Montaña Cuéllar, *Op. cit.*, página 188.

10. Gaitán Durán, *Op. cit.*, página 352.

Raúl Alberto Domínguez Rendón.
Historiador de la Universidad
Nacional de Colombia. Seccional
Medellín. Profesor de la Universidad
Autónomo Latinoamericana y del
Instituto de Artes. Coeditor de la
Revista "Otras Quijotadas".

El vestido como diferenciador social en Medellín 1900 - 1930

Raúl Alberto Domínguez Rendón



"Ved dos individuos... uno vestido de fino rojo y otro de grosero y rajo azul; el rojo dice al azul: tienes que ser ahorcado y tienen que hacerte la autopsia; el azul lo oye estremecido y (¡oh milagro de los milagros!) marcha melancólico al patíbulo, allí se le guillotina, suena su hora y los cirujanos le disejan y disponen ordenadamente sus huesos en un esqueleto para la enseñanza médica. ¿Cómo es esto?... El rojo no tiene poder físico sobre el azul ni es su sostén... ¿No tiene vuestro individuo vestido de rojo y que ahorca una peluca con crín de caballo, no se viste con pieles de ardilla y no gasta una toga de felpa; por donde todos los mortales conocen que es un JUEZ? La sociedad... está fundada sobre el traje".

Carlyle "Sartor Resartus".

"El bruto se cubre, el rico y el necio se adornan, el hombre elegante se viste".
Balzac "El Dandismo"

Como muestra Braudel "la historia de los trajes es menos anecdotica de lo que parece. Plantea todo tipo de problemas: de materias primas, de procedimientos de fabricación, de costos, de fijaciones culturales, de modas, de jerarquías sociales. El traje, tan variado, señala por doquier con insistencia las oposiciones sociales"¹. Hacer una historia del vestido consiste, más que en describirlo, en situarlo al interior de estrategias de

diferenciación, clasificación, discriminación y jerarquización social, estrategias y dispositivos que legitiman y preservan la autoridad y el orden social.

El vestido es todo un dispositivo de cohesión de la organización social humana pues

* Este es un capítulo de su tesis de grado titulada: "Vestido, ostentación y cuerpos en Medellín 1900 - 1930", que fue presentado en el VI Congreso de Historia de Colombia realizado en Ibagué en noviembre de 1987.

1. Braudel, Fernand. "Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XVI-XVIII". Alianza Editorial. Madrid, 1984, Tomo I, p. 265.

funciona como un sistema de referencia, competencia, reconocimiento y segregación social. No sólo es una experiencia emocional sino también un ritual institucional por el que se presenta una imagen dada del cuerpo, al ingresar en la vida social, en tanto que los hombres se visten antes de hablar, comer, trabajar, bailar, guerrear o seducir. Por el vestido se verifica el paso de lo sensible de la desnudez a la significación del cuerpo en la medida que lo oculta, exhibe o resalta a través de prendas, joyas, pinturas, tocado, calzado, adornos e incluso gestos que conforman una sintaxis de diferenciación.

Como plantea Leroi-Gourhan “la estética del vestido y del adorno, pese a su carácter enteramente artificial, es uno de los rasgos biológicos de la especie humana más profundamente atados al mundo zoológico”². Como en los animales, estuvo ligado a los comportamientos de agresión y reproducción. Sin embargo, cuando la facultad de simbolización de los hombres intelectualiza los ejercicios animales del terror y la seducción y los transforma en el arte de la guerra (rivalización y toma de posición jerárquica) y el amor (diferenciación e intercambio sexual), el adorno adquiere un valor étnico.

Así los primeros vestidos de los hombres tenían el carácter de trofeos de guerra que aseguraban el mando sobre los demás, quienes eran intimidados con huesos, colmillos, garras, cuernos, plumas, pieles, cabellos y cabezas de enemigos temibles o animales bellíos y peligrosos. A la vez, como veremos más adelante, el traje será una afirmación del estatus, prestigio y riqueza de quien lo lleva en proporción a su alto valor material, valor que se ostentará, sobre todo, con ocasión de celebraciones, fiestas y solemnidades. Desde esta perspectiva también podríamos suponer que el hombre nunca se sintió desnudo —como ocurrió en el paraíso terrenal— en cuanto que su cuerpo llevó siempre alguna pintura, tatuaje, deformación, atuendo u ornamento que le daban significación. No por esto el vestido acaba con la eroticidad del cuerpo, por el contrario la suscita y refuerza con el halo mágico de lo oculto y desconocido; el traje es erótico y estético en la medida que propicia el juego insinuante del ocultar-mostrar. “La primera acción artística que el hombre ejecutó fue adornar, y, ante todo, adornar su propio cuerpo. En el adorno, arte primigenio, hallamos el germen de todos los demás”, dice en algún lugar Ortega y Gasset.

De este modo, más allá del pudor y del abrigo, el vestido asume la función de ser un

signo portador de connotaciones discriminadoras y jerarquizantes. El traje denota y connota en las personas su sexo, su edad, su nacionalidad, su profesión, su autoridad, sus privilegios, su capacidad adquisitiva, su posición social; si es un criminal, un mendigo, un demente, un militar o un clérigo y su grado; si está trabajando, haciendo deporte o descansando; si está de duelo o de fiesta y en fin, la cultura a que pertenece. Esto de acuerdo con tejidos, formas, colores, texturas, corte, costura, accesorios, adornos, costo, momento, lugar y circunstancias que rodean el acto de vestirse. Como significante de riqueza y autoridad, el vestido designa el estatus y la posición de quien lo porta haciéndose una institución de competencia, clasificación, promoción e intercambio que preserva el orden de valores y categorías y sanciona la pertenencia a un grupo social.

Podemos decir con Balzac que:

“Cada hombre ha sentido la necesidad de procurarse, como bandera de su poder, un signo encargado de instruir a los vianandes acerca del lugar que ocupa en el mástil de la cuña, en cuya cima realizan sus ejercicios los reyes. Y es así como los escudos de armas, las libreas, los capirotes, los cabellos largos, las giraldas, los tacones rojos, las mitras, los palomares, el reclinatorio en la iglesia y el incienso por la nariz, la partícula *de* en el nombre, las condecoraciones, las diademas, los lunares postizos, el colorete, los laureles, los zapatos de punta retorcida, los bonetes, las togas, el armiño, la escarlata, las espueltas, etc., etc.; se fueron convirtiendo sucesivamente en signos materiales del mayor o menor ocio que un hombre podía disfrutar, así como también de las mayores o menores fantasías que tenía derecho a satisfacer, o de los hombres, dinero, pensamientos, trabajos que le era posible malgastar. De este modo, cualquiera que viese a ese hombre por la calle, podía discernir, tan solo con mirarle, si era un ocioso o un obrero, una cifra o un cero. De repente, la Revolución dejó caer su mano poderosa sobre toda esa guardarrropía... reduciéndola a papel moneda...”³.



2. Leroi-Gourhan, André. “El gesto y la palabra”. Universidad Central de Venezuela, 1971, p. 339.

3. Balzac, Baudelaire; Barbey d'Aurevilly. “El Dandismo”. Editorial Anagrama, Barcelona, 1979, p. 29.

Acá trataremos de mostrar cómo se verifica esa discriminación civil en Medellín conforme al testimonio de los documentos que sobre el período 1900-1930 se trabajaron⁴. Pero antes precisemos algo.

Desde el siglo XIX se venía configurando aquello que tradicionalmente se ha pretendido promover como el símbolo típico de la “antioqueñidad”: *el arriero*. Con toda su parafernalia vestimentaria⁵ se ha constituido en el soporte más efectivo del mito productivista del antioqueño “verraco”, “vivo”, emprendedor, pionero, trabajador, audaz, andariego, colonizador, astuto y aventurero. No es del caso discutir aquí esta ideología regionalista; simplemente constatar que así este tipo vestimentario fuera importante, no era el único, ni siquiera el predominante, en el período que nos hemos propuesto. Era un tipo más entre todo un inventario de tipologías indumentarias que se podría hacer, inscrito obviamente en la estrategia diferenciadora que nos hemos planteado. Y este traje típico regional, como otros, comienza a perder su preponderancia, por lo menos en Medellín, no porque existiera una variedad de atuendos que distinguían a los abogados, médicos, comerciantes, artesanos, maestros, músicos, clérigos, militares, etc., sino porque el desarrollo de la ciudad había empezado a imponer dispositivos, roles y un consumo, propios de un sistema más disciplinado y mercantil que iban cambiando necesariamente los hábitos de los ciudadanos, entre ellos el vestido.

El capitalismo desorganiza las formas tradicionales de identificación y diferenciación vestimentaria, e impone nuevas conforme a su proyecto planetario de homogeneizar y disciplinar a los ciudadanos, a la vez que los integra en un mercado masivo de consumo. El paso de un traje de carácter tradicional, nacional y personal a un traje cada vez más homogéneo, internacional e impersonal en Medellín es contemporáneo de un cambio similar en todo occidente. Como en el resto del mundo algunos años antes, en esta villa van surgiendo los uniformes que distinguen y asignan un lugar preciso a los cocheros y choferes, los motoristas del tren y el tranvía, los porteros y celadores, los meseros y botones, los carteros y bomberos, los policías y tráficos, los colegiales y deportistas, los profesionales y obreros de las diferentes empresas públicas y privadas, los boy-scouts, etc. Estos cuerpos institucionalizados e involucrados en la producción económica y el control político de la novel ciudad asumirán en sus uniformes, como condición para infun-

dir respeto y autoridad, muchos de los elementos del traje militar como botones brillantes, anchas correas, quepis, charreteras, botas, bandas y galones en puños, pantalón y visera, etc.⁶ Así mismo, el vestido infantil como tal no existió en la ciudad hasta principios del siglo XX y el de niño y niña era indiferenciado. Desde este momento coyuntural el traje de los niños ya no puede ser el mismo de las niñas y el de éstas deja de ser la copia exacta aunque reducida del de sus madres: “nada encuentro más falto de gracia que una niña vestida como su mamá... qué mal íbamos vestidas, qué sin gusto... vestidas como chiquillas viejas, con trajes ricos, visitosos, pero ridículos”, declara “Cromos” en 1916. Es el furor del traje marinero, inspirado en el poder naval de Inglaterra.

La gran masa de ciudadanos, por su parte, irá homogeneizando su vestido de acuerdo con los modelos impuestos por el nuevo sistema de la moda y se diferenciará conforme a los valores-signos que connoten las prendas, texturas, colores, detalles, aditamentos y marcas promocionadas por ese sistema y el nuevo mercado de consumo.



4. Para períodos anteriores, el siglo XVIII por ejemplo, ver Uribe Angel, Manuel. *“Compendio histórico del departamento de Antioquia”*. Ediciones Tomás Carrasquilla. Medellín, 1972, p. 144 ss.

Para el siglo XIX, ver Gonima, Eladio. *“Apuntes para la historia del teatro en Medellín y vejeces”*. Tipografía San Antonio. Medellín, 1909, 1a. ed. pp. 112-117.

Silva Isidro. *“Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año 1906”*. p. 13 ss. Y algunos viajeros como Friederich Von Schenck.

5. Para toda la indumentaria y el sistema de objetos que porta el arriero ver Jaramillo Londoño, Agustín. *“Testamento del paisa”*. Susaeta Ediciones, Medellín, 1982, 6a. ed. pp. 423-432.

El carriel en este caso porta las insignias de la agresión (piel animal) y de la ostentación (cuero de charol y ojales niquelados).

6. Los códigos vestimentarios más duros y estrictos observados en las fotografías pertenecen a dos de las instituciones más comprometidas con el poder: el clero y la fuerza pública. El traje eclesiástico, de inspiración bizantina y que prácticamente no sufre cambios, y el traje militar de inspiración prusiana, que discriminará claramente los oficiales (bigote en punta, charreteras de flecos, cuellos y puños tiesos, manos enguantadas, faldones amplios, dos líneas de botones al pecho, zapatos de charol, solio, bastón o espada en la mano y quepis grande ornamentado) de los reclutas (lampiños, grandes bolsillos al costado, una sola línea de botones, anchas correas, botas ocasionalmente, inmensa chapa y placa al pecho). La película muda “El último hombre” de Murnau muestra lo vital e imprescindible que puede ser para la posición y prestigio de un portero de hotel la presencia en su traje de estos agresivos aditamentos. Para una completa referencia del recién nacido uniforme paramilitar de los boy-scouts, por ejemplo, ver “Sábado”. Medellín, N° 46. Mayo 20 de 1922, p. 547.

No obstante, nuestro interés en este capítulo se centra en el aspecto de la diferenciación por el vestido en Medellín antes del ingreso en ese nuevo sistema de consumo y discriminación dinamizado por el papel moneda.

Vestido ostentatorio

La cotidianidad en que se desenvuelven los cuerpos es un proceso de intercambio de sentidos donde prácticamente todo habla y es hablado, donde todo significa y deviene signo al interior de unas reglas y convenciones impuestas, de un código dominante que asigna funciones, sentidos y jerarquías en la sociedad. El traje funciona como un lenguaje que denota y connota el lugar que ocupan los sujetos si entendemos la cultura como la serie de aquellos códigos o sistemas de significación, entre los que se encuentra el vestido. En esa perspectiva, más que cosas o valores de uso, lo que se consumen son signos que instituyen la diferenciación y definen el estatus de quien los detenta y manipula: signos y valores intercambiables que pueden ser portados y enarbolados por cualquier mercancía u objeto, por ciertas prendas o aditamentos del vestido. Es a nivel del consumo de esos valores-signos que se da el gasto ostentatorio ya que un mayor o menor gasto en vestidos puede otorgar valores como individualidad, confort, belleza, libertad, buen gusto, elegancia, prestigio, éxito, seguridad, personalidad, etc. El vestido es un emblema privilegiado para la exhibición suntuaria de ese gasto ostentatorio en valores-signos clasificadores, discriminadores o segregadores como demuestra Thorstein Veblen en su "Teoría de la Clase Ocioosa"⁷.

En la medida que el consumo de atuendos señala la situación pecuniaria y la capacidad adquisitiva de quien lo luce, un vestido costoso, escaso y lujoso tiene como función el otorgar reputación, distinción y jerarquía respecto a los demás. Si el vestido es barato, común y modesto será considerado indigno y vulgar. Será bello, elegante y de buen gusto en la medida en que exhiba una alta proporción de gasto, de derroche ostentoso y anti-económico. Como podemos observar en los cuadros presentados a continuación, tanto en los días comunes y corrientes como en las grandes fiestas y solemnidades es posible identificar la prestancia, la capacidad pecuniaria y por tanto clasificar, diferenciar y jerarquizar los hombres, mujeres y niños en

competencia de acuerdo con las prendas y ornamentos que ostentan.

Pero será así como el potlach, con motivo de grandes fiestas y solemnidades, sobre todo religiosas, oficiadas con gran pompa y devoción en Medellín, que salen a relucir para rivalizar las mejores prendas y adornos, más finas y lujosas según la riqueza de los competidores. Incluso el manual de urbanidad de Carreño contempla explícitamente que "no es lícito a ninguna persona presentarse en la calle el día de una gran festividad con el vestido llano de los demás días...". Por consiguiente, ciertas prendas, materiales o adornos como el dril, la coleta, las alpargatas, las trenzas y la paja, entre otros, connotarán "ordinario" o "común" y otros como el paño, la seda, los zapatos de charol, las



medias de seda, el bastón, el sombrero de copa, los guantes de cabritilla, los encajes, las plumas, flores y ciertas joyas usadas en aquellas ocasiones, connotarán "fiesta" o "celebración", identificando con estos valores a las personas que los exhiben. Sin embargo, como también se puede observar en los cuadros, mientras más pudiente es la persona, tiende a borrarse la diferencia entre "diario" y "solemnidad", pudiendo estar en todo momento suntuosamente vestida mostrando su autoridad, su fortaleza pecuniaria y su disponibilidad de ocio. Algunas prendas y adornos que en el rico comúnmente conno-

El traje funciona como un lenguaje que denota y connota el lugar que ocupan los sujetos si entendemos la cultura como la serie de aquellos códigos o sistemas de significación, entre los que se encuentra el vestido.

7. Veblen, Thorstein. "Teoría de la clase ociosa". Fondo de Cultura Económica. México, 1974. Sobre todo el capítulo VII: "El vestido como expresión de la cultura pecuniaria", pp. 173-193.

tan "diario" serán "solemnidad" en las personas ubicadas más abajo en la escala social.

En estos años el vestido blanco y limpio, el charol, el bastón, el corsé, los guantes, las faldas anchas y largas, el pelo largo y los peinados complicados, las joyas, los inmensos sombreros, los tacones altos, el miriñique, los sacos de mano, las pieles y estolas, el maquillaje, etc., son pruebas de autoridad y valor social en tanto que dan la sugerición de ocio, muestran que se está fuera de la obligación de ganarse la vida, exento de trabajar, libre de hacer esfuerzos manuales útiles y, en fin, testimonian el privilegio prestigioso de no tener que producir. Todos estos son símbolos caros del ocio, marcan una capacidad de consumo sin producir, dicen "yo no trabajo". El vestido blanco señala a las personas que pueden disfrutar del ocio y no corren el riesgo de ensuciarlo; en las fotografías lo vemos exhibido los domingos, en ciertas fiestas y reuniones y en las estaciones del tren a la salida o llegada de viajes y paseos al campo. Es el preferido por muchos potentados y extranjeros prestantes y vemos la guardia de honor que acompañó la visita del presidente Rafael Reyes en 1908 conformada por ilustres y aristocráticos jóvenes de la élite medellinense vestidos todo de blanco.

Es por este gasto ostentoso que César, el cachaco bogotano de la obra de Tomás Carrasquilla "Frutos de mi Tierra", sorprende e impresiona a todos cuando llega a Medellín pues "venía de guantes; casco inglés; vestido de paño burdo, muy nuevo y elegante; magníficas polajinas, calzado extranjero, amarillo e impermeable; guarniel muy lustroso, extranjero así mismo; venía de revólver... ¡y traía baúles!", en los que traía una sombrerera de cuero y correajes con cubilete, coco y claque; tres partes de calzado; gemelos para el teatro; varios vestidos nuevos envueltos en papel de seda; guantes negros, blancos y de color; un alud de puños, cuellos y corbatas, etc.

En pos de la posibilidad de distinguirse y reafirmar su posición, algunos padres de familia acomodados hacían cada año un pedido de trajes a París para surtir a las mujeres de la casa. Por ejemplo, para el matrimonio de su hija, refiere el acaudalado Ricardo Olano que "el ajuar para María se pidió a Nueva York y a Barcelona, las joyas a París. Antes venía todo de París, pero ahora está muy difícil conseguir allá cualquier cosa, por motivos de la guerra"⁸. Y las que, "por sus

Cuadro Nº 1

Hombres Comunes	Diario. Trabajo	Solemnidades* Templo. Bailes
Vestido	Pantalón de dril blanco, de lienzo o de manta de algodón. Camisa blanca de coleta cruda, zaraza o manta de algodón.	Cachaco. Pantalón de paño negro o dril oscuro. Camisa blanca de popelina, lienzo fino, de pechera con encajes y botones en los puños.
Calzado	Alpargatas o "pie limpio".	Botines de soche o becerro. Borceguís. Botas.
Sombrero	De paja o jipajapa. De caña o iraca.	Blanco de aguadas o suaza. Gorra.
Aditamentos	Pañuelo "rabo de gallo". Poncho de hilo o ruana de paño de Pasto, Boyacá o Bogotá.	Ruana de dos paños (azul y bermeja) del Reino o de paño inglés. Carriel.

* Fiesta de la Patrona, Jueves y Viernes Santo, ceremonias.

Cuadro Nº 2

Hombres Pudientes	Diario. Trabajo	Solemnidades*. Templo. Bailes
Vestido	Cachaco. Flux. Americana. Saco-leva. Cachaco. Pantalón ancho de paño.	Dorsay. Frac. Smoking. Sobretodo. Levita de paño de amplios faldones. Pechera. Chaleco de fantasía. Saco de pañete. Pantalón ancho de fantasía. Pantalón, saco y chaleco de paño.
Calzado	Botas o chinelas de cordobán o soche. Charol. Amarillo.	Botas con guardapolvos de paño. Charol. Polainas. Cuero boxcalf o cabritilla. Hebillas de plata u oro.
Sombrero	Hongo o coco. Copa o cubilete. Pava de paja. Media calabaza. Fieltro.	Copa alta o chistera. Cubilete. Clack. Canotier de paja con cinta negra. Fieltro.
Aditamentos	Bastón. Corbata. Reloj con cadena y dijes de oro. Media de seda.	Bastón. Corbata. Reloj con cadena y dijes de oro. Guantes de cabritilla. Medias de seda.

* Jueves y Viernes Santo. Fiesta de la Patrona. Espectáculos. Fiestas de gala.

8. Olano, Ricardo. "Memorias". Faes (inédito). Tomo I (1918-1923), p. 51.

Cuadro N° 3

Mujeres comunes	Diario	Solemnidades. Templo. Bailes
Vestido	Blusa blanca. Saya negra. Falda floreada de boleros.	Traje negro u oscuro de seda o zaraza. Blusa blanca de tela vaporosa, bordada, con cintas y encajes. Saya negra de paño con decoraciones. Falda floreada con boleros.
Calzado	Alpargatas o "pie limpio".	Borceguís. Alpargatas.
Tocado	Trenzas. Pañuelo de algodón.	Trenzas con moño o flores. Pañolón de seda o merino negro. Mantilla de crespón y encaje.
Aditamentos		Alfileres de cobre u oro. Peinetas y hebillas brillantes. Ropa interior de género blanco.

Cuadro N° 4

Mujeres pudientes	Diario	Solemnidades. Templo. Bailes
Vestido	Traje de zaraza, seda, algodón o lana. Sastre.	Traje de paño o seda negra. Blusa blanca de tela fina y delicada. Saya negra de paño, alepín o percal. Falda de cola. Abrigos de pieles. Estolas.
Calzado	Borceguís de cordobán. Botas Altas. Polainas.	Botas de satín. Zapatillas de tacón alto, de raso, con moño de seda.
Tocado	Sombrero de felpa o paja. Velo.	Sombrero de satín. Mantón de manila. Mantilla de paño o crespón y encajes. Rizos. Flores o moño con peineta o diadema de carray. Plumas.
Aditamentos	Guantes de cabritilla. Aretes, pulseras y pendientes. Reloj pendiente de cadena o broche.	Guantes de gamuza. Medias de seda. Anillos, pulseras, collares, arracadas y gargantillas de oro o plata. Biseles de oro y piedras preciosas en el peinado. Sombrilla.

circunstancias económicas no alcanzaban tal prerrogativa, copiaban fielmente los modelos de los figurines extranjeros de la época". Este afán, pues el estatus económico de la mujer es el de "consumidora vicaria" que exhibe el prestigio y la capacidad adquisitiva de la cabeza masculina de la casa. El trabajo perjudica la reputación de las mujeres respetables quienes deben exhibir en grado mayor que el hombre su inhabilidad y su ocio. Su atuendo la hace incapaz de todo esfuerzo útil y debe expresar la capacidad de gasto y el poder de su marido o de su padre, a los que a la postre pertenece. Es decir, como plantea T. Veblen en 1899:

"No siendo las mujeres dueñas de sí mismas, el gasto ostensible por ellas practicado y el ocio de que disfrutaban habían de redundar en crédito de su amo y no en el de ellas; y, por consiguiente, cuanto más costosas y más notoriamente improductivas fueran las mujeres de la comunidad doméstica, tanto más enaltecedora y eficaz para mantener la reputación de la comunidad doméstica o de su jefe habría de ser su vida".

Ganarse la vida no es la esfera de la mujer, "ésta se encuentra en la casa que la mujer debe 'embellecer' y de la que debe ser el 'principal adorno'"⁹.

En cierto modo su vestido cumple la misma función de atestiguar el poder de su amo y señor, que la libera del siervo o criada; es por ello que en una comida de lujo, los criados, como la señora de la casa, "deben estar vestidos de ceremonia, pero con guantes blancos de algodón. Las criadas, que sólo se emplean en comidas de poca etiqueta, se presentaban con vestido negro, y cuello y delantal blancos, éste con tirantes. No usan guantes"¹⁰.

La revista "Modas y Pasatiempos" publica en 1909 el "presupuesto de una elegante" consumidora vicaria para un año y el cual consta de un vestido de gala, 4 de soirée; 2 más sencillos, 3 trajes sastre; 6 de vestir; 6 de hilo y batista y algunas batas. En cuanto a

9. Veblen, Thorstein. Op. Cit. p. 185 y 186.

Obviamente, se han dado casos en la historia en que el lujo ostentado en el vestido es mayor en el hombre que en la mujer; ver, por ejemplo, los trajes de la corte de Enrique VIII.

10. Ospina, Tulio. "Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen tono". Bedout, 3a. ed. Medellín, p. 95, sf.

sombreros, “¿qué mujer elegante puede pasar un año sin una docena de sombreros por lo menos?”; además de 12 velos de automóvil; 2 velos bordados con franja y 12 pequeños. Respecto a los accesorios necesita 6 docenas de pares de guantes finos, 6 docenas de pares más sencillos; 3 sombrillas y un paraguas; algunos cinturones y hebillas; unos cuantos abanicos; 4 docenas de pañuelos; un portamonedas; 3 bolsos de mano, entre lujosos y regulares; 3 boas; etc. Por lo que toca a la ropa interior prescinde 4 corsés; 3 enaguas de encaje; 8 enaguas de seda y 2 de mejor género; 6 juegos de ropa blanca; 6 juegos de ropa interior más finos, con camisas de “nansú” y encajes; unas cuantas blusas y camisas con cuellos y puños postizos para los trajes sastres y 6 blusas de encaje. Finalmente, el calzado consta de 5 pares de zapatos de color, 4 de raso y 3 negros; dos pares de botas; 2 pares de botas de piel de Rusia;



dos pares de botas de charol y 2 pares de boxcalf, zapatillas de invierno forradas de piel y 2 pares de chinelas forradas en raso. Presupuesto anual que llega casi a 30.000 pesetas¹¹. En general, las personas elegantes, de buen gusto, refinadas y distinguidas “tienen vestidos especiales para cada momento del día y para todas las circunstancias de la vida”: es una obligación para los sujetos de la clase alta tener un ajuar abundante. Ajuar que era opulento y suntuoso como se aprecia en las fotos y por más que se sostenga que, en razón del clima templado de Medellín, el atuendo del rico sería austero y monótono. Alguien, por ejemplo, critica el uso de pieles en el clima de la ciudad y la considera como una *costumbre* “contraria a la elegancia y la seriedad de las modas... Las pieles no son adornos, sino abrigos protectores de la salud... Es muy peregrino el uso de pieles como adorno; y por finas y valiosas que sean, es

ridículo ponerlas sobre vestidos para mostrarlas en la calle”¹². Si se hace la crítica es porque esta práctica suntuaria existía.

Con todo, no todos tienen derecho a ostentar lujo con su vestido, se perdería la función discriminatoria de éste y las prerrogativas segregadoras de la élite; sólo pueden lucir trajes suntuosos quienes, en realidad, tengan gran capacidad pecuniaria; es decir, no le es dado a nadie aparentar riqueza si no la tiene. La moral de ese momento, que no se ha visto renovada por el consumo definitivamente capitalista, prescribe que las mujeres que viven de sueldos y salarios no deben llevar vestidos de telas costosas imitando a las ricas en el lujo de vestir, es censurable usar vestidos que representan muchos días y hasta meses de trabajo. La clase alta se siente amenazada pues “uno de los defectos de nuestras clases media y obrera —génesis de grandes perturbaciones sociales y de grandes sacrificios— es especialmente el afán inmoderado de igualarse por medio del traje a las clases pudientes. Así les vemos, por ejemplo, llevar sombreros de altos precios, costosas medias de seda, guantes y zapatos caros, todo lo cual para un rico no representa nada, o poca cosa relativamente, pero que, para un obrero o empleado significa en muchas veces el sacrificio del propio alimento y no en pocas del honor”¹³. Son muchos los que se quejan de esa peligrosa pretensión arribista del obrero: “es lamentable que el lujo haya invadido a la *clase media*; y es imperdonable que las obreras gasten su escaso jornal en calzado ‘Luis XV’ y medias de seda”¹⁴. La urbanidad prescribe en 1919 que “el vestido de casa y de calle ha de ser sencillo y poco presuntuoso, especialmente en las personas que no viven de sus rentas y tienen que trabajar”¹⁵.

“El Libro del Ciudadano” advierte la necesidad política de preservar la diferenciación a través del gasto ostentoso en el vestido y sostiene que las leyes para regular las relaciones entre el obrero y el estado y para combatir la inconformidad y zozobra social, como las peticiones de aumento de salario,

11. “*Modas y pasatiempos*”. Madrid. Año IV, Nº 4, abril de 1909, p. II.

12. “*Letras y encajes*”. Medellín, Nº 46. Mayo de 1930, p. 757.

13. Sánchez, Argemira. “*El libro del ciudadano*”. Imprenta Oficial. Medellín, 1938, p. 75.

14. Ochoa, Lisandro. “*Cosas viejas de la villa de la Candelaria*”. Colección Autores Antioqueños, Medellín, 1984. Vol. 8, p. 66.

15. Ospina, Túlio. Op. Cit. p. 26.

no serán efectivas si antes “no se enseña en la escuela y en el hogar a que el individuo pobre aprenda a vivir conforme a sus capacidades sin pretender igualar a los acomodados, viéndolo como ellos o queriendo vivir en idénticas condiciones. Como se ve, la función clasificadora y jerarquizante del vestido se defiende a toda costa; sólo los realmente ricos tienen el privilegio de ostentar atuendos caros, los demás que no traten de engañar. Esa prerrogativa de carácter aristocrático también es legitimada por la iglesia por boca de uno de sus pastores:

“No os dejéis llevar nunca de la tentación de ostentar, por medio del lujo, la holgura de que no gozáis. El lujo, exceso de adornos y comodidades... no sólo consume la riqueza, aparta el corazón de la vida cristiana y modesta (sino que) despierta el orgullo y la vanidad... la envidia, la aversión y el odio”¹⁶.

Prendas discriminadoras

La rivalidad y la diferenciación social se establece también a partir de detalles-insignias aparentemente fútiles que, al interior de códigos precisos, adquieren significación y marcan claramente el lugar de cada cual en la jerarquía social.

“Cada individuo, masculino o femenino, aunque cubierto por un traje o un vestido, lleva un cierto número de insignias, las cuales permiten mediante el color de su corbata, la forma de sus zapatos, el adorno de su ojal, la calidad del tejido o el perfume usado, situarlo con una gran precisión en el edificio social”¹⁷.

Así, por ejemplo, en casas sencillas de Medellín, el delantal de las sirvientas y cocineras, de percal u otra tela de color o flores, era similar al de las señoritas pero ribeteado con una cinta de otro color. Las dentroderas vestían uno más elegante con cargaderas y amarraderas; “el de las señoritas era similar al de las dentroderas pero altamente bordado y ribeteado con sus franjas y encajes y sin cargaderas”¹⁸. Las sirvientas llevaban también un pañuelo blanco en la cabeza como distintivo para evitar molestas confusiones; al templo llevaban chalina si eran jóvenes y pañolón si eran ancianas.

Prendas y ornamentos que pueden llegar incluso a representar a unas ideas y unos intereses determinados como plantea Balzac:

“Bien sea en el pie, en el busto o en la cabeza, se constatará que siempre que se formula un progreso social, un sistema retrógrado o alguna lucha encarnizada, es con la colaboración de una parte cualquiera de la indumentaria. Unas veces es el calzado el que anuncia un privilegio, y otras son el capirote, la birreta o el sombrero, los que señalan una revolución. Un bordado o un encharpe allí, unas cintas o algunos ornamentos de paja aquí, expresan un partido y proclaman que uno pertenece a los Cruzados, a los Protestantes, a los Guisas, a la Liga, al Bearnés o a la Fronda”¹⁹.

Los *zapatos* determinaban la posición social pues era reducido el número de vecinos de la villa que tenían para mandarlos a hacer a mano o para importarlos, la gran mayoría usaban alpargatas o andaba a “pie limpio”. Como se puede apreciar en los cuadros propuestos, la gente común los usaba sólo en días solemnes como la Semana Santa o la fiesta de la Patrona y para asistir al templo, a bailes o a los exámenes del colegio. De este modo la alpargata connotaba “diario”, “común”, “trabajo” y el zapato connotaba “fiesta”, “visita”, “ceremonia”. Los elegantes acaudalados disfrutaban casi a diario de estos valores suntuarios y distinguidos a través de sus zapatos de raso, satín y charol adornados con moños, hebillas y guardapolvos de paño. Eran un lujo tal que la sirvienta que se calzaba sufrió la desaprobación y la mofa de sus compañeras y el artesano derribaba en mucho, de ellos y de su saco, su prestigio. Un día de 1908, Emilio Restrepo C., gerente de la fábrica de tejidos Bello, dictó una ley: “que ninguna obrera se presente calzada”; con tal disposición supuestamente se buscaba “que no hubiera diferencia entre las trabajadoras, y que no faltasen cuando llovía, pues así podían trajinar tranquilas por humedades y pantanos”²⁰; la empresa no podía permitirles el lujo de que si usaban zapatos no fueran a trabajar en días lluviosos para no mojarlos y empantanarlos.

En la década del setenta del siglo XIX “tanto en la gendarmería como en el ejército,

La rivalidad y la diferenciación social se establece también a partir de detalles-insignias aparentemente fútiles que, al interior de códigos precisos, adquieren significación y marcan claramente el lugar de cada cual en la jerarquía social.

“Cada individuo masculino o femenino, aunque cubierto por un traje o un vestido, lleva un cierto número de insignias, las cuales permiten mediante el color de su corbata la forma de sus zapatos, el adorno de su ojal, la calidad del tejido o el perfume usado, situarlo con una gran precisión en el edificio social”.

16. Restrepo Mejía Martín. “*Pedagogía doméstica*”. Tipografía F. Madriguera. Barcelona, 1914, p. 86.

17. Leori-Gourhan, André. Op. Cit. p. 339.

18. Ortiz Arango, Rafael. “*Estampas de Medellín Antiguo*”. Imprenta Departamental. Medellín, 1983, p. 179.

19. Balzac... Op. Cit. p. 68.

20. Echavarriá, Enrique. “*Historia de los textiles en Antioquia*”. Bedout, Medellín, 1943, p. 21.



La función clasificadora y jerarquizante del vestido se defiende a toda costa; sólo los realmente ricos tienen el privilegio de ostentar atuendos.

sólo usaban calzado los oficiales. En estos gremios descalzos, los gendarmes no infundían respeto y los soldados tenían aspecto de reclutas, pues el calzado y el buen uniforme en dichos cuerpos les crea autoridad”²¹. El calzado es una innovación en la villa que no sólo da más autoridad al cuerpo sino que también lo marca y lo martiriza; alguien comenta en 1906 que su uso “que a decir verdad, es reciente por acá en la clase inferior, está obrando el prodigo de reducir el tamaño de los pies, que antes era un tanto desrazonable”²².

La publicidad en 1931 plantea ya que “calzarse bien no es un lujo, es higiene”.

En relación directa con el calzado, a finales del siglo XIX, las *medias* de seda “eran un lujo y sólo la gente de posición y en muy contados días las usaban; las medias blancas de algodón, con valor de dos o tres reales el par; como exceso de lujo las de cuatro reales; y como extralujo algunas señoras distinguidas usaban medias de seda en las grandes festividades”. Los hombres de inferior posición las usaban de algodón, baratas, crudas y bastas. Cuando se incrementa su importación y se empiezan a producir en la ciudad, las de seda desalojan a las de algodón y van dejando de ser un artículo de lujo. Su uso se extiende a otras clases y “desde la dama de alta sociedad hasta la pobre obrera de una trilladora las usa. Estas últimas aguantan hambres y gastan el jornal de ocho días en un par de medias de seda”²³ para competir con sus compañeras en el consumo de los

valores-signos derivados de esos lujos venidos a menos.

El *pantalón largo* distingue al hombre del niño; los muchachos de buena familia usaban pantalón corto de paño hasta los quince o dieciséis años, cuando se iniciaban en la hombría, recibiendo la llave de la casa, cambiando la gorra de tela por el sombrero de fieltro y vistiendo pantalón largo. Los más pobres iban descalzos y hasta después de los veinte años, excepto quizás en la primera comunión, no alargaban sus pantalones.

Otra prenda de iniciación masculina muy importante —las mujeres tenían el corpiño y el corsé— eran los *calzoncillos*. Alguien sentía como

“la varonil prenda cifraba todos mis anhelos, mis ambiciones todas. Cuando fuera un hombre... ¿Pero cuándo iba a serlo, si no tenía calzoncillos, y si sólo estos imprimían a los hombres la condición de tales? Las mujeres eran mujeres porque

21. Ochoa, Lisandro. Op. Cit. p. 64.

22. Silva, Isidro. Op. Cit. p. 19.

Al respecto ver la narración que hace Tomás Carrasquilla en “Dominicales” de las torturas y penalidades por las que pasa un muchacho que se ha estrenado unos botines para la fiesta de la Patrona, de cómo “siente como una quemadura en las plantas, unas agujas en los dedos y como unos mordiscos en la puntera... El es también mártir, como la Patrona... Aquella es como una agonía sin muerte... El mundo se le va...” en “Obras completas”. Ed. Bedout. Medellín, 1964, Tomo II, p. 600.

23. Ochoa, Lisandro. Op. Cit. p. 65.

no tenían calzoncillos. Y ningún ser humano, por grande que estuviese, podría ser hombre si no tenía calzoncillos... Cuando tuviera calzoncillos sería grande y podría tener novia... Y hasta podría fugarme del hogar materno e irme por el mundo en busca de aventuras... Para un hombre con calzoncillos no existía ningún deseo imposible. El mundo todo se rendía ante esa prenda con la sumisión de un esclavo... Todas mis debilidades, todas mis cobardías, tenían su origen en la falta de la anhelada prenda”²⁴.

El *bastón* no sólo es un signo de mando y de ocio sino que, como sostiene desde su perspectiva liberal, Ricardo Uribe Escobar en 1922, tiene un significado político y presigioso:

“Afirmo rotundamente que el bastón es una prenda conservadora... En cambio... no lo usa ningún liberal que se estime. Aquí en Medellín se les ha querido conceder a los bastones mayor trascendencia. El que pretende aparentar seriedad, o cimentar su sapiencia, o darse la importancia que no tiene, compra su palo y se lo adhiere a la muñeca. Nuestros médicos, por ejemplo, sacan el bastón el mismo día de recibir el título, generalmente un bastón serio, con mango de plata por lo menos. Sólo así se consideran capaces de desempeñar su santo ministerio. A un médico sin bastón no le cree nadie. Es indudable que la superioridad social que tiene entre nosotros la profesión médica se debe exclusivamente al bastón. El día en que los ingenieros o los zapateros vivan de palo en mano, se cotizarán al mismo precio que los sangradores. No hay que confundir los bastones trascendentales con las varitas elegantes. Estas generalmente republicanas...”²⁵.

Una revista de la ciudad, al hablar del uso del *abanico* y tratar de darle un significado, hace su historia desde que vino de oriente y afirma que “en todos los pueblos de la antigüedad el abanico fue siempre un atributo religioso, un signo de poderío, y el símbolo de la felicidad y del respeto celestial... Había también abanicos de guerra y de comando, de justicia y de perdón”²⁶. Y en otra revista se dice a los lectores que los *anteojos* terminan formando parte esencial de la personalidad de quien los usa y le permiten dar una imagen dada: “los anteojos aumentan la importancia del individuo con respecto a sus

semejantes... Hay personas que usan anteojos con cristales inocuos. No hay que mirarlas mal. Generalmente los usan por razones profesionales. Un médico, un abogado o un profesor que se estime ha de usar anteojos para inspirar confianza”²⁷.

En fin, el gallardo frac, el insigne sombrero de copa o cubilete, los galantes guantes de cabritilla, el severo reloj con cadena de oro, el autoritario bastón, el chaleco de fantasía, los arrogantes zapatos de charol y otros aditamentos, conforman la sintaxis de máxima distinción y prestancia para el hombre de los primeros treinta años del siglo XX en Medellín. Entre este acaudalado y el más humilde campesino de pantalón de dril o lienzo, camisa de manta o coleta cruda, descalzo y de mugriento sombrero de paja o iraca, se estratifican jerárquicamente los habitantes de la villa. Esta rigurosa clasificación discriminatoria se mantendrá y será vigente aún después de la muerte; alguien narra cómo en el cementerio San Pedro el cuerpo de los ricos era “un cadáver intacto, completamente seco, con sus facciones bien conservadas, vestido con levita y con corbata y guantes”, se desenterraba “con sus vestiduras lujosas, ya apolilladas y destenidas por el tiempo”²⁸.

A pesar de esta diferenciación y segregación, luego de la Primera Guerra Mundial, se empieza a observar una relativa homogenización en la indumentaria, sobre todo masculina, que es captada por algunos: “Visten de igual manera el médico, el abogado, el comerciante, el rico y el pobre, porque la moda actual ya parisienne, ora londinense o americana, es verdaderamente práctica, sin que obste para ello el que prime la americana por ser quizás su estilo más conocido y cómodo en estas regiones del trópico”²⁹. Algunos como Túlio Ospina, se percatan, no sin pesadumbre, de que “existe una propensión universal a simplificar y democratizarlo todo, inclusive el vestido”³⁰.

El gallardo frac, el insigne sombrero de copa o cubilete, los galantes guantes de cabritilla, el severo reloj con cadena de oro, el autoritario bastón, el chaleco de fantasía, los arrogantes zapatos de charol y otros aditamentos, conforman la sintaxis de máxima distinción y prestancia para el hombre de los primeros treinta años del siglo XX en Medellín. Entre este acaudalado y el más humilde campesino de pantalón de dril o lienzo, camisa de manta o coleta cruda, descalzo y de mugriento sombrero de paja o iraca, se estratifican jerárquicamente los habitantes de la villa.

24. Arango Villegas, Rafael. “Los primeros calzoncillos” en “Obras completas”. Editorial Bedout. Medellín, 1961, p. 554 ss.

25. Uribe Escobar, Ricardo. “El almanaque de don Alonso Ballesteros”. Litografía Dugom. Medellín, 1983, p. 154.

26. “Letras y encajes”. N° 15, octubre de 1927, p. II.

27. “Sábado”. Medellín, N° 141. Septiembre 28 de 1929, p. 2.204.

28. Vélez, Juan Clímaco y García Valencia, Abel. “Medellín 1675-1925”. Linotipos de El Colombiano, p. 31.

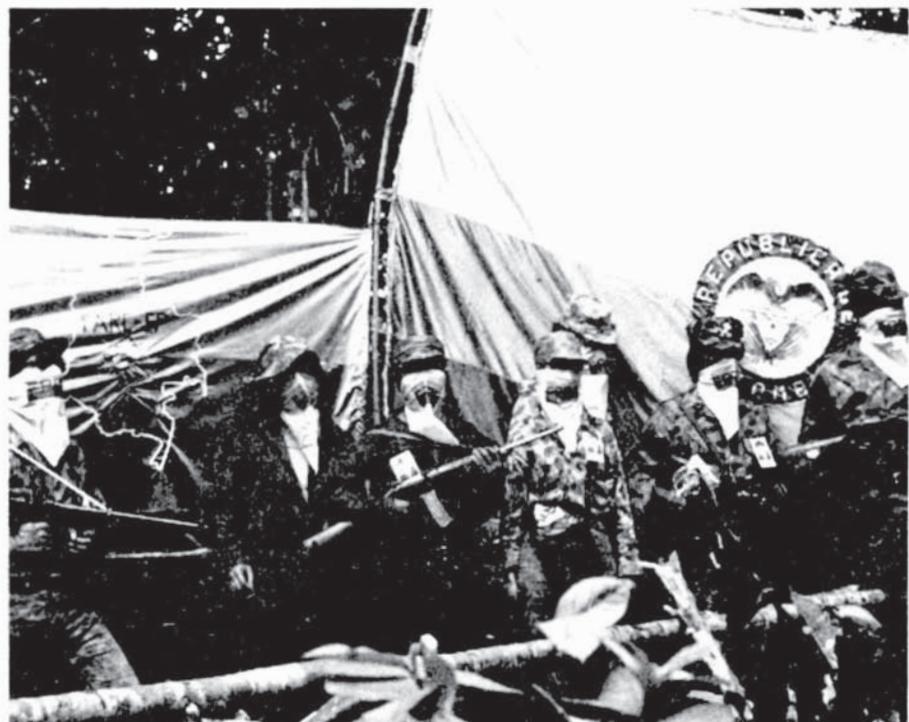
29. “Sábado”. N° 39, marzo 25 de 1922, p. 465.

30. Ospina, Túlio. Op. Cit. p. 32.

Daniel Pécaut. Sociólogo, investigador y catedrático de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Estudioso de los temas sociales y políticos colombianos.

Daniel Pécaut

Guerra y Paz en Colombia *



Ni la violencia social o política, ni el fenómeno de las guerrillas, son hechos nuevos en la vida colombiana. Intensos conflictos agrarios afectaron a algunas regiones entre 1925 y 1935. El famoso proceso conocido con el nombre de la "Violencia", trastorna casi toda la sociedad de 1946 a 1965. Conjunción de una lucha por el poder entre los dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador, de una intervención masiva de la clase dirigente con objeto de destruir las organizaciones populares, de conflictos sociales locales, de enfrentamientos por la apropiación de los excedentes producidos por la economía del café, de bandidismo

social y de delincuencia ordinaria, la "Violencia" no produce solamente 200.000 víctimas y el desplazamiento masivo de población. Es, también, la causa del traumatismo histórico cuyas repercusiones siguen aún hoy sintiéndose en lo más profundo de la sociedad colombiana.

La desorganización social que resultó de esa violencia, se tradujo tanto en múltiples tensiones sociales, como en la fragilidad de los movimientos sociales organizados, dispersos y a menudo transitorios.

De aquí emergen las primeras formas de guerrilla. Hacia 1950, con el impulso del Partido Comunista, apa-

* Traducido del francés por Juan Díaz Arbeláez. Publicado originalmente en la revista *Études Polémologiques* - Institut Francais de Polémologie. No. 43, 1987. París, Francia.

recentes los primeros focos de autodefensa campesina, que se sostendrán aún durante el intermedio militar del gobierno del general Rojas Pinilla. Como consecuencia de los ataques lanzados en 1964 para destruirlos, estos focos se transformaron en guerrillas con la creación de las FARC¹, siempre bajo el control del Partido Comunista. Poco tiempo después, otras organizaciones se forman: el ELN², que se reclama de la revolución cubana, y el EPL³, que se inspira del maoísmo. A diferencia de las FARC, sus dirigentes provienen principalmente del medio estudiantil.

El "Frente Nacional" es también un producto de la "Violencia". Esta fórmula constitucional, adoptada en 1958, instaura por una duración de 16 años la alternancia de los dos partidos en la presidencia, y la distribución rigurosa de los cargos gubernamentales y de toda la administración. De esta manera, se busca extirpar las raíces de la violencia política y restituirla el poder a las élites civiles. El descrédito durable que soportaron los militares y la solidez de la clase dirigente, harán que esta fórmula circunstancial se aplique efectivamente hasta 1974, y que sea en seguida prolongada, incluso si diversos cambios autorizaron a otros partidos a participar en las elecciones bajo su propio nombre⁴. Ni los enfrentamientos sociales, ni las guerrillas logran estremecer esas instituciones, a causa del aislamiento en que se encuentran de los grandes centros urbanos. El forcejeo ideológico al cual se entregan las corrientes revolucionarias, contribuye con frecuencia, a bloquear y a dividir la movilización social. Además, ciertos grupos como el ELN registran graves reveses militares entre 1973 y 1974.

Aparentemente, la estabilidad institucional se mantiene sin problemas. En 1982 y 1986, las elecciones presidenciales se desarrollaron normalmente, dando la victoria primero a Belisario Betancur y en seguida a Virgilio Barco. Sin producir mayores estremecimientos, el segundo pudo constituir un gobierno liberal homogéneo, culminando el desmantelamiento casi total de lo que restaba del Frente Nacional.

La estabilidad es, sin embargo, una ilusión. Desde 1980, Colombia se halla de nuevo inmersa en la crisis, cuya amplitud y complejidad recuerdan la época de la "Violencia". El súbito recrudecimiento de las acciones de la guerrilla, su expansión territorial y sus estrategias ofensivas, constituye uno de los componentes. Las confrontaciones sociales, el terror político y el no político, la delincuencia organizada o común son los otros ingredientes. Sin que olvidemos un nuevo factor: la difusión de la economía de la droga y su corolario, el surgimiento de narcotraficantes capaces de burlarse del poder e influir sobre sus instituciones.

Frente al crecimiento de estos peligros, el gobierno colombiano ha recu-

1978-1979. Ella reviste diversas modalidades:

— Ante todo, la aparición en el escenario principal de una nueva organización: el M-19⁵. En gestación desde 1973, este grupo atrae en sus inicios a antiguos militantes de las FARC y a viejos cuadros de la ANAPO⁶, así como a un cierto número de hijos de familias tradicionales, pero de estatus económico medio. Una buena parte de sus líderes pasaron por colegios católicos y a veces por seminarios. A diferencia de los antiguos grupos armados, esta organización busca implantarse en las ciudades y ganar el sostén de amplias franjas de la opinión pública. Abandona las declaraciones



rrido sucesivamente a diversos medios: la fuerza hasta 1982, la búsqueda de una negociación con las guerrillas a partir de ese mismo año. Ni uno ni otro han permitido, hasta el momento, detener una crisis que continúa debilitando a las instituciones y a la sociedad.

I. Los nuevos aspectos de la lucha armada

El recrudecimiento de la lucha armada se perfila claramente a partir de

1. Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

2. Ejército de Liberación Nacional.

3. Ejército Popular de Liberación.

4. Durante el Frente Nacional, los comunistas u otras formaciones de izquierda, podían participar en las elecciones pero bajo los colores de los partidos tradicionales.

5. Movimiento 19 de abril. El 19 de abril de 1970, el general Rojas Pinilla y su movimiento, la ANAPO, habían parecido ganar las elecciones presidenciales. Numerosos sectores quedaron convencidos que habían sido privados del triunfo mediante el fraude.

6. Alianza Nacional Popular, movimiento populista dirigido por el general Rojas Pinilla.

de fe dogmáticas, e incluso las referencias al marxismo, en beneficio de un lenguaje populista que invoca el establecimiento de una "verdadera democracia" y de un "verdadero nacionalismo". En el estilo de los Tupamaros, se lanza a operaciones espectaculares: actos de "justicia popular", como la "ejecución" del presidente de una de las centrales sindicales, acusado de complicidad con la CIA, robo de un enorme almacenamiento de armas en un cuartel de las afueras de Bogotá en la noche de año nuevo de 1979, ocupación durante dos meses, en 1980, de la Embajada Dominicana reteniendo unos veinte embajadores como rehenes. En poco tiempo, el M-19 consigue conquistar numerosas simpatías en los sectores más deprimidos, pero sobre todo en el medio universitario, en razón de sus orígenes sociales.

A partir de 1980 el M-19 es obligado, sin embargo, también a operar en las zonas rurales, principalmente en las zonas de colonización del sur, el Caquetá y el Putumayo. Sus columnas móviles exigen al ejército a comprometer fuerzas considerables. Los combates conducen a un éxodo de numerosos campesinos. Hasta 1984, el M-19 mantiene su presencia en el Caquetá, aun cuando se localizan en otras regiones: el Cauca y el Valle del Cauca, en los alrededores de la ciudad de Cali.

— De otra parte, la reactivación de las FARC: estas participan en la guerra del Caquetá sin aliarse, sin embargo, con el M-19. Y, sobre todo, se disponen a partir de 1980 a multiplicar sus frentes. En esta fecha reivindican 9, y en 1984, 25, repartidos en una buena parte de los departamentos colombianos. Esta expansión sistemática no se inscribe más en una inquietud de autodefensa. Es más bien el producto de un cambio estratégico: las FARC consideran que las condiciones "objetivas" justifican el paso a una etapa ofensiva de la lucha revolucionaria. Son testimonio de ello, las decisiones tomadas por el estado mayor de las FARC en el curso de sus reuniones sostenidas en 1982 y 1983. Debido "a los primeros indicios de una situación revolucionaria", las FARC no se contentan ya solo de esperar al enemigo

para tenderle emboscadas, ellas van a atacar con resolución, manteniéndose en área, comprometiendo incluso considerables efectivos. Para simbolizar el cambio, añadieron a su sigla dos letras EP (Ejército Popular)⁷.

Finalmente, en forma más modesta en sus inicios, se produce un reforzamiento del ELN y el EPL que van, a su turno, a abrir nuevos frentes. Sin olvidar la aparición, a partir de 1980, de otros núcleos, desde el Quintín Lame, brazo armado de los indígenas del Cauca, hasta Patria Libre, pasando por algunos grupúsculos terroristas.

De 1978 hasta 1982, el gobierno Turbay no ahorró, por tanto, medios para contener los progresos de la guerrilla. Medidas de excepción mucho más rigurosas que el estado de sitio, son reunidas en un "estatuto de seguridad", son realizados arrestos masivos, se practica la tortura y el ejército es desplegado en las zonas explosivas. Los éxitos parciales no impiden la proliferación de nuevos focos. Los métodos empleados dan nuevos argumentos a la oposición. Amplios sectores de la opinión pública empiezan a inquietarse de la suerte de un régimen en el cual los militares hablan cada vez más fuerte y que parecen gozar de una autonomía creciente. Estas reticencias toman rápidamente tanta importancia que el gobierno debe, en 1981 y 1982, designar dos comisiones de paz y presentar dos proyectos de amnistía redactados, es cierto, de tal manera que su rechazo por las guerrillas está de antemano asegurada.

Pero el tema de la "paz" se abre camino, como si el espanto de un proceso de "centroamericanización" obsesionara a la opinión. La paz estará en el corazón de la campaña electoral de 1982. Apenas elegido, Belisario Betancur se presenta como el "Presidente de la paz".

II. Suertes y desgracias de un "proceso de paz"

Sólo son necesarios pocos días para que Betancur desencadene efectivamente una dinámica de pacificación. Esta presenta cuatro facetas principa-

les: una amnistía sin condiciones; una "reforma política"; un viraje de la política exterior; un plan de rehabilitación económica.

La ley de amnistía, aprobada por el Congreso desde noviembre de 1982, se aplica sin limitaciones a todos aquellos que hayan tomado las armas, así se encuentren en el terreno de batalla o en la cárcel, sin que tengan que solicitar individualmente el beneficio. Sólo los autores de "delitos atroces", perpetrados fuera de combate, no serán cobijados por el texto. La ley no exige ninguna entrega de armas. Se contenta con endurecer las penas para todos aquellos que circulen con armas de guerra.

El programa de "reforma política" apunta a dar garantías a la oposición, y a favorecer la participación popular. Prevé, en particular, un estatuto de la oposición, el financiamiento oficial de los partidos, un acceso más equitativo a los medios de comunicación, un mejor funcionamiento del Congreso y de la justicia, y la elección de los alcaldes, hasta el momento nombrados por el poder ejecutivo.

La reorientación de la política exterior es radical. Turbay Ayala, que sólo veía en la lucha armada la manifestación del conflicto Este-Oeste, había roto las relaciones con Cuba, denunciado las orientaciones de la Junta nicaragüense y practicado una política de alineamiento con los Estados Unidos⁸. Betancur introduce a Colombia en los No Alineados, y juega un papel de primera línea tanto en la constitución del Grupo de Contadora como en sus iniciativas. A través de diversos intermediarios busca reanudar el diálogo con Cuba.

En cuanto hace a su plan de rehabilitación, busca facilitar la reinserción de

7. Cf., Jacobo Arenas, *Cese al fuego*, Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1985.

8. La ruptura con Cuba se produjo como consecuencia del desembarco en Colombia de un grupo del M-19 que provenía al parecer de Cuba. La tensión con la Junta nicaragüense se acrecentó con las reivindicaciones que ésta presentó sobre el Archipiélago de San Andrés y Providencia.

los guerrilleros a la vida civil y, mediante la construcción de rutas, ayudar a la integración de las zonas de colonización.

El conjunto de estas medidas o programas permiten al gobierno conquistar el apoyo de la opinión. Le ofrecen sobre todo la posibilidad de colocar a la guerrilla contra la pared. Al asumir una buena parte de sus exigencias, los obliga a asumir públicamente su opción por la vía armada, en el caso de que se rehúsen a la negociación. Betancur tiene, al menos, buenas razones para esperar la adhesión del M-19. Discusiones discretas con sus líderes se han realizado y las disposiciones del "plan de paz" han tomado en cuenta sus exigencias.

De ahí la decepción cuando todas las guerrillas, sin dejar de saludar la buena voluntad del presidente, se niegan a responder a sus iniciativas y anuncian que ellas proseguirán la lucha armada. En el caso del M-19 se sabe que la decisión se tomó en los inicios de 1983, durante una reunión en Panamá. Diversos testimonios indican que Fidel Castro no estuvo ausente de esta decisión, en razón de su desconfianza hacia un presidente conservador⁹. La convicción en un triunfo próximo del FMLN en El Salvador, apuntaba en el mismo sentido.

A partir de ese momento, los militares y una franja importante de la clase política, expresan también su desconfianza hacia la política de paz que se halla en curso. Los militares no han ocultado su hostilidad hacia la amnistía que, según ellos, sólo puede conducir a la consolidación de las guerrillas. A lo largo de 1983, el ministro de Defensa, General Landazábal, se lanza a escribir para demostrar el fracaso de la tentativa presidencial. En enero de 1984, estas tomas de posición desembocan en una verdadera crisis. Betancur recuerda en forma solemne que la democracia no puede convivir con un ejército "deliberante", y obliga a su ministro a dimitir. Esta reafirmación de las prerrogativas del poder civil no conlleva, sin embargo, una supeditación de los militares que, en el terreno conservan una gran autonomía. La clase política, y ante todo, las principa-



Los acuerdos de paz firmados por el M-19 y el Gobierno de Belisario Betancur no lograron pasar más allá del llamado Diálogo Nacional, en medio de mutuas acusaciones de incumplimiento de los acuerdos.

les personalidades liberales no son menos enfáticas en manifestar su desconfianza en la política de paz. Por lo demás, el Congreso se encarga de dejar morir los proyectos de reforma. Sólo la elección de los alcaldes sobrevivirá a su paso por el Parlamento. Las élites económicas serán aún más vehementes; permanentemente estarán denunciando la conversión de los guerrilleros en simples secuestradores, inmersos en el delito común.

De hecho, los enfrentamientos se agudizan de nuevo. En 1983 y en los inicios de 1984, producen más víctimas que nunca. Y el proceso de expansión de las guerrillas no se detiene. Según las Fuerzas Armadas, en 1984 las FARC contaban con 25 frentes y 12.620 combatientes; el ELN poseía 9 y 2.510 combatientes; el M-19, 14 y 895 combatientes y el EPL, 9 y 600 combatientes.

La guerra abierta se va desdoblando progresivamente en una guerra más encubierta, pero igualmente sangrienta.

Grupos "paramilitares" comienzan a proliferar por todas partes. Estos actúan en función de objetivos locales, con sicarios pagados a menudo por los grandes hacendados. Al parecer obedecen ya a planes acordados para liquidar a los dirigentes de los movimientos populares o guerrilleros, y gozan de complicidades entre los militares, como lo revelará una investigación del Procurador General de la República. Los guerrilleros, por su parte, no renuncian ni a los secuestros, ni al boleto, ni a las presiones sobre la población. En ciertas regiones, el terror alcanza niveles aterradores. En el Magdalena Medio, por ejemplo, donde las FARC, militares, paramilitares e incluso narcotraficantes se superponen, los enfrentamientos obligan a los habitantes a buscar refugio en las ciudades. Sin olvidar la delincuencia co-

9. Durante la campaña electoral de 1982, el otro candidato, Alfonso López Michelsen había tomado contacto, por intermedio de Gabriel García Márquez, con Fidel Castro.

mún, tercera faceta de la guerra, que alcanza igualmente significativas proporciones. La juxtaposición de estas guerras produce una violencia múltiple.

A pesar de todo, negociaciones episódicas se desenvuelven entre la nueva Comisión de Paz, creada por Betancur, y algunas de las organizaciones armadas. Betancur mismo acepta dar un nuevo paso hacia el M-19, reuniéndose con sus jefes en Madrid en octubre de 1983.

Sin embargo, la noticia según la cual las FARC-EP aceptaban concluir un cese al fuego, anunciado el 28 de marzo de 1984 y con efectos a partir del 28 de mayo siguiente, sorprendió a la opinión pública que pensaba que era con el M-19 con quien una negociación podría alcanzarse. El M-19, confrontado al derrumbe de su popularidad, responde con operaciones espectaculares, tales como la ocupación de la capital del Caquetá. No obstante, en agosto, el M-19, el EPL y un pequeño grupo terrorista, el ADO¹⁰, firman a su vez los acuerdos de cese al fuego. Sola-

mente, el ELN se queda al margen, aun cuando dos de sus frentes se integrarán a la tregua.

La política de Betancur parece finalmente dar sus frutos. Pero, tanto los acuerdos de cese al fuego como la amnistía, son la expresión de un desafío. Contienen compromisos de parte del gobierno, pero prácticamente no mencionan ninguna de la guerrilla. En el conluido con las FARC-EP, el gobierno promete: reforma agraria, reconocimiento de las organizaciones populares y disminución de las desigualdades sociales. En el suscrito con el M-19, se acuerda la realización de un "Gran Diálogo Nacional", constante reivindicación de este grupo. En cambio, las guerrillas no aceptan todavía una entrega de las armas.

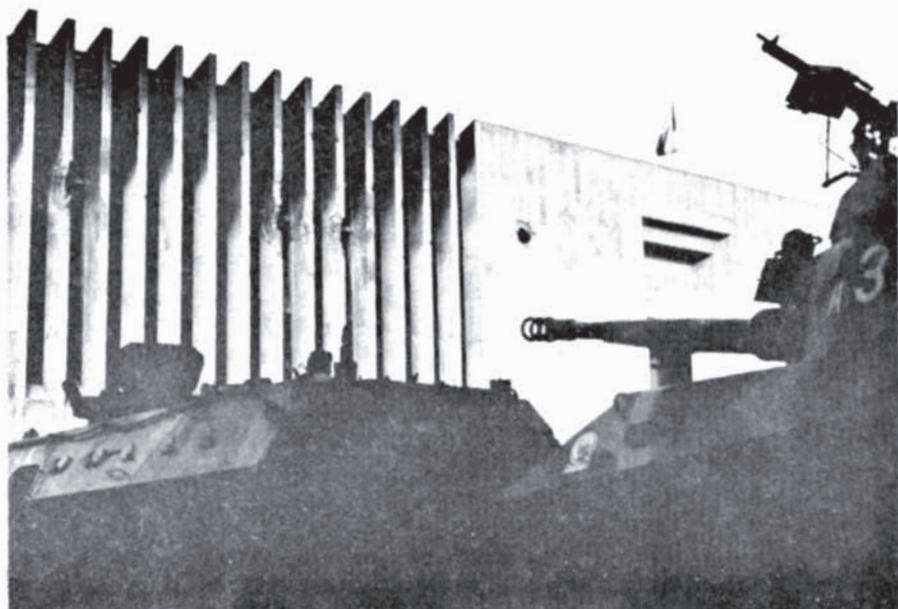
Y los acuerdos no previeron a este respecto mecanismo de control. Aun cuando las FARC solicitaron y obtuvieron una "Comisión de Verificación", ésta estaba destinada a evitar incidentes y no a vigilar el tráfico de armas. Desprovista de poderes precisos y compuesta de personas de diversas tendencias, la Comisión de Paz no

parecía estar al nivel de un país convulsionado.

En el marco del cese al fuego, los guerrilleros dejando en el ropero sus armas podían dedicarse tranquilamente al trabajo político. Muy pronto la desconfianza renace. Cuando los militantes del M-19 se ubican en los tugurios y establecen "campamentos"; cuando realizan en Bogotá y en Cali manifestaciones urbanas, son acusados de reclutar nuevos combatientes. Cuando las FARC participan en las marchas campesinas, se les reprocha recurrir al "proselitismo armado". Al prohibir, en febrero de 1985, la realización de un congreso del M-19, el gobierno pone al descubierto sus dudas sobre las reales intenciones de este movimiento. Las guerrillas no hacen nada para evitar que se produzca un sentimiento de que hacen un juego doble y de que sólo consideran el cese al fuego como un simple episodio transitorio.

La atmósfera de incertidumbre no impide la realización del "Gran Diálogo Nacional" entre enero y mayo de 1985. Con sus diez comisiones y sus 400 participantes, tiene como misión proponer reformas en todos los dominios de la vida colombiana. De hecho, se queda corta. Se hubiera podido pensar que la oposición revolucionaria se esforzaría al menos de hacer de este espacio una gran tribuna. Los representantes del M-19 rápidamente parecen desinteresarse. Poco a poco, los delegados de las "fuerzas vivas de la nación" y los de los partidos políticos se retiran. El encuentro de Colombia con ella misma no tendrá lugar. El gobierno no parece lamentar este resultado.

Un mes después del fin del "Gran Diálogo", el M-19 anuncia oficialmente su ruptura del cese al fuego. El pretexto que dan son los atentados que sufren varios de sus dirigentes. La verdad, que refuerza a los escépticos, es que los dirigentes del M-19 piensan que la huelga general, preparada para el 20 de junio, se va a transformar en una insurrección general. El EPL le sigue los pasos al M-19 poco después.



El M-19 se jugó todo a la toma del Palacio de Justicia y lo perdió... todo.

10. Autodefensa Obrera.

La violencia nunca se detuvo. El balance de 1985 es más grave que el de los años precedentes. La campaña de asesinatos se acrecienta. Pero nada será más significativo para los colombianos que el grado que puede alcanzar, en el futuro, esta violencia después de la masacre con que concluyó la "toma" del Palacio de Justicia por el M-19 el 6 de noviembre de 1985. Todos los protagonistas de esta tragedia fueron afectados: el M-19 que, al pretender hacer juzgar al presidente por los magistrados tomados como rehenes, mostró las dimensiones de su inmadurez política; el ejército que, lanzándose a un asalto ciego y sin temor de provocar la muerte de la mayor parte de los rehenes, pareció querer tomar revancha a cualquier precio tanto del M-19 como del presidente. Incluso parece establecido que liquidó a sangre fría a una docena de sobrevivientes. El presidente que, durante 48 horas, les dio carta blanca a los militares. La justicia, dado que nadie se preocupó de salvaguardar la Corte Suprema, a pesar de su prestigio: la mitad de sus miembros figuran entre las víctimas.

El "proceso de paz" termina, al menos provisionalmente, en un fracaso. Un solo hecho atenúa esta constatación: las FARC-EP continúan observando la tregua y ratificando en varias ocasiones el alto al fuego. Parecen además dispuestas a acoger las reglas del juego político. Con el partido comunista, se hallan en el origen de la formación de un nuevo partido político: la Unión Patriótica (UP), como si quisieran dar pruebas de su transformación en un actor político que actúa en la legalidad. El hecho se muestra tanto más significativo en cuanto los cuadros de las FARC y de la UP se convierten en los blancos preferidos de los terroristas paramilitares. A fines de 1986, las FARC/UP contabilizan el asesinato de 300 de sus miembros, entre los cuales un senador, un representante, un diputado regional y 20 concejales municipales.

La elección de Virgilio Barco no conllevó, sin embargo, el abandono de la política de paz. Pero los métodos cambian. Betancur había fundamentado todo en la creación de una nueva

dinámica política. Había confiado la gestión cotidiana de las negociaciones o de la "verificación" en comisiones sin atribuciones definidas. El desafío de Virgilio Barco sería más bien el contrario: despolitizar al máximo posible el problema de la paz. El acento es colocado en el plan de rehabilitación, para el cual el gobierno dispone el fin de recursos, gracias a algunos préstamos del Banco Mundial. De otra parte, las comisiones ceden su lugar a un consejero directamente ligado al presidente: una forma de re-institucionalizar el proceso y de acomodarse a procedimientos precisos. El juego se basa ahora en su adhesión a una visión técnica e institucional de la paz. Desafío arriesgado: no es evidente que las carreteras y los puentes puedan atenuar una violencia que afecta regiones bien inserta-

tenido mayorías en las elecciones de 1986, está destinada a restarle dramatismo a las próximas elecciones de alcaldes, y a reconocer los derechos de las oposiciones legales. También parece que el gobierno, mediante pequeños pasos, está conduciendo a las fuerzas militares en su antigua posición. La designación de dos civiles en los cargos de secretario general del Ministerio de Defensa y de Procurador de las Fuerzas Armadas, es un indicio que va en ese sentido.

Sin embargo, el gobierno Barco no se puede sustraer a los dos problemas de su predecesor: ¿cómo volver a controlar la ola de violencia? ¿Cómo interpretar las estrategias declaradas y las estrategias no declaradas de las guerrillas?



La actual violencia política hunde sus raíces en la violencia de los años 50. Entrega de campesinos de Sumapaz dirigidos por Juan de la Cruz Varela.

das en el mercado nacional. Con el paso de los meses se añade, no obstante, una acción más política. El establecimiento de los comités de rehabilitación departamentales y municipales ofrece un nuevo cuadro de negociación, puesto que en estos participan dirigentes económicos, políticos electos y representantes de los movimientos populares. La designación de 25 alcaldes de la Unión Patriótica en municipios donde este movimiento había

III. Las fuentes de la violencia

Numerosos factores pueden explicar la difusión de la violencia en la sociedad colombiana. Los unos se originan en la historia, los otros en la coyuntura reciente.

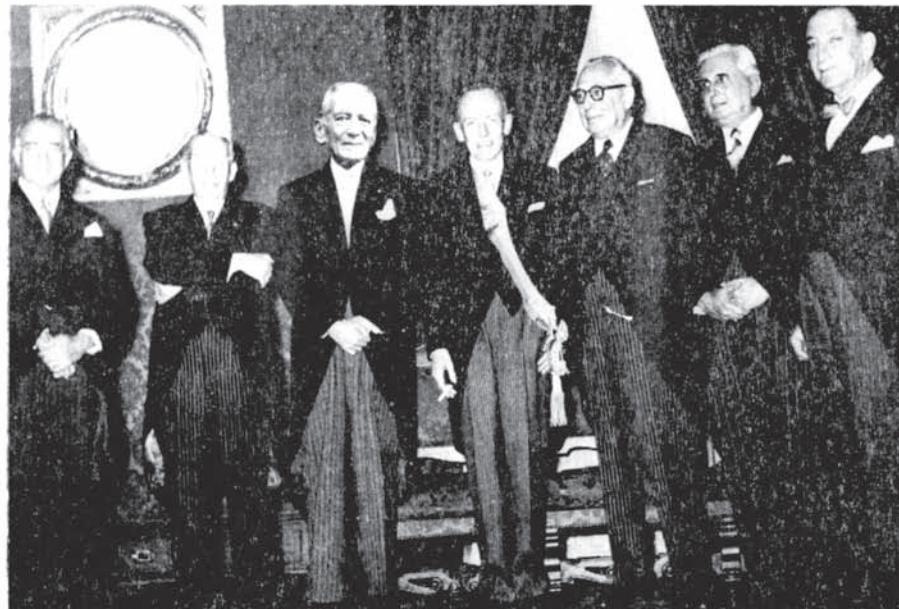
La precariedad del Estado no es un hecho reciente. En los años treinta, el Estado solo tuvo una modernización limitada. Lo mismo ha ocurrido en los últimos decenios, mientras que la so-

ciedad se transformaba rápidamente, y que en el lapso de treinta años la población urbana pasaba del 40% al 77% de la población total. La continuidad de una división partidista, que durante largo tiempo tomó la forma de dos sub-culturas diferentes, contribuyó no sólo a esta inercia del Estado, sometido a los azares de las disputas políticas, sino igualmente al debilitamiento de los sentimientos de identidad nacional. La autoridad del Estado en la práctica no se ejerce sobre una buena parte del territorio nacional. Las tendencias centrífugas se manifiestan constantemente. Los departamentos de la Costa Atlántica son, de esta manera, muy aislados. La vida política gira alrededor de los polos locales. Pero las administraciones locales, a menudo más inestables e improvisadas que la propia administración central, se muestran incapaces de proveer las ciudades intermedias de equipamiento colectivo. De ahí la dificultad de Estado para responder a las reivindicaciones regionales que, ante la ausencia de interlocutores, toman a menudo un carácter explosivo.

La precariedad del Estado significa, igualmente, que no puede prácticamente intervenir como mediador en los conflictos sociales, y que debe dejar el campo libre a las confrontaciones directas entre los adversarios. Esta afirmación no se aplica solamente a las luchas rurales, sino igualmente y en gran medida, a las luchas urbanas. Un gran número de enfrentamientos se transforman así en pruebas de fuerza.

Las consecuencias son particularmente graves en las zonas de colonización. En estas regiones la ausencia del Estado es más evidente. Sobre todo, que los propios mecanismos de la colonización son generadores por sí mismos de violencia crónica. La ausencia de títulos de propiedad y de recursos pone a los colonos a merced de los grandes propietarios, que compran a bajo precio las tierras ya desmontadas, y convierten a los campesinos en jornaleros o a menudo, los expulsan cada vez más lejos de los ejes de comunicación. Este proceso se acompaña a menudo de enfrentamientos armados.

Finalmente, conviene mencionar las huellas de los episodios de los años 50.



El Frente Nacional institucionalizó un régimen de democracia restringida, el monopolio político del bipartidismo y obstruyó los canales de participación y expresión de amplios sectores sociales y políticos.

Colonos y emigrantes urbanos ven hoy todavía, en muchos casos, el origen de sus destinos individuales. La frustración y la fragmentación de los movimientos sociales a lo largo de las épocas precedentes, conservan su marca. Y numerosos son aquellos que continúan concibiendo la violencia como el argumento profundo del presente.

Los factores coyunturales son, igualmente, de diversos órdenes: políticos, económicos o asociados con el desarrollo creciente del comercio de la droga.

El sistema del Frente Nacional, a pesar de sus transformaciones desde 1974, es a menudo calificado de "democracia restringida". El monopolio teórico de los dos partidos, el recurso permanente al estado de sitio, la represión contra las reivindicaciones populares, las tasas de abstención electoral (que sobrepasan a menudo el 60% y que alcanzan a veces en las grandes ciudades proporciones superiores —durante las elecciones intermedias de 1976, el 88% de los electores de Bogotá no se acercaron a las urnas—, constituyen un cúmulo de argumentos para justificar este calificativo. Mucho más que las restricciones explícitas a

las libertades —restricciones menos significativas que en otros países latinoamericanos que se reclaman de la democracia, como lo atestiguan los espacios abiertos para todos los partidos de oposición—, cuentan para nosotros el desgaste del régimen y la importancia de los sectores reformistas. Los partidos tradicionales, sobre todo el partido liberal, no logran adaptarse al nuevo país urbano, renuncian a los discursos programáticos reduciéndose únicamente al clientelismo y al poder de los caciques regionales de reducido prestigio. Las capas medias en expansión no logran emerger como actor político. Mientras que en sus inicios el Frente Nacional había dado origen a dos grandes formaciones de oposición, el MRL y la ANAPO, el régimen no ha tenido que responder desde 1970, a ningún desafío de otro partido de masas. Atrapado entre las presiones de las extremas izquierdas legales o armadas, que sirven de punto de referencia para muchos sindicatos y para las juventudes estudiantiles, y de otra parte, el escepticismo que se expande, los reformistas continúan sin expresión política. De hecho, el régimen es quien sale perdiendo, dado que las insatisfacciones de la población no cuentan con canales políticos para expresarse. El

M-19, que ha contribuido a popularizar la expresión "democracia restringida", aspira a sacarle provecho, en nombre tanto de las clases medias como de los sectores más desfavorecidos.

La degradación de la situación económica no es provocada solamente por el impacto de la crisis mundial. Colombia, poco endeudado, sólo tuvo dificultades en la balanza de pagos en los años 1984-1985. Pero la industria se agota después de 1976, los capitales se dirigen hacia la especulación financiera, el desempleo alcanza el 15% de la P.E.A. en las cuatro principales ciudades, el sector informal llega a representar el 40% de los empleos en esas mismas ciudades, y acogen individuos

favorable para la violencia en sus diversas modalidades.

Las repercusiones económicas de la producción y el comercio de la droga no están todavía suficientemente diluidas. Una cosa es segura: el dinero producido por la coca ha sido invertido en numerosos sectores de la actividad económica e intentado penetrar en el mundo político y en ciertas instituciones. El gobierno ha dado rodeos durante mucho tiempo. Los múltiples asesinatos imputados a los "narcotraficantes" a partir de 1984, desde aquel del ministro de Justicia hasta aquellos de importantes periodistas, pasando por los de numerosos magistrados, demostraron que son capaces de ejercer,

tendió invalidar el tratado por vicios de forma. Sin embargo el presidente Barco de inmediato lo ratificó. Pero, la Corte Suprema de Justicia se niega en adelante a dar su concepto en relación con los casos individuales que le sean sometidos. El arresto y la extradición de uno de los principales narcotraficantes fue una oportunidad, por tanto, para descubrir que ciertos jueces y policías estaban involucrados con los traficantes. En las zonas de cultivo los militares reciben también su comisión. La droga se convierte de esta manera en un problema delicado: debilita las instituciones y da la posibilidad a las guerrillas para revelar las dimensiones de la crisis. La droga le confiere a la violencia una amplitud aún más considerable.

IV. Constataciones y conjeturas a propósito de las estrategias de las guerrillas

La proliferación de focos de tensión social, el desgaste del régimen y la difusión de la violencia en sus diversas formas, favorecen ciertas acciones de la guerrilla. Pero de ahí, a presentarlas como una simple manifestación de estos fenómenos socio-políticos, hay una gran distancia. Fuerzas políticas militares, las guerrillas se definen por sus propios objetivos, cuya continuidad depende del contexto internacional y de los medios de que dispongan.

Las diversas fases del "proceso de paz" parecen estar claramente en relación con la evolución de la situación centroamericana. La persistencia de las hostilidades en 1983 parece como vimos anteriormente, estrechamente asociada con los pronósticos sobre la correlación de fuerzas en El Salvador. Los acuerdos de cese al fuego coinciden con el momento en que el Grupo de Contadora alcanza su máxima eficacia. La ruptura se produce cuando el mismo Grupo sufre el contra-golpe de la crisis económica de sus Estados miembros, y que se evidencian las amenazas sobre Nicaragua. Es así como, las propias FARC-EP no han dejado de repetir que ellas responderán con una sublevación general a una invasión en Nicaragua.

La constitución de la Coordinadora Nacional Guerrillera (CNG) por parte



Los acuerdos entre las FARC y el gobierno de Barco se debaten en la incertidumbre e incredulidad política.

que han recibido una formación relativamente elevada. La "revolución educativa" hace resaltar aún más los bloqueos de la sociedad. La distribución de los ingresos tiende de nuevo a degradarse, como se refleja en los salarios rurales y en los salarios de la función pública que alcanzan en 1985 el nivel de los años 60. Los adelantos de la agricultura capitalista se traducen, en numerosas regiones, en una expulsión del campesinado. Allí donde emplea una importante mano de obra asalariada, como en la zona del Golfo de Urabá consagrada a la producción bananera, no les reconoce ni sus derechos ni sus salarios legales. Un conjunto de factores que crean un terreno

no solamente mediante la corrupción, sino igualmente a través del terror, presiones sobre el gobierno y amenazar las instituciones. El problema tomó una dimensión política cuando el gobierno quiso recurrir al Tratado de Extradición concluido con los Estados Unidos en 1979. La izquierda legal, ciertas fracciones de la clase política tradicional, los portavoces de las guerrillas, han denunciado un abandono de la soberanía. Las más altas autoridades judiciales comenzaron de golpe a titubear. El presidente del Consejo de Estado se pronunció públicamente por la legalización del cultivo y el abandono del tratado. La Corte Suprema de Justicia, a fines de 1986, pre-

del M-19, el ELN y el EPL, expresa la prioridad que se da a la estrategia militar. Los ataques repetidos, lanzados por el ELN a partir de 1986 contra las instalaciones económicas esenciales para la vida del país, como los oleoductos, las minas de oro, etc., son un testimonio de una nueva táctica próxima de aquella del FMLN salvadoreño.

El desarrollo de la estrategia depende, sin embargo, de los medios materiales y humanos de las guerrillas. No hay duda que los medios materiales han aumentado considerablemente. Ya pasó la época en que provenían de las sumas obtenidas por los secuestros o los chantajes sobre los industriales o los grandes propietarios. La reorganización del ELN se facilitó gracias a las abundantes "regalías" que logró imponer a diversas compañías petroleras. El cultivo y el comercio de la coca constituyen otro recurso. Esto no significa que las guerrillas y los narcotraficantes estén abiertamente asociados: de hecho, en múltiples lugares están enfrentados. Lo cual no quita que en múltiples regiones actúen ambos, en donde han debido encontrar un *modus vivendi*, lo que le ha permitido a ciertas organizaciones procurarse algunos recursos: el M-19 es probable que haya recibido una parte, pero las FARC parecen ser las grandes beneficiarias. Y esto por una simple razón: están implantadas en regiones donde el cultivo de la coca se ha expandido más, donde los grandes laboratorios para procesamiento se han instalado, así como los aeropuertos clandestinos: el Caquetá, los valles del Ariari y el Guayabero, la Sierra de la Macarena. Las posiciones de principio, defendidas por las FARC-EP contra el comercio de la coca y la obligación que imponen a los colonos de conservar los cultivos de alimentos, no les impiden de percibir "contribuciones voluntarias" representadas en el 10% del producto de la venta por parte de los campesinos o de otros porcentajes de un valor indeterminado sobre los exportadores. Estos considerables recursos les permiten comprar un armamento moderno, poseer centros de entrenamiento bien equipados, atraer jóvenes provenientes de todos los sectores. Las FARC no constituyen solamente una organización campesina: sus cuadros recientes

se reclutan cada vez más en las ciudades.

Lo anterior no significa que las guerrillas tengan capacidad para movilizar a la población en la cual se hallan presentes, para una verdadera guerra. En ciertas zonas donde están sometidas al fuego cruzado de las diversas guerrillas y de los militares y paramilitares, como en el Cauca, su cansancio es a menudo manifiesto. Los choques entre los indígenas de este departamento y las FARC no ha contribuido a mejorar el clima. En el Magdalena Medio, la misma fatiga es perceptible. Incluso, en las regiones en las cuales las FARC se han convertido en una administración paralela, como en el Cauca-

armados que han dado pruebas de sus divergencias o de su descomposición no faltan. Las fricciones entre las FARC y el ELN no han faltado, y se vio cómo los jefes de una organización, el Frente Ricardo Franco, un grupo disidente de las FARC, que había realizado numerosos atentados contra personalidades del partido comunista, liquidan ellos mismos a 157 hombres bajo la sospecha de infiltración. Es decir, que las guerrillas no tienen asegurado el sostén de la población que los rodea, para el caso en que las hostilidades se generalicen.

El interrogante principal es, pues, una vez más este: entre los objetivos militares y revolucionarios proclama-



El propósito de la Unión Patriótica de consolidarse como fuerza política se ve seriamente amenazada por la guerra sucia de la cual ha sido su principal víctima.

tá o en ciertas regiones de los Llanos Orientales, los colonos aceptan con facilidad su presencia en la medida en que les aseguren protección, pero esto no permite deducir que estén dispuestos a participar en eventuales combates; el progreso relativo de su nivel de vida probablemente no los inclina a ello. Si el plan de rehabilitación se realiza, y si el gobierno no comienza a destruir sus cultivos, es probable que prefieran conservar la paz. No es tampoco evidente que los jóvenes de 14 y 15, que componen una buena parte de los efectivos del M-19, estén en capacidad de ofrecer una resistencia prolongada a las fuerzas militares. Finalmente, los ejemplos de ciertos grupos

dos por las FARC-EP en 1983, y las declaraciones de las mismas FARC-EP, y ante todo de la Unión Patriótica, confirmando esta adhesión a la tregua y su voluntad de consolidarse mediante la vía electoral y legal, ¿a qué acordarle más credibilidad? Ninguna respuesta tajante es posible y además la opción no depende sólo de ellos. Es indudable que la Unión Patriótica quiere consolidar sus bases sociales y políticas. Desde este punto de vista, el balance de tres años de tregua es particularmente positivo. Los militantes han logrado promover movimientos sociales de una intensidad sin precedentes: marchas campesinas, movimientos urbanos, paros "cívicos", se

sucedan sin interrupción. Igualmente, han logrado poner en marcha numerosos órganos unitarios que atenúan la dispersión de las acciones campesinas y urbanas. El mayor suceso es, sin lugar a dudas, la formación en noviembre de 1986 de una confederación sindical unificada, que pone fin, al menos provisionalmente, a las divisiones que han frenado la expansión y la influencia del sindicalismo; para ello no dudaron en disolver su propia confederación. Finalmente, la Unión Patriótica cuenta mucho con las elecciones populares de alcaldes en 1988 para consolidarse en numerosas regiones como una fuerza política real. Pero, de otra parte, la tregua se convierte a menudo en una ficción. Los asesinatos perpetrados sistemáticamente contra los líderes populares no pueden, debido a su amplitud, que empujar a las FARC-EP hacia el reforzamiento de su potencial militar. El cerco militar en torno de las posiciones de las FARC-EP, provoca numerosas escaramuzas. Cualquier grave incidente puede hacer variar una situación tensa. No está excluido que de parte y parte muchos lo deseen y que no se sientan cohibidos para estimularlo.

Las recientes decisiones de la Unión Patriótica y de las FARC-EP, dejan flotando la ambigüedad sobre sus intenciones. En un congreso, la Unión Patriótica proclamó su total independencia en relación a las FARC, lo cual es una manera de confirmar su opción por la legalidad, incluso si los enfrentamientos armados se intensifican. Pero, es también una forma de dejarle mayor iniciativa a las FARC-EP, sin implicarse. En efecto, las FARC-EP suben la voz y parecen modificar su táctica. El 4 de abril, concluyeron un acuerdo con el EPL, que se halla en guerra, para favorecer "una amplia convergencia democrática a la cual sean asociadas organizaciones populares, sindicales, políticas, guerrilleros (...), en vista de una solución política". Y el 7 de mayo, le dirigen una advertencia al gobierno: "un pueblo como el nuestro, que ha librado mil batallas por su libertad, no soportará que se siga derramando su sangre sin reaccionar".

En esta oscilación entre la guerra y la paz, tres elementos entran en juego:

- De una parte, la desproporción

entre el poder de las guerrillas y las posibilidades de crecimiento electoral de la Unión Patriótica. Aliándose con disidentes del partido liberal, esta última logró obtener un 4% de los sufragios en las últimas elecciones. Es un avance, no un impacto. No es evidente que ella progrese sensiblemente en las elecciones municipales de 1988. En este sentido, el contraste entre la movilización social y el potencial militar de las guerrillas, de un lado, y las perspectivas electorales modestas del otro, ponen en cuestión la prioridad de la vía pacífica.

- De otra parte, la capacidad del gobierno para limitar la expansión de la violencia difusa, es decir, de la delincuencia común que produce más víctimas que las operaciones de la guerrilla. El gobierno sólo podrá reencontrar el apoyo de la opinión pública si obtiene resultados en este campo, sin lo cual la desorganización del tejido social llevará la continuación de toda suerte de confrontaciones. Por el momento, el Estado no ha logrado nada sustancial.

- Finalmente, la modernización del Estado y de los partidos tradicionales. La primera no puede reducirse al aumento de los efectivos policiales y militares, como viene ocurriendo desde hace 5 años, pues concierne también a la gestión económica y social, y particularmente a la administración de justicia. La segunda supone que los dos partidos tradicionales logren conservar el contacto con la población por medios diferentes al del clientelismo, y a asumir como propias algunas de sus reivindicaciones.

Quedan varias incógnitas. Las guerrillas sufren de dos debilidades. No escapan a los efectos del fraccionamiento local y a la diversidad de las situaciones. Tienen al frente de ellas un régimen que, a pesar de todo, manifiesta su adhesión a la democracia y al civilismo. Pero, el gobierno a su vez, confronta dos dificultades. Arriesga, en primer término, perder el control de las acciones de las fuerzas militares en el terreno. Y, sobre todo, está expuesto a asistir, impotente, al desarrollo de corrientes terroristas de extrema derecha decididas a restablecer el "orden", así sea al precio de una guerra no declarada.



Ediciones Foro Nacional por Colombia

Anuncia la salida de un NUEVO TITULO de su colección pedagógica, dirigido al magisterio, las facultades de educación y el Movimiento Pedagógico.

PEDAGOGIA CATOLICA Y ESCUELA ACTIVA EN COLOMBIA (1900 - 1935)

de Humberto Quiceno C.

Humberto Quiceno C.

PEDAGOGIA CATOLICA

— Y —

ESCUELA ACTIVA EN COLOMBIA 1900 ~ 1935



Humberto Quiceno C.

Título anterior de la misma colección

PEDAGOGIA E HISTORIA

de

Olga Lucía Zuluaga

DE VENTA
EN LAS PRINCIPALES
LIBRERIAS DEL PAIS

Ventas e información:
Carrera 4A No. 27-62 - Bogotá
Tels. 2340967 - 2822550

John Jairo Cárdenas
Investigador FUNCOP
de Popayán

Historia de una lucha

Los damnificados del progreso

(Suárez 1977-1986)

John Jairo Cárdenas

Los pobladores de Suárez, en el departamento del Cauca, al marchar durante tres largos y extenuantes días por la Carretera Panamericana, desafiando la lluvia y el sol, o las hostilidades incessantes del ejército, estos hombres y mujeres —mineros, campesinos, indígenas y negros— estaban planteando un problema mucho más profundo y complejo que el que parecían expresar en su petitorio para negociar con el alto gobierno.

En su paso cansado y en la fatiga de sus rostros es posible desentrañar un asunto que está en la problemática de centenares de campesinos e indígenas hoy en Colombia: el estilo de desarrollo del capitalismo nacional y su impacto sobre la naturaleza y los hombres.

La desesperación, los gritos en las calles y la prolongada negociación de los damnificados de Suárez con el Gobierno central es, en cierto modo, un episodio más de una larga cadena de luchas y movilizaciones para exigir un replanteamiento de fondo a una estrategia de electrificación y control (léase devastación) de los recursos naturales orientado en contra de centenares de familias campesinas e indígenas, sin ninguna consideración sobre los efectos de desarraigo y pauperización que provoca en los pobres, con tal de satisfacer las aspiraciones de un modelo de crecimiento económico cuyo resultado es, simplemente, la profundización de las desigualdades sociales, la injusticia y la destrucción inclemente del medio ambiente.

Este alegato que brota desde lo más profundo de las conciencias y la rabia del pueblo de Suárez es lo que hoy aquí se pretende recoger, para hacer palmaria la urgencia de repensar el asunto de



los modelos de desarrollo y abrir el corazón a la suerte de los damnificados del crecimiento y el "progreso" económico en Colombia.

Marco geográfico

El corregimiento de Suárez, región a la que se circunscribe nuestro trabajo, se encuentra situado al norte-occidente del departamento del Cauca y al sur-occidente del municipio de Buenos Aires; es regado por las aguas del río Cauca, Ovejas, Inguító y Mari-

lopolito, lo circunda la Cordillera Occidental; en su parte central se destaca el Cerro Damián; el centro poblacional se distribuye en la margen izquierda del Río Cauca y dista 2 kms. hacia el norte de la represa de La Salvajina; este corregimiento está conformado por 45 veredas. Se hace claridad que en vista de que la zona de incidencia del embalse afecta también tres resguardos (Chimborazo, Aguas Negras y Honduras) y 15 veredas campesinas del municipio de Morales, las cuales se han asociado dentro de la organización de los damnificados por la represa de Salvajina, entonces se narrarán algunos hechos que pueden corresponder a estas regiones.

Datos históricos

Resultaba indispensable proponer una agresiva política de vías de comunicación. Tal política se materializó en una extensión sin antecedentes de las vías férreas, medio sustancial en la integración económica de las regiones.

Se sabe que para efectos de dicha construcción hubo necesidad de contratar mano de obra, con lo cual se contribuyó notablemente a la disolución de las relaciones serviles de trabajo —dominantes en muchos lugares de la agricultura nacional— y se inició así la creación de un proletariado de las vías.

En la construcción del tramo Cali-Popayán precisamente se contrató mucha población negra de las regiones de Robles y Quinamayó para la penetración en los bosques por el Ferrocarril

A medida que se internaba la vía en

las montañas se iban construyendo campamentos, los cuales fueron la base posterior de la aparición del corregimiento de Suárez en el municipio de Buenos Aires, departamento del Cauca.

Un hecho fundamental habría de incidir adicionalmente en la constitución del pueblo: el descubrimiento de ricas minas de oro. En efecto, la apertura de la vía Timba-Suárez y el descubrimiento de ricas minas —en aluvión y veta— de oro, fue el hecho que atrajo grandes sectores de población negra —principalmente— y mestiza. Un día del año 1925 y en honor a Marco Fidel Suárez, que según los ancianos visitó la región en sus comienzos, llamaron a su pueblo con el nombre que hoy lleva¹.

Se dio curso así al surgimiento de una economía y una cultura de la minería que descansaba centralmente en el trabajo familiar y en tecnologías primitivas de explotación.

Como ocurre siempre, la riqueza no solo atrajo legiones de pobres, sino además la codicia de los poderosos. Y entonces llegó la Asnazu Golden Limited, compañía extranjera que por concesión graciosa del Gobierno colombiano se apropió de todo el Río Cauca desde la zona de Timba hasta un punto llamado la Salvajina, arriba de Suárez.

Dicha compañía introdujo formidables revoluciones tecnológicas y además hizo posible la creación de una suerte de proletariado de las minas. "Emilio y Enrique Disocks trajeron una inmensa draga y se llevaron toda la vega del Río Cauca. Fueron muchos los abusos y la invasión. Todo a la fuerza. A quienes se resistían las autoridades los metían presos para obligarlos a vender regalado a la compañía que quería todo. Esto duró hasta 1954 a 1955 cuando ellos se retiraron. Solo dejaron grandes montones de piedra y destrucción de las tierras, que antes eran bastante fértiles"².

Según los pobladores de la zona el atropello de la Asnazu Golden fue tan grande que llegaron a intentar la demolición y reubicación de Suárez para dragar. Esto naturalmente generó grandes resistencias en los mineros.

Debe recordarse que este no es un episodio aislado, sino la expresión de una política general de los gobiernos de Colombia en la entrega de los recur-

sos naturales a compañías extranjeras.

"La desolación y el abandono, la enfermedad y la muerte eran los restos que por esa época (1958) había dejado la Asnazu Golden Limited, compañía extranjera que durante treinta años, con sus noches y sus fiestas extrae el oro de la zona, empleando, por supuesto, la mano de obra de los negros que para entonces ya estaban curtidos contra la humedad de los socavones que habían abierto durante más de un siglo, por orden de los esclavistas españoles y, finalmente, criollos"³.



La transición y la maldición

Pero no toda la riqueza pudo ser saqueada. Al partir la Asnazu Golden, las mujeres regresaron libres al río y al canto. Como solía ocurrir, paralelo a la explotación del oro se desarrolla una economía campesina floreciente que, en la producción de café, permitió al municipio de Buenos Aires llegar a ser el segundo productor del departamento del Cauca⁴.

El oficio del minero es el azar. Esto le otorga a su vida un sino especial. Salir durante tres o varias semanas a buscar alguna mina y, pacientemente, fracasar. Así hasta un día hallar la veta o el aluvión. La prosperidad brota milagrosa y la vida se convierte en una revancha contra las frustraciones. La fiesta es la clave pero con un aliento de nostalgia y desgracia por dentro. Y ello ocurre porque la vida parece ser una

1. ZAPATA MESA, Alexis describe así el proceso: "Los negros de Portugalete estuvieron en Concertaje, los de Mindalá, Mary López y Gelima se libraron en parte de esta forma de trabajo. En los años de 1920 existe una migración de agricultores de los Robles y Puerto Tejada, ellos introducen una poli-agricultura; la minería sin embargo no decae. Los que llegan traen formas de reciprocidad social y económica, es el momento en que se crean las mejores condiciones de vida material y espiritual de este negro. En este período de los años 20 el despegue industrial del país comienza a insinuarse, se construyen ferrocarriles en un interés de unificar el mercado nacional, así se explica la vía férrea la cual en 1921 pasó por esta región y promociona la creación del pueblo de Suárez".

2. Asociación de Juntas de Acción Comunal, "Salvajina: amarga historia de destrucción de la naturaleza a manos de la tecnología inmisericorde". 1986. Mimeo.

3. Manuscrito de autor anónimo, entregado por la Asociación de Juntas Comunales.

4. BARRERA, Nubia, "Estudio sobre Posibilidades Empresariales en el Corregimiento de Suárez, Municipio de Buenos Aires, Departamento del Cauca".

serie de instantáneas, relámpagos que iluminan pero ciegan. Se vive al día.

Poco antes de la construcción de la represa de la Salvajina (1977-78) en Suárez "solo quedaban siete prostitutas, habían desaparecido los escándalos, los robos, el alcoholismo y el alto costo de vida; se veían familias enteras en las orillas de las quebradas y los ríos, en busca de su oro aluvión, y se escuchaba el eco del golpe en paso —bobo, o en maraveles o en cajones de los negros cooperados en busca del oro filón, se saboreaba el café y los jugos que producía la zona. Se podía vivir con mil quinientos pesos mensuales"⁵.

Pero no por ello estaba exento el pueblo de la picardía y el atropello de los gamonales y comerciantes. Esto llevó a un cura misionero católico a intentar organizar a la comunidad lo cual le valió la acusación de los politiqueros de "encontrarse armando los comuneros contra el gobierno nacional".

Cuentan las abuelas que, iracundo ante la injuria y en el mismo centro de la plaza el cura se hincó de rodillas, apretó las manos a la altura del pecho y clamó a voz en cuello mirando el cielo: "¡Oh! ¡Dios mío! que todo intento de progreso sea frenado; que sean las aguas de este Cauca que bordea sus calles las que arrasen con el tiempo todo vestigio de vida".

La Salvajina

El desarrollo del capitalismo y la cuestión regional

Se ha insistido largamente en que el desarrollo del capitalismo es la diferenciación regional, es decir, que este adopta siempre un camino desigual, lo cual espacialmente denota la diversidad. Pero es obvio que las diferenciaciones espaciales propias del ámbito económico no son suficientes para explicar el fenómeno de las regiones. En Colombia la región como tal es un asunto históricamente anterior al capitalismo y expresa, además de una tradición histórica, una cultura más o menos articulada.

Ahora bien, región no siempre es coincidente con el tipo de territoriali-

dad demarcada por la división jurídico-administrativa de los municipios, por corresponder este último a un despliegue del Estado central sobre el mapa mismo de la región y la Nación.

El departamento del Valle del Cauca, justamente con motivo de la apertura de los ferrocarriles y muy especialmente de la vía al mar (Buenaventura), registra desde entonces (1930) un desarrollo capitalista sostenido que implicó para el departamento del Cauca la pérdida de hegemonía sobre la gran zona del Sur-Occidente colombiano.

Es conocido, en esta región, el importante desarrollo del capitalismo en la agricultura particularmente por la vía de la llamada agro-industria. Anualmente y con motivo de las inundaciones que provocan el desbordamiento del Río Cauca más de 5.000 hectáreas presentaban pérdida de cosechas, con lo cual se afectaban los márgenes de rentabilidad de los capitalistas agrarios.

Desde el año de 1942 una comisión del Gobierno inició estudios para la construcción de una represa que regulara las aguas del Río Cauca. Posteriormente y a raíz de la creación de la Corporación Autónoma del Valle (C.V.C.) esta misión queda en sus manos (1966) formulando políticas explícitas para el control de inundaciones. Finalmente en 1979, la C.V.C. obtiene la autorización del gobierno para iniciar la construcción de la represa en el corregimiento de Suárez. Era de nuevo otra avalancha del progreso sobre las gentes mineras y campesinos de Suárez. La región de Suárez es anexada al departamento del Valle para dar satisfacción a las necesidades de los capitalistas agrarios de los ingenios vallunos. Las regiones trastocadas por el impacto del desarrollo capitalista.

Un fenómeno de características similares se había ya producido con la rica región plana del norte del Cauca, al ser esta también tomada por los capitalistas agrarios del Valle, apelando al desalojo violento de los campesinos negros quienes, desde el siglo pasado, habían hecho en Puerto Tejada y las márgenes del Río Palo uno de los palenques más extraordinarios que se recuerde en el Sur-Occidente colombiano.

Principales características de la obra

Se trata de una represa de 148 metros de altura, un vertedero con capacidad para 3.500 metros cúbicos por segundo y un embalse [con un volumen total] de 906 millones de metros cúbicos. Su costo total fue de US\$ 288 millones y su construcción duró siete años⁶.

La represa no solo se formuló como un proyecto de control de inundaciones sino además como centro productor de energía.

A diciembre de 1985 la "Salvajina" produjo los primeros 104.MWH. El área total inundada oscila entre 2.000 y 2.400 hectáreas. Este embalse es el cuarto en tamaño a nivel nacional, tanto por el volumen de almacenamiento como por el área de inundación⁷.

Impacto de la obra

Germán Oramas resume así este: 1. "Ahogamiento de áreas agrícolas valiosas en explotación (vegas del río) 2. Ahogó minas de oro de aluvión y de filón en explotación existentes en toda el área de inundación: 3. Produjo subinundación de áreas vecinas a las costas del embalse y de explotaciones mineras de socavón; 4. Produjo imnumerables deslizamientos menores en los taludes de las orillas; 5. Creó zonas poco profundas con carácter de pantanos permanentes; 6. Obligó al desplazamiento forzado de los animales que habitaban la zona inundada a zonas adyacentes a las costas del embalse; 7. Destruyó las vías terrestres comunales y los puentes existentes; 8. Afectó las construcciones aledañas a la línea de agua (espejo) del embalse.

Es decir, cambió radicalmente las condiciones hidrogeológicas y las naturales en una amplia región. Todo lo cual creó graves dificultades a los treinta mil habitantes aborígenes de la región donde se localizó el embalse⁸.

5. DREMES, Germán, "Efectos adversos del embalse aguas arriba de la presa de Salvajina y sus implicaciones sobre el medio natural y la población", 1986, mimeo.

6. Op. cit.

7. Op. cit.

8. Op. cit.

1. Y más adelante agrega: "El embalse Salvajina en la región suroccidental sobre el río Cauca ahogó un rico colchón de material aluvial y oro; fuente de trabajo durante cientos de años para muchas generaciones de mineros de aluvión y varequeros que al momento de la construcción pasaban de 2.000 personas en su gran mayoría mujeres y niños"⁹.

En 1983 la Fundación Grupo Ecológico resumió la situación del pueblo de Suárez así:

"A principios de este año se cerraron las compuertas de la represa La Salvajina y la situación que se vive en el corregimiento de Suárez es de verdadera calamidad pública. Han sido inundadas 10.000 hectáreas de sus tierras más fértiles a orillas del río Cauca; toda la vega para la producción agrícola quedó debajo de las aguas, con esto se han visto afectadas 45 veredas del municipio de Morales y el co-

horas de viaje por esta ruta. El tiempo se acorta en un 80% cuando se va en la lancha de la empresa C.V.C., pero solo pueden viajar los funcionarios de esa entidad.

La falta de tierras aptas para el cultivo y las dificultades de transporte han encarecido los productos agrícolas en un 300 a 400%, a lo cual se agrega la falta de empleo que está padeciendo la población en general.

Se considera que los agricultores a los cuales les compró la tierra la C.V.C. conforman unas 600 familias; la C.V.C. en un informe dice que ellos mismos se volvieron a reubicar en el sector rural, la realidad es que ellos y los mineros conforman un grupo de 6.000 personas aproximadamente, que no encuentran qué hacer en la población.

Sólo 150 mineros asociados han sido tenidos en cuenta por la empresa, pero la C.V.C. dice que tiene comprados los

líder. "Que los españoles, los cañeros, los paisas... mucha gente. Se veía la plata al comienzo porque esta gente gastaba y Suárez se llenó de negocios y... de putas".

Dice una hoja mimeografiada de la época: "los problemas parecen agudizarse en Suárez, la fiebre por el oro que se encuentra en el sitio de la construcción (de la represa) y cuyo mineral con tierra y todo es arrojado por volquetas fuera de la población, reagrupa no sólo a miles de mineros del corregimiento, sino a aventureros de otras partes del país, que también "decidieron procurarse diez o quince mil pesos semanales, trabajando día y noche así haya que dormir por horas a la orilla del barril y bajo una barraca de plástico".

"En efecto, durante la construcción de la represa —especialmente los túneles— se encontraron ricas vetas del precioso metal. La prohibición terminante de la dirección de las obras a los obreros y constructores de no sacar mineral de la obra no impidió que un afortunado bulldozer cortando en un sector productivo destapara una "mata" de oro y sin pensarlo dos veces dejó la máquina prendida, el trabajo, y nunca más volvió por sus miserias prestaciones sociales.

Este afortunado obrero consiguió la remesa del resto de su vida y su suerte era la esperanza de miles de sus compañeros mal pagados y de mineros pobres que buscaban desesperadamente el esquivo oro.

Cuando en la excavación para fundar la presa se comenzó a remover material de fondo para conformar la ataguia superior (el río fue desviado en julio 17 de 1982) al oro le vieron "arder" y entonces centenares de hombres, mujeres y niños invadieron el lecho del río seco con la efímera esperanza de solucionar la pobreza. En pocos días el área se militarizó y las prohibiciones de todo tipo cundieron en la zona de trabajo. Ello no impidió que algunas patrullas militares, de las que pasaron por Salvajina en esta época, se enriquecieran vigilando a los mineros nocturnos"¹¹.



regimiento de Suárez no sólo por la compra de sus tierras a bajos precios (con base en el catastro del 70) en forma forzosa, sino en las dificultades de transporte: desde cuando se iniciaron las obras la C.V.C. dañó los caminos al margen del río Cauca. Apenas ahora está construyendo una carretera que bordea la represa y que en el momento es un camino intransitable, veredas que antes estaban a 4 horas de camino a pie o a caballo, hoy se encuentran a 8

molinos, hasta el momento no han adecuado ninguno para su explotación. Por otra parte, al llenarse la represa cubrió 5 puentes, una escuela y un cementerio, esto ha afectado aún más el transporte de las gentes, las posibilidades de educación de los niños y las costumbres de la comunidad"¹⁰.

Por lo demás y según cuentan los dirigentes de la comunidad, con la construcción de la represa llegó mucha gente. "Este era un hormiguero", dice un

9. Op. cit.

10. Op. cit.

11. Carta de la Asociación de Juntas Comunales al Director de la C.V.C., 1978.



Las hidroeléctricas, a nombre del progreso, dejan una estela de miseria y problemas. Es la vieja realidad de la "Hojarasca".

Muchos hombres murieron en socavones ilegales atrapados por derrumbes o aplastados por pesadas máquinas sin conocerse sus nombres, otros escarbando en los botaderos del material extraído de los frentes de trabajo.

Debe señalarse, igualmente que C.V.C. no cumplió el requisito del estudio de impacto ambiental exigido por la Organización Mundial de la Salud para la construcción de represas.

La Ley, la C.V.C. y los campesinos

Una vez la C.V.C. hubo fijado el área inundable procedió a prohibir a los campesinos cualquier clase de cultivo y, a precios fijados arbitrariamente en 1977, compró en 1981-1982 la tierra a los campesinos. Allí se apeló a la coacción y al engaño, hecho denunciado por la propia Asociación de Damnificados ante el mismo director de la C.V.C., Oscar Mazuera:

"De todos los problemas que se presentan en el núcleo poblacional, el más grave es el de la escasez de tierras para trabajar, las pocas que se poseen son peñascos que no sirven para cultivar. La zona del embalse es el cañón agrí-

la más productivo y minero de la región".

"Sin embargo, y a pesar de las dificultades que implican la reubicación por sí mismos de los propios damnificados de ese sector, los precios que impone la C.V.C. no garantizan igualdad de condiciones en otro lugar. Por lo anterior, nuestros comuneros exigen, no sólo la fijación de una tabla de valores de acuerdo con la productividad y producción de las tierras, de modo que satisfaga a quienes forzosamente deben desocupar, sino también la agilización de los pagos y reubicación en condiciones de habitación, vías de comunicación y fuentes de subsistencia similares o mejores a las poseídas actualmente"¹².

La reubicación como política no fue lo esencial, ni se cancelaron las primas como lo ordena la Ley 56 de 1982, menos aún se procedió a evaluar según la plantación y calidad al momento del avalúo.

Algunos campesinos vendieron pero, por falta de experiencia se gastaron la plata y terminaron, o deambulando por el pueblo, o en Aguablanca en Cali.

Más claramente la C.V.C. violó

completamente la ley, hecho que posteriormente permitió fundamentar una demanda que hoy cursa contra dicha entidad.

El deterioro notable de la vida de la comunidad llevó a la propia C.V.C. a reconocer en su estudio socioeconómico de 1981 que, por ejemplo, la ausencia de acueducto llevaba al consumo del agua del río, factor este causante de un aumento en la mortalidad infantil. Lo que el estudio en cuestión elude es, precisamente, que el acueducto —al igual que las carreteras— fueron dañadas por la misma maquinaria pesada de la C.V.C.

En lo concerniente a la estructura del ingreso y el alto costo de vida el estudio en cuestión reconoció que el 85% de las familias perciben ingresos menores de 3.000 pesos, el 11.5% de las mismas tienen ingresos estimados entre 3.001 y 6.000 pesos mensuales.

En relación con el costo de la vida en el perímetro urbano de Suárez, un sencillo análisis comparativo de los precios por alojamiento y alimentación, ayudará a comprender fácilmente el problema: en 1977 el alojamiento mensual de una persona costaba 400 pesos, hoy la misma habitación importa 2.500 pesos. Y, en 1977 la alimentación mensual por persona valía 700 pesos, en este momento difícilmente se obtiene por 7.200 pesos¹³.

La Organización Popular

"Este es el poblado de Don Marco Fidel, un grupo humano jodido y entrador, crédulo en que los lios se arreglan con vino y bulla, nutriendose con salsa y Ron".
(Anónimo)

“Con motivo de las compras forzosas de la tierra campesina por la C.V.C. y, más aún, los precios irrisorios que estos fijaban, el cura del pueblo, el rector del colegio y yo, nos reunimos en torno de una botella de

12. Citado por la Asociación de Juntas Comunales de Suárez, en carta enviada al director de la C.V.C., en junio 29 de 1981.

13. Entrevista a un líder de la Comunidad.

vino de consagrarse, para discutir qué se podría hacer. Allí salió la idea de hacer una hoja volante para denunciar el atropello y la mangualia de la Junta Central Comunal con los de la C.V.C. Era un ataque directo a la politiquería, especialmente de los liberales que eran los que dominaban. Hicimos el papel y, clandestinamente, lo metimos por la noche debajo de las puertas de las casas. El revuelo fue sensacional. Lo esencial era promover la organización comunitaria y para ello era preciso depurar la Junta Central. Tomarnos esa vaina. El volante clandestino salió firmado con el nombre de "Comité Pro-Defensa del Pueblo". Pero no éramos sino tres"¹⁴.

La reacción del pueblo no se hizo esperar y entonces le solicitaron al cura que convocara reunión. Allí se discutió y aprobó el cambio de la Junta Central y la constitución de nuevas juntas a nivel de los barrios. La respuesta de la C.V.C. tampoco tarda, mediante una feroz campaña emprendida desde los medios de comunicación del Valle, acusa a los nuevos líderes de oponerse al progreso de Suárez. La gente se confunde y la organización se disuelve prácticamente.

Esta constituye, curiosamente, más bien una protesta urbana de estudiantes y comerciantes ante la destrucción de calles, acueducto y redes de electrificación provocada por la C.V.C. en el pueblo.

Posteriormente y ante la continuidad de la destrucción provocada por la C.V.C., las compras forzadas y el daño acelerado a los mineros, se efectúa la primera asamblea de damnificados y se acuerda el Primer Pliego Petitorio que es presentado a la C.V.C. por una comisión de 60 personas, en Cali. Dicha comisión estaba integrada por mineros, dirigentes comunales, representantes de las asociaciones de padres de familia, la defensa civil, la inspección de policía, concejales, el cura y los educadores.

"El director ejecutivo de la C.V.C. Oscar Mazuera, se comprometió con nuestra comisión a responder por escrito y concreto al pueblo de Suárez, a cambio de que no le entregáramos el pliego general a la prensa, radio, televisión, centrales obreras y demás autoridades gubernamentales. Quince días

después de nuestra exigencia la C.V.C. inició la construcción de algunas obras en Suárez".

Previo a los acuerdos con la comisión se produjo (octubre de 1981) en Suárez el primer bloqueo de la carretera para impedir el acceso de los carros de C.V.C. Tres meses después de reestructurada la Acción Comunal, la Gobernación del Cauca asociada a la C.V.C., ordenó el traslado de dos profesores dirigentes de la Junta Central, uno de los cuales era el presidente. De nada valieron las manifestaciones, protestas, paro del colegio, porque ellos estaban decididos a bloquear la organización. Las obras que se iniciaron por evidente temor a problemas de orden público quedaron estancadas unas y otras continuaron pero muy lentamente. Lo único que continuaron fue la construcción de un puente antes de entrar a Suárez para evitar posibles bloqueos hacia el futuro.

Esto vuelve a generar un nuevo reflujo en la organización. La dirigencia se hace externa y se ve obligada a buscar apoyo en sectores distintos a Suárez propiamente. Aquí interviene la Fundación "Grupo Ecológico" que elaboró un sonoviso que sirvió para adelantar una campaña de educación importante entre la población sobre el problema de Salvajina.

Al tiempo la C.V.C. prohíbe a los propietarios de parcelas en la zona de embalse adelantar mejoras a sus fincas con el argumento que serán compradas en poco tiempo. Transcurrieron varios años sin que ello ocurriera. La C.V.C. prohíbe a los mineros de oro aluvión y filón que adelanten sus trabajos en la zona de embalse. El ejército empieza a desalojar los mineros de los socavones y orillas del río. Sus herramientas de trabajo son rotas o tiradas al río. La comunidad se atemoriza, y se queda quieta. Se paraliza el movimiento comunal. Se hacen muy pocas reuniones evaluativas a lo largo de dos años (82-84).

Sobreviene un período de práctica disolución de la organización que se prolonga por espacio de dos años hasta que en febrero de 1985 diez dirigentes promueven la segunda Asamblea de Damnificados. Esta Asamblea completa el pliego número dos de indemnizaciones y convoca la asam-

blea tres. Aquí se da inicio a un período de lujo que habría de culminar en la marcha de los damnificados hacia Popayán en 1986.

La participación social y el liderazgo

Llegada esta etapa los protagonistas más importantes de la movilización son los mineros y algunos sectores significativos de tipo urbano (comerciantes). A esta fecha ya se había configurado un tipo de liderazgo propio (minero, campesino y estudiantil) que garantiza la estabilidad de la Asociación de Damnificados. No obstante tampoco conviene exagerar el peso de este tipo de liderazgo ni el grado de solidez organizativa de la Asociación. Lo característico sigue siendo la tremenda espontaneidad de la protesta que va desde auges repentinos en la movilización a la súbita dispersión.

Más aún, el liderazgo interior acusa serias debilidades en cuanto a su capacidad para organizar todo el sector de los damnificados no sólo por razones de tipo político sino cuantitativo e infraestructural. Ello los obliga a tener que desarrollar mucha dependencia de sectores externos a la comunidad propiamente dicha, entre ellos del "Grupo Ecológico", FUNCOP y del CRIC que para entonces tiene una manifiesta vinculación al conflicto en cuanto que la población indígena de los resguardos de Honduras, Chimborazo y Aguas Negras habían resultado afectados con la inundación de la represa.

Los mismos líderes insisten en que la magnitud de la movilización fue prácticamente el resultado de las difíciles condiciones, antes que la labor organizativa de los mismos. En este rasgo espontaneista del movimiento de Suárez incide en forma sustancial la política adoptada por C.V.C., que siempre combinó el discurso sobre el progreso de Suárez y del cual supuestamente ellos eran los portadores, hasta la concesión en asuntos no fundamentales cuando la presión era acentuada. Debe recordarse, en este sentido, que la negociación con la C.V.C. tuvo un carác-

14. Entrevista a un líder de la Asociación de Juntas.

ter extremadamente largo y complejo. En efecto, prácticamente desde 1978 hasta 1986 lo que hay es un interminable juego de peticiones y respuestas a medias, donde la C.V.C. hace alarde de una gran capacidad de manejo y negociación, siempre con el propósito de engañar a los damnificados y a la opinión pública misma.

Todo esto tenía efectos prácticos sobre el comportamiento de la población que se confundía ante el discurso del progreso y las promesas reiteradas. Así por ejemplo y según relatos de un líder de la comunidad, "la C.V.C. para frenar la movilización le construyó casa cural al párroco con el que iniciamos la lucha con el objetivo de amarrarlo y lo consiguieron, porque el cura nunca más volvió a acompañar en la lucha". Concomitantemente en esta labor desmovilizadora incidió la actitud de los partidos liberal y conservador quienes hicieron activa defensa de la C.V.C. y siempre actuaron en contra de la organización de los damnificados. La gente recuerda en forma negativa especialmente a Humberto Peláez y Gerardo Bonilla Fernández.

En lo concerniente a la participación de los mineros es útil señalar que si bien globalmente ellos son la fuerza decisiva del movimiento su participación no resultó fácil inicialmente. Según cuentan algunos líderes, en lo concerniente a la participación de campesinos e indígenas estos "solo se movieron cuando el agua les llegó al cuello: al momento de la inundación". Tratando de explicar las dificultades iniciales en la organización y participación de los mineros, un compañero recuerda:

"De hecho ya había un antecedente de explotación con la Aznazu Golden, que fue desde 1930 hasta 1955 y no tenemos ninguna información de que la población negra hubiera presentando resistencias a esa explotación tan feroz. De alguna manera la gente ya estaba acostumbrada al sufrimiento. De modo que una nueva forma de sacrificio no les llamó ninguna atención, no les impactó. Lo otro era la politiquería y el gamonalato especialmente. El continuo influir de estos señores sobre la población habían hecho al negro muy dependiente y crédulo.

Lo otro es la economía del oro que siempre significó recursos monetarios. En 1977 habían siete putas y en 1981 habían 70. El proceso de construcción de la represa atrajo el vicio (juegos, prostitución, alcohol, etc.) y por lo mismo acentuó las tendencias a la corrupción que ya existían en el pueblo.

En estas condiciones era muy pero muy difícil organizar a la gente", concluye el compañero entrevistado.

Otro elemento que conviene destacar del proceso organizativo es el relativo a las formas de lucha. El municipio de Buenos Aires cuenta con la

subversión y, cuando organizaron la marcha de los damnificados la acusación se hizo pública en los periódicos: "marcha de Suárez dirigida por las FARC". La asociación de damnificados de Suárez organizó como respuesta una reunión a la cual invitó a todas las autoridades departamentales. En dicha reunión fue clave la intervención del jefe de orden público del departamento quien dijo: "que esto está infiltrado por elementos subversivos a mí no me consta, y esto corresponde aclararlo a los organismos de seguridad del Estado; pero que las caracte-



Los campesinos de Suárez jugaron papel destacado en la lucha contra las pretensiones de la C.V.C.

presencia activa de las FARC y la Coordinadora Nacional Guerrillera, situación esta favorable para intentar respuestas de tipo militar. "Incluso algunos mineros en diversas ocasiones propusieron que dinamitáramos", recuerda alguien. "Pero jamás quisimos apelar al aventurismo porque sabíamos que estábamos frente a un enemigo bien poderoso. Nuestra táctica fue la movilización amplia. Incluso al ejército y la policía les explicamos una y otra vez el sentido de la lucha"¹⁵.

No obstante dicha actitud, los líderes siempre estuvieron acusados de

rísticas de esta organización sean subversivas yo digo que es falso. Esta gente lo único que tiene es quejas porque en el Cauca hay un gran daño causado por el departamento del Valle. Propongo que más bien les demos atención a los damnificados porque de veras la gente está mal"¹⁶.

15. Testimonio de un líder de la comunidad. Entrevista.

16. Diego Castrillón Arboleda, exgobernador del Cauca, mayo de 1985.

Este fue, prácticamente, el visto bueno a la organización y a la marcha que se programó.

La marcha

La iniciativa de realizar una marcha de todos los damnificados para negociar una solución justa fue programada para los primeros días de noviembre de 1985. Esta iniciativa se hubo de cancelar con motivo de los trágicos sucesos del Palacio de Justicia. Dicho aplazamiento permitió una mejor organización de los damnificados.

La coyuntura

Tres factores merecen destacarse para evaluar la coyuntura de la movilización:

a) *Las contradicciones interregionales*

Esta hora ya es claro para las gentes que el progreso de la llamada represa de Salvajina funcionaba en una sola dirección, esto es, beneficiaba básicamente a los terratenientes vallecaucanos pero a cambio de haber ahogado la economía y la cultura de cientos de campesinos, de miles de mineros y, en suma, de haber destruido ecológicamente el cañón del Río Suárez. Al departamento del Cauca solo le había quedado como herencia un inmenso problema social.

El por entonces Gobernador del Cauca, Diego Castrillón Arboleda en carta enviada al director ejecutivo de la C.V.C. con fecha mayo 15-85, expresa que “de todos los reclamos (...) no halló ninguno (...) tan inquietante como el de la necesidad de reubicarlos (a los damnificados) y reactivarlos socioeconómicamente”.

Y en la misma carta agrega al referirse al significado que la tierra (cubierta por la represa) posee para el campesino como factor de tradición y desarrollo de la cultura: “menospreciar todos estos valores, es la violación de las normas que señala la naturaleza a la lucha por la supervivencia y al derecho natural a la asociación, consagrados por todas las culturas humanas”.

“El hombre y, en especial el campesino, es por ello conservador en sus costumbres e ideologías, enraizado a su hábitat o ecosistema en forma directa y profunda lo cual nunca pierde de vista. Son sus primeras emociones y acondicionamiento biológico y psíquico y la interacción afectiva de la adolescencia con todo lo circundante, hasta afirmarse en su conciencia como punto o lugar de refugio, retorno o simplemente referencia habitacional. De donde viene el legendario retorno del asesino a la casa paterna cuando se ve asediado, o la esperanza obsesiva de regresar a la Patria que se mantiene



La marcha de los damnificados de Suárez, es considerada la más importante de las realizadas en el departamento del Cauca y de las pocas exitosas.

como luz orientadora en el corazón de los desterrados. Es el único sentimiento absoluto que forma la naturaleza en la voluntad de los hombres. Está en la esencia humana como puede estar el derecho a la libertad, al pensamiento y a la dignidad”¹⁷.

A este momento, pues, las propias élites dominantes del Cauca eran partidarias tácitamente de las reivindicaciones de los damnificados.

17. Entrevista a líder comunitario.

Nuevo Gobierno

En su discurso de posesión el presidente Virgilio Barco, exhortó a los colombianos a la movilización para reclamar sus derechos; la aspiración del Gobierno era, en este momento, proyectar una imagen progresista y ello favorecía objetivamente las posibilidades de la protesta. Era menester someter el Gobierno a una prueba y ello fue, en parte, lo que se proyectó con la marcha. Más adelante se aspiraba negociar desde una posición de fuerza.

Solidaridad nacional

Después de tan largos esfuerzos la Asociación de Damnificados había conseguido organizar una red de apoyo significativa tanto en el departamento del Cauca, como en Bogotá. Esta red posibilitó organizar el apoyo político y económico, elementos claves para poder garantizar el éxito de una marcha de más de 4.000 damnificados.

Estos tres factores creaban una coyuntura favorable a la movilización donde solamente una cuestión aparecía como objeto de discusión: el destino final de la marcha. En efecto, originalmente lo que se planteaba era orientar la marcha hacia la ciudad de Cali, basados en la consideración de que allí estaba el epicentro del problema (C.V.C.) y que la presión en forma masiva debería permitir, ante todo, denunciar en un centro mayor la demagogia y el daño de la C.V.C.

Esta posición rápidamente cedió paso al punto de vista que consideraba a Popayán como el lugar hacia donde debía dirigirse la marcha, fundamentando en las siguientes consideraciones esenciales, así: a) Cali era epicentro de la matanza urbana más grande que se recuerda contra guerrilleros, sindicalistas, líderes cívicos, prostitutas y homosexuales. Era un riesgo grande exponer a los damnificados a los grupos paramilitares. b) En Popayán era donde más apoyo popular había.

Finalmente y por unanimidad se tomó la decisión de la marcha con dirección a Popayán para agosto de 1986.

La Organización de la Marcha

La organización de la marcha tuvo tres ejes: a) elaboración del pliego petitorio a ser presentado para la negociación del Gobierno central. Para su elaboración se procedió a realizar asambleas vereda a vereda con el objeto de evaluar en el terreno los daños provocados por la represa, así como para determinar conjuntamente con la comunidad el petitorio de negociación. b) Negociación con los grupos armados. Se efectuó igualmente una negociación con los grupos armados, tendiente a adquirir de estos el respeto al carácter gremial de la movilización y no realizar acciones que pudieran provocar las fuerzas contrarias a la marcha. c) Organización interna. Para este efecto se organizaron comisiones de trabajos internos (salud, alimentación, negociación, propaganda, etc.) y además crearon su propio mecanismo de seguridad, la guardia cívica.

En toda esta etapa se consigue organizar definitivamente para la movilización al sector indígena y campesino.

Más de 5.000 damnificados protagonizaron la marcha más grande que recuerde el departamento del Cauca. Durante tres días consecutivos, saliendo por la ruta Suárez-Santander, Santander-Piendamó, Piendamó-Popayán, se realizó una movilización alegre y difícil simultáneamente. A la salida de Suárez el ejército trató de detener la marcha pero la gente se dispersó y reagrupó adelante del retén, hecho este que permitió burlar la vigilancia policiaca. Algunas personas fueron detenidas pero en Santander las gentes "bloquearon la carretera durante tres horas y recuperaron la libertad de los compañeros"¹⁷.

"Se dormía en plena carretera. Armábamos cambuches y cocinábamos el sancocho, las mujeres se comportaron muy bien, en los tres días ninguna flaqueó. A medida que avanzábamos mucha gente empezó a sumarse a la marcha y el gobierno ante esto inició presiones para detener la marcha. Querían negociar antes de llegar a Popayán pero ya nosotros nos habíamos trazado la consigna clara de solo negociar en la gobernación del departamento. Al llegar a Popayán había delegaciones esperándonos y fuimos

acogidos con aplausos. Ante esto nos tomamos la Universidad del Cauca y se inició la negociación que duró 58 horas seguidas. Solamente nos paramos de la mesa de negociaciones con la firma del acta. Esto no fue fácil porque la Comisión Negociadora exigió que dicha acta se leyera y sometiera a aprobación directa con los damnificados en el sitio mismo de su concentración. Ellos tenían miedo y se resistieron. Pero al final aceptaron a pesar del cansancio y entonces salimos de Popayán en medio de tremenda fiesta"¹⁸

Principales conclusiones de la negociación

Según acta de compromiso firmada el día 17 de agosto de 1986 en la ciudad de Popayán entre el Gobierno Nacional y en su nombre el doctor Carlos Ossa Escobar y los representantes de las comunidades, se puede resumir así el contenido de la misma:

1. Vías de comunicación y transporte: el Gobierno se comprometió a entregar siete caminos de herradura que la represa cubrió; cinco puentes pequeños y dos grandes; una carretera marginal; once ramales de interconexión veredal.

2. Transporte: la C.V.C. se compromete a instalar cinco planchones para el transporte a lo largo del embalse, acondicionar doce embarcaderos.

3. Educación: se construirán catorce escuelas y un Colegio así como la creación de cuarenta plazas.

4. Salud: el gobierno se compromete a entregar en un lapso de tres meses un hospital con plena dotación, así como tres puestos de salud.

5. Servicios públicos: se dotará de acueducto al corregimiento así como a seis veredas.

De igual modo se obtuvo el compromiso de otorgar tierras a los campesinos para reubicación, molinos para los mineros al igual que sitios de explotación en áreas sin interferencia alguna y el reconocimiento de una serie de reivindicaciones para el sector indígena ■.

18. Entrevista a líder de los mineros.

Modernismo y Secularización

Rubén Jaramillo V.

En una reseña a la primera edición de este ensayo —Editorial Montesinos, Barcelona 1983— se decía que el aparecía “como una obra singular dentro de la historiografía de nuestro continente, estancada en pobres hermenéuticas del llamado *Boom* o búsquedas estériles en el campo teórico, importando modas, pero no abriendo nuevos horizontes críticos”.

Acertada caracterización de este nuevo aporte del ilustre intelectual colombiano que tanto y tan decisivamente ha contribuido a nuestra reflexión y a nuestro autoconocimiento como nacionales, como americanos y como contemporáneos. Porque si de algún modo se pudiera entrar a calificar la significación de una obra como la que entretanto puede mostrar Rafael Gutiérrez Girardot como resultado de su laborioso compromiso con Colombia y América desde sus primeros trabajos de los años cincuenta, habría que considerar en primer lugar su colaboración para con el proceso hacia la mayoría de edad de nuestros países y de sus ciudadanos, por el reconocimiento pleno de su contemporaneidad, de su circunstancia contemporánea: “... le ha proporcionado al mundo de las letras de habla española una reflexión crítica coherente, prometedora y moderna sobre los aspectos centrales de la experiencia espiritual revolucionaria que abarcó la civilización burguesa finisecular —incluyendo los países periféricos como España y los latinoamericanos—: la plenitud de la modernidad”¹.

Basta con considerar el contenido del volumen para advertir su intención de inscribir la problemática en su contexto global, cosa desacostumbrada en nuestro medio. Después de la Introducción, intitulada

Rafael Gutiérrez Girardot. **Modernismo, Supuestos Históricos y Culturales.** Fondo de Cultura Económica — Universidad Externado de Colombia. Bogotá. 1987 (2a. edición corregida y aumentada)

“Los problemas del modernismo”, resume el autor el asunto en tres capítulos cuyos enunciados ya son de suyo suficientemente dicientes: I. El arte en la sociedad burguesa moderna. II. Secularización, vida urbana, sustitutos de religión. III. La inteligencia, la bohemia, las uto-

Tal vez constituya efectivamente este el principal mérito del ensayo: ubicar el asunto en el horizonte pleno que le corresponde. El fin de siglo universal de la cultura burguesa, el novecentos. En general. Porque hablar de la literatura, de la poesía, del ensayo y la novela de América durante los primeros lustros de este siglo y los últimos del pasado sin referirse a lo que estaba aconteciendo o había acontecido en París, en Londres, en Viena y Berlin, constituye sencillamente una tontería. Dentro de la peculiar asincronía de los procesos de la cultura, en ese desarrollo característico, también “desigual y combinado” en el terreno de la ideología, de la cultura y de sus formas, los países de la América

hispánica ingresaron de la manera más peculiar a la nueva época que en las regiones más desarrolladas de Europa y en el este norteamericano ya era definitivamente la era de las masas.

La crisis que esto produjo en la cultura occidental ha sido objeto de una reflexión que sin lugar a dudas podemos considerar la más genuina y característica de su momento, la reflexión fundamental de nuestro tiempo. Desde un Tonies y un Weber, un Durkheim o un Gustave Le Bon, hasta, en nuestros días, en las agudas observaciones de un Marcuse o un Adorno, un Irvin Goffman o un Christopher Lasch, o en los trabajos de historiadores de la talla de Arno J. Meyer, Carl Schorske, un Norman Stone o un James Joll, es este propiamente el tema. La secularización, la burocratización, la masificación. La decadencia de los lazos comunitarios, la muerte del arte, la muerte de Dios. Hasta la muerte del ornamento, para decirlo con una expresión acuñada por el historiador del arte Hans Sedlmayer para des-

cribir lo acontecido en tal esfera. O, para recordar algo del ámbito de la cultura española —con todas las limitaciones a ello inherentes—, los tópicos del tan leído ensayo de Ortega y Gasset, *La Rebelión de las Masas*.

La característica ambivalencia que produjo la gestación de la moderna sociedad de masas en Europa es perceptible en casi todos los que se ocuparon del asunto, desde un comienzo. Era explicable, porque los más arraigados valores de la civilización burguesa se vieron amenazados. La individualidad, la autonomía del propietario. El espacio exclusivo de la persona, la intimidad y peculiaridad de quienes disfrutaban de las garantías de la legalidad burguesa y se acompañaban con su cultura. Y en verdad, si se piensa en la larga marcha de la burguesía desde la baja edad media, si se piensa en esa primavera de la clase en el Renacimiento y en las luchas que le siguieron: La Reforma, las revoluciones holandesa, inglesa y francesa... la Ilustración, la filosofía alemana; si se considera lo que fue el progresivo desarrollo del conocimiento, los avances científicos y tecnológicos, la consolidación del mercado mundial... ciertamente no es poco lo que esta civilización aportó a la historia del ser humano genérico. Un crítico conservador —como los mencionados— sumamente lúcido, un clínico, el Dr. Gottfried Benn, especialista en enfermedades venéreas y cutáneas en Berlin desde la segunda década del siglo, escribiría que si la civilización de occidente hubiera de terminarse algún día



1. Reseña de Juan Guillermo Gómez en ARGUMENTOS Nos. 10/11/12/13 (Sociología de la Literatura), Pág. 432.

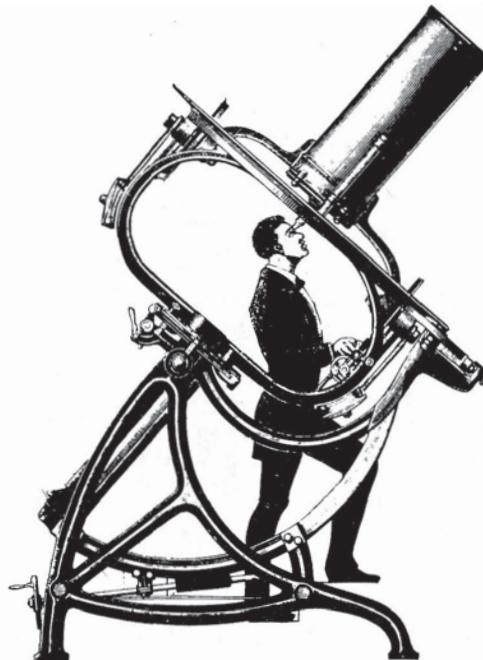
ella tendría que repetirse exactamente tal y como fue.

Desde luego que hay mucho de arrogancia y de injusticia en semejante juicio. Injusticia con quienes padecieron el proceso, esos para quienes —como dice Benjamín en sus Tesis sobre la Filosofía de la Historia— la "situación límite" ha sido la regla. Pero no podemos desconocer tampoco que en una circunstancia como la que aquejaría a la cultura europea durante los primeros años de la post-guerra, cuando se presentía y se veía venir la pleamar del nihilismo, esa nostalgia por el pasado de la cultura, esa piedad hacia la cultura, esa piedad de la cultura, podía acompañar también la rebeldía expresionista, manifestación de protesta ante los desarrollos de la sociedad administrada. Un lirico "intelectualista" (para utilizar su propia expresión) podía permitirse eso, una afirmación tan arrogante, como ciudadano del siglo que siguió al de la individu-



duación plena, y que asistía ahora a la descalificación general, a la desintegración del "Interior", de los hábitos y rituales, del ornamento de la sociedad liberal. La guerra del católico había barrido con todo ello.

Pero aún considerando también este aspecto —los costos—, no puede uno menos de comprender cuán importante resulta en toda consideración ser la justa valoración de lo que significó para nuestra cultura americana el contacto con el espíritu universal finisecular, sacudido por la crisis producida por la revolución industrial que



en realidad propiamente llegó a su pleno desarrollo y consecuencia por entonces.

Importante para abandonar las actitudes parroquiales, y el resentimiento. Porque muy frecuentemente se lo advierte en intentos por pensar nuestra encrucijada actual o nuestra historia durante este siglo desde posiciones anacrónicas, rechazando los hechos, desconociendo la circunstancia global más característica, ignorando los procesos esenciales de la Historia Universal; del presente, sus tareas y sus proyecciones.

Como lo dice en la "Advertencia" preliminar el libro, este no se propone "examinar sumariamente ni clasificar la obra de los escritores conocidos como modernistas" sino que, manteniendo la referencia a la conocida designación de el Modernismo, su título abarca también "la caracterización del 'Modernismo' o de la 'Modernidad', con la que hoy se trata de dilucidar la compleja literatura europea de fin de siglo, de la cual forman parte las letras hispanas de estos dos o tres decenios, en los que no solamente lograron acercarse, diversamente, a los cánones, valorativos de la exigente literatura europea, sino demostrar que solo la liberación de diversos

dogmas tradicionales permite expresar universalmente el propio mundo, la propia lengua". Porque "el presupuesto de los llamados subdesarrollos es principalmente el dogmatismo, esto es, el subdesarrollo mental a que la peculiar alianza del 'trono' y el 'altar', por decirlo eufemísticamente, condenó durante siglos a los países de lengua española".

De allí que desde el primer momento, y luego de hacer un recorrido sobre los diferentes tópicos y de elaborar un registro de opiniones sobre el significado del término "Modernismo" (recordando la tesis de Federico de Onís según la cual "el modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política, y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continua hoy"), el autor introduce la problemática religiosa. Con lo cual no se quiere indicar "el estrecho problema de la fe perdida y recuperada, según el caso, en cada uno de los autores modernistas, ni tampoco de lo que se ha llama-

do la 'crisis' religiosa...", ni mucho menos se trata de "renovar y liberalizar" el catolicismo, o de comprobar un "sinccretismo religioso en este o aquél", sino por el contrario "de analizar un fenómeno del que son síntomas estas crisis, estas pérdidas y recuperaciones de la fe, estos 'sinccretismos' o el 'espiritualismo' de la época, esto es el fenómeno de la secularización".

En forma por lo demás muy característica y gracias a esa asombrosa intimidad con las letras hispánicas e hispanoamericanas tan perceptible en el estilo de este autor, el introduce el problema citando fragmentos de una carta de Juan Valera sobre un libro de Rubén Darío de 1888: *Azul*, a propósito del cual el novelista español dice percibir un cierto "galicismo mental" o "galicismo de la mente" del poeta nicaragüense. Afirma Gutiérrez que este corresponde no solo —como se ha interpretado unilateralmente— a "la familiaridad de Darío con la lite-



ratura francesa de entonces", sino a algo más: a "la asimilación de los dos resultados principales del adelanto de las ciencias tal y como este ha influido en la literatura", y que estos dos resultados son "el ateísmo y la blasfemia y el predominio de la fantasía".

Valera considera que a través de la fantasía se llega al pesimismo, como "remate de toda descripción de seres fantásticos, evocados o sacados de las tinieblas de lo incognoscible, donde vagan las ruinas de las destrozadas creencias y supersticiones vetustas", y que ella "percibe en ese infinito, tenebroso e incog-

nocible" que abren las ciencias "nebulosas o semilleros de astros, fragmentos y escombros de religiones muertas con los cuales procura formar algo como ensayo de nuevas creencias y renovadas mitologías".

Cómo no citar unos versos de Gottfried Benn, el ya mencionado poeta y médico, ciudadano berlínés y aproximado contemporáneo de Dario y Juan Valera:

Fragmentos,
esputos del alma,
coágulos del Siglo XX.

Cicatrices —alterada circulación de la creación temprana, en escombros las religiones históricas de cinco siglos, la ciencia, fisuras en el partenon,

Planck, sombrío de nuevo, tropezó con su teoría de los Quanta con Kepler y Kierkegaard...

Porque si de lo que se trata es de considerar el asunto del "Modernismo" en toda su amplitud, si lo que se busca es percibir también el "templo de ánimo", el elemento ideológico-afectivo que temperó esa circunstancia de la modernidad finisecular, se debe inscribir el

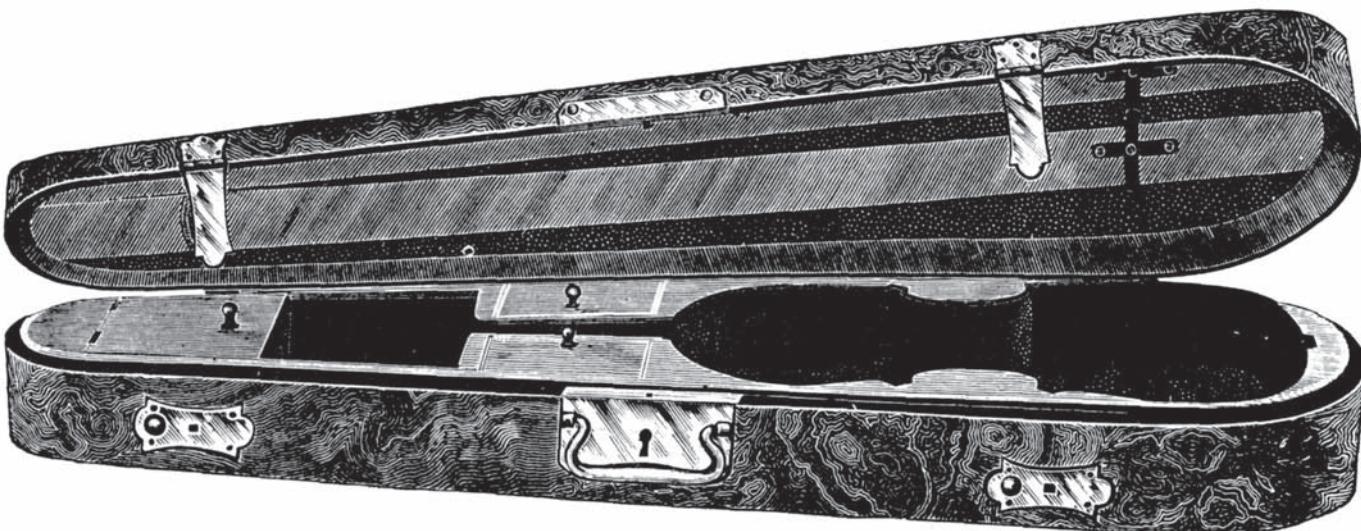


por completo "en el contexto histórico general de la expansión del capitalismo y de la sociedad burguesa, de la compleja red de dependencias entre los centros metropolitanos, sus regiones provinciales y los países llamados periféricos...", considerando además que la compa-

ración entre las literaturas de los países metropolitanos y los periféricos sólo resultará provechosa "si se tiene en cuenta sus contextos sociales". De otro modo, las literaturas de los países periféricos seguirán apareciendo "como literaturas 'dependientes', miméticas, es

dicir, incapaces de un proceso de definición y de formación original, incapaces de ser, simplemente, literaturas, expresión propia". La cual, por lo demás "solo puede perfilarse en una relación de contraste y asimilación con las literaturas o expresiones extrañas", siendo a su vez este contraste y asimilación sólo posibles "cuando las situaciones sociales son semejantes".

La "Cronología" que trae el libro como apéndice es prácticamente un índice de temas, por coincidir con aquello de lo que trata. Ella es fundamentalmente literaria, recogiendo nombres como los de Baudelaire y Mallarmé, Whitman, Poe y Martí, Pérez Galdós y E. Zola; Spencer, Flaubert, Ibsen y Maupassant. Nietzsche y Strindberg, Rimbaud, Rubén Dario y José Asunción Silva; Oscar Wilde y D'Annunzio, Marcel Proust y Leopoldo Lugones, Hugo Von Hofmannsthal y Stefan George; Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Juan Montalvo; Ramón del Valle-Inclán y González Prada, J. K. Huysmans y Sigmund Freud. Entre otros. (R.J.V.).





PROMOCION ESPECIAL DE SUSCRIPCIONES

SU APOYO ES IMPORTANTE PARA QUE LA REVISTA FORO
PUEDA SOBRELLEVAR SU AVENTURA EDITORIAL



Suscríbase

1 año (4 números)	2.400
2 años (8 números)	4.500
No. 1 al 4	2.000

Informes y Suscripciones
Carrera 4A No. 27-62 - Bogotá
Teléfonos 2340967 - 2822550

Fotocopie o envíe este cupón anexando giro postal o cheque de gerencia a la Carrera 4A
No. 27-62. Foro Nacional por Colombia, Bogotá o al Apartado Aéreo 10141.

CUPON DE SUSCRIPCION

Deseo suscribirme a la Revista Trimestral Foro por el período de _____ año a partir
del número _____

Envío: Giro Postal
Cheque de Gerencia
Por valor de \$ _____

Nombres: _____

Apellidos: _____

Profesión: _____

Dirección envíos: _____

Ciudad _____ País _____

Teléfono _____ Fecha suscripción _____

1 año: \$2.400 (4 números)

2 años: \$4.500 (8 números)

Números atrasados (1 al 4) \$ 2.000.

Informes y Suscripciones

Carrera 4A No. 27-62 - Bogotá - Colombia

Tels.: 2340967 - 2822550



Fuentes fotográficas e ilustraciones

5. Men Illustrations. Dover Publications, Nueva York, 1978.
6. Dibujo de Kathe Kolwitz. Dover Publications, Nueva York, 1978.
8. Women Illustrations. Edit. Dover Publications, Nueva York, 1982.
10. Dibujo Kathe Kolwitz. Dover Publications, Nueva York, 1978.
12. Men Illustrations. Edit. Dover Publications, Nueva York, 1978.
15. Revista Cifras y Letras No. 21. Contraloría Distrital, Bogotá, 1987.
17. Ibid.
18. Ilustración de John Brian Cubaque.
19. Ilustración John Brian Cubaque.
20. Revista Cifras y Letras. Contraloría Distrital, Bogotá, 1987.
21. Picture Sourcebook for Collage and Decoupage. Dover Publications, Nueva York, 1974.
22. La Tierra y sus habitantes T.I. Colección Erisa Ilustrada, Madrid, 1982.
23. Puerta del Sol. Grabados Españoles. Edit. Erisa, Madrid, 1982.
24. La Tierra y sus habitantes T. III. Colección Erisa Ilustrada, Madrid, 1982.
25. Ibid.
26. Ibid.
29. Fotoprensa 87. El Mundo, Medellín, 1988.
30. Rio de Janeiro. Tomado de Nineteen-Century South America in Photographs, Nueva York, 1982.
31. Buenos Aires, Ibid.
32. Lima, Ibid.
35. Panorámica de Quito (Ecuador), Ibid.
37. La Arquitectura en Colombia. Universidad Nacional (Facultad de Artes) y U. de los Andes (Facultad de Arquitectura). Bogotá, Editorial Escala, 1985.
39. Ibid.
41. Ibid.
43. Ibid.
45. Fotoprensa 85. El Mundo, Medellín, 1986.
46. La Arquitectura en Colombia. U. Nacional - U. de los Andes. Bogotá, Editorial Escala, 1985.
48. Ibid.
49. Fotoprensa 85. El Mundo, Medellín, 1986.
51. La Arquitectura en Colombia. U. Nacional - U. de los Andes. Bogotá, Editorial Escala, 1985.
53. L'Encyclopedie de Diderot et D'Alambert. Editorial Henri Veyrier, Paris, 1965.
55. Athanasius Kircher. Las imágenes de un Saber Universal Ediciones Siruela, Madrid, 1986.
56. L'Encyclopedie de Diderot et D'Alambert. Editorial Henri Veyrier, Paris, 1965.
57. Ibid.
58. Ibid.
59. Picture Sourcebook for Collage and Decoupage. Ediciones Dover Publications. Nueva York, 1974.
60. Melitón Rodríguez Fotografías. El Áncora Editores, Bogotá, 1985.
61. Historia de la Fotografía en Colombia. Museo de Arte Moderno. Bogotá, 1983.
65. Xilogravías de Marechal. Editorial Colección Erisa Ilustrada. Madrid, 1982.
66. Ibid.
69. Women Illustrations. Dover Publications. Nueva York, 1978.
70. Ibid.
71. Men Illustrations. Dover Publications. Nueva York, 1978.
72. Melitón Rodríguez Fotografías. El Áncora Editores, Bogotá, 1985.
75. Historia de la Fotografía en Colombia. Museo de Arte Moderno. Bogotá, 1983.
75. Melitón Rodríguez Fotografías. El Áncora Editores. Bogotá, 1985.
77. Ibid.
79. Foto Archivo de El Espectador, Bogotá.
80. Foto Archivo de El Espectador, Bogotá.
82. Foto Archivo de El Espectador, Bogotá.
83. Fotoprensa 85. El Mundo. Medellín, 1986.
84. Foto Archivo de El Espectador.
85. Foto Archivo de El Espectador.
86. Foto Archivo de El Espectador.
87. Fotoprensa 87. El Mundo. Medellín, 1988.
89. Revista Economía Colombiana No. 186. Contraloría General. Bogotá, 1986.
90. Ibid.
92. Ibid.
93. Revista Economía Colombiana No. 157. Contraloría General, Bogotá, 1984.
95. Ibid.
97. Archivo Foro (Amable cortesía de J.J. que el Editor agradece).
98. Magazine de El Espectador, febrero de 1987.
99. Picture Sourcebook for Collage and Decoupage, Dover Publications. Nueva York, 1974.
100. Ibid.



